



NOS PERSIGUEN
SEGUIREMOS LUCHANDO. **TENEMOS**

EL PODER DE SEIS

PITTACUS LORE

AUTOR DE **SOY EL NÚMERO CUATRO**



de



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

SOMOS LA ÚLTIMA DEFENSA. Escapamos de nuestro mundo poco antes de que fuera destruido. Al llegar a vuestro planeta nos separamos. Durante un tiempo intentamos vivir entre vosotros, camuflándonos, escondiéndonos de nuestros enemigos. Tenemos poderes inimaginables y estamos aprendiendo a controlarlos para defendernos, aunque algunos de nosotros ya han caído antes de empezar a luchar. Debemos darnos prisa. Tenemos que intentar reunirnos, porque solo así conseguiremos ser más fuertes. Antes de que nosotros cambiemos. Antes de que sea demasiado tarde.

L≡**LIBROS**

Pittacus Lore

El poder de Seis
Legados de Lorien - 2

ESTE LIBRO DESCRIBE HECHOS REALES.

**LOS NOMBRES Y LUGARES CITADOS
SE HAN CAMBIADO PARA PROTEGER
A LOS SEIS DE LORIEN,
QUE SIGUEN OCULTOS AL MUNDO.**

EXISTEN OTRAS CIVILIZACIONES.

ALGUNAS DE ELLAS PLANEAN DESTRUIROS.

CAPÍTULO UNO



ME LLAMO MARINA, PERO NO EMPEZARON A LLAMARME así hasta al cabo de mucho tiempo. Al principio se me conocía solo como Siete, uno de los nueve guardianes supervivientes del planeta Lorien, cuyo destino estaba, y sigue estando, en nuestras manos. O, al menos, de los que quedamos. De los que seguimos con vida.

Tenía seis años cuando llegamos. Cuando la nave realizó su brusco aterrizaje en la Tierra, comprendí, a pesar de mi edad, cuánto nos jugábamos los dieciocho (nueve cêpan y nueve guardianes) y que nuestra única esperanza residía en este planeta. Entramos en la atmósfera en medio de una tormenta creada por nosotros mismos, y cuando nuestros pies tocaron este suelo por primera vez, recuerdo las volutas de vapor que emitió la nave y los escalofríos que me recorrieron los brazos. Llevaba un año sin sentir el viento en mi piel, y hacía un tiempo helado. Había alguien esperándonos allí. No sé quién era, solo que entregó a cada cêpan ropa para dos personas y un sobre de gran tamaño. Todavía no sé qué había en su interior.

Nos arrimábamos unos a otros, conscientes de que tal vez nunca volveríamos a vernos. Intercambiamos palabras, nos dimos abrazos y entonces nos

separamos, como sabíamos que era nuestro deber, caminando en grupos de dos, en nueve direcciones distintas. Miré atrás una y otra vez mientras las siluetas de los demás se empequeñecían a lo lejos hasta que, muy lentamente, uno a uno, todos desaparecieron. Y entonces solo quedamos Adelina y yo, adentrándonos solas en un mundo del que apenas sabíamos nada. Ahora soy consciente del miedo que debió de sentir Adelina entonces.

Recuerdo haber embarcado rumbo a un destino desconocido, y haber tomado dos o tres trenes justo después. Adelina y yo pasábamos los días pegadas una a la otra, escondidas en rincones oscuros, lejos de quien pudiera estar por los alrededores. Hicimos autostop de una ciudad a otra, dejando atrás montañas y valles, llamando a puertas que nos cerraban inmediatamente en las narices. Pasamos hambre, cansancio y miedo. Recuerdo haber pedido dinero sentada en una acera, y pasar las noches llorando. Pasamos tantas privaciones que estoy convencida de que Adelina intercambié alguna de nuestras preciosas joyas de Lorien por un simple plato de comida caliente. Incluso podría ser que se hubiera desprendido de todas. Hasta que llegamos a este rincón de España.

Una mujer de aspecto severo a la que llegaría a conocer como la hermana Lucía nos abrió la pesada puerta de roble. Miró a Adelina con ojos entrecerrados, fijándose en su desesperación, en sus hombros caídos.

—¿Creéis en Dios? —preguntó la mujer en español, apretando los labios y entornando los ojos mientras nos escrutaba.

—Dios es mi refugio —contestó Adelina con un solemne asentimiento. No sé cómo podía conocer esa respuesta (tal vez la había aprendido cuando nos refugiábamos en una iglesia unas semanas antes), pero era la respuesta correcta. La hermana Lucía nos invitó a pasar.

Vivimos aquí desde entonces, once años de vida en este convento de piedra, con sus celdas mohosas, sus pasillos invadidos por corrientes de aire y sus suelos duros como losas de hielo. Aparte de algunas pocas visitas, mi único contacto con el mundo fuera del pequeño pueblo es Internet; hago búsquedas constantemente para encontrar indicios de que los demás siguen ahí, buscando, tal vez luchando. Quiero encontrar alguna señal de que no estoy sola, porque ha llegado un punto en que no estoy segura de que Adelina siga creyendo, de que siga conmigo. Su actitud cambió en algún momento mientras cruzamos las montañas. Tal vez fue una de las puertas que se cerraron condenando a una mujer hambrienta y su niña a pasar otra noche sufriendo frío. Fuera lo que fuere, Adelina parece ya no tener prisa por seguir viajando, y su fe en el resurgimiento de Lorien parece haber sido sustituida por la fe que comparten las monjas del convento. Recuerdo haber visto un cambio radical en los ojos de Adelina, en los discursos que empezó a dar de pronto sobre la necesidad de orientación y doctrina para poder sobrevivir.

Pero mi fe en Lorien sigue intacta. En la India, hace un año y medio, cuatro personas vieron en distintos momentos a un muchacho mover objetos con la

mente. Aunque en un principio este suceso no tuvo grandes repercusiones, la repentina desaparición del muchacho poco después levantó un gran revuelo en la región, y se organizó su búsqueda. Por lo que yo sé, todavía no lo han encontrado.

Hace unos pocos meses fue noticia una chica de Argentina que, después de un terremoto, levantó una losa de hormigón de cinco toneladas para salvar a un hombre que se había quedado sepultado debajo; cuando empezó a circular la noticia de este acto heroico, desapareció. Al igual que el muchacho de la India, la chica sigue en paradero desconocido.

Y en los Estados Unidos, en Ohio, ahora copan toda la atención de los medios un padre y su hijo, buscados por la policía después de que presuntamente destruyeron ellos solos un instituto entero, suceso en el que resultaron muertas cinco personas. Los sospechosos desaparecieron sin dejar ningún rastro aparte de unos misteriosos montones de ceniza.

«Da la impresión de que aquí se ha librado una batalla. No encuentro otra explicación —declaró el jefe de policía encargado de las pesquisas—. Pero pueden estar seguros de que llegaremos al fondo de este asunto y de que encontraremos a Henri Smith y a su hijo John» .

Podría ser que John Smith, si ese es su verdadero nombre, no sea más que un chico cualquiera con unas ansias de venganza llevadas al límite. Pero no creo que sea el caso. Mi corazón se acelera cada vez que aparece su foto en una pantalla. Me atenaza una profunda desesperación que no sé cómo explicar. Siento en los huesos que es uno de nosotros. Y sé que debo encontrarlo, sea como sea.

CAPÍTULO DOS



DESCUELGO LOS BRAZOS POR EL FRÍO ALFÉIZAR Y miro los copos de nieve caer del cielo oscuro y asentarse en la ladera de la montaña, que está salpicada de pinos, alcornoques y hayas, con aglomeraciones de escarpadas rocas por todas partes. La nieve no ha dejado de caer en todo el día, y dicen que continuará por la noche. Apenas puedo ver más allá de los lindes del pueblo hacia el norte, y el mundo parece perdido en una neblina blanca. Durante el día, cuando el cielo está claro, se puede ver la acuosa mancha azul del golfo de Vizcaya. Pero no con este tiempo, y no puedo evitar preguntarme qué puede estar acechando en aquella blancura donde se pierde la vista.

Miro detrás de mí. Estoy en una sala de techos altos y con corrientes de aire. Hay dos ordenadores. Para poder usarlos, tenemos que poner nuestro nombre en una lista y esperar turno. Por la noche, hay un límite de veinte minutos, diez si hay alguien esperando. Las dos chicas que están usando ahora los ordenadores llevan ya media hora cada una, y se me está agotando la paciencia. Llevo sin mirar las noticias desde la mañana, cuando me colé antes del desayuno. Entonces no había novedades sobre John Smith, pero estoy ansiosa por comprobar si se ha sabido algo más. Desde que salió la noticia, todos los días ha

habido alguna novedad.

El convento de Santa Teresa es también un orfanato para niñas. Yo soy la mayor de treinta y siete, una distinción que poseo desde hace seis meses, cuando se fue la última chica que cumplió la mayoría de edad. A los dieciocho años, tenemos que elegir entre irnos por nuestra cuenta o dedicar nuestra vida a la Iglesia. De todas las chicas que han alcanzado los dieciocho, ninguna se ha quedado. No las culpo. Faltan menos de cinco meses para la fecha de cumpleaños que Adelina y yo nos inventamos para mí al llegar aquí, que será cuando supuestamente cumpliré los dieciocho años. Al igual que las demás, tengo la intención de dejar atrás esta cárcel, tanto si Adelina viene conmigo como si no. Y veo difícil que lo haga.

El convento en sí fue enteramente construido en piedra en el año 1510, y es demasiado grande para las pocas personas que lo habitan. La mayoría de las celdas están vacías; las que no lo están transmiten una sensación húmeda y terrosa, y nuestras voces rebotan en el techo y hacen eco. El convento se encuentra en la cima de la montaña más alta de las que dominan el pueblo del mismo nombre, profundamente enclavado entre los Picos de Europa, al norte de España. El pueblo, al igual que el convento, está hecho de roca, con muchos de sus edificios cimentados directamente en la ladera. Bajando por la calle principal del pueblo, uno no puede evitar sentirse inundado por el abandono. Es como si aquel lugar hubiera sido olvidado por el tiempo, como si los siglos hubieran convertido todo en sombras de verde musgo y marrón, y un penetrante olor a moho flota en el aire.

Han pasado cinco años desde que empecé a pedirle a Adelina que nos fuéramos, que siguiéramos moviéndonos, como era nuestro deber.

—Pronto aparecerán mis legados, y no quiero descubrirlos aquí, con todas estas chicas y estas monjas alrededor —le había dicho.

Pero ella se negó, recordándome una cita de la Biblia Reina-Valera: « Paraos, estad quietos, y ved la salvación de Jehová con vosotros ». Desde entonces, se lo he suplicado todos los años, y todos los años ella me mira con cara inexpresiva y me hace callar con un pasaje diferente de la Biblia. Pero yo sé que mi salvación no está aquí.

Al otro lado de las rejas del convento, bajando por la suave pendiente, veo las tenues luces del pueblo. Parecen halos flotantes en mitad de la ventisca. Aunque no me llega el sonido de ninguna de las dos cafeterías, estoy segura de que están hasta arriba de gente. Aparte de estos dos establecimientos, en el pueblo hay un restaurante, un bar, un mercado, una bodega y varios vendedores que se instalan a lo largo de la calle principal la mayoría de las mañanas y tardes. Al pie de la ladera, en el extremo sur del pueblo, está el colegio de piedra en el que estudiamos todas.

Me sobresalto al oír el timbre: faltan cinco minutos para la oración, y luego

será hora de acostarse. El pánico se apodera de mí. Tengo que saber si hay noticias. Quizá hayan cogido a John. Podría ser que la policía haya descubierto algo más en las ruinas del instituto, algo que pasaron por alto la primera vez. Incluso aunque no hay a novedades, necesito saberlo. Si no, no lograré dormirme.

Me quedo mirando fijamente a Gabriela García (Gabi para los amigos), que está sentada en uno de los ordenadores. Tiene dieciséis años y es muy guapa, con una larga melena negra y los ojos marrones; cuando no está en el convento se viste como una furcia, con camisetas ceñidas que enseñan el *piercing* del ombligo. Por las mañanas lleva ropa suelta y amplia, pero cuando está fuera de la vista de las hermanas se la quita para lucir el conjunto ceñido y corto que lleva debajo. Y luego se pasa el resto del camino al colegio maquillándose y peinándose. Lo mismo hacen sus cuatro amigas, tres de las cuales viven también aquí. Y, cuando acaba el día, se limpian la cara en el camino de vuelta y vuelven a vestirse con la ropa con la que salieron.

—¿Qué pasa? —pregunta Gabi con voz altiva, mirándome friamente—. Estoy escribiendo un mensaje.

—Llevo mucho más de diez minutos esperando —le contesto—. Y no estás escribiendo ningún mensaje. Estás mirando tíos sin camiseta.

—¿Y a ti qué? ¿Vas a chivarte, chismosa? —me pregunta ella en tono burlón, como si le estuviera hablando a una cría.

La chica que está a su lado, que se llama Hilda pero a la que casi todas llaman «la Gorda» (a sus espaldas, claro), se ríe.

Gabi y la Gorda son inseparables. Me corto de decirles nada y vuelvo a mirar por la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho. Por dentro estoy que muerdo, en parte porque necesito el ordenador y en parte porque nunca sé qué contestarle a Gabi cuando se mete conmigo. Faltan cuatro minutos. Mi impaciencia da paso a una desesperación extrema. Ahora mismo podría haber aparecido alguna noticia, ¡una de última hora! Pero no tengo forma de saberlo, porque ninguna de estas dos imbéciles egoístas va a dejar libre el ordenador.

Tres minutos. Estoy prácticamente temblando de furia. De repente se me ocurre una idea, y una sonrisa retorcida se forma en mis labios. Sé que es arriesgado, pero vale la pena intentarlo.

Me vuelvo lo suficiente como para ver la silla de Gabi por el rabillo del ojo. Inspiro profundamente y, usando mi telequinesia, la sacudo hacia la izquierda. Luego la lanzo rápidamente hacia la derecha tan fuerte que casi se vuelca. Gabi da un salto y grita. Yo la miro fingiendo sorpresa.

—¿Qué te pasa? —pregunta la Gorda.

—No lo sé; es como si alguien le hubiera dado una patada a mi silla. ¿Tú has notado algo?

—No —dice la Gorda; nada más pronunciar la palabra, yo muevo su silla unos cuantos centímetros hacia atrás y luego la empujo a la derecha, todo ello sin

moverme de mi sitio junto a la ventana. Esta vez gritan las dos. Empujo la silla de Gabi, y luego la de la Gorda otra vez; sin volver a mirar la pantalla de su ordenador, las dos salen corriendo de la sala, gritando como locas.

—¡Bien! —digo, corriendo hacia el ordenador que estaba usando Gabi y tecleando la dirección de la página web de noticias que considero más fiable. Luego, espero impaciente a que la página se cargue. Estos ordenadores antiguos, unidos a la lentitud de la conexión en este lugar, son mi pesadilla.

El navegador se pone en blanco, y entonces, línea a línea, empieza a formarse la página. Cuando se ha cargado una cuarta parte, suena el último timbre. Falta un minuto para la oración. Me siento tentada de no hacer caso al aviso, aun a riesgo de que me castiguen. A estas alturas, la verdad es que no me importa. «Cinco meses», susurro para mí.

Ya se ha cargado media página, en la que se ve la cara de John Smith, con sus ojos almendrados. Su expresión, aunque confiada, destila una sensación de incomodidad que parece casi fuera de lugar. Me inclino en el borde de mi asiento, esperando, con la anticipación hirviendo dentro de mí y haciendo temblar mis manos.

—Vamos —le digo a la pantalla, intentando apremiarla en vano—. Vamos, vamos, vamos.

—¡Marina! —ruge una voz desde la puerta abierta. Me giro y veo a la hermana Dora, una mujer corpulenta que dirige la cocina, lanzándome una mirada asesina. Eso no es nada nuevo. Lanza miradas asesinas a toda la que se acerca a la cola del comedor con una bandeja en la mano, como si nuestra necesidad de sustento fuera una afrenta personal hacia ella. Aprieta los labios formando una línea recta perfecta y luego entrecierra los ojos—. ¡Venga! ¡Ahora! ¡Y cuando digo ahora, es ahora!

Suspiro, sabiendo que no me queda más remedio que irme. Borro el historial del navegador y lo cierro, y luego sigo a la hermana Dora por el oscuro pasillo. Había alguna novedad en aquella pantalla; lo sé. Si no, ¿por qué estaría la cara de John ocupando toda la página? Una semana y media es tiempo suficiente como para que una noticia quede obsoleta, por lo que tiene que haber sucedido algo nuevo que acapare esa atención.

Caminamos por la nave de la iglesia de Santa Teresa, que es enorme, con unas columnas altísimas que se elevan hasta un techo abovedado, y con vidrieras a lo largo de las paredes. La sala está atravesada en toda su longitud por unos bancos de madera que pueden dar asiento a casi trescientas personas. La hermana Dora y yo somos las últimas en entrar. Yo me siento sola en uno de los bancos del centro. La hermana Lucía, la que nos abrió la puerta a Adelina y a mí el día que llegamos y que sigue dirigiendo el convento, está en el púlpito; cierra los ojos, baja la cabeza y junta las manos al frente. Las demás hacen lo mismo.

—Padre divino —la oración comienza en un sombrío unísono—, bendicenos

y protégenos con tu amor...

Yo desconecto y miro los cogotes de las cabezas que hay frente a mí, todas ellas inclinadas y concentradas. O quizá solo inclinadas. Mis ojos encuentran a Adelina, sentada en la primera fila, seis bancos por delante de mí y ligeramente a la derecha. Está de rodillas, profundamente concentrada, con el pelo recogido en una apretada trenza que le cuelga hasta media espalda. No levanta la vista ni una sola vez, no mira hacia atrás para buscarme, como solía hacer los primeros años, cuando ambas reprimíamos una sonrisa mientras nuestros ojos se encontraban, pensando en nuestro secreto compartido. Todavía compartimos ese secreto, pero por alguna razón parece que Adelina ha dejado de pensar en él. Parece ser que nuestro plan de esperar hasta que nos sintiéramos suficientemente fuertes y seguras como para marcharnos ha sido reemplazado por el deseo de Adelina de quedarnos aquí (o quizá sea el miedo).

Antes de las noticias sobre John Smith, que conté a Adelina en cuanto salieron a la luz, llevábamos meses sin hablar de nuestra misión. En septiembre le enseñé mi tercera cicatriz, el tercer aviso de que otro guardián había muerto y de que ella y yo estábamos un paso más cerca de ser encontradas y asesinadas por los mogadorianos, y ella reaccionó como si no la viera. Como si no significara lo que las dos sabemos que significa. Tras enterarse de las noticias sobre John, se limitó a hacer una mueca y a decirme que me dejara de cuentos.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén —dicen todas mientras se santiguan a la vez (yo incluida, para mantener las apariencias): frente, ombligo, hombro izquierdo y hombro derecho.

Ocurrió mientras estaba dormida. Soñaba que bajaba corriendo una montaña con los brazos estirados a los lados como si fuera a echar a volar, cuando me despertó el dolor y el resplandor de la tercera cicatriz, que se me enroscaba en torno al tobillo. La luz despertó a varias chicas, pero por suerte no a la hermana que nos cuidaba. Las chicas pensaron que yo estaba leyendo una revista con una linterna debajo de las sábanas, incumpliendo el toque de queda. Desde la cama de al lado, Elena, una chica tranquila de dieciséis años y con un pelo muy negro que a veces se mete en la boca cuando habla, me lanzó una almohada. La carne del tobillo había empezado a burbujearme, y el dolor era tan intenso que tuve que morder la manta para no gritar. Pero no pude evitar llorar al pensar que, en algún lugar, el Número Tres había perdido la vida. Ya solo quedábamos seis.

Salgo en fila de la nave con las demás chicas y nos dirigimos al dormitorio, lleno de ruidosas camas equidistantes, pero yo estoy trazando un plan en mi mente. Para compensar la dureza de las camas y el frío cemento de las habitaciones, las sábanas son suaves y las mantas pesadas, el único lujo que se nos concede. Mi cama está en un rincón del fondo, el más alejado de la puerta, que es el más codiciado por ser el más silencioso. Me costó años conseguirlo, avanzando una cama cada vez a medida que otras chicas se iban yendo.

Cuando todas estamos instaladas, las luces se apagan. Me tumbo boca arriba y miro el contorno desdibujado e irregular del elevado techo. De vez en cuando, un susurro interrumpe el silencio, seguido inmediatamente por un siseo de la hermana cuidadora mandando callar a la culpable. Mantengo los ojos abiertos, esperando con impaciencia a que todas se duerman. Al cabo de media hora los susurros desaparecen, reemplazados por los suaves sonidos del sueño. Pero aún no me atrevo. Es demasiado pronto. Transcurren otros quince minutos sin ningún sonido. Y entonces ya no aguento más.

Con la respiración contenida, deslizo muy lentamente las piernas hacia el borde de la cama, escuchando el ritmo de la respiración de Elena a mi lado. Mis pies tocan el suelo helado y se enfrían instantáneamente. Me levanto con mucho cuidado de la cama para que no chirrie, y luego me dirijo de puntillas hacia la puerta, tomándome mi tiempo para no chocar con ninguna cama. Llego hasta la puerta abierta, me apresuro por el pasillo y bajo hasta la sala de los ordenadores. Saco una silla de uno de los puestos y pulso el botón de encendido del ordenador.

Me muevo inquieta en la silla mientras espero a que el ordenador arranque, y no paro de mirar hacia el pasillo para ver si alguien me ha seguido. Al final consigo teclear la dirección de la página web, y la pantalla se pone en blanco. Después, dos fotos empiezan a aparecer en mitad de la página, rodeadas de texto y con un titular en negrita que aún está demasiado borroso como para leerlo. Ahora son dos imágenes. Me pregunto qué habrá ocurrido desde mi última conexión. Y entonces, al fin, las imágenes se vuelven nítidas:

¿TERRORISTAS INTERNACIONALES?

John Smith, con su mandíbula cuadrada, su pelo rubio oscuro enmarañado y sus ojos azules, ocupa la parte izquierda de la pantalla, mientras que su padre (o más probablemente su cêpan), Henri, ocupa la derecha. En realidad no son fotos, sino esbozos en blanco y negro hechos a lápiz. Hago una lectura rápida de los detalles que ya conozco (la escuela demolida, las cinco personas muertas, la repentina desaparición) y llego a la noticia de última hora:

En un extraño giro de la investigación, el FBI ha descubierto lo que parecen ser las herramientas de un falsificador profesional. Se han encontrado varias máquinas destinadas a la creación de documentación en el domicilio de Paradise (Ohio) alquilado por Henri y John Smith, concretamente en una trampilla situada bajo los tabloncillos del suelo del dormitorio principal, lo que ha llevado a los investigadores a sospechar posibles vínculos con actividades terroristas. Henri y John Smith, que han desatado un gran revuelo

entre los vecinos de Paradise, son considerados ahora como una amenaza a la seguridad nacional, unos fugitivos; los investigadores buscan cualquier dato que pueda conducir a su paradero.

Vuelvo a la imagen de John, y al fijar mis ojos en los suyos, empiezan a temblarme las manos. Sus ojos (incluso en este boceto) tienen algo que me resulta conocido. ¿Cómo iba a conocerlos de no ser por el viaje de un año que nos trajo hasta aquí? Ahora no hay quien pueda convencerme de que él no es uno de los seis guardianes que quedan, aún vivo en este mundo extraño.

Me retrepo y me aparto el flequillo de los ojos de un soplido, deseando poder ir yo misma en busca de John. Es evidente que él y su cêpan son perfectamente capaces de evitar a la policía: llevan ya once años ocultos, igual que Adelina y yo. Siendo así, ¿qué esperanza tengo de poder encontrarlo cuando todo el mundo lo está buscando? ¿Cómo podemos esperar que un día nos reunamos todos?

Los ojos de los mogadorianos están por todas partes. No tengo ni idea de cómo lograron encontrar al Número Uno o al Número Tres, pero creo que localizaron al Número Dos por una entrada que había escrito en un blog. Yo misma la encontré, y luego estuve quince minutos sentada pensando en cómo responder sin delatarme. Aunque el mensaje en sí era ambiguo, era muy evidente para los que los estábamos esperando: «Nueve, y ahora ocho. ¿Estáis ahí los demás?». Estaba firmado desde una cuenta llamada «Dos». Mis dedos se deslizaron hasta el teclado y escribí una respuesta rápida, pero justo antes de que pudiera darle al botón de publicar, la página se actualizó: alguien había respondido antes que yo.

«Estamos aquí», decía.

Yo me quedé boquiabierta, mirando impactada la página. Tras leer aquellos dos breves mensajes, me invadió una oleada de esperanza, pero cuando mis dedos acabaron de teclear otra respuesta, un fulgor muy intenso apareció a mis pies, y un sonido chisporroteante de carne quemándose llegó a mis oídos, seguido de cerca por un dolor insoportable, tan intenso que me caí al suelo, retorciéndome de agonía y llamando a gritos a Adelina, sin dejar de sujetarme el tobillo para que nadie lo viera. Cuando Adelina llegó y se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, señalé la pantalla, pero estaba vacía; los dos mensajes estaban borrados.

Aparto la vista de los ojos familiares de John Smith en la pantalla. Junto al ordenador hay una florecilla que alguien ha olvidado. Está marchita y consumida, su longitud se ha reducido a la mitad, y tiene un reborde marrón y crujiente en el filo de las hojas. Se le han caído algunos pétalos, que yacen secos y arrugados sobre la mesa, alrededor de la vasija. La flor aún no está muerta, pero le falta poco. Me inclino hacia delante para envolverla en mis manos, acerco la cara hasta que mis labios rozan el borde de sus hojas y le lanzo un soplo

de aire tibio. Un escalofrío me recorre la columna, y, como respuesta, la vida vuelve a la pequeña flor, que se yergue; un verdor inunda las hojas y el tallo, brotan nuevos pétalos sin color que luego adquieren un morado intenso. Una sonrisa traviesa se esboza en mi cara, y no puedo evitar pensar en cómo reaccionarían las hermanas si presenciaran algo así. Pero nunca dejaré que lo vean. Lo malinterpretarían, y no quiero que me echen de vuelta a las frías calles. Aún no estoy lista para eso. Pronto lo estaré, pero todavía no.

Apago el ordenador y vuelvo corriendo a la cama, mientras por mi mente flotan pensamientos sobre John Smith, que está en algún lugar ahí fuera.

« Mantente oculto y a salvo —pienso—. Nos acabaremos encontrando» .

CAPÍTULO TRES



UN LEVE SUSURRO LLEGA HASTA MÍ. ES UNA VOZ fría. Escucho con atención, aunque no soy capaz de moverme.

Ya no estoy dormido, pero tampoco despierto. Estoy paralizado, y a medida que se intensifican los murmullos, mi vista viaja a través de la impenetrable oscuridad de mi habitación de motel. La electricidad que siento mientras la visión se despliega sobre mi cabeza me recuerda al momento en que mi primer legado, el lumen, me encendió las palmas de las manos en el pueblo de Paradise, Ohio. En aquella época, Henri todavía estaba conmigo, estaba vivo. Pero Henri ya no está, y no va a volver. Incluso en mi presente estado, no puedo eludir esa realidad.

Entro completamente en la visión que flota sobre mí, rompiendo la oscuridad con mis manos encendidas, pero el resplandor termina engullido por las sombras. Y entonces me detengo en seco. Todo se queda en silencio. Levanto las manos frente a mí pero no llego a alcanzar nada. Mis pies no tocan el suelo, como si estuviera suspendido sobre un gran vacío.

Oigo más susurros en un idioma que no reconozco, y sin embargo lo comprendo sin saber cómo. Las palabras manan impulsadas por un sentimiento

de ansiedad. La oscuridad se disipa, y el mundo en el que me encuentro adopta un tono grisáceo antes de iluminarse con una luz tan blanca que tengo que entornar los ojos para mirar. La bruma que flota delante de mí se hace jirones y revela tras de sí una espaciosa sala con velas colocadas a lo largo de las paredes.

—No... no sé qué ha podido salir mal —dice una voz, claramente trastornada.

La sala es larga y amplia, del tamaño de un campo de fútbol. Un agrio olor a azufre me quema los agujeros de la nariz y me humedece los ojos. El aire es caliente y denso. Y es entonces cuando las veo, en el extremo más alejado de la sala: dos figuras envueltas en sombras, una mucho más grande que la otra, y amenazadora incluso vista desde lejos.

—Se han escapado. No sé cómo, pero se han escapado.

Me acerco un poco más. Siento el tipo de calma que a veces tienes en sueños, cuando sabes que estás dormido y que nada puede dañarte en realidad. Las sombras aumentan a medida que me aproximo paso a paso.

—Todos muertos. Los han matado a todos, junto con tres piken y dos kraul —dice la figura más menuda de las dos, hablando con manos nerviosas al lado de la sombra más corpulenta—. Ya los teníamos. Estábamos a punto de... —prosigue la figura, pero la otra le interrumpe y otea el aire para ver lo que ha presentido ya. Me detengo, dejo de moverme y contengo la respiración. Y entonces me encuentra. Un escalofrío me recorre la columna.

—John —dice alguien, y su voz es como un eco lejano.

La sombra de mayor tamaño se acerca a mí. Es una figura imponente, de seis metros, musculosa, con una mandíbula de contornos afilados. No lleva el pelo largo como los demás, sino corto. Tiene la piel morena. Nos sostenemos la mirada mientras se acerca lentamente. Quince metros nos separan, y después diez. Se detiene a cinco metros de distancia. El colgante que llevo en el cuello se hace cada vez más pesado, y la cadena se me clava en la nuca. En torno a su garganta, como si fuera un collar, veo una cicatriz grotesca, de tonos morados.

—Te he estado esperando —me dice con voz monótona y tranquila.

Levanta el brazo derecho y saca una espada de una vaina que lleva a la espalda y que cobra vida al instante, conservando su forma aunque el metal pasa a un estado casi líquido. La herida que me produjo en el hombro el puñal de un soldado en la batalla de Ohio grita de dolor, como si recibiera de nuevo la puñalada. Me desplomo de rodillas.

—Ha pasado mucho tiempo —dice.

—No sé de qué estás hablando —le respondo en un lenguaje que nunca había hablado antes.

Quiero irme inmediatamente, sea cual sea este sitio. Intento levantarme, pero es como si de pronto me hubieran clavado al suelo.

—Ah, ¿no? —me pregunta.

—John —oigo decir otra vez a una voz procedente de un lugar indeterminado.

El mogadoriano no parece oírla, y su mirada tiene algo que atrapa la mía. No puedo apartar la vista.

—No debería estar aquí —digo. Mi voz suena apagada, como si estuviera bajo el agua. Todo se difumina hasta que solo estamos él y yo, nada más.

—Puedo hacerte desaparecer, si es eso lo que deseas —me dice, formando un ocho con la espada, que deja una intensa estela blanca en el aire que ha surcado la hoja. Y acto seguido se abalanza hacia mí enarbolando su espada, que crepita de poder. Describe un arco con el arma, que cae como una bala en dirección a mi garganta, y yo sé que no hay nada que pueda hacer para impedir que me decapite de un solo golpe.

—¡John! —vuelve a gritar la voz.

Los ojos se me abren de repente. Dos manos me sujetan con fuerza por los hombros. Estoy cubierto de sudor y sin respiración. Primero miro a Sam, que está de pie frente a mí, y luego a Seis y a sus ojos claros y penetrantes que a veces parecen azules y a veces verdes. Está arrodillada a mi lado, con aire cansado y agobiado, como si acabara de despertarla. Cosa que probablemente he hecho.

—¿A qué venía todo eso? —pregunta Sam.

Sacudo la cabeza y dejo que la visión se disipe, y entonces analizo lo que me rodea. La habitación está a oscuras y las cortinas están echadas. Estoy tumbado en la misma cama en la que he pasado la última semana y media, curándome las heridas de combate. Seis ha estado recuperándose a mi lado, y ni ella ni yo hemos salido de aquí desde que llegamos, dejando que Sam fuera por comida y otros productos. Es una habitación de motel deslustrada con dos camas dobles cerca de la calle principal de Trucksville, en Carolina del Norte. Para alquilarla, Sam ha empleado uno de los diecisiete permisos de conducción que Henri creó para mí antes de que le mataran, y por suerte el anciano de recepción estaba demasiado pendiente de la tele como para examinar la fotografía. El motel, situado en el borde noroeste del estado, se encuentra a un cuarto de hora en coche de los estados de Virginia y Tennessee, una ubicación elegida más que nada porque ya habíamos viajado lo más lejos que podíamos teniendo en cuenta la gravedad de nuestras heridas. Poco a poco, se han ido curando, y estamos recobrando al fin todas nuestras fuerzas.

—Estabas hablando en un idioma que nunca había oído antes —dice Sam—. Para mí que te lo inventabas, colega.

—No, estaba hablando en mogadoriano —le corrige Seis—. Y también un poco de lórico.

—¿De verdad? —pregunto—. Qué cosa más rara.

Seis se acerca a la ventana y retira la parte derecha de las cortinas.

—¿Es que estabas soñando?

—No lo sé muy bien —digo, negando con la cabeza—. Estaba soñando pero

no estaba soñando, y a me entiendes. Supongo que estaba teniendo visiones. Sobre ellos. Estábamos a punto de batirnos pero yo estaba... no sé... demasiado débil o confundido o algo. —Levanto la vista hacia Sam, que está mirando la tele con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa?

—Malas noticias —suspira, meneando la cabeza.

—¿Qué? —digo mientras me incorporo en la cama y me froto los ojos para despejarme.

Sam señala con la cabeza hacia la parte de la habitación que tengo delante, y llevo la vista hacia el destello del televisor. Mi cara ocupa toda la mitad izquierda de la pantalla, y en la parte derecha hay un retrato robot de Henri. El dibujo no le hace justicia: su rostro se ve más afilado y demacrado, lo que le hace parecer veinte años mayor de lo que es. O era.

—Como si no fuera bastante malo que te consideren una amenaza para la seguridad nacional o un terrorista —comenta Sam—, ahora ofrecen una recompensa.

—¿Por mí? —pregunto.

—Por ti y por Henri. Cien mil dólares a cambio de cualquier información que permita vuestra captura, y doscientos cincuenta mil si alguien os pilla a cualquiera de los dos por su cuenta.

—He sido un fugitivo toda mi vida —digo, frotándome los ojos—. ¿Cuál es la novedad?

—Ya, bueno, pero yo no, y ahora también ofrecen una recompensa por mí —contesta Sam—. Unos míseros veinticinco mil, ¿te lo puedes creer? Y no sé si estoy hecho para ser un fugitivo. Esto es nuevo para mí.

Con movimientos precavidos, intento sentarme en la cama, sintiéndome aún un poco agarrotado. Sam se sienta en la otra cama y esconde la cabeza entre las manos.

—Ahora estás con nosotros, Sam. Cuidaremos de ti —le digo.

—No estoy preocupado —afirma él, con la barbilla pegada al pecho.

Sam dirá que no está preocupado, pero yo sí lo estoy. Me mordisqueo la parte interior de las mejillas, pensando en cómo voy a mantenerle a él a salvo, y a mí y a Seis con vida, sin Henri. Me vuelvo hacia mi amigo, que está tan fastidiado que podría encontrar fallos hasta en su adorada camiseta negra de la NASA.

—Escucha, Sam. Ojalá Henri estuviera aquí. No sabes cuánto deseo que estuviera aquí, y por muchas razones. No solo me mantenía a salvo cuando huíamos de un estado a otro, sino que sabía un montón de cosas de Lorien y de mi familia, y además tenía una forma serena de actuar que era increíble y que nos ha mantenido alejados del peligro durante todo este tiempo. No sé si voy a ser capaz de hacer lo que hacía él para protegernos. Seguro que, si todavía estuviera vivo, no habría dejado que nos acompañaras. Nunca te habría expuesto a un peligro de este calibre. Pero la cuestión es que ahora estás aquí, y te

prometo que no dejaré que te ocurra nada.

—Estoy donde quiero estar —afirma Sam—. Esto es lo más alucinante que me ha pasado nunca. —Tras un silencio, me mira directamente a los ojos—. Además, eres mi amigo del alma, y nunca había tenido un amigo del alma.

—Yo tampoco —confieso.

—Venga, abrazaos ya —dice Seis. Sam y yo nos reímos.

Mi cara todavía está en la televisión. Es la foto que me sacó Sarah mi primer día de clase en Paradise, el día que la conocí, y en ella tengo una expresión incómoda, poco natural. En el lado derecho de la pantalla ahora hay fotografías de menor tamaño de las cinco personas a las que se nos acusa de haber matado: tres profesores, el entrenador de baloncesto masculino y el conserje del instituto. Y entonces la pantalla pasa a mostrar imágenes del edificio destrozado. Está en ruinas: todo el lado derecho se ha reducido a un montón de escombros. A continuación dan paso a varias entrevistas con vecinos de Paradise, siendo la madre de Sam la última en aparecer en pantalla. Se la ve llorando, y sin dejar de mirar directamente a la cámara suplica desesperadamente a los «secuestradores» que «me devuelvan a mi niño sano y salvo, por favor, por favor, por favor». Cuando Sam ve la entrevista, me doy cuenta de que se produce un cambio en su interior.

Acto seguido se muestran escenas de las exequias de la semana pasada y de los homenajes con velas que se han celebrado. Por un momento se ve en la pantalla la cara de Sarah, que lleva una vela en la mano y tiene las mejillas empapadas en lágrimas. Se me forma un nudo en la garganta. Daría cualquier cosa por marcar su número, oír su voz. Me mata imaginarme el mal trago por el que debe de estar pasando. El vídeo en el que se nos ve escapando del incendio en casa de Mark —que es lo que lo desencadenó todo— es un bombazo en Internet, y aunque también se me culpa de haber provocado el siniestro, Mark salió en mi defensa y repitió por activa y por pasiva que yo no tuve nada que ver. Y eso que utilizarme de chivo expiatorio le habría dejado a él limpio de toda responsabilidad.

Cuando nos fuimos de Ohio, los daños producidos en el instituto se habían atribuido en un principio a un tornado sin pronosticar; sin embargo, los equipos de rescate se fueron abriendo paso entre los escombros, y no tardaron en encontrar allí los cinco cadáveres separados por distancias iguales, sin una sola señal de heridas, en una sala donde no se habían producido los combates. Las autopsias revelaron que habían muerto de causa natural, sin haber encontrado indicios de sustancias ni de violencia. Nadie sabe cómo murieron. Cuando uno de los periodistas se enteró de que yo había saltado por la ventana del despacho del director para huir corriendo del instituto, y de que tras ese incidente nos habían perdido la pista a Henri y a mí, escribió un artículo en el que nos culpaba de todo lo ocurrido; a partir de ahí, los medios no tardaron en sumarse a esta teoría. Tras

el reciente descubrimiento de las herramientas de falsificación de Henri, junto con algunos de los documentos falsos que había dejado en la casa, la indignación pública no había dejado de aumentar.

—Ahora vamos a tener que extremar precauciones —dice Seis, sentándose apoyada en la pared.

—¿Te parece poco quedarnos encerrados en una habitación de motel cutre con las cortinas corridas? —pregunto.

Seis vuelve a la ventana y aparta una de las cortinas para mirar. Un haz de luz se dibuja en el suelo.

—El sol se pondrá dentro de tres horas. Vayámonos antes de que oscurezca.

—Menos mal —dice Sam—. Esta noche hay una lluvia de estrellas que podremos ver si vamos hacia el sur. Además, como tenga que pasar aunque sea un minuto más en esta habitación cochambrosa, voy a volverme loco.

—Sam, tú estás loco desde que te conocí —bromeo. Él me arroja una almohada, que desvío sin tener que levantar la mano. Utilizando mi telequinesia, hago girar la almohada en el aire una y otra vez, y después la lanzo como un cohete hacia el televisor para apagarlo.

Sé que Seis tiene razón al decir que no podemos seguir parados, pero me fastidia. Parece que no se vea el fin de todo esto, ningún lugar en el que podamos estar a salvo.

En el borde de la cama, calentándome los pies en su forma de perrito beagle, está *Bernie Kosar*, que apenas se ha separado de mi lado desde que nos fuimos de Ohio. Abre los ojos, bosteza y se despereza. Levanta la vista hacia mí y, gracias a la telepatía que tengo con él, me comunica que él también se ha repuesto. La mayoría de las costras pequeñas que le cubrían el cuerpo han desaparecido, y las grandes están curándose bien. Todavía lleva en la pata que se le rompió el cabestrillo improvisado y seguirá cojeando unas semanas más, pero ya casi ha vuelto a ser el de antes. Menea levemente la cola y me toca la pierna con una pata. Yo lo cojo para acercarlo a mi regazo y le rasco la panza.

—¿Y tú qué dices, amiguito? ¿Quieres que nos vayamos de este cuchitril? —*Bernie Kosar* golpea la cama con la cola—. Entonces, ¿hacia dónde vamos, chicos? —pregunto.

—No lo sé —contesta Seis—. Preferentemente, hacia algún lugar cálido, para pasar el invierno. Ya estoy un poco harta de tanta nieve. Aunque más harta estoy de no saber dónde están los demás.

—Por ahora solo estamos nosotros tres. Cuatro, más Seis, más Sam.

—Me encanta el álgebra —apunta Sam—. Sam es igual a X. La X es la variable.

—Qué repelente eres, colega —le digo.

Seis se mete en el baño para salir un instante después con un puñado de productos de aseo.

—No es mucho consuelo después de todo lo que ha pasado, pero al menos los demás guardianes saben que John no solo ha sobrevivido a su primera batalla, sino que la ha ganado. A lo mejor eso les infunde un poco de esperanza. Ahora, nuestra mayor prioridad es encontrar a los demás. Y entrenar juntos mientras tanto.

—De acuerdo —asiento, y entonces me dirijo a mi amigo—. Todavía no es demasiado tarde si quieres volver y enderezar las cosas, Sam. Puedes inventarte cualquier historia sobre nosotros. Diles que te hemos secuestrado, que te reteníamos contra tu voluntad y que te has escapado a la primera ocasión. Quedarás como un héroe. Serás el terror de las nenas.

Sam se muerde el labio inferior y niega con la cabeza.

—No quiero ser un héroe. Y ya soy el terror de las nenas.

Seis y yo hacemos una mueca, pero además veo que ella se ruboriza. O quizá me lo haya imaginado.

—Lo digo en serio —afirma—. No pienso volver.

—Entonces, no se hable más —digo, encogiéndome de hombros—. Sam es igual a X en esta ecuación.

Sam observa a Seis mientras ella se acerca a la pequeña mochila que está al lado de la tele, y veo que tiene escrita en la cara su atracción por ella. Seis lleva unos *shorts* negros de algodón y una camiseta blanca de tirantes. Va con el pelo recogido hacia atrás y le caen algunos mechones a ambos lados de la cara. Tiene una cicatriz morada muy visible en la parte delantera del muslo izquierdo, y los puntos que la recorren se ven rosados, cubiertos todavía por costra. Ella misma se los cosió y se los quitó. Cuando ella levanta la cabeza, Sam aparta la mirada con timidez. Está claro que tiene otro motivo para querer quedarse con nosotros.

Seis se agacha y mete la mano en la mochila, de donde saca un mapa plegado. Lo abre a los pies de la cama.

—Nosotros estamos justo aquí —dice, señalando el nombre de Trucksville. Y, desplazando el dedo desde Carolina del Norte hasta un pequeño asterisco rojo marcado cerca del centro de Virginia Occidental, añade—: Y aquí está la caverna de los mogadorianos, o al menos la que yo conozco.

Miro hacia el punto que está señalando. El mapa basta para ver que se trata de un lugar muy aislado; no parece haber ningún tipo de carretera importante en diez kilómetros a la redonda, ni ninguna localidad en un radio de quince kilómetros.

—Pero tú ¿cómo sabes dónde está la caverna?

—Es una larga historia —contesta—. Y por eso preferiría reservarla para el camino.

Su dedo traza sobre el mapa una nueva ruta que toma una dirección suroeste desde Virginia Occidental, atraviesa Tennessee y se detiene en un punto del estado de Arkansas cercano al río Mississippi.

—¿Qué hay ahí? —le pregunto.

Seis hincha las mejillas y suelta un gran resoplido, sin duda al recordar algo que le ha ocurrido. Su cara suele adoptar una expresión especial cuando está muy concentrada.

—Allí es donde estaba mi Cofre —dice—. Y parte de las cosas que Katarina trajo de Lorien. Lo escondimos allí.

—¿Por qué dices «estaba»? ¿Ya no está allí?

Ella menea la cabeza.

—No. Estaban siguiéndonos la pista, y no podíamos arriesgarnos a que lo encontrarán. Ya no estaba a salvo con nosotras, así que lo escondimos en Arkansas, junto con los demás objetos de Katarina, y huimos tan rápido como pudimos, pensando que podríamos despistarlos... —dice, y su voz se apaga.

—Os alcanzaron, ¿no? —le pregunto, sabiendo que Katarina, su cêpan, murió hace tres años.

—Esa es otra historia que podríamos dejar para el camino —suspira ella.



Tardo apenas unos minutos en meter toda mi ropa en la mochila, y al hacerlo recuerdo que fue Sarah quien metió mis cosas en ella. Solo ha pasado una semana y media, pero para mí es como si fuera un año y medio. Me pregunto si la ha interrogado la policía, o si en el instituto la tratan como a una apestada. ¿Y a qué instituto irá, ya que el nuestro acabó destruido? Estoy seguro de que puede cuidarse sola pero, aun así, no debe de ser nada fácil para ella, y a que no sabe ni dónde estoy ni si estoy bien siquiera. Ojalá pudiera contactar con ella sin ponernos en peligro a ambos.

Sam vuelve a encender la tele al estilo clásico (con el mando a distancia) y ve las noticias mientras Seis se vuelve invisible para vigilar la camioneta. Suponemos que la madre de Sam ha echado de menos el vehículo, lo que lógicamente querrá decir que la policía lo estará buscando. Esta misma semana, mi amigo robó la matrícula de otra camioneta para ganar tiempo hasta que lleguemos a nuestro destino.

Termino de hacer el equipaje y dejo la mochila al lado de la puerta. Sam sonríe cuando ve aparecer su cara en la pantalla del televisor, en la misma ronda de noticias, y me doy cuenta de que está disfrutando de su pequeña dosis de fama aunque eso pueda comportar que le consideren un fugitivo. Después vuelven a mostrar mi imagen, y también la de Henri, cómo no. Me parte el corazón verle, incluso aunque el retrato no se le parezca en nada. Ahora no es el momento de sentir culpabilidad o pena, pero le echo muchísimo de menos. Y si

está muerto es por mi culpa.

Quince minutos después, Seis entra con una bolsa blanca de plástico. La mantiene en alto y la agita para que la veamos.

—Os he comprado una cosilla.

—¿Sí? ¿Y qué es? —pregunto.

Ella mete la mano en la bolsa y saca una maquinilla de cortar el pelo.

—Creo que ya os toca un buen rapado a los dos.

—Venga ya, mi cabeza es demasiado pequeña. Voy a parecer una tortuga —protesta Sam. Yo me río al intentar imaginármelo sin su mata de pelo. Como además tiene un cuello largo y delgado, estoy por darle la razón.

—Así irás de incógnito —responde Seis.

—Pues no quiero ir de incógnito. Quiero ir de variable X.

—No me seas gallina —le dice Seis.

Al ver que se pone de morros, intento animarle.

—No pasa nada, Sam —le digo, y me quito la camiseta.

Seis me sigue hasta el baño y rompe el envoltorio de la maquinilla mientras yo me inclino sobre la bañera. Tiene los dedos un poco fríos y se me pone la piel de gallina por la columna. Me gustaría que fuera Sarah la que estuviera sujetándome el hombro y cortándome el pelo. Sam nos observa desde la puerta, suspirando sonoramente para dejar bien claro su descontento.

Cuando Seis termina, me quito los pelos sueltos con una toalla, me enderezo y me miro al espejo. La cabeza se me ve más blanca que el resto del cuerpo, pero es porque nunca ha visto el sol. Seguro que eso se arreglaría pasando unos días en los cayos de Florida, donde vivíamos Henri y yo antes de ir a Ohio.

—¿Lo ves? Así John parece un tío duro y curtido. Y yo voy a parecer un trüño —protesta mi amigo.

—Es que yo soy un tío duro y curtido, Sam —respondo.

Él hace una mueca mientras Seis limpia la maquinilla.

—Agáchate —dice.

Sam le obedece, poniéndose de rodillas e inclinándose encima de la bañera. Cuando Seis termina, él se pone de pie y me dirige una mirada suplicante.

—¿Es muy grave?

—Estás muy bien, colega —le digo—. Tienes pinta de fugitivo.

Sam se frota la cabeza varias veces y, cuando se mira al espejo, hace una mueca de dolor.

—¡Parezco un alienígena! —exclama fingiendo estar horrorizado, y entonces me lanza una mirada por encima del hombro—. Sin ánimo de ofender —añade a modo de disculpa.

Seis recoge todos los pelos de la bañera y los tira al váter, asegurándose de que el agua de la cisterna se los lleve todos. Después enrolla el cordón de la maquinilla en forma de lazo, perfecto y apretado, y la vuelve a meter en la

bolsa.

—El tiempo es oro —nos recuerda.

Colgamos nuestras mochilas en sus hombros y ella las toca con ambas manos. Al hacerse invisible, los paquetes también se desvanecen. Sin perder tiempo, sale por la puerta para llevarlos a la camioneta sin ser vista. Mientras está fuera, extendiendo el brazo hasta el rincón derecho del armario, aparto unas toallas y cojo el cofre lórico.

—¿Piensas abrir eso algún día o qué? —me pregunta Sam. Desde el momento en que le expliqué lo que era, está ansioso por ver lo que hay dentro.

—Sí que lo haré —contesto—. En cuanto me sienta a salvo.

La puerta del motel se abre y después se cierra otra vez. Seis reaparece y ojea el Cofre.

—No podré hacer desaparecer esto yendo contigo y con Sam. Solo funciona con lo que toco con las manos. Lo llevaré a la camioneta antes.

—No, no hace falta. Llévate a Sam y yo saldré después.

—Eso es una tontería, John. ¿Cómo vas a salir después?

Me pongo la gorra y la chaqueta, la abrocho y me subo la capucha de forma que solo se me vea la cara.

—Me las apañaré. Tengo un oído superior, como tú —aseguro.

Ella me mira con aire escéptico y menea la cabeza. Cojo la correa de *Bernie Kosar* y la engancho a su collar.

—Solo hasta que lleguemos a la camioneta —le prometo, ya que sé que no soporta ir con correa. Pensándolo mejor, como sus patas aún se están curando, me agacho para llevarlo en brazos, pero él me comunica que prefiere andar—. Cuando tú digas, amiguito —le digo.

—Bueno, vamos allá —dice Seis.

Sam le ofrece la mano con un poquitín más de entusiasmo de la cuenta. Sofoco una risilla.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada —contesto, meneando la cabeza—. Os seguiré lo mejor que pueda, pero no os adelantéis demasiado.

—Tú tose si no puedes seguirnos, y nosotros nos pararemos. La camioneta está aparcada a pocos minutos andando desde aquí, detrás del granero abandonado —me indica Seis—. No tiene pérdida.

La puerta se abre, y Sam y Seis desaparecen.

—Es nuestro turno, *Bernie*. Ahora solo estamos tú y yo.

Él me sigue con trote alegre y la lengua colgando. Aparte de algunas salidas rápidas al césped que hay al lado del motel para hacer sus necesidades, *Bernie Kosar* ha pasado estos días tan enclaustrado como los demás.

El aire de la noche es frío. El viento me trae un aroma de pino a la cara y me reanima inmediatamente. Al caminar, cierro los ojos y peino el aire con la

mente para percibir a Seis. Intento tocar mi entorno mediante la telequinesia, del mismo modo que pude detener una bala en Athens abarcando el aire que la rodeaba. Los percibo a unos pocos pasos por delante de mí, algo más a la derecha. Sorprendo a Seis dándole un codazo, y casi se le corta la respiración. Tres segundos más tarde, me da tal golpe con el hombro que casi me tumba. Me río, y ella conmigo.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta Sam. Nuestro jueguecito le irrita—. Teníamos que ir en silencio, ¿no os acordáis?

Llegamos hasta la camioneta, que se encuentra detrás de un destartelado granero que parece estar a punto de desmoronarse. Seis suelta la mano de Sam, que se sube al asiento del medio de la cabina. Ella se sitúa al volante y yo me deslizo al lado de mi amigo, con *Bernie* a mis pies.

—Joder, colega, ¿qué te ha pasado en el pelo? —digo a Sam para pincharle.

—Anda ya.

Seis arranca el motor y yo sonrío mientras ella gira el volante hacia la carretera y enciende las luces en cuanto las ruedas tocan el asfalto.

—¿De qué te ríes? —pregunta Sam.

—Estaba pensando que, de los cuatro que somos, tres somos extraterrestres, dos somos fugitivos con vínculos terroristas y ni uno solo tiene un permiso de conducir en regla. Algo me dice que las cosas van a ponerse interesantes.

Ni siquiera Seis puede evitar sonreír al oír aquello.

CAPÍTULO CUATRO



—**YO TENÍA TRECE AÑOS CUANDO NOS ENCONTRARON** —dice Seis cuando entramos en Tennessee, quince minutos después de abandonar el motel de Trucksville. Yo le he pedido que nos cuente cómo las habían capturado a Katarina y a ella—. Habíamos huido al oeste de Texas desde México tras cometer una estupidez. Las dos estábamos emocionadísimas con un mensaje que había escrito el Número Dos en Internet, aunque entonces no sabíamos quién de nosotros lo había escrito, y respondimos. Estábamos solas en México, viviendo en una ciudad polvorienta y aislada, y necesitábamos saber si realmente lo había escrito un miembro de la Guardia.

Yo asiento. Sé a qué se refiere. Henri también vio el mensaje de ese blog cuando vivíamos en Colorado. Yo estaba en la escuela, en una competición de deletreo, y la cicatriz me salió estando en la tarima. Me llevaron corriendo al hospital, donde el médico vio la primera cicatriz, y la quemadura reciente de la segunda, que llegaba hasta el hueso. Cuando Henri llegó, le acusaron de malos tratos, y aquello fue lo que hizo que huyéramos del estado y adoptáramos una nueva identidad, que empezáramos otra vez de nuevo.

—«Nueve, y ahora ocho. ¿Estáis ahí los demás?» —digo.

—Eso decía.

—O sea, que fuisteis vosotras las que contestasteis —digo. Henri había sacado capturas de pantalla del mensaje para que yo lo viera. Intentó por todos los medios colarse en el ordenador de Dos para borrar el mensaje antes de que fuera demasiado tarde, pero no fue lo bastante rápido. La mataron enseguida. Y justo después alguien borró el mensaje. Supusimos que habían sido los mogadorianos.

—La que respondió fue Katarina. Solo escribió « Estamos aquí », y menos de un minuto después apareció la cicatriz —recuerda Seis, negando con la cabeza—. Fue una estupidez por parte de Dos mandar aquel mensaje, sabiendo que era la siguiente. Todavía no entiendo por qué se arriesgó de esa manera.

—¿Y sabéis dónde estaba? —pregunta Sam. Yo miro a Seis.

—¿Tú lo sabes? —le pregunto—. A Henri le parecía que era Inglaterra, pero no lo sabía a ciencia cierta.

—Ni idea. Solo sabíamos que, con lo poco que habían tardado en llegar hasta ella, no tardarían mucho en encontrarnos a nosotras.

—Pero ¿cómo sabéis que colgó ella el mensaje? —pregunta Sam. Seis se le queda mirando.

—¿A qué te refieres?

—No sé; ni siquiera tenéis claro dónde estaba, así que ¿cómo podéis estar tan seguros de que era ella?

—¿Quién más podría ser? —pregunto yo.

—Bueno, no hay más que fijarse en lo cautelosos que sois John y tú. No me imagino a ninguno de los dos haciendo una tontería semejante sabiendo que sois los siguientes. Sobre todo teniendo en cuenta todo lo que sabéis de los mogadorianos. No os imagino colgando un mensaje así, eso para empezar.

—Tienes razón, Sam.

—A lo mejor ya habían cogido a Dos y estaban intentando que alguno de vosotros se delatara antes de matarla. Eso explicaría por qué murió pocos segundos después de que respondierais. Pudo ser un farol. O quizá Dos sabía lo que estaban haciendo y se mató para dar la voz de alarma y que huyerais, o algo así. Quién sabe. Al fin y al cabo son solo suposiciones, ¿no?

—Es verdad —digo yo. Pero no son descabelladas. Y no se me habían ocurrido. Me pregunto si se le ocurrieron a Henri.

Continuamos nuestro viaje en silencio, pensando en aquello. Seis se mantiene en el límite de velocidad, y algunos coches nos adelantan. La autopista está flanqueada por farolas altas que hacen que las montañas adquieran un aspecto siniestro al pasar.

—Puede que estuviera asustada y desesperada —digo yo—. Quizá eso le llevó a hacer una tontería, como escribir un mensaje en Internet sin pensar en las consecuencias.

—A mí no me parece lo más probable —dice Sam encogiéndose de hombros.

—Es verdad —asiento—. Pero puede que ya hubieran matado a su cêpan, y que ella estuviera histérica. Debía de tener doce años, trece a lo sumo. Imagínate que tienes trece años y que estás solo —digo, antes de darme cuenta de que estoy describiendo exactamente la situación de Seis. Ella me dirige una mirada fugaz, y luego vuelve la vista hacia la carretera.

—No se nos había ocurrido que pudiera ser una trampa —dice—. Aunque tiene sentido. Nosotras estábamos asustadas. Y yo tenía el tobillo ardiendo. Es difícil pensar con claridad cuando te duele el pie como si te lo estuvieran cortando con una sierra.

Yo asiento, pensativo.

—Pero incluso después del miedo inicial, no se nos ocurrió verlo así. Contestamos, y eso fue lo que los puso sobre nuestra pista. Fue una estupidez por nuestra parte. Puede que tengas razón, Sam. Solo espero que, a partir de ahora, seamos un poco más listos. Los que quedamos.

Esta última frase permanece flotando en el aire. Solo quedamos seis. Seis contra cuantos quiera que sean ellos. Y sin forma alguna de saber cómo encontrarnos los unos a los otros. Pero somos la única esperanza, y unidos seremos más fuertes. El poder de los seis. Ese pensamiento hace latir mi corazón al doble de su ritmo normal.

—¿Qué? —pregunta Seis.

—Que quedamos seis.

—Eso ya lo sé. ¿Y qué?

—Somos seis, y puede que algunos de los otros todavía conserven a sus cêpan; o puede que no. Pero solo somos seis para luchar contra quién sabe cuántos mogadorianos. ¿Mil? ¿Cien mil? ¿Un millón?

—Oye, no os olvidéis de mí —apunta Sam—. Y de *Bernie Kosar*.

—Lo siento, Sam; tienes razón. Somos ocho —asiento. De repente, me acuerdo de otra cosa—. Seis, ¿sabes algo de la segunda nave que salió de Lorien?

—¿Otra nave aparte de la nuestra?

—Sí, salió justo después de la nuestra. O al menos, creo que lo hizo. Iba cargada con quimeras. Había unas quince más o menos, y tres cêpan, y puede que un bebé. Lo vi en visiones cuando Henri y yo estábamos entrenando, aunque él no lo tenía claro. Pero, hasta el momento, todas mis visiones han resultado ser verdad.

—No tenía ni idea.

—Despegó en un viejo cohete parecido a las lanzaderas de la NASA. De esas que funcionan con combustible y que dejan un rastro de humo tras de sí.

—Entonces no pudo llegar hasta aquí —dice Seis.

—Ya, eso mismo dijo Henri.

—¿Has dicho que había quimeras? —pregunta Sam—. ¿Como *Bernie Kosar*?

—Asiento, y él se anima—. Quizá fue así como llegó aquí. ¿Te imaginas que llegaron todas? ¿No visteis lo que *Bernie* hizo durante la batalla?

—Sí, sería una pasada —coincido—. Pero estoy bastante seguro de que el pequeño *Bernie* venía en nuestra nave.

Deslizo mi mano por el lomo de *Bernie Kosar*, palpando el pelaje apelmazado por las costras que todavía lo cubren. Sam suspira y se retrepa en el asiento con expresión de alivio, imaginándose probablemente a un ejército de quimeras viniendo en nuestra ayuda en el último minuto para acabar con los mogadorianos. Seis mira por el retrovisor, y los faros del coche que va detrás dibujan una franja de luz sobre su frente. Después vuelve la vista hacia la carretera con la misma expresión introspectiva que Henri siempre tenía cuando conducía.

—Los mogadorianos... —empieza a decir suavemente, tragando saliva, mientras Sam y yo volvemos a centrar nuestra atención en ella— dieron con nosotras al día siguiente de que respondiéramos al mensaje de Dos, en un pueblo desolado al oeste de Texas. Katarina llevaba conduciendo quince horas seguidas desde México, se estaba haciendo tarde y las dos estábamos agotadas por la falta de sueño. Salimos de la autopista y paramos en un motel no muy distinto al que acabamos de dejar. Estaba en un pueblecito que parecía sacado de una película antigua del oeste, lleno de *cowboys* y rancheros. Incluso había postes al lado de algunos edificios para que la gente pudiera atar los caballos. Era muy raro, pero nosotras veníamos de un pueblecito perdido de México, así que no nos lo pensamos dos veces y paramos.

Hace una pausa mientras un coche nos adelanta. Ella lo sigue con la vista y comprueba el indicador de velocidad antes de volver a centrarse en la carretera.

—Fuimos a comer algo a una cafetería. Hacia la mitad de la cena más o menos, un hombre entró y se sentó. Llevaba una camisa blanca y un corbatín, un corbatín como de vaquero, y su ropa parecía pasada de moda. Nosotras no le hicimos caso, aunque yo me di cuenta de que los demás clientes le miraban como a un bicho raro, igual que a nosotros. En un momento dado, él se volvió y miró hacia nosotras, pero como los demás habían hecho lo mismo antes, no le di mayor importancia. Yo solo tenía trece años, y en ese momento me costaba pensar en otra cosa que no fuera en comer y dormir. Cuando terminamos la cena, nos volvimos a nuestra habitación. Katarina se metió en la ducha y, nada más salir, envuelta en un albornoz, alguien llamó a la puerta. Las dos nos miramos. Ella preguntó quién era, y un hombre contestó que era el director del motel, que nos traía toallas limpias y hielo; sin pensármelo dos veces, me dirigí hacia la puerta y la abrí.

—Oh, no —dice Sam.

Seis asiente.

—Era el hombre de la cafetería, el del corbatín. Entró en la habitación sin

mediar palabra y cerró la puerta. Yo llevaba mi colgante a plena vista. Él supo inmediatamente quién era yo, y nosotras supimos inmediatamente quién era él. De un solo movimiento limpio, sacó un cuchillo de la cinturilla del pantalón y me lo lanzó a la cabeza. Fue rápido, y yo no tuve tiempo de reaccionar. Aún no tenía los legados, no podía defenderme. Estaba muerta. Pero entonces ocurrió una cosa muy extraña: mientras el cuchillo se clavaba en mi frente, era su cráneo el que se abría. Yo no sentí nada. Luego me enteré de que no tenían ni idea de que nos protegía el encantamiento: no podían matarme hasta que no hubieran muerto los cinco primeros. El tío se desplomó y reventó convertido en cenizas.

—Qué fuerte —dice Sam.

—Espera —interrumpo yo—. Por lo que he visto, los mogadorianos son bastante reconocibles. Tienen la piel tan pálida que parece blanqueada con lejía. Y sus dientes y sus ojos... —añado, sin terminar la frase—. ¿Cómo no os disteis cuenta en la cafetería? ¿Cómo le dejasteis entrar en la habitación?

—Juraría que solo los rastreadores y los soldados tienen ese aspecto. Son como el ejército de los mogadorianos. O al menos eso era lo que decía Katarina. Los demás parecen humanos normales, como nosotros. El que entró en la cafetería parecía un contable, con sus gafas de montura metálica, sus pantalones negros, su camisa blanca de manga corta y su corbatín. Incluso tenía un bigote como anticuado. Recuerdo que estaba bronceado. No nos imaginábamos que nos hubieran seguido hasta allí.

—Ahora ya me siento más tranquilo —digo en plan irónico. Revivo la imagen del cuchillo clavándose en el cráneo de Seis y matando al mogadoriano en su lugar. Si uno de ellos intentara clavarme un cuchillo ahora mismo, me mataría. Aparto ese pensamiento de mi mente y pregunto a Seis—: ¿Crees que siguen en Paradise?

Durante un minuto ella no dice nada y, cuando al fin habla, me arrepiento de habérselo preguntado.

—Puede que sí.

—Entonces, ¿Sarah está en peligro?

—Todos están en peligro, John. Todas las personas de Paradise que conocemos, y también las que no conocemos.

Seguramente todo el pueblo estará bajo vigilancia, y yo sé que es peligroso acercarse a menos de cien kilómetros a la redonda. Y llamar. Incluso mandar una carta, porque entonces deducirían la importancia que Sarah tiene para mí, la relación que hay entre nosotros.

—Total —dice Sam, queriendo volver al tema—, que el contable mogadoriano se cae al suelo y se muere. ¿Y qué pasó luego?

—Katarina me lanzó el Cofre y cogió nuestra maleta, y salimos a toda prisa del motel, ella aún con el albornoz puesto. La camioneta no estaba cerrada, y nos metimos dentro en un segundo. Otro mogo salió disparado de detrás del motel.

Kata estaba tan aturullada que no encontraba las llaves. Aun así bloqueó las puertas. Además, las ventanillas estaban subidas. Pero aquel tío no perdió el tiempo: le dio un puñetazo al cristal de la ventanilla del acompañante y me agarró por la camisa. Katarina gritó, y varios hombres que estaban por allí entraron en acción.

»Otros salieron de la cafetería para ver lo que estaba pasando. El mogadoriano no tuvo más remedio que soltarme para encararse a ellos.

»—¡Las llaves están en la habitación! —gritó Katarina. Me miró con unos ojos muy abiertos, enormes, desesperados. Estaba aterrorizada. Las dos lo estábamos. Yo salí de la camioneta y corrí a la habitación a por las llaves. De no haber sido por aquellos hombres de Texas, no habríamos podido huir; nos salvaron la vida. Cuando salí de la habitación con las llaves, uno de ellos estaba apuntando a un mogadoriano con una pistola.

»No tengo ni idea de lo que pasó después, porque Katarina arrancó a toda velocidad y no miramos atrás. Escondimos el Cofre unas semanas más tarde, justo antes de que nos cogieran de verdad.

—¿No tienen ya los cofres de los tres primeros? —pregunta Sam.

—Estoy segura de que sí, pero ¿qué más da? En cuanto morimos, los cofres se abren solos y todo lo que contiene se vuelve inservible —explica Seis. Yo asiento, pues sé que es así por las conversaciones que tuve con Henri.

—Y no solo se vuelven inservibles —añado—, sino que se desintegran, igual que pasa con los mogadorianos cuando alguien los mata.

—Qué fuerte —dice Sam.

Entonces recuerdo la nota que leí cuando fui a Athens, Ohio, a rescatar a Henri.

—Por cierto, Henri fue a ver a unos tíos que publicaban la revista *Están entre nosotros*.

—¿Qué pasa con ellos?

—Tenían un informador que afirmaba haber capturado a un mogadoriano y haberlo torturado para sacarle información, y supuestamente sabía que habían rastreado al Número Siete hasta España y que el Número Nueve estaba en Sudamérica.

Seis se queda pensando un instante. Se muerde el labio y mira por el retrovisor.

—Me consta que el Número Siete es una chica; eso lo recuerdo del viaje en la nave.

Justo entonces, una sirena suena detrás de nosotros.

CAPÍTULO CINCO



ES SÁBADO POR LA NOCHE, Y LA NIEVE HA CESADO. El rechinar de las palas rozando el asfalto se eleva en el aire nocturno. Desde la ventana veo las tenues siluetas difusas de los vecinos que amontonan la nieve donde no moleste, dejando libre el camino para el paseo matutino y las tareas del domingo. Ver trabajar a los aldeanos en esta noche serena, todos unidos por un propósito común, tiene un cierto efecto sedante, y me gustaría estar allí, con ellos. Y entonces suena el aviso que anuncia la hora de acostarse. En el dormitorio, las chicas no tardan ni un minuto en meterse en la cama, y acto seguido se apagan las luces.

Empiezo a soñar en cuanto cierro los ojos. Es un día cálido de verano, y estoy de pie en un campo floreado. A mi derecha, a lo lejos, el contorno de una escarpada cadena montañosa recorta el telón de fondo de la puesta de sol; a mi izquierda se encuentra el mar. Una chica vestida de negro, con pelo azabache y unos espectaculares ojos grises, surge de la nada. Lleva una sonrisa en la boca, rebelde y llena de confianza. Estamos las dos solas. Entonces, estalla una gran turbulencia detrás de mí, como si se estuviera produciendo un terremoto aislado, y el suelo se resquebraja y se separa. No me doy la vuelta para ver qué está

sucediendo. La chica levanta la mano, invitándome a cogérsela, con su mirada clavada en la mía. Extiendo el brazo hacia ella. Mis ojos se abren.

Un chorro de luz entra por las ventanas. Aunque parece que hayan pasado solo unos minutos, en realidad ha transcurrido toda la noche. Intento quitarme el sueño de la cabeza sacudiéndola. El domingo es el día de descanso, aunque paradójicamente para nosotras es el día más ajetreado de la semana, y empieza con una larga misa.

En apariencia, la gran masa de gente que acude los domingos se debe a la devoción religiosa de la comunidad, pero en realidad se debe al ágame que se ofrece después de la misa. Todas las que vivimos aquí debemos contribuir a preparar la comida. Mi puesto está en el comedor, atendiendo la cola. No quedamos libres hasta que acaba el banquete. Con suerte, terminaremos antes de las cuatro, y después podremos estar fuera hasta que se ponga el sol. En esta época del año, esto ocurre un poco después de las seis.

Corremos a las duchas, nos lavamos rápidamente, nos cepillamos los dientes y el pelo y nos ponemos la ropa de los domingos: unos uniformes blancos y negros, todos idénticos, que solo nos dejan las manos y la cabeza al descubierto. Cuando ya han salido casi todas las demás chicas, Adelina entra en el dormitorio. Se planta delante de mí y me arregla el cuello de la túnica, cosa que me hace sentir como una niña. Oigo la muchedumbre llenando la nave de la iglesia. Adelina no abre la boca. Yo tampoco. Me fijo por primera vez en los mechones grises de su pelo de color caoba. Se le ven arrugas en torno a los ojos y la boca. Tiene cuarenta y dos años, pero parece diez años mayor.

—He soñado con una chica de pelo muy negro y ojos grises que me tendía la mano —le digo, rompiendo el silencio—. Quería que se la cogiera.

—Ah, ¿sí? —me dice; no entiende por qué le estoy contando mi sueño.

—¿Crees que podría ser de los nuestros?

Ella da un último tirón al cuello.

—Creo que no deberías dar tanta importancia a los sueños.

Quiero rebatírselo, pero no sé cómo, y al final solo le digo:

—Parecía muy real.

—Eso pasa con muchos sueños.

—Pero hace tiempo me dijiste que en Lorien a veces podíamos comunicarnos a través de distancias muy largas.

—Sí, y después de eso te leía cuentos de lobos que derribaban casitas soplando y de gallinas que ponían huevos de oro.

—Pero eran fábulas.

—Eso también es una gran fábula, Marina.

—¿Cómo puedes decir eso? —protesto con los dientes apretados—. Las dos sabemos que no es una fábula. Las dos sabemos de dónde venimos y por qué estamos aquí. No sé por qué actúas como si no vieras de Lorien y no tuvieras el

deber de enseñarme.

Ella se coge las manos por detrás de la espalda y mira al techo.

—Marina, desde que llegué aquí, desde que llegamos aquí, hemos tenido la suerte de aprender la verdad sobre la creación, nuestro origen y cuál es nuestra auténtica misión en la Tierra. Y todo eso está en la Biblia.

—¿Y la Biblia no es una fábula?

Sus hombros se agarrotan. Arruga la frente y aprieta la mandíbula.

—Lorien no es una fábula —digo sin darle tiempo a responderme, y, utilizando la telequinesia, levanto una almohada de una cama cercana y la hago girar en el aire.

Adelina hace entonces algo que nunca había hecho antes: me da un bofetón. Muy fuerte. Boquiabierta, dejo caer la almohada y me aprieto la mejilla dolorida con la mano.

—¡Ni se te ocurra hacer eso delante de nadie! —dice con rabia en la voz.

—Lo que he hecho ahora mismo no era una fábula. No formo parte de una fábula. Y tú eres mi cêpan, y tampoco formas parte de una fábula.

—Llámalo como quieras —insiste.

—Pero ¿es que no has leído las noticias? Sabes que ese chico de los Estados Unidos es uno de los nuestros; ¡no puedes negarlo! ¡Puede que represente nuestra única oportunidad!

—¿Nuestra única oportunidad de qué? —me pregunta.

—De tener una vida con sentido.

—¿Y qué es lo que hacemos aquí según tú?

—Pasar los días viviendo las mentiras de la gente de otro planeta —contesto.

—Déjalo ya, Marina —me dice meneando la cabeza, y cuando sale de la habitación no tengo más remedio que seguirla.

Marina. Es un nombre que ahora me suena muy normal, muy yo. No tengo que pensarlo cuando Adelina me llama así para regañarme o cuando una de las chicas del orfanato grita ese nombre desde la puerta del colegio, agitando un libro de matemáticas que he olvidado al salir. Pero no siempre me he llamado así. Cuando vagábamos sin rumbo buscando un plato de comida caliente o una cama donde dormir, antes de llegar a España y a Santa Teresa, antes de que Adelina fuera Adelina, yo había sido Geneviève, y ella, Odette. Esos eran nuestros nombres franceses.

—Tenemos que cambiar de nombre cada vez que cambiemos de país —me susurró Adelina una vez, cuando se llamaba Signy y acabábamos de llegar a Noruega, donde había atracado nuestro barco después de haber pasado meses en el mar. Ella había elegido el nombre de Signy porque estaba escrito en la camisa de una camarera.

—¿Y cómo voy a llamarme yo? —pregunté entonces.

—Como tú quieras —me contestó. Estábamos en una cafetería de una aldea

perdida, disfrutando del calor de la taza de chocolate caliente que habíamos pedido para las dos. Signy se había levantado para coger de una mesa cercana el suplemento dominical de un periódico. En la portada había una foto de la mujer más guapa que había visto nunca: pelo rubio, pómulos pronunciados, ojos de un azul intenso. Se llamaba Birgitta, y ese fue el nombre que elegí.

Incluso estando en un tren, viendo pasar por la ventana un país tras otro a toda velocidad, como si fueran árboles, siempre cambiábamos de nombre, aunque fuera por unas horas. Por supuesto, lo hacíamos para eludir a los mogadorianos o a cualquier otro que anduviera tras nuestra pista, pero también era lo único que nos elevaba la moral, minada por todas nuestras calamidades. A mí me parecía tan divertido que deseaba recorrer Europa entera varias veces. En Polonia, yo elegí el nombre de Minka y ella el de Zali. En Dinamarca, ella era Fátima, y yo, Yasmin. En Austria tuve dos nombres: Sophie y Astrid. Ella le cogió apego al de Emmalina.

—¿Por qué Emmalina? —le pregunté entonces.

—Pues no lo sé —rio ella—. Supongo que porque es como dos nombres en uno: Emma y Lina. Los dos son bonitos, pero si los juntas te sale un nombre increíble.

De hecho, ahora me pregunto si aquella fue la última vez que la oí reír. O la última vez que nos abrazamos o que hicimos propósitos respecto a nuestros destinos. Lo que sí sé es que fue la última vez que noté que le importaba ser mi cêpan y la suerte que corriera Lorient... o la que corriera yo.

Llegamos a la misa justo antes de que empiece. Los únicos sitios libres están en la última fila, que de todos modos es donde prefiero sentarme. Arrastrando los pies, Adelina se acerca a la primera fila para sentarse con las hermanas. El padre Marco, el sacerdote, arranca con una oración inicial pronunciada con su voz lúgubre de siempre, y la mayoría de sus palabras me llegan tan difusas que no soy capaz de entenderlas. Prefiero que sea así, para poder mantener mi distanciada apatía durante todo el tiempo que dura la misa. Intento apartar de mí la bofetón de Adelina, y me entretengo pensando en lo que haré cuando por fin termine el ágape. La nieve no se ha derretido ni un ápice, pero aun así estoy decidida a ir a mi cueva. Tengo cosas nuevas que pintar, y quiero terminar el retrato de John Smith que empecé la semana pasada.

La misa dura una eternidad, o al menos es lo que parece, con su liturgia: los ritos, las lecturas, los salmos, las oraciones, la homilía, la comunión. Para cuando llegamos a la oración final ya estoy agotada, y no me molesto siquiera en fingir que rezo como suelo hacer normalmente, y en lugar de eso me quedo sentada con la cabeza alta y los ojos abiertos, mirando desde atrás las cabezas de los presentes. Casi todos son gente conocida. Hay un hombre que se ha quedado dormido en el banco, con la espalda derecha, los brazos cruzados y la barbilla pegada al pecho. Lo observo hasta que se sobresalta por algún sueño y se

despierta con un ronquido. Varias cabezas se vuelven hacia él mientras recupera la compostura. No puedo evitar sonreír y, cuando aparto la vista, mis ojos se encuentran con los de la hermana Dora, que me mira con expresión severa. Bajo la cabeza, cierro los ojos y finjo unirme a la oración, moviendo la boca de acuerdo con las palabras que recita el padre Marco desde el altar, pero sé que me han pillado. Es la especialidad de la hermana Dora. Su misión en la vida es pillarnos haciendo algo que no deberíamos.

Nos santiguamos todos después de la oración, acto con el que concluye la misa. Me levanto del sitio antes que nadie y corro de la nave a la cocina. Aunque la hermana Dora es la más corpulenta de todas las monjas, hace gala de una sorprendente agilidad cuando la ocasión lo requiere, y no quiero darle la oportunidad de interceptarme. Si me escapo de ella, tal vez evite el castigo. Y parece que me salgo con la mía, porque cuando entra en el comedor cinco minutos después y me encuentra pelando patatas al lado de una chica desgarrada de catorce años llamada Paola y su hermana de doce, Lucía, se limita a mirarme con gesto agrio.

—¿Qué le pasa? —me pregunta Paola.

—Me ha pillado sonriendo en la misa.

—Menos mal que no ha querido azotarte —añade Lucía, hablando por un lado de la boca.

Yo asiento y prosigo con mi tarea. Aunque duran poco, son estos pequeños momentos los que crean lazos entre las chicas, unidas frente a un enemigo común. Cuando era más pequeña, creía que la vida en comunidad, el hecho de ser huérfanas viviendo bajo el mismo techo tiránico, nos convertiría a todas en amigas desde el primer momento y para siempre. Pero en realidad solo servía para dividirnos, para crear pequeñas facciones dentro de un grupo ya de por sí pequeño: las guapas haciendo pandilla (exceptuando a la Gorda, que se incluía en esta categoría de todos modos), las listas, las deportistas y las pequeñas, pero a mí acabaron dejándome sola.

Media hora más tarde, cuando la comida está lista, la llevamos de la cocina a la cola de gente que está esperando y que nos recibe con un aplauso. Al final de la cola veo a mi vecino favorito de Santa Teresa: Héctor Ricardo. Lleva la ropa sucia y arrugada, y el pelo revuelto. A sus ojos enrojecidos se añade un tono casi escarlata de la cara y las mejillas. Incluso desde la distancia a la que estoy yo se le ve un ligero temblor en las manos, como le ocurre siempre los domingos (el único día de la semana que no bebe, cumpliendo su promesa). Hoy se le ve especialmente demacrado, aunque cuando al fin le toca el turno, extiende la bandeja con firmeza y lleva en la cara la sonrisa más optimista que puede mantener.

—¿Cómo te va la vida, mi querida reina del mar? —me pregunta, y yo le respondo con una leve reverencia.

—No me va mal, Héctor. ¿Y a ti?

Él se encoge de hombros antes de contestar:

—La vida es como un buen vino: hay que saborearla sin prisa.

Me hace reír. Héctor siempre sale con algún viejo dicho.

Lo conocí cuando yo tenía trece años. Él estaba sentado en la terraza del único bar de la calle principal, bebiendo una botella de vino a solas. Era media tarde, y yo volvía al convento después de clase. Nuestras miradas se encontraron cuando pasé delante de él.

—Marina, la del mar —me dijo entonces, y me llamó la atención que supiera mi nombre, aunque no era tan extraño, puesto que se puede decir que llevaba viéndolo todas las semanas en la iglesia desde el momento en que llegué—. Ven a hacerle un poco de compañía a un viejo borracho.

Y eso fue lo que hice, no sé por qué. Tal vez porque Héctor tiene algo que le hace muy agradable. A su lado me siento relajada, y no finge ser algo que no es, como hace mucha gente. Todo en su actitud comunica el mensaje: «Este soy yo; o lo tomas o lo dejas».

Aquel primer día pasamos un rato charlando, lo bastante como para darle tiempo a terminar la primera botella de vino y pedir otra.

—Con Héctor Ricardo estás a salvo —me dijo cuando llegó el momento de que volviera al convento—. Yo cuidaré de ti; me obliga mi nombre. La raíz griega de Héctor significa «defender, ser fiel». Y Ricardo significa «rey fuerte» —explicó, dándose dos golpes en el pecho con el puño derecho—. ¡Héctor Ricardo te defenderá!

Noté que lo decía en serio. A continuación, me dijo:

—Marina, la del mar. Eso es lo que significa tu nombre, ¿lo sabías?

Le dije que no, porque era extranjera. Me pregunté qué significaría Birgitta. Y Yasmin. En qué se basaba el nombre de Emmalina.

—Eso quiere decir que eres la reina del mar de Santa Teresa —afirmó con una sonrisa ladeada.

Yo me reí, diciéndole:

—Me parece que has bebido demasiado, Héctor Ricardo.

—Pues sí —contestó—. Soy el borracho del pueblo, mi querida Marina. Pero no te dejes engañar por eso. Héctor Ricardo sigue siendo un defensor. Además, enséñame a un hombre sin vicios y yo te enseñaré a un hombre sin virtudes.

Años más tarde, sigue siendo una de las pocas personas a las que puedo llamar amigo.

Tardamos veinticinco minutos en dar su ración del día a los pocos centenares de personas que han acudido; luego, cuando ya no queda nadie en la cola, nos toca a comer a nosotras, sentadas en un grupo aparte. Comemos tan rápido como podemos, sabiendo que cuanto antes recojamos y limpiemos, antes quedaremos libres para salir por nuestra cuenta.

Quince minutos después, las cinco que hemos atendido la cola nos ponemos a fregar cazos y sartenes y a limpiar superficies. En el mejor de los casos, tardamos una hora en hacer la limpieza, y eso solo si todos se van después de haber comido, cosa que rara vez ocurre. Mientras limpiamos, y cuando sé que no hay nadie mirando, meto en una bolsa los alimentos no perecederos que quiero llevarme hoy a la cueva: fruta confitada, frutos secos, una lata de atún, otra de judías. Esto se ha convertido en una costumbre semanal más para mí. Durante mucho tiempo me convencía a mí misma de que lo hacía para poder picar mientras pintaba las paredes de la cueva, pero la verdad es que estoy creando una reserva de comida en caso de que llegue lo peor y tenga que esconderme. Y cuando digo *lo peor*, me refiero a ellos.

CAPÍTULO SEIS



CUANDO AL FIN SALGO FUERA, TRAS PONERME ROPA más caliente y echarme la manta de la cama debajo del brazo, el sol se ha trasladado hacia el oeste y no hay ni una nube en el cielo. Son las cuatro y media, lo que me deja un margen de una hora y media como mucho. Odio el contraste de ritmo de los domingos, la forma tan lenta en que avanza el día hasta el mismo momento en que somos libres: a partir de entonces empieza a ir muy deprisa. Miro hacia el este, y la luz reflejada en la nieve me hace entrecerrar los ojos. La cueva se encuentra más allá de dos colinas rocosas. Con toda la nieve que hay en el suelo, dudo que pueda localizar hoy la entrada. No obstante me pongo el sombrero, me abrocho la chaqueta, me echo la manta alrededor del cuello a modo de capa y me dirijo hacia el este.

Dos grandes abedules marcan el comienzo del camino, y mis pies se quedan fríos nada más adentrarme en los profundos ventisqueros nevados. La manta que llevo encima barre la nieve detrás de mí, borrando mis huellas. Paso frente a algunos elementos reconocibles del camino: una roca que sobresale de las demás, un árbol ligeramente inclinado... Al cabo de unos veinte minutos paso junto a las rocas con forma de joroba de camello, lo que me indica que casi he

llegado.

Tengo la ligera sensación de que alguien me observa, incluso de que me siguen. Me doy la vuelta y echo un vistazo a la ladera de la montaña. Silencio. Nieve. Nada más. La manta me está viniendo de maravilla para eliminar mi rastro. Una sensación incómoda me recorre lentamente la nuca. He visto cómo los conejos se camuflan con el entorno, cómo pasan desapercibidos hasta que casi estás encima de ellos, y sé que porque yo no vea a nadie no significa que no me estén viendo a mí.

Cinco minutos más tarde diviso al fin el arbusto redondeado que tapa la entrada a la cueva. Parece una madriguera gigante de marmota excavada en la montaña, y con eso precisamente la confundí hace años. Pero al mirarla más detenidamente, me di cuenta de que no era así. La cueva era profunda y oscura, y entonces apenas podía ver con la poca luz que entraba. Pero interiormente deseaba descubrir sus secretos, y me pregunto si aquello fue lo que hizo que se manifestara mi legado de ver en la oscuridad. Aunque no veo igual de bien que a la luz del día, hasta los lugares más recónditos y oscuros se muestran ante mis ojos como iluminados por una vela.

Me arrodillo y aparto con la mano la nieve suficiente como para deslizarme dentro de la cueva. Tiro la bolsa por delante de mí, me desato la manta del cuello y la paso sobre la nieve para borrar mis huellas. Luego la cuelgo en la entrada para resguardar la cueva del viento. La abertura es estrecha a lo largo de los primeros tres metros, tras los cuales se abre un pasadizo ligeramente más ancho que acaba descendiendo por una pronunciada pendiente lo bastante alta como para poder recorrerla en posición erguida; por último, la cueva se abre, revelándose en toda su amplitud.

El techo es alto y hace reverberar el sonido, y las cinco paredes se suceden suavemente formando un polígono casi perfecto. Un arroyo atraviesa el rincón del fondo, a la derecha. No tengo ni idea de dónde sale ni adónde va a parar el agua, que brota de una de las paredes para desaparecer en las profundidades de la tierra, pero el nivel nunca varía, proporcionando una reserva de agua helada a todas horas y en cualquier época del año. Con esa fuente constante de agua potable, la cueva es el lugar perfecto para esconderse. De los mogadorianos, de las hermanas —incluida Adelina— y de las chicas. También es el sitio perfecto para practicar mis legados.

Dejo la bolsa junto al arroyo, saco los alimentos no perecederos y los coloco sobre una repisa de roca, en la que ya hay varias chocolatinas, bolsitas de muesli, copos de avena, barritas de cereales, leche en polvo, un bote de mantequilla de cacahuete y varias latas de fruta en almíbar, verdura en conserva y sopa. Lo suficiente para varias semanas. Cuando ya he escondido todo, me levanto y me permito recrearme en los paisajes y las caras que he pintado en las paredes.

Desde la primera vez que cogí un pincel en el colegio, me enamoré de la

pintura. Pintar me permite ver las cosas como quiero, y no necesariamente como son; es una válvula de escape, una forma de conservar recuerdos y pensamientos, de crear sueños y esperanzas.

Enjuago los pinceles, frotando la pintura seca de las cerdas, y luego mezclo la pintura con agua y sedimento del lecho del arroyo, creando unos tonos terrosos que combinan con el gris de las paredes de la cueva. Luego me dirijo hacia el rostro a medio pintar de John Smith, que me recibe con su vacilante sonrisa.

Dedico mucho tiempo a sus ojos azul oscuro, intentando plasmarlos bien. Tienen un destello difícil de reproducir; cuando me canso de intentarlo, empiezo un dibujo nuevo, el de la chica de pelo azabache con la que he soñado. A diferencia de los ojos de John, no tengo ningún problema con los de ella, y dejo que la pared gris haga su magia; creo que, si encendiera una vela frente a ellos, el color cambiaría ligeramente, como estoy segura de que lo hacen sus ojos según el humor del que esté y la luz que la rodee. Es la sensación que tengo. Las demás caras que he pintado son las de Héctor, Adelina y algunos comerciantes del pueblo que veo durante la semana. Al ser una cueva tan profunda y oscura, creo que mis dibujos están a salvo de los ojos de todo el mundo salvo los míos. Aun así sé que es un riesgo, pero no puedo evitarlo.

Al cabo de un rato, me levanto y aparto la manta, asomando la cabeza fuera de la cueva. Solo veo ventisqueros y la esfera solar besando el horizonte por la parte inferior, lo que me indica que ha llegado el momento de volver. No he pintado tanto ni durante tanto rato como me habría gustado. Antes de limpiar los pinceles, me dirijo a la pared que hay frente a John y miro el gran cuadrado rojo que he pintado en ella. Debajo había dibujado una estupidez, algo que sabía que me habría delatado como miembro de la Guardia: había hecho una lista.

Deslizando los dedos por la pintura seca y resquebrajada del cuadrado, pienso en los tres primeros números que hay detrás, profundamente apenada por lo que significan. Si su muerte tiene algún sentido es que ahora pueden descansar en paz sin vivir con miedo.

Me aparto del cuadrado, de la lista oculta; limpio los pinceles y lo escondo todo.

—Nos vemos la semana que viene, chicos —digo a las caras.

Antes de abandonar la cueva, me quedo mirando el paisaje que he pintado en la pared junto al pasadizo de entrada a la cueva. Se trata de la primera pintura que intenté hacer allí, aproximadamente a los doce años, y, a pesar de que la he ido retocando de vez en cuando a lo largo de los años, está prácticamente igual que el primer día. Son las vistas de Lorien desde la ventana de mi dormitorio, que todavía recuerdo perfectamente. Suaves colinas y verdes praderas salpicadas de grandes árboles. Y un grueso trazo de azul del río que corta el terreno. También hay pinceladas por aquí y por allá que representan a las quimeras bebiendo de sus frescas aguas. Y por último, arriba del todo, erguida a lo lejos sobre los nueve

arcos que representan a los nueve Ancianos del planeta, está la estatua de Pittacus Lore, tan pequeña que apenas se distingue, pero no cabe duda de que es ella, sobresaliendo entre las demás: como un faro de esperanza.



Salgo corriendo de la cueva hacia el convento, atenta ante cualquier cosa sospechosa. Cuando abandono el camino, veo que el sol se ha escondido tras el horizonte, lo que significa que llego tarde. Abro las pesadas puertas de roble y oigo las campanas de bienvenida sonando. Ha llegado alguien nuevo.

Me uno a las demás de camino a los dormitorios. En el convento tenemos una costumbre para dar la bienvenida: junto a nuestras camas y con las manos a la espalda, mirando de frente a la chica nueva, nos presentamos una a una. Cuando yo llegué, me pareció una costumbre horrible; odiaba estar tan expuesta cuando lo único que deseaba era esconderme.

En la entrada, de pie junto a la hermana Lucía, hay una niña de pelo caoba, con unos ojos marrones y curiosos y unos rasgos pequeñitos, no muy distintos a los de un ratón. Está mirando el suelo de piedra mientras cambia el peso de una pierna a otra, incómoda. Sus dedos juegan con la cintura de su vestido gris de lana, que está estampado con flores rosas. Lleva una pequeña horquilla rosa en el pelo, y unos zapatos negros con hebillas metálicas. Me da pena. La hermana Lucía espera a que todas sonriamos, las treinta y siete, y entonces empieza a hablar.

—Esta es Eli. Tiene siete años, y se va a quedar con nosotras a partir de ahora. Confío en que todas la haréis sentir como en casa.

Luego, las demás chicas susurran que, según se rumorea, sus padres han muerto en un accidente de coche, y que la han traído al convento porque no tiene más familiares.

Eli mantiene la vista en el suelo, y solo la levanta brevemente cada vez que una de las chicas se presenta. Es evidente que tiene miedo y que está triste, pero me doy cuenta de que es el tipo de niña que despierta simpatía entre la gente. No estará aquí mucho tiempo.

Todas nos dirigimos a la nave, para que la hermana Lucía le explique a Eli lo que significa esta parte de la iglesia para el orfanato. Gabi García está al fondo del grupo, bostezando, y yo me vuelvo para mirarla. Justo detrás de ella, enmarcada por uno de los paneles lisos de la vidriera del muro del fondo, veo una silueta oscura, observando desde fuera. La luz crepuscular me permite entrever a un hombre de pelo negro, grandes cejas y bigote poblado. Tiene los ojos puestos en mí; de eso no cabe duda. El corazón me da un vuelco. Ahogo un grito y

retrocedo un paso. Todo el mundo se gira para mirar.

—Marina, ¿estás bien? —me pregunta la hermana Lucía.

—Nada —contesto yo, negando con la cabeza—. Quiero decir, sí, estoy bien. Lo siento.

Mi corazón late con fuerza y me tiemblan las manos. Las junto y las aprieto para que no se me note. La hermana Lucía dice no sé qué más sobre dar la bienvenida a Eli, pero yo estoy demasiado angustiada como para oírla. Vuelvo a mirar la ventana. La silueta ha desaparecido. El grupo se ha dispersado.

Cruzo corriendo la nave y miro afuera. No hay nadie, pero veo un par de huellas de botas en la nieve. Me aparto de la ventana. Quizá fuera un candidato a padre de acogida que nos estaba mirando desde la distancia, o tal vez uno de los verdaderos padres, mirando furtivamente a la hija que no puede mantener. Pero por alguna razón no me siento segura. No me gusta la forma en que ese hombre me estaba mirando.

—¿Estás bien? —dice una voz detrás de mí. Me doy la vuelta de un brinco. Es Adelina, con las manos cruzadas frente a la cintura. Un rosario cuelga de sus dedos.

—Sí, estoy bien —digo.

—Parece que hayas visto un fantasma.

Era peor que un fantasma, pienso yo, pero no se lo digo. Después del bofetón de la mañana aún tengo miedo, y me meto las manos en los bolsillos.

—Había alguien mirándome al otro lado de la ventana. Ahora mismo —susurro, y sus ojos se entrecierran—. Mira, mira las huellas —digo, dándome la vuelta para señalar el suelo.

La espalda de Adelina está derecha y rígida, y por un momento me da la sensación de que está realmente preocupada, pero entonces adopta una actitud más relajada y da un paso al frente.

—Estoy segura de que no es importante —dice mirando las huellas.

—¿Cómo que no es importante? ¿Cómo puedes saberlo?

—Yo de ti no me preocuparía. Puede haber sido cualquiera.

—Me estaba mirando.

—Marina, despierta de una vez. Con la incorporación de hoy, ya sois treinta y ocho chicas. Hacemos todo lo posible por mantenerlos a salvo, pero no podemos evitar que de vez en cuando algún chico del pueblo se asome a echar un vistazo. Ya hemos pillado a algunos. Y no penséis que no sabemos cómo visten algunas, que se cambian la ropa de camino al pueblo para ir más provocativas. Seis de vosotras cumpliréis pronto la mayoría de edad, y todo el pueblo lo sabe. Yo no me preocuparía por el hombre que has visto. Seguramente era un chico del colegio. —Yo estoy segura de que no lo era, pero tampoco lo digo—. Sea como sea, quería disculparme contigo por lo de esta mañana. No he debido pegarte.

—No pasa nada —digo, y por un instante se me pasa por la cabeza volver a

sacar el tema de John Smith, pero al final decido no hacerlo. Solo serviría para generar más tensión, y eso es precisamente lo que intento evitar. Echo de menos cómo eran las cosas antes entre nosotras. Ya es suficientemente duro vivir aquí como para además tener a Adelina enfadada conmigo.

Antes de que diga nada más, la hermana Dora aparece corriendo y susurra algo al oído de Adelina. Ella me mira, asiente y sonríe.

—Hablamos luego —me dice.

Las dos se marchan, dejándome allí sola. Yo vuelvo a mirar las huellas, y un escalofrío me recorre la columna.

Durante la siguiente hora, me paseo de habitación en habitación mirando hacia el pueblo, sumido entre las sombras de la ladera de la montaña, pero no vuelvo a ver la silueta acechante. Quizá Adelina tenga razón.

Pero, por mucho que intente convencerme a mí misma, no creo que la tenga.

CAPÍTULO SIETE



LA CAMIONETA SE QUEDA SUMIDA EN EL SILENCIO. Seis echa una ojeada al espejo retrovisor, y su cara refleja destellos rojos y azules.

—Mal rollo —dice Sam.

—Mierda —exclama Seis.

Las fuertes luces y la escandalosa sirena espabilan incluso a *Bernie Kosar*, que se pone a observar por la ventanilla trasera.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Sam con voz asustada y urgente.

Seis levanta el pie del acelerador y desvía la camioneta al arcén derecho de la autopista.

—Puede que no sea nada —dice.

—Lo dudo —digo yo, meneando la cabeza.

—Oye, ¿por qué estamos parando? —Quiere saber Sam—. ¡No pares, pisa a fondo!

—Primero vamos a ver qué pasa. No llegaremos a ninguna parte si empezamos una persecución desenfrenada con este poli. Pedirá refuerzos y vendrá un helicóptero. Y entonces ya no podremos escapar.

Bernie Kosar empieza a gruñir. Le digo que se calme y se calla, pero sigue

haciendo guardia en la ventanilla. La camioneta hace saltar la gravilla mientras reducimos por el arcén. Los coches nos rebasan a toda velocidad por los carriles contiguos. El coche policial se detiene a tres metros de nuestro parachoques trasero, y la luz de sus faros inunda el interior de la camioneta. El policía los apaga y enciende un foco que atraviesa la luna trasera. La sirena ha dejado de sonar, pero las luces multicolores siguen en marcha.

—¿Qué decís vosotros? —pregunto a los demás, mirando por el retrovisor lateral. La luz del foco nos deslumbra; al pasar un coche por el lado, veo que el agente lleva una radio en la mano derecha, seguramente para comprobar nuestra matrícula o para pedir refuerzos.

—Si tenemos que escapar, lo mejor será hacerlo a pie —contesta Seis.

—Apagad el motor y sacad la llave del contacto —ordena el policía por un megáfono.

Seis le obedece, aunque me dirige una mirada antes de sacar la llave.

—Si lanza un aviso por radio, los mogos lo oirán —digo.

Ella asiente, sin decir nada. Detrás de nosotros oímos cerrarse la puerta del agente. Sus botas rechinan crudamente sobre el asfalto al acercarse.

—¿Creéis que nos reconocerá? —pregunta Sam.

—Shhh —le chista Seis.

Cuando vuelvo a mirar por el retrovisor lateral, veo que el agente no está caminando hacia el lado del conductor, sino que se ha desviado a la derecha y se dirige directamente hacia mí. Da unos toquécitos a mi ventanilla con su linterna de cromo. Tras vacilar un momento, la bajo. Me ilumina la cara con el foco, y yo tengo que entornar los ojos. A continuación dirige la linterna a Sam, y después a Seis. Frunciendo el ceño, examina meticulosamente nuestras caras mientras intenta pensar por qué le resultan tan conocidas.

—¿Hay algún problema, agente? —pregunto.

—¿Sois de por aquí?

—No, señor.

—¿Y podríais explicarme por qué estáis circulando por Tennessee en un Chevy S-10 con una matrícula de Carolina del Norte que en realidad corresponde a un Ford Ranger?

Me clava la mirada, esperando una respuesta. Se me calienta la cara mientras me devano los sesos. No se me ocurre ninguna respuesta. El agente se inclina hacia nosotros y enfoca una vez más a Seis. Y después a Sam.

—¿Nadie quiere decírmelo? —Su pregunta se encuentra con un silencio que le provoca una risilla sarcástica—. No, claro que no. ¿Qué pueden estar haciendo un sábado por la noche tres chavales de Carolina del Norte circulando por Tennessee en una camioneta robada? Sois camellos, ¿no?

Me vuelvo hacia él para mirarle fijamente a la cara, rasurada y tirando a rubicunda.

—¿Qué hacemos? —pregunto.

—¿Qué hacemos? ¡Ja! ¡Ir directos a comisaría!

A modo de respuesta, niego con la cabeza y le digo:

—No estaba hablando con usted.

Entonces él apoya los codos en la puerta y acerca la cara a nosotros.

—Bueno, ¿dónde tenéis la droga? —dice, y acto seguido hace un barrido del interior de la camioneta con el foco de la linterna. Se detiene cuando la luz encuentra el Cofre a mis pies, y entonces sus labios forman una sonrisa de suficiencia—. No os molestéis, parece que la he encontrado y o solo —añade, y estira el brazo para abrir la puerta.

Con un movimiento rápido como el rayo, abro la puerta con el hombro y derribo al agente, que, soltando un gruñido, busca su pistola antes incluso de llegar al suelo. Utilizando la telequinesia, se la arranco de las manos y la atraigo hacia mí mientras salgo de la camioneta. Abro la cámara, hago caer las balas en mi mano y vuelvo a cerrar la pistola con un movimiento seco.

—¿Pero qué...? —El agente está patidifuso.

—No traficamos con droga —le digo. Sam y Seis han salido ya de la camioneta y se han puesto a mi lado—. Métetelas en el bolsillo —indico a Sam, dándole las balas antes de pasarle también la pistola.

—¿Qué quieres que haga con esto? —me pregunta.

—No lo sé; métela en tu mochila, con la pistola de tu padre.

A lo lejos, a unos tres kilómetros, me llega el lamento de otra sirena. El agente me dirige una mirada intensa, con los ojos muy abiertos al habernos reconocido.

—Diablos, vosotros sois los de las noticias, ¿verdad? ¡Sois esos terroristas! —dice, y escupe en el suelo.

—¡Cállese! —le ordena Sam—. No somos terroristas.

Me doy la vuelta y cojo en brazos a *Bernie Kosar*, que no ha podido salir de la camioneta debido a su pata rota. Cuando lo bajo al suelo, un grito de dolor desgarrar la noche. Giro la cabeza hacia el grito y veo a Sam convulsionándose. Tardo un segundo en comprender lo que ha ocurrido: el agente le ha atacado con una pistola de electrochoque. Le arrebato el arma desde los tres metros de distancia que nos separan. Mi amigo se desploma, temblando como si tuviera un ataque epiléptico.

—¿Qué puñetas está haciendo? —grito al policía—. Estamos de su parte, ¿es que no lo ve?

Una sombra de confusión le cruza la cara. Aprieto el botón de la pistola de electrochoque mientras aún se encuentra flotando en el aire. Una corriente azul chisporrotea por la parte superior. El agente intenta salir por piernas, pero yo me sirvo de mi telequinesia para traerle a rastras sobre los guijarros y la tierra de la cuneta. Él patalea e intenta escaparse en vano.

—Por favor —me suplica—. Lo siento, lo siento.

—Para, John —dice Seis.

Me niego a escucharla, ajeno a todo lo que no sean mis ansias de represalia. No siento ni un ápice de remordimiento cuando lanzo la pistola de electrochoque contra la barriga del agente y la mantengo allí presionándole durante dos segundos completos.

—¿Qué se siente, eh? Se te veía muy duro con esa pistola eléctrica. ¿Por qué nadie entiende que no somos los malos?

Él se apresura a negar con la cabeza. Tiene la cara contraída por una mueca de horror, y la frente le brilla por el efecto del sudor.

—Tenemos que irnos de aquí cuanto antes —dice Seis mientras las luces rojas y azules del segundo coche policial aparecen en el horizonte.

Levanto a Sam del suelo y lo cargo encima de mis hombros. Parece que *Bernie Kosar* puede correr sin ayuda sobre tres patas. Me pongo el Cofre bajo el brazo izquierdo mientras Seis coge todo lo demás.

—Por aquí —dice, saltando sobre el guardarraíl para entrar en un campo desierto que termina uno o dos kilómetros más allá, en unas colinas oscuras.

Corro tan rápido como puedo llevando a Sam y el Cofre. *Bernie Kosar*, cansado de renquear, se transforma en un ave y nos adelanta volando. Menos de un minuto después, el segundo coche llega a la escena, seguido por un tercero. No llego a ver si los agentes nos persiguen a pie pero, si es lo que pretenden, Seis y yo podemos dejarlos atrás fácilmente incluso cargando con peso.

—Bájame —dice Sam al fin.

—¿Estás bien? —le pregunto mientras le dejo en el suelo.

—Sí, no te preocupes. —A Sam le cuesta mantener el equilibrio. El sudor le perla la frente, y se la enjuga con la manga de la chaqueta mientras inspira aire.

—Vámonos —nos apremia Seis—. No nos van a dejar irnos así como así. Tenemos diez minutos, quince como máximo, antes de que empiecen a perseguirnos con un helicóptero.

Nos dirigimos a las colinas: Seis va en cabeza, seguida por mí y después por Sam, que debe esforzarse por seguirnos el ritmo. Ahora corre mucho más rápido que cuando hicimos el circuito de un kilómetro y medio en clase de educación física. Apenas hace unos meses, pero me parece que hayan pasado años. Ninguno de nosotros mira atrás, pero, en cuanto llegamos a la primera pendiente, el aullido de un sabueso atraviesa el aire. Uno de los agentes ha traído un perro policía.

—¿Alguna idea? —pregunto a Seis.

—Mi plan era esconder nuestras cosas y volvernos invisibles. Así no nos encontraría el helicóptero, pero no podemos evitar que el perro nos siga el rastro.

—Mierda —digo, y echo un vistazo a mi alrededor. La colina más cercana está a nuestra derecha—. Subamos a esa colina para ver qué hay al otro lado —propongo.

Bernie Kosar sale zumbando delante de nosotros y desaparece en el cielo nocturno. Seis va delante, subiendo frenéticamente. Yo la sigo de cerca, mientras que Sam, que respira con pesadez pero avanza deprisa, cierra la marcha. Nos detenemos en la cima. Se distingue el perfil difuso de más colinas que se extienden hasta donde alcanza la vista, pero nada más. Muy tenue, me llega el murmullo de una corriente de agua. Doy media vuelta. Ocho luces parpadeantes se apalotan en la autopista, rodeando la camioneta del padre de Sam. A lo lejos, procedentes de ambas direcciones, otros dos coches policiales acuden al lugar a gran velocidad. *Bernie Kosar* se posa a mi lado y recupera la forma de beagle, con la lengua colgando. El perro policía ladra, más cerca que antes. No hay duda de que está siguiendo nuestro rastro, lo que significa que los agentes que nos persiguen a pie no pueden andar lejos.

—Tenemos que despistar al perro —dice Seis.

—¿Tú oyes eso? —le pregunto.

—¿Qué es lo que tengo que oír?

—El sonido del agua. Creo que hay algún arroyo por aquí abajo. O un río.

—Yo lo oigo —tercia Sam.

Me viene una idea a la cabeza. Abro mi chaqueta y me quito la camisa. Me la paso por la cara y el pecho para que absorba hasta la última partícula de sudor y de olor. Después, se la lanzo a Sam.

—Haz lo mismo que he hecho yo —le digo.

—Anda ya, qué guarrada.

—Sam, tenemos a todo el estado de Tennessee pisándonos los talones. No tenemos mucho tiempo.

Él lanza un suspiro, pero me obedece. Seis hace lo mismo, sin saber qué tengo planeado pero mucho más dispuesta a colaborar. Me pongo una camisa limpia y me enfundo la chaqueta. Seis me lanza la camisa usada y con ella froto la cara y el cuerpo de *Bernie Kosar*.

—Vamos a necesitar tu colaboración, amiguito. ¿Te apuntas?

Casi no le veo en la oscuridad, pero el sonido de su rabo repiqueteando animadamente contra el suelo es inconfundible. Siempre dispuesto a ayudar, siempre feliz de estar vivo. Percibo en su interior la extraña emoción de sentirse perseguido, y yo mismo no puedo evitar sentirla también.

—¿Qué plan tienes? —me pregunta Seis.

—Tenemos que darnos prisa —digo, emprendiendo la marcha cuesta abajo en dirección a la corriente de agua. *Bernie Kosar* se convierte otra vez en un ave y descendemos a toda prisa, oyendo de vez en cuando los ladridos y aullidos del sabueso. Está acortando distancias. Si mi idea falla, me pregunto si podría comunicarme con él y decirle que deje de cazarnos.

Bernie Kosar nos espera en la orilla del río, que es ancho y tiene una superficie tranquila, lo que me indica que es mucho más profundo de lo que me

había parecido desde lo alto de la colina.

—Tenemos que atravesarlo a nado —explico. No hay otra salida.

—¿Qué? John, ¿tú sabes lo que le sucede al cuerpo humano cuando se sumerge en agua helada? Paro cardíaco por la conmoción, para empezar. Y si eso no te mata, después de perder la sensibilidad en las extremidades, te resultará imposible nadar. Nos helaremos y nos ahogaremos —protesta Sam.

—Es la única forma de impedir que el perro nos siga el rastro. Así todavía tendríamos una oportunidad.

—Esto es un suicidio. Recuerda, aunque sea por un segundo, que yo no soy un alienígena.

Planto una rodilla delante de *Bernie Kosar* para decirle:

—Tienes que coger esta camisa y arrastrarla por el suelo tan rápido como puedas, tres o cuatro kilómetros. Nosotros cruzaremos el río para despistar al sabueso y que siga el rastro que vas a dejar tú. Y después seguiremos corriendo. Si vienes volando, no te costará alcanzarnos.

Bernie Kosar se transforma en una gran águila calva, coge la camisa con las garras y arranca a volar.

—No hay tiempo que perder —los apremio, agarrando el Cofre con la mano izquierda para poder nadar con la derecha. Justo cuando estoy a punto de saltar al agua, Seis me agarra del bíceps.

—Sam tiene razón, John; moriremos congelados —me dice con expresión asustada.

—Están demasiado cerca. No hay otra opción —insisto.

Ella se muerde el labio mientras sus ojos recorren el trazado del río, y entonces se vuelve hacia mí, dándome otro apretón en el brazo.

—Sí que la hay —afirma.

Me suelta el brazo, y el blanco de sus ojos centellea en la oscuridad. Después de colocarme detrás de ella, da un paso hacia el río e inclina la cabeza a un lado, con gesto concentrado. El sabueso suelta un ladrido, más cercano que antes.

Lentamente, Seis exhala aire al mismo tiempo que eleva las manos frente a ella. Mientras las sube, las aguas del río empiezan a separarse justo delante de nosotros. Con un sonido atronador, el agua retrocede, burbujeando y revolviéndose, hasta revelar un fangoso camino de un metro y medio de ancho que llega hasta la otra orilla. El agua encrespada se detiene; parece una ola a punto de caer, pero en lugar de eso se queda suspendida mientras la helada niebla nos envuelve la cara.

—¡Cruzad! —ordena Seis con la cara tensa por la concentración y la mirada fija en el agua.

Sam y yo saltamos desde la orilla. Los pies se me hunden en el barro casi hasta la altura de las rodillas, pero sigue siendo mejor que nadar en plena noche en un agua al borde de la congelación. Vadeamos hacia el otro lado, dando

zancadas para reducir el esfuerzo de separar los pies del pesado fango. Cuando ya hemos cruzado, Seis nos sigue, girando las manos mientras pasa frente a las gigantescas olas impacientes por estrellarse entre sí, olas que ella misma ha creado. Después de subir a la orilla, suelta el agua. Las olas caen con un hondo estallido, como si alguien se hubiera zambullido haciendo la bomba. El agua se hincha y se deshincha, y entonces se queda como si no hubiera pasado nada.

—Qué fuerte —exclama Sam—. Igual que Moisés.

—Venga, tenemos que escondernos en esos árboles para que el perro no nos vea —dice Seis.

El plan da resultado. Unos minutos después, el sabueso se para en la orilla del río y olfatea desesperadamente. Describe varios círculos sobre el suelo y después echa a correr hacia donde ha ido *Bernie Kosar*. Sam, Seis y yo nos vamos en dirección opuesta, recorriendo el linde del bosque por dentro pero sin perder nunca de vista el río, y corremos tan rápido como a Sam se lo permiten las piernas.

Durante los primeros minutos nos llegan las voces de los hombres gritándose unos a otros, hasta que acabamos dejándolos atrás. Diez minutos después, empezamos a oír el zumbido de un helicóptero. Nos detenemos y esperamos a que aparezca, cosa que hace un minuto más tarde. Vemos un foco que atraviesa el cielo desde lo alto, a varios kilómetros de distancia, en la dirección por donde *Bernie Kosar* ha escapado volando. La luz peina las colinas, disparándose primero a un lado, luego al otro.

—Ya tendría que haber vuelto —digo.

—Estará bien, John —contesta Sam—. *Bernie Kosar* es la criatura más resistente que conozco.

—Tiene una pata rota.

—Y dos alas muy sanas —replica Seis—. Seguro que está bien. Sigamos adelante. No tardarán en descubrir el engaño, si no lo han hecho ya. Tenemos que poner tierra de por medio. Cuanto más esperemos, más se acercarán.

Asiento con un movimiento de cabeza. Tiene razón, tenemos que seguir adelante.

Al cabo de casi un kilómetro, el río da un giro brusco a la derecha, de vuelta a la autopista, separándose de las colinas. Nos paramos y nos agazapamos debajo de las ramas más bajas de un árbol alto.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Sam.

—Ni idea —respondo. Nos damos la vuelta hacia la dirección por la que hemos venido. El helicóptero está ya más cerca, y el foco sigue barriendo las colinas de lado a lado.

—Tenemos que separarnos del río —digo.

—No hay más remedio —coincide Seis—. Nos encontrará, John, y a lo verás.

Justo entonces oímos el chillido de un águila por encima de los árboles, no

muy lejos. Está demasiado oscuro para ver dónde está, y es posible que *Bernie* tampoco pueda vernos. Sin pensármelo dos veces, y aunque eso delate nuestra posición, alzo los brazos con las palmas hacia arriba, enciendo mis luces y las dejo brillar medio segundo a plena potencia. Contenemos la respiración, aguzando el oído y estirando el cuello. Y entonces oigo el jadeo de un perro. *Bernie Kosar*, que ha vuelto a su forma de beagle, se abalanza hacia nosotros desde la orilla. Está sin aliento, pero satisfecho, meneando el rabo a mil por hora y con la lengua fuera. Me agacho para acariciarle.

—¡Bien hecho, amiguito! —exclamo, plantándole un beso encima de la cabeza.

En ese momento, la celebración que acababa de empezar termina súbitamente.

Todavía estoy con una rodilla en el suelo cuando otro helicóptero sale volando como una flecha de la colina que tenemos detrás y nos enfoca inmediatamente con su brillante luz.

Me pongo en pie de un salto, cegado por el intenso haz.

—¡Corred! —dice Seis.

Y eso hacemos, subiendo a todo correr por la colina más cercana. El helicóptero desciende y se queda suspendido en el aire, de forma que el viento creado por las palas nos empuja por la espalda e inclina las copas de los árboles. El suelo del bosque se ha convertido en una tolvanera, y me tapo la boca con el brazo para poder respirar, a la vez que entorno los ojos para atenuar el escozor provocado por el polvo. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que avisen al FBI?

—¡Alto ahí! —brama una voz desde el helicóptero—. ¡Estáis todos detenidos!

Oímos gritos. Los agentes que nos siguen a pie deben de estar a menos de ciento cincuenta metros de distancia.

Seis deja de correr, y Sam y yo la imitamos.

—¡Estamos perdidos! —grita Sam.

—Vosotros lo habéis querido, cerdos. Lo haremos a las malas —dice Seis entre dientes. Deja las mochilas en el suelo y por un momento creo que planea hacernos invisibles a Sam y a mí. Aunque no me importa dejar atrás las bolsas, ¿qué espera que haga con el Cofre? Además, tampoco puede hacernos invisibles a todos a la vez.

Un brillante relámpago parte en dos el cielo nocturno, y detrás llega el ronco gemitos de un trueno.

—¡John! —grita sin mirar.

—Aquí estoy.

—Ocúpate de los polis. Que no se acerquen a mí.

Dejo el Cofre en manos de Sam, que está a mi lado sin saber qué hacer.

—Protege esto con tu vida —le digo—. ¡Y quédate a resguardo!

Entonces me dirijo a *Bernie Kosar* y le comunico que debe quedarse con

Sam por si yo fallo. Acto seguido, echo a correr ladera abajo mientras otro relámpago, perseguido por un trueno de tono oscuro y amenazante, recorta el cielo. «Buena suerte, señores —pienso, perfectamente consciente del prodigioso alcance de las habilidades de Seis—. Vais a necesitarla».

Llego al pie de la colina y me escondo detrás de un roble. Las voces se acercan, avanzando rápidamente hacia las dos columnas de luz de los focos. Empieza a caer una lluvia fría y pesada. Alzo la vista para mirar por entre las gruesas gotas y veo los dos helicópteros luchando contra el vendaval, aunque de algún modo consiguen mantener firmes los focos. Pero eso no va a durar mucho.

Los dos primeros agentes en llegar pasan zumbando delante de mí, seguidos muy de cerca por un tercero. Cuando los tengo a unos cinco metros de distancia, dirijo el poder de mi mente hacia ellos, los agarro a los tres en plena carrera y los lanzo hacia el grueso roble. Salen proyectados hacia atrás tan rápido que tengo que apartarme de un salto para que no me caigan encima. Dos de ellos se desploman inertes, habiendo perdido la consciencia por el choque contra el tronco. El tercero levanta la cabeza, desorientado, y a continuación hace ademán de coger su arma. Se la arranco de la pistolera antes incluso de que la alcance con la mano, y siento el contacto frío del metal en mi palma. Dirijo la atención hacia los dos helicópteros y arrojo el arma hacia el más cercano como si fuese un proyectil. Es entonces cuando veo los ojos, lúgubres y negros, en el centro de la tormenta. No tarda en cobrar forma el resto de la cara, anciana y marchita. Es el mismo rostro que vi en Ohio cuando Seis mató a la bestia que destruyó el instituto.

—¡No muevas ni un músculo! —Oigo detrás de mí—. ¡Las manos en alto!

Me vuelvo hacia el agente. Desprovisto del arma de fuego, me apunta directamente al pecho con la pistola de electrochoque.

—¿En qué quedamos, las manos en el aire o que no mueva ni un músculo? No puedo hacer las dos cosas.

—No te hagas el listillo —me dice, preparando la pistola de electrochoque.

Estalla un relámpago, seguido por el rugido de un trueno que sobresalta al agente. El policía vuelve la cara hacia el sonido y, alarmado, abre los ojos de par en par. La cara de las nubes ha despertado.

Le arranco de la mano el arma paralizante y después le doy un fuerte puñetazo en el pecho. Sale volando diez metros hacia atrás y choca con el tronco de un árbol. Antes de que pueda darme la vuelta, siento el golpe de una porra en la cabeza. Caigo de bruces en el barro y una miríada de estrellas llena mi campo de visión. Me vuelvo rápidamente, levanto la mano hacia el policía que me ha golpeado y le inmovilizo antes de que pueda volver a atacarme. Suelta un gruñido, y yo, haciendo uso de todo mi poder, le lanzo por los aires, tan alto como puedo. Él grita hasta que está tan lejos que dejo de oírle entre las palas del helicóptero y el fragor de los truenos. Me palpo la parte de atrás de la cabeza y

me miro la mano. Está cubierta de sangre. Atrapo al agente cuando le separa un metro y medio de la muerte y le mantengo allí suspendido antes de arrojarle contra un árbol y dejarle inconsciente.

Una intensa explosión desgarró la noche, y el constante zumbido de los helicópteros se interrumpe de repente. El viento cesa, y también la lluvia.

—¡John! —grita Seis desde lo alto de la colina, y, tal vez por el tono suplicante y desesperado de su voz, sé lo que necesita que haga.

Las luces de mis manos se encienden: dos focos de luz resplandeciente, tan brillantes como los que acaban de apagarse. Ambos helicópteros, destrozados y retorcidos, escupen chorros de humo mientras caen al vacío. No sé qué les ha hecho la cara del cielo, pero Seis y yo debemos salvar a los que están a bordo.

Están cayendo en picado cuando el helicóptero que está más lejos de mí remonta con una sacudida. Seis está intentando pararlo. No creo que consiga hacerlo, y sé que yo tampoco puedo. Pesa demasiado. Cierro los ojos. «Recuerda lo que ocurrió en el sótano de Athens, cuando visualizaste todo lo que había en la habitación para detener la bala». Y eso es lo que hago, sentir todo lo que hay en el interior de la cabina del vehículo. Los controles. Las armas. Los asientos. Los tres hombres que hay sentados. Los atrapo, y los árboles ya están empezando a partirse bajo el peso del helicóptero en plena caída cuando expulso a los tres de un tirón. El vehículo se estrella contra el suelo.

El helicóptero de Seis cae al suelo al mismo tiempo que el mío. Las explosiones forman dos bolas de fuego rojas que surgen del acero retorcido y flotan por encima de las copas de los árboles. Sujeto a los tres hombres en el aire a una distancia prudencial del siniestro y los llevo con cuidado hasta el suelo. Después, subo la pendiente a toda prisa para reunirme con Seis y Sam.

—¡Qué caña! —exclama Sam, con los ojos como platos.

—¿Los has sacado del helicóptero? —pregunto a Seis.

Ella asiente, diciendo:

—Justo a tiempo.

—Yo también.

Cojo el Cofre de manos de Sam y se lo paso a Seis mientras él recoge el equipaje.

—¿Por qué me das esto? —me pregunta ella.

—¡Porque tenemos que salir de aquí a toda leche! —respondo. Cojo a Sam y me lo cargo a los hombros—. ¡Sujétate fuerte! —grito.

Echamos a correr a toda velocidad, adentrándonos en el bosque y apartándonos del río, con *Bernie Kosar* volando por delante de nosotros en forma de halcón. «Que nos sigan ahora si pueden», pienso.

Me cuesta correr cargando con Sam, pero aun así voy a una velocidad tres veces mayor de la que él podría alcanzar corriendo. Y mucho mayor que la que puede alcanzar cualquiera de los policías. Sus gritos se van amortiguando por la

distancia, y después de que ambos helicópteros se hayan estrellado y reducido a un amasijo de hierros, ¿quién dice que nos estén siguiendo siquiera?

Tras veinte minutos corriendo sin parar, nos detenemos en un pequeño valle. El sudor me cae a chorros por la cara. Me quito a Sam de encima y él deja las mochilas en el suelo. *Bernie Kosar* se posa cerca.

—Bueno, supongo que después de esto saldremos otra vez en primera plana —dice Sam, y yo asiento.

—Permanecer ocultos va a resultar mucho más difícil de lo que imaginaba.

Apoyando las manos en las rodillas, me doblo por la cintura para recuperar el aliento. Esbozo una sonrisa que enseguida se convierte en una especie de risa a medias provocada por el asombro ante lo que acaba de suceder.

Con una sonrisa ladeada, Seis acomoda el Cofre en sus brazos y empieza a subir la siguiente colina, diciendo:

—Vamos, chicos, que todavía no estamos fuera de peligro ni mucho menos.

CAPÍTULO OCHO



NOS COLAMOS EN UN TREN MERCANCÍAS EN TENNESSEE, y, tras acomodarnos en el vagón, Seis nos cuenta que a Katarina y a ella las capturaron mientras se encontraban en el norte del estado de Nueva York, justo un mes después de haber escapado de los mogadorianos en el oeste de Texas. Tras aquel primer intento frustrado, habían planificado bien la siguiente jugada: eran más de treinta los que irrumpieron en la habitación donde ellas se encontraban. Seis y Katarina pudieron llevarse a algunos por delante, pero enseguida fueron reducidas, atadas, amordazadas y drogadas. Cuando Seis despertó, no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. Se encontraba sola en una celda excavada en la roca, en el interior de una montaña. No supo que estaba en Virginia Occidental hasta algún tiempo después. Por lo que averiguó posteriormente, los mogadorianos habían estado rastreándolas todo el tiempo, observándolas con la esperanza de que los condujeran hasta los demás, porque, como dice Seis, «¿Por qué matar a una sola cuando los demás pueden andar cerca?». Al oír esto me revuelvo, inquieto. Tal vez estén siguiéndola todavía y estén esperando el momento idóneo para matarnos.

—Pusieron un localizador en nuestro coche mientras estábamos comiendo en

la cafetería de Texas, y a ninguna de las dos se nos ocurrió tomar precauciones —dice, y entonces se sume en un largo silencio.

Aparte de una puerta de hierro que contaba con una ventanilla corrediza en el centro para hacer pasar la comida, la minúscula celda estaba compuesta de roca en su totalidad, con paredes de dos metros y medio de largo a cada lado. No entraba ni un resquicio de luz en ella, y carecía de cama y de aseo. Los dos primeros días transcurrieron en una oscuridad y un silencio totales, sin comida ni agua (aunque Seis no llegó a sentir hambre ni sed, cosa que se debía, como averiguó más tarde, al efecto del propio encantamiento), y Seis empezó a creer que se habían olvidado de ella. Pero no tuvo esa suerte, porque al tercer día vinieron a buscarla.

—Cuando abrieron la puerta, estaba acurrucada en la esquina más lejana. Me echaron un cubo de agua fría encima, me levantaron del suelo, me vendaron los ojos y me sacaron a la fuerza.

Después de arrastrarla por un túnel, le dejaron seguir por su propio pie, aunque rodeada por unos diez mogos. No veía nada, pero oía mucho: gritos y lamentos de otros prisioneros que estaban allí por quién sabe qué razones (al oír esto, Sam se pone en alerta y parece querer interrumpirla para hacerle preguntas, pero no dice nada), rugidos de bestias encerradas en otras celdas y golpes metálicos. Después, la arrojaron a otra estancia, le encadenaron las muñecas a una pared y la amordazaron. Le arrancaron la venda y, cuando sus ojos se adaptaron, vio a Katarina en la pared opuesta, también encadenada y amordazada, y en un estado mucho peor de como ella se sentía.

—Y entonces entró él, un mogadoriano que no parecía muy diferente de cualquier persona que puedas encontrarte por la calle. Era bajo, con los brazos peludos y un bigote espeso. Casi todos llevaban bigote, como si hubieran aprendido a mimetizarse mirando películas de principios de los ochenta. Llevaba una camisa blanca con el botón del cuello desabrochado y, por algún motivo, la vista se me perdía en el espeso mechón de pelo negro que le asomaba. Miré aquellos ojos negros y su sonrisa me indicó que estaba deseando hacer lo que estaba a punto de hacer, y entonces rompí a llorar. Me dejé caer por la pared hasta que quedé colgando de los grilletes que me aprisionaban las muñecas, viendo entre lágrimas cómo él iba preparando hojas de afeitar, cuchillos, pinzas y un taladro en una mesa que tenían en el centro de aquella sala.

Cuando el mogadoriano hubo terminado de sacar más de veinte instrumentos, se dirigió hacia Seis y se quedó a pocos centímetros de su cara, tan cerca que ella podía oler su agrio aliento.

—¿Ves cuántas cosas tengo? —le preguntó, pero ella no respondió—. Tengo la intención de utilizar todas y cada una de ellas en ti y en tu cêpan, a menos que respondas con sinceridad a todas las preguntas que te haga. Si no lo haces, te aseguro que las dos acabaréis deseando estar muertas.

Dicho esto, cogió su primer instrumento (una fina hoja de afeitar con un mango de goma) y acarició con él la mejilla de Seis.

—Llevo mucho tiempo buscándoos, mocosos —dijo—. Hemos matado a dos y ahora tenemos a otra justo aquí, sea cual sea tu número. Como podrás suponer, tengo la esperanza de que seas el Número Tres.

Seis seguía sin abrir boca, y apretó su cuerpo contra la pared como si pudiera atravesarla. El mogadoriano sonrió, sujetando todavía la parte plana de la cuchilla contra la cara de su víctima. Entonces la giró de modo que el filo quedara tocando la mejilla de Seis y, mirándola directamente a los ojos, bajó la cuchilla de un tirón y le hizo un largo y fino tajo que le recorrió toda la cara. O eso es lo que quiso hacerle, porque en realidad fue su propia cara la que se rajó. La sangre empezó a brotarle de la mejilla al instante, y el torturador, gritando de rabia y dolor, chocó contra la mesa y la volcó, haciendo saltar por los aires todos sus instrumentos, y salió hecho una furia de la sala. Seis y Katarina fueron arrastradas de vuelta a sus celdas, donde permanecieron dos días más antes de verse de nuevo amordazadas y encadenadas a la pared de la sala. Allí, sentado a la mesa y con la mejilla vendada, estaba el mismo mogo, aunque parecía mucho menos seguro de sí mismo que la vez anterior.

Entonces se levantó de un salto, quitó la mordaza a Seis, cogió la misma cuchilla con la que había querido cortarle la otra vez y la mantuvo frente a la cara de ella, girándola para que la luz centelleara a lo largo del filo.

—No sé qué número eres tú... —Por un segundo, ella pensó que volvería a intentar cortarle, pero en lugar de eso él se dio la vuelta y cruzó la sala en dirección a Katarina. Se quedó plantado a su lado sin dejar de mirar a Seis, y después tocó el brazo de la cêpan con la cuchilla—. Pero vas a decírmelo ahora mismo.

—¡No! —gritó Seis.

Y entonces, con mucha lentitud, el mogadoriano hizo una incisión en el brazo de Katarina solo para asegurarse de que podía hacerlo sin peligro para él. Su sonrisa se alargó. Realizó otro corte junto al primero, más profundo esta vez. Katarina dejó escapar un gemido de dolor mientras la sangre empezaba a correrle por el brazo.

—Puedo pasarme todo el día haciendo esto. ¿Me entiendes? Vas a decirme todo lo que quiero saber, empezando por tu número.

Seis cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, él volvía a estar junto a la mesa, dando la vuelta a un puñal que cambiaba de color con cada movimiento. Lo sostuvo en alto con la intención de que Seis viera la hoja girar y resplandecer al cobrar vida. Percibía el hambre del puñal, su insaciable sed de sangre.

—Y ahora... el número. ¿Cuatro? ¿Siete? ¿Has tenido suerte y eres el Número Nueve?

Katarina negaba con la cabeza para instar a su protegida a callarse, y Seis

sabía que ningún tipo de tortura haría hablar a la cêpan. Pero también sabía que prefería la muerte a verla herida y mutilada. El mogadoriano se dirigió a Katarina y alzó el puñal de forma que la punta quedara a la altura del corazón de su víctima. La hoja daba tirones en su mano, como si el corazón fuera un imán que la atrajera hacia sí. El torturador miró a Seis a los ojos.

—Tengo todo el tiempo de las galaxias para hacer esto —dijo sin un ápice de emoción—. Mientras vosotras estáis aquí conmigo, otros están en otra parte con el resto de vosotros. No te creas que nos hemos quedado parados solo porque ya te tengamos a ti. Sabemos más de lo que te imaginas. Pero queremos saberlo todo. Si no quieres verla cortada en pedacitos, ya puedes ir empezando a hablar, y rápido. Y más te vale que no digas ni una palabra que no sea verdad. Si mientes, lo sabré.

Seis le contó todo lo que recordaba de la huida de Lorien y del viaje a la Tierra, los cofres, dónde habían estado escondiéndose. Hablaba tan rápido que casi todo le salía de forma atropellada. Le dijo que sí, que era el Número Ocho, y en su voz había tal desesperación que él la creyó.

—Pues sí que eres débil. Tus parientes de Lorien, aunque cayeron rápido, al menos eran combativos. Tenían valentía y dignidad. Pero tú... —dijo, y meneó la cabeza como si estuviera decepcionado— tú no tienes nada, Número Ocho.

Acto seguido, clavando el puñal con fuerza, atravesó el corazón de Katarina. Seis no pudo hacer otra cosa que gritar. Los ojos de ambas se encontraron durante un segundo antes de que Katarina perdiera la vida, todavía con la boca amordazada, y resbalara lentamente hacia el suelo hasta que la cadena no dio más de sí. Se quedó colgando inerte de las muñecas al mismo tiempo que la última chispa de luz abandonaba sus ojos.

—Iban a matarla de todos modos —dice Seis en voz baja—. Al contarles todo eso, al menos le evité unas torturas horribles, si es que eso puede servir de consuelo.

Seis se abraza las rodillas y se queda mirando a un punto lejano por la ventanilla del vagón.

—Pues claro que sirve de consuelo —intento animarla, deseando tener el valor de levantarme y rodearla con mis brazos.

Para mi sorpresa, Sam sí que tiene ese valor. Se pone de pie y se acerca a ella. No dice ni una palabra cuando se sienta a su lado, sino que le ofrece sus brazos. Seis hunde la cara en el hombro de Sam y prorrumpe en lágrimas. Al cabo de un rato, se incorpora y se seca las mejillas con la mano.

—Cuando Katarina murió, intentaron matarme por todos los medios, y con eso quiero decir todos los medios: electrocución, asfixia, explosivos. Me inyectaron cianuro sin efecto alguno. De hecho, ni siquiera sentí el pinchazo de la aguja en el brazo. Me encerraron en una cámara llena de gas venenoso, y el aire de dentro era el más fresco que hubiera respirado nunca. El mogadoriano que

apretó el botón al otro lado de la puerta, en cambio, murió en cuestión de segundos. —Seis se pasa otra vez el dorso de la mano por la mejilla—. Es curioso, pero creo que maté más mogadorianos siendo su prisionera que en la batalla de Ohio. Al final me arrojaron a otra celda, y creo que decidieron mantenerme allí encerrada hasta que hubieran matado del Tres al Siete.

—Es genial que les dijeras que eras el Número Ocho —comenta Sam.

—Ahora me siento mal por haberlo hecho. Es como si hubiera ensuciado el honor de Katarina, o el del verdadero Número Ocho.

Sam le coloca las manos encima de los hombros.

—Eso no es así, Seis.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí metida? —pregunto.

—Ciento ochenta y cinco días. Creo.

—Me quedo boquiabierto. Más de medio año encerrada, en la más terrible y completa soledad, esperando el momento de que la mataran.

—Lo siento muchísimo, Seis.

—Mi única esperanza era esperar que mis legados se manifestaran de una vez y me permitieran salir de allí. Y un día por fin apareció el primero. Fue después del desayuno. Bajé la vista y vi que no tenía mano. Me puse como histérica, claro, pero entonces caí en la cuenta de que todavía podía tocármela. Fui a coger una cuchara y lo hice sin dificultad. Y entonces fue cuando comprendí lo que estaba pasando. Y la invisibilidad era justo lo que necesitaba para escapar.

Mi caso no fue muy diferente del de Seis: todo empezó cuando la mano me empezó a brillar en mitad de mi primera clase en el instituto Paradise High.

Dos días más tarde, Seis consiguió hacerse completamente invisible. Cuando llegó la hora del almuerzo y el guardia mogadoriano abrió la ventanilla de la puerta para hacer pasar la comida por ella, se encontró con una celda vacía. Miró frenéticamente a su alrededor y después hizo sonar un dispositivo de alarma que proyectó un ensordecedor pitido por toda la cueva. La puerta metálica se abrió de golpe y cuatro mogos irrumpieron en la celda. Mientras ellos se quedaban allí plantados, preguntándose perplejos cómo había escapado su prisionera, ella se deslizó a hurtadillas a su lado y salió a toda prisa a la galería que había al otro lado de la puerta, lo que le permitió ver la caverna por primera vez.

Era una laberíntica red de túneles largos e interconectados, todos ellos oscuros y ventosos. Había cámaras por todos lados. Seis pasó por delante de gruesos cristales que dejaban ver salas parecidas a laboratorios científicos, limpios y muy iluminados. Los mogadorianos que había dentro llevaban trajes de plástico blancos y gafas protectoras, pero ella pasó tan deprisa que no llegó a ver lo que estaban haciendo. Una sala que parecía no tener fin alojaba como mínimo un millar de pantallas de ordenador, y sentado frente a cada una de ellas había un

mogadoriano. Seis supuso que estaban buscando pistas de nuestro paradero. « Como hacía Henri» , pienso. En un túnel se alineaban pesadas puertas de acero, que sin duda retenían a otros prisioneros. Pero ella siguió sin aminorar la marcha, consciente de que su poder no estaba desarrollado del todo ni mucho menos, y aterrorizada por la idea de no poder permanecer invisible más tiempo. La sirena sonaba sin cesar. Y al fin llegó al corazón de la montaña: un vastísimo salón de casi un kilómetro de ancho, y tan tenebroso y profundo que apenas llegaba a ver el fondo.

El aire era sofocante en los túneles, y Seis ya estaba sudando. Unos enormes enrejados de madera recorrían las paredes y el techo para impedir que la caverna se viniera abajo, y unas estrechas repisas talladas en la roca conectaban entre sí los túneles que desembocaban en las oscuras paredes. Por encima de su cabeza, una serie de arcos elevados habían sido esculpidos en la misma roca para servir de puente sobre la gran sima que dividía el espacio en dos.

Seis tenía el cuerpo pegado a un peñasco y lanzaba miradas en todas direcciones en busca de una salida. Parecía haber un número infinito de galerías. Abumada, se quedó allí quieta, escrutando con los ojos en la honda oscuridad pero sin ver nada que le infundiera la más mínima esperanza. Hasta que al final lo encontró: a lo lejos, al otro lado de la brecha, había un pálido resquicio de luz natural al final de un túnel más ancho. Pero justo antes de trepar por un enrejado de madera para pasar por el puente de piedra que conducía al túnel, algo le llamó la atención: el mogadoriano que había matado a Katarina. No podía dejarlo escapar. Decidió seguirlo.

Lo vio entrar en la sala donde había asesinado a la cêpan.

—Me fui directamente a la mesa y cogí la cuchilla más afilada que encontré, y entonces lo agarré por detrás y le corté el pescuezo. Y mientras veía la sangre brotar a borbotones y derramarse por el suelo, y cuando él explotó en una nube de polvo, me sorprendí a mí misma deseando haber podido matarlo más lentamente. O matarlo otra vez.

—¿Y qué hiciste cuando saliste por fin? —le pregunto.

—Subí por la siguiente montaña, y cuando llegué a la cima, me pasé una hora entera mirando la cueva para memorizar todos los detalles que pudiera. Cuando consideré que era suficiente, tomé nota de todo lo que vi en el trecho de ocho kilómetros que corrí hasta la carretera más cercana, y desde allí salté a la caja de carga de una camioneta que circulaba a poca velocidad. Cuando el conductor se paró unos kilómetros más adelante para repostar, le robé un mapa, una libreta y un par de bolígrafos que había en la cabina. Ah, y una bolsa de patatas fritas.

—Moooooola. ¿Qué clase de patatas? —pregunta Sam.

—Tío, contrólate —le digo.

—¿Qué pasa?

—A la barbacoa, Sam. Marqué la ubicación de la caverna en el mapa que os

enseñé en el motel, y en la libreta dibujé un croquis de todo lo que recordaba, una especie de plano para que cualquiera que lo leyese pudiese encontrar la entrada fácilmente. Luego me entró la neura y escondí el croquis cerca de la siguiente ciudad, pero me guardé el mapa. Después robé un coche y me fui directamente a Arkansas, pero claro, para entonces ya hacía tiempo que se habían llevado mi Cofre.

—Lo siento mucho, Seis.

—Yo también —contesta ella—. Pero de todos modos no van a poder abrirlo sin mí. A lo mejor lo recupero algún día.

—Por suerte todavía tenemos el mío —digo yo.

—Deberías abrirlo cuanto antes —me recuerda, y sé que tiene razón.

Ya debería haberlo hecho. Sea lo que sea lo que hay en ese Cofre, sean cuales sean los secretos que contiene, Henri quería que los conociera. « Los secretos. El Cofre ». Eso fue lo que dijo con su último aliento. Me siento como un tonto por haberlo aplazado tanto tiempo; intuyo que el contenido del Cofre, sea cual sea, marcará el principio de un viaje muy largo y tortuoso para los cuatro.

—Lo haré —le respondo—. Pero antes tenemos que salir de este tren y buscar un lugar seguro.

CAPÍTULO NUEVE



CUANDO SUENA EL TIMBRE, SOY LA PRIMERA EN levantarme de la cama. Siempre lo soy. Y no porque sea una persona madrugadora, sino porque prefiero entrar y salir del baño antes que las demás.

Me apresuro a hacer la cama, algo que con el tiempo ya se me da de maravilla. La clave está en remeter bien la sábana, la manta y el cobertor en los pies. A partir de ahí solo se trata de estirar el resto hacia la cabeza, remeter los laterales y añadir la almohada para darle un acabado impecable y esponjoso.

Para cuando he terminado solo hay otra chica levantada, Eli, la que llegó el domingo. Tiene la cama que hay junto a la puerta, en el otro extremo del dormitorio. Está intentando imitar la forma en que yo hago la cama, igual que los dos días anteriores, aunque le cuesta. Su problema es que intenta hacerlo de arriba abajo, en vez de abajo arriba. Aunque la hermana Catalina ha sido indulgente con Eli, su turno semanal acaba hoy, y el de la hermana Dora empieza esta noche. Y sé que ella no le exigirá a Eli nada menos que la perfección, sin importar lo nueva que sea o cómo lo esté pasando.

—¿Te ayudo? —le pregunto, atravesando la habitación.

Eli me mira con ojos tristes. Sé que no le importa la cama. Imagino que

ahora mismo pocas cosas le importan, y no la juzgo, teniendo en cuenta la reciente muerte de sus padres. Me gustaría decirle que no se preocupe, que, a diferencia de nosotras, condenadas a estar siempre aquí, ella saldrá antes de un mes, dos a lo sumo. Pero ¿acaso le servirá eso de consuelo en estos momentos?

Inclinándome a los pies de la cama, tiro de la sábana y la manta hasta que hay suficiente trozo como para remeterlas debajo del colchón, y luego extendiendo el cobertor por encima de ambas.

—¿Estiras tú el otro lado? —le pregunto, señalando con la cabeza la parte izquierda de la cama mientras yo me coloco en el derecho. Juntas, estiramos la ropa de cama para que quede tan impecable como la mía.

—Perfecta —digo.

—Gracias —contesta ella tímidamente. Bajo la vista hacia sus grandes ojos castaños y no puedo evitar sentir simpatía por ella, y cierta necesidad de protegerla.

—Siento lo de tus padres —le digo. Tengo la sensación de que he sobrepasado mis límites, pero ella esboza una sonrisa educada.

—Gracias. Los echo mucho de menos.

—Estoy segura de que ellos también te echan de menos.

Abandonamos la habitación juntas, y me fijo en que anda de puntillas, como para no hacer ruido. En el lavabo, agarra el cepillo de dientes muy cerca del cabezal, casi tocando las cerdas con sus pequeños dedos, lo que hace que parezca más grande de lo que es. Cuando intercepto su mirada en el espejo, le sonrío. Ella me devuelve la sonrisa, mostrándome una hilera de dientecllos. La espuma se le sale de la boca y le recorre el brazo, goteándole por el codo. La forma de letra «S» que describe me trae recuerdos, y dejo mi mente divagar.

Era un caluroso día de junio. Las nubes se deslizaban por el cielo azul. Las frescas aguas del lago se rizaban bajo el sol. El aire llevaba aroma de pino. Lo respiré y dejé que las tensiones de Santa Teresa se disolvieran en la nada.

Aunque creo que mi segundo legado se desarrolló poco después del primero, no lo descubrí hasta casi un año después. De hecho, lo descubrí por casualidad, lo que me hace dudar de si habrá otros legados esperando a ser descubiertos.

Todos los años, cuando acaban las clases y llega el verano, las hermanas organizan una acampada de cuatro días en la montaña para premiar a las chicas que ellas consideran que han sido «buenas». A mí me encantan esas acampadas, por la misma razón que me encanta la cueva que se oculta justo en la dirección opuesta: porque supone una escapada, una de las pocas oportunidades que tengo de pasar cuatro días nadando en un enorme lago enclavado en las montañas, hacer senderismo, dormir bajo las estrellas y respirar aire fresco en lugar de los húmedos pasillos del orfanato. Es, en resumidas cuentas, una oportunidad para comportarme conforme a mi edad. Incluso he pillado a algunas hermanas riéndose y sonriendo cuando pensaban que nadie las veía.

En el lago hay un muelle flotante. A mí se me da fatal nadar, y muchos veranos me he limitado a sentarme en la orilla y mirar a las demás reírse, jugar y saltar del muelle al agua. Necesité un par de veranos de práctica cerca de la orilla, yo sola, antes de aprender, el año de mi decimotercer cumpleaños, a nadar al estilo perrito, con la cabeza fuera. Así conseguía llegar hasta el muelle, y eso me bastaba.

La principal diversión en el muelle consiste en empujar a las demás para tirarlas al agua. Las chicas se enfrentan en grupos, hasta que solo queda una chica en cada uno, y entonces es cuando van una contra otra. Yo pensaba que aquello sería una victoria cantada para la Gorda, por ser la más fuerte y corpulenta del orfanato, pero por lo visto rara vez lo es: a menudo cae derrotada por chicas más pequeñas y astutas, y no creo que nadie haya cosechado más victorias jugando a «la reina del muelle» que una chica llamada Linda.

Pero aquella vez yo no quería jugar a eso. Me conformaba con sentarme a un lado y sumergir los pies en el agua, pero entonces Linda me empujó con fuerza por detrás, mandándome de cabeza al lago.

—O juegas o te vuelves a la orilla —dijo, echándose la melena hacia atrás por encima del hombro.

Yo volví a trepar al muelle y corrí derecha hacia ella. La empujé con todas mis fuerzas, y ella cayó de espaldas y se estrelló contra el agua.

Pero no oí a la Gorda acercárseme por detrás, y de repente dos fuertes manos me empujaron por la espalda. Mis pies resbalaron sobre la madera mojada, y caí con el hombro y la sien contra el filo del muelle. Me quedé inconsciente durante un segundo, y cuando abrí los ojos me encontré debajo del agua. Todo estaba oscuro, e instintivamente agité los pies y los brazos para subir a la superficie. Pero entonces me golpeé la cabeza contra la parte inferior del muelle, y me di cuenta de que había solo unos pocos centímetros entre el agua y los tablones de madera que formaban el suelo. Intenté inclinar la cabeza hacia atrás para respirar por encima de la superficie, pero el agua se me metía por la nariz. Sentí pánico. Los pulmones me ardían. Me revolví hacia la izquierda, pero no había salida; estaba atrapada entre los toneles de plástico que sirven de flotación al muelle. El agua me inundaba los pulmones mientras me venía a la cabeza lo absurdo que sería morir ahogada. Pensé en los demás, en que sus tobillos estaban a punto de quemarse. ¿Creerían que era el Número Tres quien había muerto, o por alguna razón sabrían que era yo? ¿Sería su quemadura distinta de si hubiera muerto a manos de los mogadorianos, en vez de por mi propia estupidez? Los ojos se me cerraron lentamente, y empecé a hundirme. Justo cuando noté salir el último chorro de burbujas de mis labios, los ojos se me abrieron de golpe, y una especie de calma se apoderó de mí. Los pulmones ya no me ardían.

Estaba respirando.

El agua me hacía cosquillas en los pulmones, pero al mismo tiempo sentía que satisfacía mi desesperada necesidad de respirar. Entonces me di cuenta de que acababa de descubrir mi segundo legado: la capacidad de respirar bajo el agua. Y lo había descubierto porque había estado a punto de morir.

No quería que me encontraran las chicas que se habían tirado al agua para buscarme, por lo que me dejé caer hasta el fondo, y el mundo se difuminó tras un telón oscuro hasta que mis pies tocaron el suelo fangoso del lago. Cuando mis ojos se hubieron adaptado, me di cuenta de que podía ver a través del agua turbia. Transcurrieron diez minutos. Luego veinte. Finalmente, las chicas se marcharon del muelle. Supuse que habría sonado la campana del almuerzo. Esperé a estar completamente segura de que se habían ido todas, y entonces caminé lentamente por el fondo del lago hacia la orilla, con los pies hundidos en el fango. Al cabo de un rato, el agua helada empezó a sentirse más cálida y luminosa, y el fango dio paso primero a las rocas y luego a la arena, hasta que mi cabeza emergió finalmente del agua. Oí a las chicas, la Gorda y Linda incluidas, gritar y chapotear en dirección a mí, aliviadas. Al llegar a la orilla evalué mi estado, y me di cuenta de que tenía un corte en el hombro que estaba dejando un rastro de sangre por el brazo en forma de letra «S».

Las hermanas me hicieron sentarme y pasar el resto de la tarde en la mesa del picnic, debajo de un árbol. Pero no me importaba. Tenía otro legado.

En el baño, Eli me pilló mirando en el espejo la espuma que le chorrea por el brazo. Parece avergonzada, e intenta imitar mi forma de cepillarme los dientes, pero le cae aún más espuma de la boca.

—Pareces una fábrica de espuma —le digo con una sonrisa, cogiendo una toalla para limpiarla.

Salimos del baño cuando las demás llegan, nos vestimos rápidamente en el dormitorio y, cuando las demás entran, nosotras salimos, yendo un paso por delante del grupo, como me gusta a mí. En el comedor, cogemos nuestras bolsas con el almuerzo y salimos a la fría mañana. Yo me como mi manzana de camino al colegio. Eli hace lo mismo. Hoy llevo diez minutos de adelanto, lo que me deja un ratito libre para entrar en Internet a ver si hay novedades sobre John Smith. Sonríe al pensar en él.

—¿Por qué sonríes? ¿Te gusta el colegio? —me pregunta Eli. Yo la miro. La manzana a medio comer se ve grande en su mano menuda.

—Hace una mañana bonita —digo—. Y hoy estoy en buena compañía.

Atravesamos el pueblo cuando los comerciantes empiezan a prepararse para la jornada. La nieve, que no se ha derretido, está amontonada a ambos lados de la calle principal, pero el camino está despejado. Más adelante, a la derecha, la puerta de la casa de Héctor Ricardo se abre, y aparece su madre en una silla de ruedas, empujada por Héctor. Hace mucho que su madre padece la enfermedad de Parkinson. Lleva cinco años en silla de ruedas, y tres sin poder hablar. Él la

coloca bajo un rayito de sol y pone el freno en las ruedas. Mientras el sol parece reconfortar a su madre, él se escabulle para sentarse a la sombra, con la cabeza gacha.

—Buenos días, Héctor —le digo. Él levanta la cabeza y abre un ojo. Me saluda con una mano temblorosa.

—Marina, la del mar —dice con voz ronca—. Las únicas limitaciones de mañana son las dudas de hoy.

Yo me detengo y le sonrío. Eli también se detiene.

—Esa es una de tus mejores frases —le digo.

—Nunca subestimes a Héctor; todavía tiene algunas cosas que enseñar —dice.

—¿Qué tal estás?

—Fuerza, confianza, humildad y amor. Esos son los cuatro principios de Héctor Ricardo para una vida feliz —dice, lo cual no tiene nada que ver con lo que le he preguntado, pero me hace sentir bien igualmente. Él fija su mirada en Eli—: ¿Y quién es este angelito?

Eli me coge de la mano y se refugia detrás de mí.

—Se llama Eli —digo, mirándola—. Eli, este es Héctor. Es mi amigo.

—Héctor es uno de los buenos —dice él, aunque Eli sigue detrás de mí.

Héctor se despidе de nosotras con la mano y nosotras retomamos nuestra ruta hacia el colegio.

—¿Sabes adónde tienes que ir? —pregunto a Eli.

—Tengo clase con la señora López —contesta ella, sonriendo.

—Vaya, eres una chica con suerte. Yo también la tuve. Ella también es una de las buenas de este pueblo, como Héctor —le digo.



Estoy desolada; los tres ordenadores del colegio están ocupados por tres niñas del pueblo desesperadas por acabar un trabajo de ciencias, con los dedos corriendo a toda prisa por el teclado. Yo paso la jornada sin contratiempos, solitaria, cuando de repente una idea me asalta la mente: John Smith está en los Estados Unidos, huyendo de la policía, y yo estoy aquí atrapada, en Santa Teresa, un pueblo rancio y antiguo en el que nunca pasa nada. Siempre había pensado que me iría cuando cumpliera los dieciocho años. Pero ahora que sé que John Smith está por ahí, perseguido, me doy cuenta de que tengo que irme lo más pronto posible, para unirme a él. El único problema es cómo lo encontraré.

Mi última clase es historia de España. La profesora está soltando un rollo sobre el general Francisco Franco y la Guerra Civil. Yo desconecto y me pongo a

escribir en mi cuaderno notas sobre John, sobre lo que he descubierto en el último artículo que he leído.

John Smith.

Vivió 4 meses en Paradise, Ohio.

Lo paró un agente de policía en Tennessee cuando se dirigía al oeste en una camioneta. En mitad de la noche, junto a otras 2 personas de aproximadamente la misma edad.

¿Hacia dónde se dirigían?

Se cree que una de esas dos personas es Sam Goode, también de Paradise; en un principio se pensó que era un rehén, pero ahora se le considera cómplice.

¿Quién es la tercera persona? Una chica de pelo negro. La chica de mi sueño tenía el pelo negro.

¿Dónde está Henri? ¿Cómo escaparon de 2 helicópteros y 35 agentes de policía? ¿Por qué se estrellaron los 2 helicópteros?

¿Cómo puedo contactar con él O con los demás?

¿Poniendo un anuncio en Internet?

Demasiado peligroso. ¿Hay alguna forma de hacerlo evitando a los mogos? De ser así, ¿lo verán los demás?

John es ahora un fugitivo. ¿Mirará alguna vez Internet?

¿Sabe Adelina algo que yo no sepa?

¿Podría sacarle el tema sin que sea demasiado descarado?

Indecisa, mantengo el bolígrafo en el aire, encima de la página. Internet y Adelina son las dos únicas ideas que se me han ocurrido, y ninguna parece muy prometedora. Pero ¿qué más puedo hacer? Todo lo demás parece tan fútil como subir a lo alto de la montaña y ponerme a hacer señales de humo. Pero no puedo evitar sentir que se me escapa algo: algo importante y a la vez tan evidente que parece que lo tenga delante de las narices.

La profesora sigue con su rollo. Cierro los ojos y repaso todo mentalmente. Nueve guardianes. Nueve cêpan. Una nave que nos trajo a la tierra, la misma nave que debería llevarnos finalmente de vuelta, escondida en algún lugar de la Tierra. Lo único que recuerdo de ella es que aterrizó en algún lugar remoto en mitad de una tormenta. Un encantamiento lanzado para protegernos de los mogadorianos, que no se activó hasta que nos hubimos separado, y que solo funciona si estamos separados. Pero ¿por qué? Un encantamiento que nos mantenga separados no parece que tenga mucho sentido para ayudarnos a combatir y derrotar a los mogadorianos. ¿Qué sentido tiene? Mientras me hago

esta pregunta, mi mente descubre algo más. Cierro los ojos y me dejo llevar por la lógica.

Debíamos mantenernos ocultos, pero ¿durante cuánto tiempo? Hasta que se manifestaran nuestros legados y tuviéramos los medios necesarios para luchar, para ganar. ¿Cuál es la cosa que podemos hacer cuando ese primer legado aparece al fin?

La respuesta parece demasiado evidente como para ser la correcta. Con el bolígrafo aún en la mano, escribo la única respuesta posible:

El Cofre.

CAPÍTULO DIEZ



YA NUNCA DUERMO SIN TENER PESADILLAS. TODAS las noches se me aparece el rostro de Sarah, justo un segundo antes de que, engullida por la oscuridad, lance un grito de socorro. Por mucho que la busque frenéticamente, no la encuentro por ningún lado. Y ella sigue gritando; una voz asustada, desgarrada y solitaria, y yo nunca consigo localizarla.

Y después veo a Henri: un cuerpo retorcido y humeante que me mira sabiendo que nuestro tiempo juntos ha tocado a su fin. Lo que veo en sus ojos nunca es miedo, reproche ni tristeza, sino más bien orgullo, alivio y amor. Parece querer decirme que siga adelante, que luche, que gane. Y entonces, justo al final, abre los ojos de par en par como pidiendo más tiempo. « Venir aquí, a Paradise, no ha sido por casualidad », dice otra vez, y sigo sin entender a qué se refiere. Y prosigue: « No cambiaría ni un segundo de lo que hemos pasado, hijo. Ni por todo Lorien. Ni por todo el mundo ». Esta es mi maldición: tener que ver morir a Henri cada vez que sueño con él. Una y otra vez.

Veo Lorien, los días previos a la guerra, las selvas y los mares con los que he soñado cientos de veces. Me veo de niño, corriendo libremente entre la hierba alta mientras los que me rodean sonríen, ajenos a los horrores que están por

venir. Después veo la guerra, la destrucción, los asesinatos y la sangre. A veces, en noches como esta, tengo visiones nítidas de lo que creo que es el futuro.

Cierro los ojos pero no por mucho tiempo, porque enseguida me veo transportado a otra parte. Y nada más empezar el sueño entro en un paisaje que, aunque sé que no he visto antes, sigue resultándome conocido.

Corro por un sendero flanqueado por montones de escombros y residuos. Vidrios rotos. Plástico quemado. Acero oxidado y retorcido. Una niebla agria me llena la nariz y me humedece los ojos. Unos edificios ruinosos se recortan contra el cielo gris. Un río oscuro y estancado se agazapa a mi derecha. Percibo un tumulto más adelante: gritos y estampidos metálicos que se propagan en el denso aire. Me encuentro con una multitud enfurecida que, al otro lado de una valla, rodea una pista asfaltada donde está a punto de despegar una gran nave espacial. Atravieso una verja de alambre de púas y entro en la pista de despegue.

La pista está delimitada por pequeños riachuelos que tienen el color del magma. Unos soldados mogadorianos mantienen a raya a la multitud mientras un tropel de rastreadores prepara la nave, un globo de ónice suspendido en el aire, para el despegue.

Se elevan gritos de furia mientras los mogadorianos contienen al gentío a golpes. Son de menor tamaño que los soldados que he visto, pero tienen la misma tez cenicienta. Se oye retumbar un rumor sordo procedente de más allá de la nave. La multitud calla y, atemorizada, da unos pasos atrás a la vez que los soldados de la pista se sitúan en filas ordenadas.

Y entonces cae algo del cielo brumoso. Un oscuro vórtice absorbe las nubes cercanas, dejando una estela espesa y negra tras de sí. Me tapo los oídos justo antes de que el objeto, al estrellarse, propague por el suelo unas vibraciones tan fuertes que casi me tumban. Todo se queda en silencio mientras el polvo se asienta para revelar una nave en forma de esfera perfecta, blanca y opaca como una perla. Una puerta circular se abre y de ella emerge un gigantesco ser. El mismo que intentó decapitarme con su espada en la fortaleza de piedra.

Un gran alboroto recorre la valla cuando todos intentan escapar frenéticamente del monstruoso mogadoriano. Es más descomunal de lo que recordaba, con unos músculos perfectos y el pelo muy corto, como rapado. Unos tatuajes le serpentean por los brazos y unas cicatrices le surcan los tobillos, ninguna de ellas tan grande ni llamativa como la de su cuello, grotesca y violeta. Un soldado saca de la nave un bastón de oro, con el puño curvado en forma de martillo y un ojo negro pintado en un lado. Cuando el gigantesco ser lo empuña, el ojo cobra vida girando a un lado y a otro, explorando su entorno, hasta que al final me encuentra.

El mogadoriano examina la multitud, percibiendo mi presencia cercana. Entorna los ojos y da un paso de gigante hacia mí, levantando el bastón dorado. El ojo negro palpita.

En ese momento, uno de los presentes lanza un grito al monstruo, sacudiendo la valla con furia. El gran mogadoriano se vuelve hacia el alborotador y blande la vara hacia él. Del ojo surge un resplandor rojizo y justo después el hombre queda hecho pedazos, atravesado por la alambrada. Estalla una gran barahúnda mientras el gentío intenta escapar por todos los medios.

El gigante dirige de nuevo su atención hacia mí y me apunta a la cabeza con la vara. Me asalta una sensación de caída. El vértigo se apodera de mi estómago hasta el punto de querer vomitar. Lo que veo colgado de su cuello es tan perturbador, tan chocante, que me despierto de golpe, con la sensación de haber sido alcanzado por un rayo azul.



El amanecer irrumpe por las ventanas, inundando la pequeña habitación con la intensa luz de la mañana. Los objetos recuperan su forma. Estoy bañado en sudor y sin aliento. Y, con todo, aquí estoy, y el dolor y la confusión de mi corazón me confirman que sigo vivo, que ya no estoy en un lugar de pesadilla donde un hombre puede morir desgarrado entre los pequeños agujeros de una alambrada de púas.

Hemos encontrado una casa abandonada en el límite de un parque natural, a pocos kilómetros del lago George, en Florida. Es el tipo de casa que le gustaba a Henri: aislada, pequeña y tranquila, sin personalidad pero segura. Es de un solo piso, con la fachada pintada de color verde lima. En el interior, las paredes están decoradas en varios tonos de beige y la moqueta es de color marrón. Hemos tenido mucha suerte de que el agua no estuviese cortada. A juzgar por el denso polvo que flota en el aire, hace bastante tiempo que nadie vive aquí.

Me doy la vuelta en la cama para ponerme de lado y mirar el teléfono móvil que tengo al lado de la cabeza. Lo único que podría quitarme de la cabeza el horror que acabo de presenciar es Sarah, a la que llevo ya dos semanas sin ver. Recuerdo la vez que estuvimos en mi habitación, justo cuando ella acababa de volver de Colorado, y cómo nos abrazamos. Si pudiese quedarme con un solo momento de los que hemos pasado juntos, elegiría ese. Cierro los ojos, tratando de imaginar lo que debe de estar haciendo en este preciso instante, qué lleva puesto, con quién está hablando. En las noticias han dicho que cada uno de los seis institutos más cercanos a Paradise ha absorbido a una fracción de los alumnos desplazados en espera de que se construya un nuevo edificio. Me pregunto en cuál de ellos estará estudiando Sarah, y si seguirá haciendo fotografías.

Acercó la mano al móvil, que funciona con tarjeta prepago y que va a nombre de Julio C. Sar (Henri no dejaba de sorprenderme con su particular

sentido del humor). Enciendo el teléfono por primera vez desde hace días. Solo tengo que marcar el número de Sarah para oír su voz. Así de simple. Pulso los números que tan bien conozco, uno por uno, hasta llegar al último. Cierro los ojos, tomo una profunda bocanada de aire, y finalmente apago el teléfono y cierro la tapa. Sé que no puedo pulsar el último número. El miedo por la seguridad de Sarah, por su vida (y la de todos nosotros) me lo impide.

En la salita, Sam ve la CNN en línea con uno de los portátiles de Henri sobre las rodillas. Menos mal que todavía funciona la tarjeta de conexión inalámbrica de Henri, sea cual sea el nombre falso con el que la registró en su momento. Sam escribe notas a toda velocidad en un cuaderno. Han pasado tres días desde el incidente de Tennessee, y no llegamos a Florida hasta anoche, saltando de un camión a otro hasta tres veces (aunque uno de ellos nos llevó trescientos kilómetros en una dirección equivocada) antes de colarnos en el tren que nos ha traído hasta aquí. Sin el uso de los legados (nuestra velocidad, la invisibilidad de Seis), nunca lo habríamos logrado. Nuestra intención es permanecer ocultos una temporada hasta que las noticias se calmen. Después nos reorganizaremos, empezaremos a entrenar y evitaremos a toda costa más percances como el de los helicópteros. La primera tarea de la lista es encontrar otro vehículo. La segunda, pensar qué haremos después. Ninguno de nosotros lo tiene muy claro. Una vez más, me abruma la ausencia de Henri.

—¿Dónde está Seis? —pregunto, entrando de golpe en la salita.

—Ahí fuera, haciéndose unos largos o algo —contesta Sam. Una cosa genial que tiene la casa es la piscina de detrás, que Seis enseguida llenó haciéndole caer un intenso chaparrón encima.

—Me extraña que no quieras ir a ver qué tal le sienta el bañador —le digo, dándole un codazo.

Él se pone colorado.

—Venga ya, colega. Quería echar un vistazo a las noticias. Para ser útil, más que nada.

—¿Alguna novedad?

—¿Aparte de haberme convertido en un cómplice por cuya captura ofrecen una recompensa que ha aumentado a medio millón de dólares? —pregunta Sam.

—En el fondo te encanta, no lo niegues.

—Sí, mola bastante —reconoce, sonriendo—. Pero no, no hay ninguna novedad. No sé cómo Henri podía manejar todo esto. Salen miles de artículos cada día, no exagero.

—Henri no dormía.

—Y tú, ¿no quieres ir a ver qué tal le queda el bañador a Seis? —me pregunta, centrándose de nuevo en la pantalla. Me sorprende la ausencia de ironía en su tono. Él sabe lo que siento por Sarah. Y yo sé lo que él siente por Seis.

—¿A qué viene eso?

—He visto cómo la miras —responde, y hace clic en un enlace referente a un accidente de avión en Kenia. Un superviviente.

—¿Y cómo la miro, Sam?

—Déjalo —dice. El superviviente es una anciana. Está claro que no es una de nosotros.

—Los lóricos nos enamoramos para toda la vida, colega. Y yo estoy enamorado de Sarah. Tú ya lo sabes.

Sam levanta la vista por encima de la pantalla.

—Sí, ya lo sé. Es que, no sé, eres el tipo de tío que le gustaría a ella, no un friki de las matemáticas obsesionado por los alienígenas y el espacio exterior. No veo cómo Seis podría enamorarse de alguien como yo.

—Tú eres la caña, Sam. No lo olvides nunca.

Salgo por la puerta corredera de cristal que da a la piscina. Más allá hay un césped descuidado, tras el cual se alza un muro de ladrillos que cerca la propiedad y nos mantiene fuera de la vista de cualquiera que pueda pasar por allí. No hay vecinos en medio kilómetro a la redonda, y el pueblo más próximo se encuentra a diez minutos en coche.

Seis surca el agua, deslizándose por su superficie como un insecto acuático. A su lado, nadando el doble de rápido, hay un mamífero con forma de ornitorrinco pero de pelaje largo y blanco y con barba. No tengo ni idea de en qué animal se ha transformado *Bernie Kosar*. Seis percibe mi presencia y se detiene al final de la piscina, sacando medio cuerpo del agua y apoyando los brazos en el borde. *Bernie Kosar* sale de un salto y, tras recuperar la forma de beagle, se sacude para secarse y me salpica todo el cuerpo. Me resulta refrescante, y no puedo evitar pensar lo agradable que es volver a estar en el sur del país.

—Más te vale no machacar a mi perro —le digo. Me sorprende a mí mismo admirando sus hombros perfectos, su cuello esbelto. Puede que Sam tenga razón. Puede que mire a Seis del mismo modo que él la mira. Siento más que nunca el impulso de correr adentro, encender el móvil y oír la voz de Sarah.

—Más bien es él el que me está machacando a mí. Por cómo nada ese canijo, diría que ya está del todo curado. Y hablando de curarse, ¿qué tal tienes la cabeza?

—Todavía me duele —respondo, pasándome una mano por ella—. Pero no es nada que no pueda aguantar. Estoy preparado para empezar a entrenar hoy, si lo dices por eso.

—Perfecto. Ya estaba harta de no hacer nada. Hace mucho que no entreno con nadie.

—¿Estás segura de que quieres entrenar conmigo? Sabes que puedes acabar herida, ¿no? —Ella se ríe, y acto seguido me lanza un chorro de agua con la boca—. Tú lo has querido: ¡luz! —digo, visualizando la superficie de la piscina y lanzando una ráfaga de aire encima.

Una onda de agua se abalanza hacia su cara. Seis se zambulle debajo de la superficie para evitar el choque, y cuando resurge lo hace encima de una ola enorme que casi absorbe toda el agua de la piscina. Se acerca a mí montada en la cresta y, aunque se aparta en el último momento, la ola sigue su recorrido. Antes de darme tiempo a reaccionar, me arroja y me lanza contra la parte trasera de la casa. Oigo las risas de Seis mientras el agua retrocede de vuelta a su lugar. Me pongo de pie e intento empujarla hacia la piscina, pero ella desvía mi telequinesia, y de pronto me encuentro cabeza abajo y volando por los aires, donde me quedo agitando los brazos indefenso.

—¿Qué puñetas estáis haciendo ahí fuera? —pregunta Sam, que está de pie frente a la puerta de cristal.

—Pues... como Seis se estaba poniendo chulita, he decidido ponerla en su sitio. ¿No se nota?

Sigo vuelto del revés, suspendido a un metro de altura sobre la piscina. Noto la telequinesia de Seis sujetándome por el tobillo derecho, y la sensación es la misma que la que tendría si estuviera agarrándome con una mano.

—Sí, ya lo veo. La tienes contra las cuerdas —responde Sam.

—Estaba a punto de contraatacar. Tomándome mi tiempo y eso.

—¿Qué dices tú, Sam? —pregunta Seis—. ¿Le doy su merecido?

Una sonrisa recorre el rostro de mi amigo.

—Todo tuyo.

—¡Oye! —exclamo justo antes de que ella me suelte y me haga caer de cabeza al agua. Cuando salgo, Seis y Sam están riéndose a carcajadas.

—Eso solo ha sido el primer asalto —protesto mientras salgo de la piscina. Me quito la camiseta y la arrojo contra el suelo de cemento—. Me has pillado por sorpresa. Tú espera y verás.

—¿Dónde está ahora el tío duro y curtido? —pregunta Sam—. ¿No te describiste así cuando te rapaste la cabeza?

—Simple estrategia —contesto—. Estoy dando falsas esperanzas a Seis, y cuando se confíe, verá de lo que soy capaz.

—¡Ja! Lo que tú digas —se ríe él antes de añadir—: Jo, cómo me gustaría tener legados.

Seis se ha plantado entre los dos, riéndose todavía. Lleva su bañador negro liso, y el agua le recorre la piel de los brazos y las piernas mientras se inclina ligeramente hacia delante y se retuerce el pelo para escurrírselo. La cicatriz de su pierna todavía tiene mal color, pero no está tan violeta como la semana pasada. Finalmente, se echa el pelo hacia atrás. Sam y yo la miramos embobados.

—Bueno, entonces ¿entrenamos esta tarde? —pregunta Seis—. ¿O todavía piensas que me vas a hacer daño?

Hincho las mejillas y suelto el aire despacio.

—Vale, pero no te meteré mucha caña. Esa cicatriz que tienes en la pierna todavía tiene mala pinta. Pero sí, cuenta conmigo.

—Sam, ¿tú también te apuntas?

—¿Queréis que entrene con vosotros? ¿En serio?

—Pues claro. Ahora eres de los nuestros —responde Seis.

Él asiente, frotándose las manos.

—Contad conmigo —dice, sonriendo como un niño con zapatos nuevos—. Pero si solo me queréis para practicar el tiro, me vuelvo a casa.



Empezamos a las dos del mediodía, pero el cielo está tan gris que no creo que el entrenamiento vaya a durar mucho. Sam salta sobre las puntas de los pies, equipado con pantalones cortos de deporte y una camiseta enorme. Es todo rodillas y codos, pero si el corazón y el coraje pudieran medirse, seguramente él sería tan grande como el mogadoriano que he visto a bordo de esa nave.

Seis empieza enseñándonos las técnicas de combate que ha aprendido, que es mucho más de lo que yo sé. Su cuerpo se mueve con fluidez y con la precisión de una máquina cuando lanza una patada o un puñetazo, o cuando da una voltereta hacia atrás para eludir un ataque. Nos muestra cómo contraatacar y las ventajas de la destreza y la coordinación, y repite una y otra vez las mismas maniobras hasta que surgen de forma espontánea. Sam resiste todo lo que le lanza, incluso cuando sus golpes le hacen caer rodando por el suelo o le dejan sin aliento. Ella ensaya los mismos ataques conmigo, y aunque hago como si me lo tomara como un juego, me esfuerzo al máximo, y aun así me muele a golpes. No me puedo imaginar cómo puede haber aprendido todo eso por su cuenta. La segunda vez que termino con la boca llena de tierra y hierba comprendo lo mucho que tengo que aprender de ella.

Media hora más tarde empieza a llover. Primero es un ligero goteo, pero al poco rato el cielo se nos cae encima y tenemos que refugiarnos dentro. Sam se pasea por la casa lanzando patadas y puñetazos a enemigos invisibles. Mientras tanto, yo me siento en una silla, apretando mi amuleto azul en el puño y clavando la mirada en la ventana principal durante un buen rato, contemplando el espectáculo mientras recuerdo que las dos últimas tormentas que he visto se produjeron porque Seis las invocó.

Cuando me doy la vuelta, la veo dormir profundamente en un rincón de la salita, acurrucada con *Bernie Kosar*, al que abraza como si fuera una almohada. Siempre duerme así, hecha un ovillo, y es entonces cuando sus duros rasgos se suavizan.

Las blancas plantas de sus pies apuntan hacia mí, y cuando utilizo la telequinesia para hacerle unas cosquillas suaves en la planta del pie derecho, lo agita como si quisiera espantar una mosca pesada. Le hago cosquillas de nuevo. Vuelve a agitar el pie, esta vez con más fuerza. Espero unos pocos segundos y entonces, con la máxima suavidad, le hago cosquillas a lo largo de todo el pie, desde el talón hasta el dedo gordo. Seis retira el pie y, al enderezar la pierna con una patada, crea una fuerza telequinética que me lanza hacia la pared, donde dejo un agujero por el que se ven los cables y tacos del interior. Sam irrumpe en la salita y adopta al instante una perfecta posición de combate.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién está ahí? —grita.

Me levanto del suelo frotándome el codo, que es el que se ha llevado la mayor parte del golpe.

—Idiota —dice Seis, incorporándose.

Sam me mira a mí y después a ella.

—Debería daros vergüenza —dice mientras se retira de vuelta a la cocina—. Vuestro ligoteo me ha dado un susto de muerte.

—Para susto de muerte, el que me he llevado yo —contesto, pasando por alto la parte del ligoteo, pero él se ha ido ya y no me oye. ¿Estoy ligoteando? ¿Pensaría Sarah que eso era ligoteo?

Seis bosteza, levantando los brazos hacia el techo.

—¿Todavía llueve?

—Un montón, pero míralo por el lado bueno; el tiempo te ha salvado de que te dé una paliza.

—Esa pose de tipo duro ya cansa, Johnny —dice ella, meneando la cabeza—. Y no olvides lo que puedo hacer con los elementos.

—Ni en sueños —respondo, pero intento cambiar el tono. Me doy rabia a mí mismo por flirtear con otra chica—. Oye, hay una cosa que quería preguntarte: ¿de quién es esa cara de las nubes? Cada vez que creas una tormenta veo ese rostro tan loco y amenazador.

Rascándose la palma del pie derecho, me contesta:

—No lo sé, pero cada vez que he podido alborotar el tiempo, aparece siempre la misma cara. Me imagino que debe de ser lórica.

—Sí, supongo. Pues yo creía que era un exnovio loco al que todavía no has conseguido olvidar.

—Claro, porque los hombres de noventa años son mi debilidad. Qué bien me conoces, John.

Me encojo de hombros, y los dos sonreímos.

Por la noche hago la cena en una parrilla oxidada pero aprovechable que hemos encontrado en el jardín trasero. O intento hacerla, mejor dicho. Como fui a clases de economía doméstica con Sarah en el instituto de Paradise, soy el único que sabe cómo preparar algo que pueda parecer un menú aunque sea

remotamente. Esta noche: pechugas de pollo, patatas y una pizza de pepperoni descongelada.

Estamos sentados en la moqueta de la salita formando un triángulo. Seis se ha echado una manta encima de la cabeza y los hombros; debajo lleva una camiseta negra de tirantes, y su amuleto queda colgando a la vista. Verlo me trae a la mente el sueño que he tenido. Cuánto deseo disfrutar de una cena normal en torno a una mesa y dormir tranquilamente por las noches sin que me atormente mi pasado lórico. ¿Serían así las cosas en Lorien antes de que nos fuéramos?

—¿Piensas mucho en tus padres, en la vida que teníais en Lorien? —pregunto a Seis.

—Ahora ya menos. En realidad no sabría ni decirte qué cara tenían. Eso sí, recuerdo cómo me sentía estando con ellos, no sé si me explico. Pienso bastante en esa sensación, diría yo. ¿Y tú?

Cojo una porción de pizza quemada, y decido no volver a comer nunca pizza descongelada en una parrilla.

—Los veo mucho en sueños. Es bonito, pero al mismo tiempo me parte el corazón. Eso me recuerda que están muertos.

La manta le resbala a Seis de la cabeza y le queda colgando de los hombros.

—¿Y tú, Sam? —dice—. ¿Echas de menos a tus padres?

Sam abre la boca y la vuelve a cerrar. Sé que está planteándose decirle a Seis que cree que unos alienígenas se llevaron a su padre, que le abdujeron cuando salió a comprar pan y leche. Finalmente dice:

—Los echo de menos a los dos, a mi madre y a mi padre, pero prefiero estar con vosotros. Teniendo en cuenta todo lo que sé, no creo que pudiera quedarme en casa.

—Sí, sabes demasiado —asiento, y me siento culpable de que tenga que tragarse esta cena espantosa en el suelo de una casa abandonada en lugar de disfrutar de la comida de su madre en una mesa como Dios manda.

—Sam, siento que te hayamos metido en esto. Pero también me alegro de que estés aquí —dice Seis, y él se sonroja.

—No sé por qué, pero estoy empezando a sentir una conexión muy fuerte con todo lo que está pasando. ¿Puedo preguntaros una cosa? ¿Está muy lejos Mogador de la Tierra?

Recuerdo el día en que Henri activó las siete esferas de cristal. Soplo sobre ellas para que cobraran vida, y al instante siguiente estábamos contemplando una réplica flotante de nuestro sistema solar.

—Está mucho más cerca que Lorien, ¿por qué?

Sam se levanta del suelo y pregunta:

—¿Cuánto se tardaría en llegar hasta allí?

—Puede que unos pocos meses —contesta Seis—. Depende de la nave en la que viajes y del tipo de energía que utilice.

—Creo que el gobierno de los Estados Unidos tiene que haber construido una nave que pueda cubrir esa distancia —dice Sam, caminando en círculos—. Seguro que tienen un prototipo ultrasecreto oculto en una montaña que a su vez está oculta bajo otra montaña. Lo que estaba pensando es qué pasaría si tuviéramos que llevar la lucha a su territorio, a Mogador, pero no pudiéramos encontrar vuestra nave. Siempre hay que tener un plan B, ¿no?

—Claro. Y el plan A, ¿cuál dices que es? —pregunto, y me muerdo la lengua. No puedo ni imaginarme cómo sería enfrentarnos a un planeta de mogadorianos en su propio campo.

—Encontrar mi Cofre —responde Seis mientras vuelve a echarse la manta sobre la cabeza.

—¿Y después?

—Entrenar.

—¿Y después? —pregunto.

—Ir a buscar a los demás, supongo.

—No sé, es que lo veo como ir de acá para allá y poco más. Me da la impresión de que Henri o Katarina nos harían hacer cosas más productivas. Como estudiar maneras de matar a ciertos enemigos. ¿Sabéis lo que son los piken?

—Son esas bestias enormes que destruyeron el instituto —responde Seis.

—¿Y los kraul?

—Esa especie de animales, más pequeños, que nos atacaron en el gimnasio. ¿Por qué?

—Cuando estaba soñando en Carolina del Norte, ¿recuerdas que tú y Sam me oísteis hablar mogadoriano? En el sueño aparecían esos dos nombres, pero no los había oído antes. Henri y yo los llamábamos « las bestias », sin más. —Tras un silencio, añadido—: Hoy he tenido otro sueño.

—A lo mejor no son sueños —dice ella—. Igual lo que tienes son visiones.

Asiento, diciendo:

—No tengo muy clara la diferencia, la verdad. Porque esos sueños son muy parecidos a las visiones que tuve de Lorien, pero en estos dos no estaba en Lorien —explico—. Henri me dijo una vez que cuando tengo visiones es porque contienen algún significado personal para mí. Y eso siempre se ha cumplido: las primeras visiones siempre eran de cosas que ya habían sucedido. Pero diría que lo que he presenciado en el sueño de esta mañana... No lo sé. Es como si lo estuviera viendo al mismo tiempo que estaba sucediendo.

—Qué caña —dice Sam—. Eres como una tele.

Seis hace una bola con la servilleta de papel y la lanza al aire por encima de su cabeza. Le prendo fuego sin pensarlo, y se queda reducida a la nada antes de llegar a la alfombra. Entonces Seis me dice:

—No es algo descabellado, John. Hay constancia de que algunos lóricos

tenían esa habilidad. O, al menos, eso me dijo Katarina.

—Pero el caso es que creo que estaba en Mogador, que, por cierto, es tan asqueroso como me imaginaba que sería. El aire era tan denso que los ojos me lagrimeaban. Todo era gris y desolador. Pero ¿cómo había llegado hasta allí? ¿Y cómo podía captar mi presencia ese tío tan gigantesco de Mogador?

—¿Cómo de gigantesco? —pregunta Sam.

—Tan gigantesco que debía de medir más del doble que los soldados que he visto, como seis metros de alto, puede que más, y mucho más inteligente y poderoso. Se le notaba solo con verle. Y estaba claro que era algún tipo de líder. Lo he visto ya dos veces. La primera vez fue cuando escuché una conversación que tenía con un esbirro que le estaba informando acerca de nosotros y de lo que había sucedido en el instituto. Y esta segunda vez, mientras se disponía a embarcar en una nave. Pero, antes de subirse, uno de los otros mogadorianos se le acercaba corriendo y le daba algo. Al principio yo no sabía qué era, pero justo antes de que se cerrara la puerta de la nave se volvió hacia mí para asegurarse de que me enterara de qué se trataba exactamente.

—¿Y qué era? —pregunta Sam.

Yo sacudo la cabeza, hago una bola con la servilleta de papel y la quemo en la palma de la mano. Después, contemplo el sol poniente por la puerta de cristal: un ardiente fulgor de color naranja y rosa vivo, como las puestas de sol que veíamos Henri y yo en Florida desde nuestro porche elevado. Si él todavía estuviera aquí, podría ayudarme a sacar algo en claro de todo esto.

—John, ¿qué era? —pregunta Seis—. ¿Qué le habían dado?

Levanto la mano para coger mi amuleto.

—Era esto. Amuletos. Tres amuletos. Los mogadorianos debieron de guardarlos después de cada asesinato. Y este gigantesco líder, o quienquiera que fuera, se los colgó al cuello como si fueran medallas olímpicas, y luego se quedó ahí quieto el tiempo necesario para que yo los viera. Los tres emitían una luz azul y, cuando me desperté, el mío también brillaba.

—Entonces, ¿crees que era una premonición, como si hubieras visto tu destino? ¿O simplemente has tenido un sueño muy raro debido a la tensión de los últimos días? —pregunta Sam.

Negando con la cabeza, contesto:

—Creo que es verdad lo que dice Seis, y que son visiones. Y que es lo que está sucediendo ahora mismo. Pero lo que más miedo me da es que, si ese mogadoriano se ha subido a una nave, es muy probable que venga para acá. Y, si una nave puede viajar desde Mogador tan rápido como dice Seis, no vamos a tardar mucho en tenerlo aquí.

CAPÍTULO ONCE



LO QUE RECUERDO DE NUESTRA LLEGADA A SANTA Teresa son en su mayoría fragmentos de un largo viaje que pensé que no acabaría nunca. Recuerdo tener el estómago vacío y los pies doloridos, y sentirme extenuada la mayor parte del tiempo. Recuerdo a Adelina mendigando monedas o comida; recuerdo los mareos en el mar y los vómitos. Recuerdo las miradas de desprecio de los transeúntes. Recuerdo todas las veces que cambiamos de nombre. Y recuerdo el Cofre, con todo lo voluminoso que era, al que Adelina se negaba a renunciar por desesperada que fuera nuestra situación. Recuerdo que, el día que finalmente llamamos a la puerta que abrió la hermana Lucía, el Cofre estaba en el suelo, bien apretado entre los pies de Adelina. Y sé que ella lo escondió en la penumbra de algún rincón oculto del orfanato. Los días que he pasado buscándolo han sido infructuosos, pero no he renunciado a encontrarlo.

El domingo, una semana después de la llegada de Eli, nos sentamos en el último banco durante la misa. Es la primera a la que asiste, y capta su atención tanto como la mía: o sea, nada. Salvo por las clases, ha pasado casi todo el tiempo a mi lado desde la mañana en que le ayudé a hacer la cama. Vamos y volvemos del colegio juntas, desayunamos y cenamos juntas, hacemos nuestras oraciones

de la noche juntas. He empezado a sentirme muy unida a ella, y, por la forma en que me sigue a todas partes, diría que ella también se siente muy unida a mí.

Cuando el padre Marco lleva sermoneando más de tres cuartos de hora, yo cierro los ojos, pensando en la cueva y preguntándome si debería llevar hoy a Eli conmigo o no. Hay varios problemas al respecto. El primero es que no hay luz dentro, y que ella no podrá ver en la oscuridad como puedo yo. El segundo es que la nieve aún no se ha derretido, y no sé si podrá atravesarla caminando. Pero el principal problema es que me preocupa ponerla en peligro. Los mogadorianos podrían aparecer en cualquier momento, y ella estaría indefensa. Pero, a pesar de todos esos inconvenientes y preocupaciones, estoy deseando llevarla conmigo. Quiero enseñarle mis dibujos.

El martes, minutos antes de salir para el colegio, me encontré a Eli sentada sobre su cama, encorvada. Seguía masticando una galleta del desayuno, y cuando miré sobre su hombro la vi haciendo a toda prisa un dibujo exacto de nuestro dormitorio. Me quedé impresionada por el nivel de detalle, la precisión técnica de cada grieta de la pared, su habilidad para reflejar hasta el menor rayo de sol de la mañana que entraba por las ventanas. Era como mirar una fotografía en blanco y negro.

—¡Eli! —la llamé impulsivamente.

Ella dio la vuelta al papel, metiéndolo en un libro de texto con sus pequeñas manos. Aunque sabía que era yo, no se dio la vuelta.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —le susurré—. ¿Dónde has aprendido a dibujar así?

—Me enseñó mi padre —susurró ella a su vez, manteniendo el dibujo oculto—. Era un artista. Y mi madre también.

Yo me senté en su cama.

—Y yo que pensaba que pintaba bien.

—Mi padre era un pintor magnífico —opinó con franqueza. Pero antes de que pudiera hacerle más preguntas, la hermana Carmela nos interrumpió y luego nos echó del dormitorio. Aquella noche encontré el dibujo debajo de mi almohada. Es el mejor regalo que me han hecho nunca.

Ahora, sentada en misa, pienso que quizá Eli pueda ayudarme con mis dibujos. Seguro que puedo encontrar una linterna o una luz en algún sitio para llevárnosla a la cueva. Entonces suena una risilla a mi lado que interrumpe mis pensamientos.

Abro los ojos y echo un vistazo. Eli ha descubierto una oruga peluda de color negro y rojo trepando por su brazo. Yo me llevo el dedo a los labios para pedirle que se calle. Eso le hace parar un instante, pero luego la oruga sube más, y ella vuelve a reírse. Se le pone la cara roja mientras intenta contener la risa, pero el intento solo empeora las cosas. Finalmente, no puede evitarlo y suelta una carcajada. Todo el mundo se vuelve para ver qué está pasando, y el padre Marco

interrumpe su sermón a media frase. Yo le quito a Eli la oruga del brazo y me siento derecha, devolviendo la mirada a los que nos están observando. Eli deja de reírse. Poco a poco, las cabezas se van girando otra vez, y el padre Marco, claramente molesto por haber perdido el hilo, retoma su sermón.

Yo sostengo dentro del puño a la oruga, que serpentea para liberarse. Al cabo de un minuto abro la mano, y ese repentino movimiento hace que el peludo animalito se haga una bola. Eli enarca las cejas y ahueca las manos, y yo coloco la oruga dentro. Ella se queda mirándola sonriente.

Recorro con la vista la primera fila. No me sorprende en absoluto ver a la hermana Dora lanzándome una mirada furiosa. Luego niega con la cabeza antes de volver su atención hacia el padre Marco.

Me inclino hacia Eli, acercándome lo suficiente como para susurrarle al oído sin que nadie más nos oiga.

—Cuando termine la oración, tenemos que salir de aquí lo más rápido que podamos. Y mantente alejada de la hermana Dora.

Antes de la misa, yo le había recogido el pelo en una trenza tirante; ahora, mirándome con sus enormes ojos marrones, parece como si la pesada trenza tirara de su cabeza hacia atrás.

—¿Me van a castigar? —pregunta Eli.

—No te preocupes. Pero, por si las moscas, mejor salimos corriendo antes de que la hermana Dora nos coja por banda. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dice ella.

Pero no tenemos suerte. Justo cuando faltan unos minutos para que acabe la misa, la hermana Dora se levanta como si nada, se dirige hacia el fondo de la nave y se queda esperando junto a la puerta, a unos pasos de nosotras. Cuando vuelvo a abrir los ojos después de recitar la última oración y santiguarme, ella me coloca una mano sobre el hombro izquierdo.

—Por favor, ven conmigo —le dice a Eli, estirándose junto a mí para agarrarla por la cintura.

—¿Qué está haciendo? —le pregunto.

La hermana Dora pasa junto a mí, con Eli agarrada.

—No es asunto tuyo, Marina.

—¡Marina! —me llama Eli en tono suplicante. Mientras la hermana Dora se la lleva, ella me mira con ojos asustados. A mí me entra el agobio y corro hacia los primeros bancos, donde está Adelina, de pie, hablando con una señora del pueblo.

—La hermana Dora ha cogido a Eli y se la ha llevado —digo apresurada, interrumpiéndola—. ¡Adelina, tienes que detenerla!

Ella me mira sin dar crédito.

—No pienso hacer tal cosa. Y llámame «hermana Adelina». Ahora, si me disculpas, estoy en mitad de una conversación —dice.

Yo no doy crédito. Mis ojos se llenan de lágrimas. Adelina ya no se acuerda de lo que es pedir ayuda y no recibirla.

Doy media vuelta y salgo de la nave para subir por la escalera de caracol a las dependencias del convento. Al final del pasillo, a la izquierda, la única puerta que está cerrada es la del despacho de la hermana Lucía. Corro hacia ella, intentando pensar qué hacer. ¿Llamo a la puerta? ¿O entro por las buenas? Pero ni siquiera tengo oportunidad de hacer ninguna de las dos cosas. Cuando estoy a punto de agarrar el pomo de la puerta, oigo un golpe de palmeta, seguido inmediatamente de un grito. Me quedo helada de la impresión. Eli grita al otro lado y, un segundo después, la hermana Dora abre la puerta.

—¿Qué haces aquí? —me espeta.

—Venía a ver a la hermana Lucía —miento.

—Pues no está aquí, y tú deberías estar en la cocina. Venga —dice, echándose por donde he venido—. Yo también voy para allá.

—¿Eli está bien?

—Eso no es asunto tuyo, Marina —dice, y luego me agarra por el brazo y me hace dar media vuelta con un empujoncito—. ¡Hala, venga! —me ordena.

Yo me alejo del despacho, odiando el miedo que me entra cada vez que me veo implicada en una confrontación. Siempre ha sido así: con las hermanas, con Gabriela García, con Linda en el muelle. Siempre siento lo mismo, los mismos nervios que rápidamente dan paso al pánico y que siempre me hacen salir corriendo.

—¡Más rápido! —me grita la hermana Dora, siguiéndome por la escalera de caracol en dirección a la cocina, donde me esperan las tareas del ágape.

—Tengo que ir al baño —miento antes de llegar a la cocina; quiero asegurarme de que Eli está bien.

—De acuerdo. Pero date prisa. Te estaré esperando.

—Lo haré.

Me escondo tras la esquina y espero treinta segundos para asegurarme de que se ha ido. Luego corro por donde he venido, subo por la escalera de caracol y recorro el pasillo. La puerta del despacho está entornada, y entro por ella. El interior está oscuro, sombrío. Una capa de polvo cubre las estanterías que se alinean en las paredes y que están llenas de libros antiguos. La única luz que hay entra por una vidriera sucia.

—¿Eli? —la llamo, pensando por alguna razón que podría haberse escondido. Pero no contesta.

Salgo del despacho y me asomo a las habitaciones al otro lado del pasillo, pero están vacías. Sigo llamándola. En el otro extremo del pasillo está el dormitorio de las hermanas. Allí tampoco hay señales de Eli. Vuelvo a bajar las escaleras. La gente ya está en el comedor. Entro en la nave, buscando a mi amiga. No está allí, ni en ninguno de los dos dormitorios, ni en la sala de

ordenadores, ni en los almacenes. Cuando ya he mirado en la mayoría de los sitios que se me ocurren, ha pasado media hora, y sé que cuando llegue al comedor tendré problemas.

Pero en vez de eso, me quito la ropa de los domingos a toda prisa, cojo mi abrigo del colgador, quito la manta de la cama y corro afuera. Me abro camino entre la nieve, lejos del pueblo, incapaz de apartar de mi mente los palmetazos y el grito de Eli. Tampoco soy capaz de perdonar la bronca de Adelina. Con todo el cuerpo en tensión, centro mi energía en las grandes rocas junto a las que paso, usando la telequinesia para levantarlas y lanzarlas contra la ladera de la montaña. Es una buena forma de liberar tensión. La superficie de la nieve se ha endurecido, creando una fina capa de hielo que cruje bajo mis pies pero que no evita que las rocas se deslicen ladera abajo. Estoy tan enfadada que podría dejarlas caer descontroladas hacia el pueblo. Pero las paro en seco. En realidad, no es con el pueblo con quien estoy enfadada, sino con el convento que lleva el mismo nombre y con quienes viven en él.

Paso junto a la joroba de camello. Aún me falta medio kilómetro. El sol me calienta la cara. Está alto, y un poco inclinado hacia el este, lo que significa que tengo al menos cinco horas antes de volver. Hace mucho tiempo que no dispongo de tanto tiempo libre, y, con ese sol radiante y el viento fresco ahuyentando mi humor de perros, apenas me importa lo que me espera cuando regrese. Me vuelvo para comprobar si la capa está borrando mis huellas en la nieve endurecida, y me preocupo al comprobar que esta vez no lo ha hecho.

De todas formas, sigo adelante hasta que veo el arbusto redondeado asomando entre la nieve; corro hacia él, sin darme cuenta al principio de lo que mis ojos deberían estar entrenados para ver: que la nieve que hay frente a la cueva está revuelta y apartada a los lados. Pero en cuanto llego a la entrada, me doy cuenta inmediatamente de que hay algo que no cuadra en absoluto.

Provenientes del sur, unas huellas de botas, el doble de grandes que las mías, salpican la ladera de la montaña, formando una línea perfecta que corta la nieve desde el pueblo hasta la cueva. Parecen haber estado dando vueltas en la entrada. Me aturullo, convencida de que estoy pasando algo más por alto. Y entonces caigo: las huellas llegan hasta la cueva, pero no salen de ella.

Quien las haya hecho sigue allí dentro.

CAPÍTULO DOCE



«¡ESTÁN AQUÍ! —PIENSO—. ¡TRAS TODOS ESTOS AÑOS, los mogadorianos y a están aquí!» .

Me doy la vuelta tan rápido que resbalo y caigo sobre la nieve. Me arrastro a toda prisa en dirección opuesta a la entrada de la cueva, pero los zapatos se me enganchan a la manta. Tengo los ojos inundados de lágrimas. El corazón me late desbocado. Consigo ponerme en pie y correr tan rápido y con tanta fuerza como mis piernas me lo permiten. Ni siquiera me vuelvo para mirar si alguien me sigue, corriendo ladera abajo por el mismo sitio por el que he subido, tan rápido que ni me fijo en dónde piso. Los árboles que quedan por debajo de mí empiezan a desdibujarse, igual que las nubes sobre mi cabeza. Siento la manta flotando sobre mis hombros, ondeando al viento como la capa de un superhéroe. Me caigo y resbalo sobre el suelo, pero enseguida me pongo en pie, sigo corriendo y salto la joroba del camello, tropezando otra vez al tocar el suelo. Finalmente paso junto a los abedules y llego al convento. El paseo de ida me ha llevado casi veinticinco minutos; la carrera de vuelta, menos de cinco. Al igual que la capacidad para respirar debajo del agua, el legado de la supervelocidad aparece justo cuando lo necesito.

Me desato la manta del cuello, entro a toda prisa por la puerta principal, y oigo los ruidos de vajilla y cubiertos del comedor. Subo corriendo la escalera de caracol y recorro el estrecho pasillo, sabiendo que Adelina tiene libre este domingo. Entro en el dormitorio compartido de las hermanas. Adelina está majestuosamente sentada en una de las dos sillas de respaldo alto, con la Biblia en el regazo. Al verme entrar, la cierra.

—¿Por qué no estás en el comedor? —me pregunta.

—Creo que están aquí —digo sin aliento, con las manos temblando con fuerza. Me inclino hacia delante y las apoyo sobre las rodillas.

—¿Quiénes?

—¡Ya sabes quiénes! —le grito. Y añado entre dientes—: Los mogadorianos. Ella frunce el ceño, incrédula.

—¿Dónde están?

—He ido a la cueva...

—¿Qué cueva? —me interrumpe.

—¡Qué más da qué cueva! En la entrada había unas huellas de botas, unas botas enormes...

—Cálmate, Marina. ¿Dices que había unas huellas de botas en la entrada de una cueva?

—Sí —respondo.

Ella esboza una sonrisa de suficiencia, y enseguida me doy cuenta de que ha sido un error acudir a ella. Debí haber imaginado que no iba a creermme, y no puedo evitar sentirme estúpida y vulnerable frente a ella. Me pongo derecha. No sé qué hacer con las manos.

—Quiero saber dónde está mi Cofre —digo, en un tono de voz no muy decidido, pero tampoco tímido.

—¿Qué cofre?

—¡Sabes perfectamente a qué cofre me refiero!

—¿Y qué te hace pensar que iba a quedarme con esa antigualla? —pregunta en tono sereno.

—Pues que, de no hacerlo, estarías traicionando a los tuyos —le contesto.

Ella vuelve a abrir la Biblia y finge leer. Yo pienso en marcharme, pero entonces mi mente regresa a las huellas en la nieve.

—¿Dónde está? —pregunto.

Ella sigue ignorándome, así que, con la mente, palpo los contornos del libro, sus páginas finas y polvorientas, su cubierta toscamente labrada. Luego cierro el libro de un golpe. Adelina da un respingo.

—Dime dónde está.

—¿Pero cómo te atreves? ¿Quién te crees que eres?

—¡Soy un miembro de la Guardia, y el destino de toda la raza lórica depende de mi supervivencia, Adelina! ¿Cómo has podido darles la espalda? ¿Cómo has

podido darles la espalda también a los humanos? John Smith, que estoy convencida de que es miembro de la Guardia, es un fugitivo en los Estados Unidos; hace poco un policía le dio el alto y él lo movió sin tocarlo. Tiene telequinesia, como yo. Es lo que acabo de hacer con tu Biblia. ¿Es que no ves lo que está pasando, Adelina? Si no empiezo a ayudarles, no solo se perderá Lorien para siempre, sino también la Tierra, ¡y este estúpido orfanato y este estúpido pueblo!

—¿Cómo te atreves a hablar así de Santa Teresa? —Adelina da un paso al frente con los puños cerrados—. Este es el único sitio en el que nos han dado refugio, Marina. Es la única razón por la que seguimos vivas. ¿Qué han hecho los lóricos por nosotras? Nos metieron en una nave durante un año para mandarnos a un planeta cruel sin ningún tipo de plan, ni más instrucciones que mantenernos escondidos y entrenarnos. ¿Entrenarnos para qué?

—Para derrotar a los mogadorianos. Para recuperar Lorien. —Meneo la cabeza, indignada—. Seguramente los demás estén ahí fuera, luchando, buscando la forma de reunirse y de volver a casa, mientras nosotras estamos en esta prisión sin hacer nada.

—Yo estoy viviendo mi vida con un propósito, el de ayudar a la raza humana con mis oraciones y mi servicio. Y tú deberías hacer lo mismo.

—Tú único propósito en la Tierra era ayudarme.

—¿Acaso no estás viva?

—Solo en el sentido estricto de la palabra, Adelina.

Ella se vuelve a sentar en la silla y abre la Biblia sobre su regazo.

—Lorien está muerto y enterrado, Marina. ¿Qué importa ya?

—Lorien no está muerto; está hibernando. Tú misma lo dijiste. Además, nosotras no estamos muertas.

Ella traga saliva y dice con voz quebrada:

—Estamos todos condenados a muerte. —Luego en un tono mucho más suave, añade—: Nuestras vidas están condenadas desde el principio. Deberíamos hacer méritos mientras estemos aquí, para tener una buena vida en el más allá.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es la verdad. Somos lo que queda de una raza en extinción, y pronto nos habremos extinguido también nosotros. Y que Dios nos asista cuando llegue ese momento.

Yo niego con la cabeza. No tengo ningún interés en hablar de Dios.

—¿Dónde está mi Cofre? ¿Está aquí? —Doy vueltas por la habitación, recorriendo con la mirada las esquinas del techo, y luego me agacho para mirar debajo de las camas.

—Aunque lo tuvieras, no podrías abrirlo sin mí —dice—. Y lo sabes.

Tiene razón. Si es verdad lo que me dijo años atrás, cuando aún podía confiar en sus palabras, no puedo abrir el Cofre sin ella. Entonces me doy cuenta de la

absurdez de todo aquello: las huellas en la nieve; John Smith a la fuga; la terrible claustrofobia de Santa Teresa; y encima Adelina, mi cêpan, en lugar de ayudarme a desarrollar mis legados prefiere tirar la toalla. Ni siquiera sabe cuáles de mis legados se han manifestado. Puedo ver en la oscuridad, respirar bajo el agua, correr a grandes velocidades, mover cosas con la mente y regenerar plantas que están a punto de morir. La ansiedad se apodera de mí, y encima, en el momento más inoportuno de todos, la hermana Dora entra en la habitación. Al verme allí, pone los brazos en jarras.

—¿Por qué no estás en la cocina?

Yo la miro e imito su ceño fruncido.

—Cállate ya —le digo, y salgo de la habitación sin darle tiempo a responder.

Corro por el pasillo, bajo las escaleras, cojo mi abrigo otra vez y salgo por la puerta principal. Miro con inquietud a mi alrededor mientras avanzo entre las sombras que se ciernen sobre el camino. Aunque sigo teniendo la sensación de estar siendo observada, fuera todo parece estar en orden. Corro montaña abajo sin bajar la guardia y, cuando llego al bar del pueblo, me meto dentro, ya que es el único sitio que está abierto. Aproximadamente la mitad de las mesas están ocupadas, y eso me alivia: siento la necesidad de estar rodeada de gente. Cuando estoy a punto de sentarme veo a Héctor, solo en un rincón, bebiendo vino.

—¿Por qué no estás en el ágape? —me pregunta, levantando la vista. Está recién afeitado, y su mirada se ve clara y lúcida. Parece descansado; hasta está bien vestido. Hace mucho tiempo que no lo veo así. Me pregunto cuánto durará.

—Pensé que no bebías en domingo —le digo, e inmediatamente me arrepiento de haberlo hecho. Héctor y Eli son los únicos amigos que tengo en este momento, y uno de ellos ya ha desaparecido hoy. No quiero ofender a Héctor también.

—Yo también lo pensaba —dice, sin molestarse—. Si alguna vez conoces a un hombre que intente ahogar sus penas, infórmale amablemente de que las penas saben nadar. Pero siéntate, siéntate aquí —dice dando unas palmaditas en la silla que hay frente a él—. ¿Cómo estás?

—Odio este lugar, Héctor. Lo odio con toda mi alma.

—Vaya, ¿has tenido un mal día?

—Todos los días son malos aquí.

—Oye, que este sitio no está tan mal.

—¿Siempre eres así de optimista?

—Es el alcohol —dice con media sonrisa, y acto seguido se sirve lo que parece ser el primer vaso de la botella—. No se lo recomiendo a nadie. Pero parece que a mí me funciona.

—Ay, Héctor —suspiro—. Desearía que no bebieras tanto.

Él suelta una risilla y da un sorbo al vaso.

—¿Sabes lo que desearía yo?

—¿Qué?

—No verte siempre tan triste, reina del mar.

—No sabía que se me viera así.

—Es algo en lo que me he fijado —dice encogiéndose de hombros—. Héctor es un hombre muy perceptivo.

Yo miro a izquierda y derecha, deteniéndome en cada uno de los parroquianos. Luego cojo la servilleta de la mesa y me la coloco sobre el regazo.

—Cuéntame qué te preocupa —dice Héctor, y luego da un gran sorbo a su vaso.

—Me preocupa todo.

—¿Todo? ¿Yo también?

—Vale, todo no —digo negando con la cabeza.

Él enarca las cejas y frunce el ceño.

—Cuéntamelo.

Yo siento una imperiosa necesidad de contarle mi secreto, la razón por la que estoy aquí y de dónde vengo en realidad. Quiero hablarle de Adelina, contarle cuál debería ser su papel y en qué se ha convertido. Quiero que sepa de los demás, que están ahí fuera huyendo y luchando, o quizá cruzados de brazos, como yo. Si de alguien estoy segura de que podría ser mi aliado, que me ayudaría en todo lo que pudiera, ese es sin duda Héctor. Al fin y al cabo, es un defensor fiel, un rey fuerte y valiente, ya solo por llevar ese nombre.

—¿Alguna vez has sentido como si este no fuera tu sitio, Héctor?

—Claro. Algunos días.

—¿Y por qué te quedas? Podrías ir a donde quisieras.

—Por varias razones —dice él encogiéndose de hombros. Se sirve más vino en el vaso—. Para empezar, mi madre no tiene a nadie más que la cuide. Además, este sitio es mi hogar, y no estoy seguro de que haya nada mucho mejor por ahí. La experiencia me ha enseñado que las cosas casi nunca mejoran simplemente por cambiar de decorado.

—Puede que tengas razón, pero aun así estoy deseandoirme. Me quedan poco más de cuatro meses en el orfanato. Y, no se lo digas a nadie, pero creo que me voy a ir un poco antes de lo previsto.

—No creo que esa sea una buena idea, Marina. Eres demasiado joven para estar sola. ¿Adónde irás?

—A los Estados Unidos —digo, sin dudarlo.

—¿A los Estados Unidos?

—Quiero encontrar a una persona.

—Si estás tan convencida, ¿por qué no te has ido ya?

—Por miedo —contesto—. Sobre todo por miedo.

—Bueno, no eres la única —dice él, tomándose su tiempo para acabarse el vaso entero. Sus ojos han perdido la claridad—. La clave del cambio está en

desprenderse del miedo.

—Es verdad.

La puerta del bar se abre, y por ella entra un hombre alto, con un abrigo largo y un libro en la mano. El hombre pasa por nuestro lado y se sienta en una mesa al otro extremo de la sala. Tiene el cabello oscuro y grandes cejas. Un poblado bigote le cubre el labio superior. Nunca lo había visto antes, pero, cuando levanta la cabeza y clava sus ojos en los míos, hay algo que no me gusta de él, y aparto rápidamente la mirada. Por el rabillo del ojo, veo que sigue mirándome. Intento ignorarle. Retomo la conversación con Héctor, aunque solo farfullo cosas sin sentido, viéndole llenar de nuevo su vaso de vino tinto, y apenas oigo lo que me contesta.

Cinco minutos más tarde el hombre sigue mirándome, y estoy tan incómoda que todo el bar parece darme vueltas. Me inclino sobre la mesa y susurro a Héctor:

—¿Conoces a ese hombre de la esquina?

Él niega con la cabeza.

—No, pero yo también me he fijado en que nos mira. Estaba aquí también el viernes, en la misma mesa, leyendo el mismo libro.

—Tiene algo que no me gusta, pero no sé qué es.

—No te preocupes, yo estoy contigo —dice él.

—Tengo que irme —le digo. Se ha apoderado de mí la imperiosa necesidad de marcharme. Intento no mirar al hombre, pero lo hago igualmente. Ahora está leyendo el libro, cuya cubierta está inclinada hacia mí como si pretendiera que la viera. Está vieja y desgastada, y tiene una pátina grisácea y polvorienta.

PÍTACO DE MITILENE Y LA GUERRA DEL PELOPONESO

¿Pítaco? ¿Pítaco? El hombre me está mirando de nuevo, y aunque no puedo ver la mitad inferior de su cara, su ojos sugieren una sonrisa sardónica. De repente me siento como si me hubiera atropellado un tren. ¿Será este mi primer mogadoriano?

Me levanto de un brinco, golpeándome la rodilla con el tablero de la mesa y casi tirando la botella de vino de Héctor. Mi silla cae hacia atrás y golpea el suelo. Todo el mundo se vuelve para mirar.

—Tengo que irme, Héctor —digo—. Tengo que irme ya.

Salgo a trompicones por la puerta y corro en dirección al orfanato, más rápido que un coche a toda velocidad, sin importarme que me vean. En pocos segundos, estoy en Santa Teresa. Entro por la puerta principal y la cierro a toda prisa. Me apoyo contra ella y cierro los ojos mientras intento calmar mi

respiración. Me tiemblan las piernas y los brazos, igual que el labio inferior. El sudor me cae por la cara.

Abro los ojos. Adelina está frente a mí, y yo me lanzo a sus brazos sin pensarlo, sin importarme la bronca de hace solo una hora. Ella me abraza vacilante, seguramente confusa por mi repentina muestra de afecto, que llevo años sin demostrarle. Ella se aparta, y yo abro la boca para contarle lo que acabo de ver, pero ella se lleva el dedo a los labios igual que yo había hecho con Eli en misa. Luego se da media vuelta y se va.



Por la noche, después de la cena y antes de la oración, estoy junto a la ventana del dormitorio, mirando cómo anochece y examinando el paisaje por si hay algo sospechoso.

—¿Marina? ¿Qué haces?

Me doy la vuelta. Eli está detrás de mí; no la he oído acercarse. Se mueve por estos pasillos como si fuese una sombra.

—Me tenías preocupada —digo con alivio—. ¿Estás bien?

Ella asiente, pero sus grandes ojos castaños no dicen lo mismo.

—¿Qué haces? —repite.

—Mirar por la ventana, eso es todo.

—¿Para qué? Siempre estás mirando por la ventana antes de ir a dormir.

Tiene razón; desde el día que ella llegó, desde que vi a aquel hombre mirándome por la vidriera de la nave, he mirado todas las noches por la ventana por si lo veía. Ahora estoy segura de que es el mismo hombre que he visto en el bar.

—Estoy buscando hombres malos, Eli. A veces, ahí fuera hay hombres malos.

—¿En serio? ¿Y qué aspecto tienen?

—Es difícil de explicar —le contesto—. Creo que son muy altos, y suelen tener un aspecto siniestro y malvado. Algunos pueden ser muy musculosos, así —añado, esforzándome por hacer una pose de culturista.

Eli suelta una risita y se acerca a la ventana. Se pone de puntillas y se inclina hacia delante para mirar afuera.

Hace varias horas que he vuelto del bar, y he conseguido tranquilizarme un poco. Coloco el dedo índice en la ventana empañada y bosquejo una figura con dos breves chirridos.

—Es el número tres —dice Eli.

—Muy bien, pequeña. Pero estoy segura de que tú puedes hacer algo mejor,

¿eh?

Ella sonríe, coloca el dedo índice en la parte inferior del cristal y de repente empieza a formarse una hermosa casa de campo y un cobertizo. Yo observo mientras mi número tres es absorbido por un silo perfecto.

El tres es la única razón por la que me han permitido irme hoy del bar, es el número de guardianes que median entre John Smith y yo. Ahora estoy absolutamente convencida de que él es el Número Cuatro, por la forma en que lo están persiguiendo; igual de convencida de que el hombre del bar era un mogadoriano. Este pueblo es tan pequeño que rara vez veo a alguien que no conozca, y ese libro (*Pítaco de Mitilene y la Guerra del Peloponeso*), sumado a su mirada constante, no pueden ser una coincidencia. El nombre Pítaco (*Pittacus* en lórico) lo llevo oyendo desde mi infancia, desde mucho antes de que llegáramos a Santa Teresa.

Mi número es el Siete. Ahora mismo es mi único refugio, mi mayor defensa. Por injusto que sea, me separan de la muerte otros tres que deben morir antes que yo. Al menos mientras el encantamiento funcione, que supongo que es por lo que no me han atacado hoy mismo en el bar. Pero una cosa es segura: si ese era uno de los mogadorianos, saben dónde estoy, y podrían capturarme cuando quisieran y retenerme hasta haber matado del Cuatro al Seis. Me gustaría saber qué les hace mantener la distancia y por qué me permiten hoy dormir en mi cama. Sé que el encantamiento evita que nos maten sin seguir un orden, pero solo eso. Aunque quizá haya algo más que yo no sepa.

—Ahora, tú y yo somos un equipo —digo. Eli da los últimos toques al dibujo de la ventana, deslizando sus uñas sobre las cabezas de unas vacas para dibujarles cuernos.

—¿Quieres que seamos un equipo? —pregunta en tono incrédulo.

—Pues claro —digo, y estiro la mano para estrechar la suya—. ¿Hacemos un pacto?

Ella sonríe y estrecha la mía.

—Pues ya está —digo. Las dos nos volvemos de nuevo hacia la ventana, y Eli borra el dibujo con la palma de la mano.

—No me gusta este sitio.

—A mí tampoco me gusta, créeme. Pero no te preocupes, pronto estaremos las dos fuera de aquí.

—¿Tú crees? ¿Vamos a irnos juntas?

Yo me vuelvo para mirarla. En realidad no me refería a eso, pero, sin pensármelo dos veces, asiento con la cabeza. Espero no arrepentirme de haberlo hecho.

—Si todavía estás aquí cuando yo me vaya, entonces nos iremos juntas, ¿trato hecho?

—¡Trato hecho! Y yo no dejaré que te hagan daño.

—¿Quiénes? —pregunto.

—Los hombres malos.

—Eso sería todo un detalle —digo, sonriéndole.

Ella se separa de la ventana, se acerca a otra y vuelve a ponerse de puntillas para asomarse. Una vez más, se mueve como un fantasma, sin hacer ruido. Sigo sin tener ni idea de dónde se habrá metido durante todo el día, pero, fuera donde fuera, está claro que era un sitio donde a nadie se le ocurriría buscar. Y entonces se me ocurre una idea.

—Oye, Eli, necesito tu ayuda —digo. Ella se apoya sobre los talones y me mira expectante—. Estoy intentando encontrar algo que hay aquí en el orfanato, pero está escondido.

—¿Qué es? —pregunta, inclinándose hacia delante, entusiasmada.

—Es un cofre. Es de madera y parece muy antiguo, como los de los barcos piratas.

—¿Y dices que está aquí?

Yo asiento.

—Está aquí, escondido en algún lugar, pero no tengo ni idea de dónde. Lo han escondido a conciencia. Tú eres la chica más lista que conozco. Estoy segura de que lo encontrarás sin problema.

Eli esboza una sonrisa de oreja a oreja, asintiendo.

—¡Yo te lo encontraré, Marina! ¡Somos un equipo!

—Exacto —digo—. Somos un equipo.

CAPÍTULO TRECE



SEIS SE HA IDO AL PUEBLO A COMPRAR PRODUCTOS en nuestro nuevo todoterreno de color negro carbón, que hemos comprado por 1500 dólares en una tienda de segunda mano al aire libre que estaba en una salida de la carretera, a tres kilómetros de distancia. Mientras está fuera, Sam y yo practicamos lucha en el jardín trasero. Los tres llevamos una semana entrenando, y me asombra lo mucho que él ha avanzado en tan poco tiempo. A pesar de su pequeña talla, tiene una aptitud innata y, lo que le falta en fuerza, lo compensa con la técnica, que supera en mucho a la mía.

Al término de cada día, mientras Seis y yo nos retiramos a descansar a la salita o a nuestras habitaciones, Sam se queda levantado, estudiando técnicas de lucha en Internet. El método de combate que Seis ha aprendido con Katarina, y yo con Henri, es una mezcla entre lo que se conocería en la Tierra como jiu-jitsu, taekwondo, karate y bojuka, un sistema centrado en la memoria muscular que incluye técnicas de sujeción, bloqueos, movimiento corporal fluido, manipulación de articulaciones y golpes a puntos vitales del sistema nervioso central del contrincante. Seis y yo, que contamos con la ventaja de la telequinesia, nos centramos en captar el más sutil movimiento en nuestro entorno

inmediato y reaccionar en consonancia. En el caso de Sam, necesita mantener a sus enemigos delante.

Mientras que Seis termina cada sesión sin un rasguño, Sam y yo siempre añadimos nuevos arañazos y moretones a nuestra colección. Pero eso nunca hace mella en el entusiasmo ni en la motivación de mi amigo. El entrenamiento de hoy no es una excepción. Viene hacia mí con la barbilla baja y la mirada alerta. Me lanza un golpe cruzado que bloqueo enseguida y después una patada lateral con la izquierda que contrarresto haciéndole una zancadilla a la pierna derecha que le hace caer al suelo. Se pone de pie y vuelve a abalanzarse contra mí. Aunque muchas veces no consigo esquivarlos o bloquearlos, sus golpes no son muy efectivos, debido a mi fuerza. Pero a veces finjo sentir dolor para animarle.

Seis vuelve a casa una hora más tarde. Se pone unos *shorts* y una camiseta de manga corta y se une a nosotros. Entrenamos un rato, repitiendo sin prisa la misma maniobra de bloqueo y patada una y otra vez hasta que nos sale de forma automática. Pero, mientras que yo no me empleo a fondo contra Sam, Seis pone toda la carne en el asador, y con cada golpe me empuja hacia atrás tan fuerte que me deja sin aire. A veces eso me irrita, pero de todas formas noto que estoy mejorando. Seis ya no puede desviar mi telequinesia con un ligero movimiento de la mano. Ahora tiene que emplear todo el cuerpo.

Sam se toma un descanso y nos observa desde un lado con *Bernie Kosar*.

—Puedes hacer mucho más que eso, Johnny. Enséñame de una vez de qué eres capaz —me reta Seis después de derribarme al suelo como respuesta a la torpe patada circular que le he lanzado.

Yo me lanzo hacia ella, eliminando la distancia que nos separa en una décima de segundo. Le dirijo un gancho de izquierda pero ella lo bloquea y, agarrándome del biceps, se sirve de mi impulso para hacerme volar sobre su cabeza. Me preparo para una caída dolorosa, pero ella no me suelta el brazo, sino que me hace girar sobre su hombro para que mis pies se posen en el suelo.

Acto seguido, envuelve mis brazos con los suyos, de forma que se queda con el pecho apretado contra mi espalda. Pegando su cara a la mía, me besa la mejilla en broma. Antes de que yo pueda reaccionar, me golpea la parte de atrás de la rodilla con el pie y caigo de culo en el césped. Seis me aparta los brazos del suelo de un golpe y me deja tirado de espaldas. Me inmoviliza sin dificultad, y la tengo tan cerca que podría contarle los pelos de las cejas. Un hormigueo me invade el estómago.

—Ya está bien —interviene finalmente Sam—. Le has hecho morder el polvo. Ahora déjale que se levante.

La sonrisa de Seis se ensancha, y la mía también. Nos quedamos en esa posición un segundo más hasta que ella se echa atrás y me ayuda a levantarme tirándome de las axilas.

—Ahora me toca a mí con Seis —dice Sam.

Inspiro profundamente y agito los brazos para desentumecerlos.

—Toda tuya —le digo, y empiezo a desfilar hacia la casa.

—John... —me llama Seis justo cuando estoy llegando a la puerta trasera.

Me doy la vuelta, intentando sofocar el extraño cosquilleo que siento al verla.

—¿Sí?

—Ya llevamos una semana en esta casa. Creo que ya va siendo hora de que dejes atrás cualquier tipo de apego emocional o miedo que estés arrastrando. — Por un segundo, después de lo que acaba de ocurrir, me creo que está hablando de Sarah—. El Cofre —añade.

—Ya lo sé —respondo, y entro en la casa cerrando la puerta corredera detrás de mí.



Me meto en mi habitación y me pongo a dar vueltas dentro, inspirando profundamente mientras intento comprender lo que acaba de suceder en el jardín.

Entro en el baño y me echo agua fría en la cara antes de mirarme al espejo. Sarah me mataría si me pillara mirando así a Seis. Me repito una vez más que no tengo nada de qué preocuparme, porque los lóricos amamos a una sola persona para toda la vida. Si Sarah es mi amor verdadero, entonces lo de Seis es un cuelgue pasajero.

De vuelta en mi habitación, me tumbo de espaldas, cruzo las manos sobre la barriga y cierro los ojos. Hago profundas inspiraciones y cuento hasta cinco antes de soltar el aire por la nariz.

Treinta minutos después, abro la puerta y oigo a Sam y a Seis en la salita. El único sitio de la casa que he encontrado para esconder el Cofre es el cuartito de la limpieza, encima del termo. Hago un esfuerzo por sacarlo haciendo el mínimo de ruido posible. Después, vuelvo de puntillas a mi habitación y cierro la puerta con llave.

Seis tiene razón. Ya va siendo hora. Se acabó la espera. Sujeto el candado del Cofre. Se calienta enseguida y después se agita en la palma de mi mano para adoptar una forma casi líquida antes de abrirse con un chasquido. Del interior surge un intenso resplandor. Nunca había hecho esto antes. Meto la mano dentro y saco la lata de café con las cenizas de Henri, y después su carta, que sigue dentro de un sobre cerrado. Cierro la tapa y vuelvo a echar el candado. Puede parecer una tontería, pero es como si, mientras no lea la carta que Henri me dejó, todavía pudiera mantenerlo con vida. Una vez la haya leído, ya no quedará nada más que me pueda contar, nada más que me pueda enseñar, y de él solo

quedará el recuerdo. Todavía no estoy preparado para eso.

Abro el armario donde tengo apilada mi ropa y entierro la lata de café y la carta debajo del montón. Cojo el Cofre y salgo de la habitación, antes de aguardar en el pasillo para escuchar a mis amigos, que están viendo en Internet un programa llamado « Los alienígenas de la Antigüedad ». Sam bombardea a Seis con preguntas sobre la veracidad de todas las teorías sobre contactos extraterrestres que ha oído, y ella se las va confirmando o desmintiendo basándose en lo que le ha enseñado Katarina. Él anota las respuestas frenéticamente en su libreta, de donde surgen más preguntas que Seis va respondiendo con paciencia en la medida de lo que sabe. Sam está pendiente de cada una de sus palabras, que relaciona con sus propias conclusiones.

—¿Y las pirámides de Guiza? ¿Las construyeron los lóricos?

—En parte sí, aunque la mayor parte la hicieron los mogadorianos.

—¿Y la Gran Muralla China?

—Los terrícolas.

—¿Y qué ocurrió en Roswell, Nuevo México?

—Una vez le hice la misma pregunta a Katarina y me dijo que no tenía ni idea. Así que yo tampoco lo sé.

—Espera, ¿cuánto tiempo llevan viniendo los mogadorianos?

—Casi tanto como nosotros —responde ella.

—Entonces, la guerra entre unos y otros, ¿es nueva?

—No necesariamente. Lo que sé es que ambos bandos llevamos miles de años viajando a la Tierra; algunas veces coincidimos, y, por lo que sé, en general todo se desarrolló en términos amistosos. Pero entonces ocurrió algo que estropeó nuestra relación con ellos, y los mogadorianos pasaron mucho tiempo sin venir aquí. Aparte de eso no sé nada más, y no tengo ni idea de cuándo empezaron a volver.

Me acerco a ellos y planto el Cofre en mitad del suelo de la salita. Sam y Seis levantan la vista hacia mí. Ella me sonríe, lo que de nuevo me provoca un extraño cosquilleo. Le devuelvo la sonrisa, algo forzada.

—He pensado que, ya puestos, podríamos abrir esto juntos.

Sam empieza a frotarse las manos con una mirada ansiosa en los ojos.

—Para ya, Sam —le digo—. Parece que vayas a matar a alguien.

—Venga, tío. Llevas casi un mes provocándome con ese cofre y, aunque he sido paciente y he mantenido la boca cerrada por respeto a Henri y todo eso, ¿cuántas veces en la vida se te presenta la oportunidad de ver los tesoros de un planeta alienígena? No dejo de pensar en que los de la NASA matarían por estar ahora mismo en mi lugar. No puedes reprocharme que esté tan impaciente.

—¿Te enfadarías si al final no hubiese más que ropa sucia dentro?

—¿Ropa sucia alienígena? —pregunta Sam en tono irónico.

Me río, y acto seguido me agacho y agarro el candado. Mi mano resplandece

con el solo contacto del metal frío, y una vez más el candado se calienta, se estremece y se retuerce en mi mano, manifestando los poderes ancestrales que lo mantienen cerrado. Cuando oigo el chasquido de apertura, aparto el candado y apoyo la mano sobre la tapa del Cofre. Seis y Sam se acercan expectantes.

Levanto la tapa. El Cofre vuelve a iluminarse con un fuerte fulgor que me daña los ojos. Lo primero que hago es sacar la bolsa de terciopelo con las siete esferas que componen el sistema solar de Lorien. Me acuerdo de Henri y del resplandor que vimos palpar en el centro del planeta y que demostraba que aún quedaba vida latente en él. Dejo el saquito en la mano de Sam y los tres nos asomamos a mirar dentro del Cofre. Algo más se ilumina.

—¿Qué es esa luz? —pregunta Seis.

—Ni idea. Nunca había hecho eso antes.

Acto seguido, Seis mete la mano dentro y saca una piedra del fondo del Cofre. Es una esfera perfecta de cristal no más grande que una pelota de ping-pong. Cuando ella la toca, la luz se intensifica. Después se atenúa de nuevo y empieza a palpar lentamente. Observamos el cristal, fascinados por el resplandor. De pronto, Seis lo deja caer al suelo. La esfera deja de palpar y vuelve a resplandecer de forma continuada. Sam se agacha para recogerla.

—¡Espera! —grita Seis, y él levanta la vista, desconcertado—. Tiene algo que me da muy mala espina.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—He notado pinchazos en la palma. Cuando la he cogido he tenido una sensación muy desagradable.

—Todo esto es mi herencia —reflexiono—. ¿Y si soy el único que puede tocarla?

Me agacho y recojo con cautela el cristal resplandeciente. Pocos segundos después, es como si tuviera un cactus radioactivo en la mano; el estómago se me comprime y siento algo ácido trepándome por la garganta. Lanzo rápidamente el cristal sobre una manta. Trago saliva y digo:

—Igual estoy haciendo algo mal.

—Puede ser que no sepamos usarlo. Decías que Henri no quería que miraras lo que había dentro hasta que estuvieras preparado. ¿Y si todavía no lo estás?

—Eso sería un rollo, la verdad —contesto.

—Menudo chasco —dice Sam.

Seis se va a la cocina y regresa con dos paños y una bolsa de plástico. Extremando precauciones, coge el reluciente cristal con un paño y deja caer ambas cosas en la bolsa, que después envuelve con el otro paño.

—¿Crees que es necesario todo esto? —pregunto, sintiendo todavía el desagradable retortijón en el estómago. Ella se encoge de hombros y contesta:

—No sé si te habrá pasado lo mismo, pero la sensación que he tenido cuando he tocado esto era muy chungu. Más vale prevenir que curar.

El Cofre contiene toda mi herencia, y no sé muy bien por dónde empezar. Meto la mano dentro y saco un objeto que ya he visto antes: la piedra oval que Henri utilizó para extender el lumen de mis manos al resto del cuerpo. Enseguida cobra vida inundando la salita con su intensa luz. En el centro de la piedra empieza a arremolinarse algo que parece humo, girando en una dirección y luego en otra, como se lo he visto hacer antes.

—Esto ya es otra cosa —comenta Sam.

—Toma —digo entregándole la piedra, que se queda inerte al cambiar de manos—. Esto ya lo había visto.

Dentro del Cofre hay otros cristales más pequeños, un diamante negro, una colección de hojas quebradizas entrelazadas con un cordel y un talismán en forma de estrella que tiene el mismo color azul claro que el amuleto que llevo al cuello. Por el color deduzco que es loralita, un mineral muy preciado que solo se encuentra en el corazon de Lorien. También hay un brazalete oval rojo y una piedra de color ámbar en forma de gota.

—¿Qué dirías que es esto? —pregunta Sam señalando una piedra plana y circular del mismo color blanco que la perla que hay engarzada en un lado.

—No lo sé —respondo.

—¿Y eso? —inquire, y esta vez señala un pequeña daga cuya hoja parece de diamante.

Lo sostengo en el aire. Mi mano se acomoda en el puño como si estuviera hecho para mí, y no me extrañaría que así fuera. La hoja no debe de superar los diez centímetros, y me basta con ver la forma en que la luz se refleja en el filo para darme cuenta de que corta más que cualquier navaja que pueda encontrarse en la Tierra.

—¿Y eso, qué es? —repite Sam señalando otro objeto, y no me cabe la menor duda de que repetirá lo mismo una y otra vez hasta que haya preguntado acerca de todo lo que hay dentro.

—Mira, esto te va a gustar —le digo mientras dejo la daga y cojo las siete esferas para mantenerle ocupado.

Soplo sobre ellas y unas minúsculas luces parpadean en su superficie. Después lanzo al aire las esferas, que cobran vida al instante y empiezan a rotar y a orbitar alrededor del sol central, que tiene el tamaño de una naranja.

—Es el sistema solar de Lorien —explico—. Seis planetas y un sol. Y este de aquí —añado señalando la cuarta esfera, que conserva las mismas tonalidades de gris ceniza que la última vez que lo vi—, es Lorien en su estado actual, tal y como es ahora mismo. La lucecita del centro es todo lo que queda de vida en él.

—Uau —exclama Sam—. Los de la NASA fliparían en colores si vieran esto.

—Pues ahora verás —digo, encendiendo mi mano derecha. Paso la luz sobre la esfera, y de pronto la superficie pierde los deprimentes tonos grisáceos para adoptar los vibrantes azules y verdes de los mares y los bosques—. Así era el

planeta el día antes del ataque.

—Uau —repite Sam, contemplando boquiabierto la escena.

Aprovechando que los planetas en movimiento le tienen fascinado, vuelvo a mirar el Cofre.

—¿Te suena algo de lo que hay aquí? ¿O sabes para qué sirve? —pregunto a Seis, pero ella no me contesta.

Me doy la vuelta y veo que está igual de embelesada como Sam por el sistema solar, que gira a apenas un metro del suelo. Como Henri me había dicho que no formaban parte de mi herencia, es decir, que en un principio no estaban guardados en el Cofre, di por sentado erróneamente que ella los había visto antes. Pero es lógico que no sea así, ya que solo pueden activarse una vez ha aparecido el primer legado.

—Seis —la llamo. Volviendo al presente, ella gira la cabeza hacia mí, y, sin poder evitarlo, aparto la vista cuando nuestras miradas se cruzan—. ¿Conoces alguno de estos objetos?

—Poca cosa —murmura, pasando la mano sobre la superficie de las piedras—. Esta es la piedra sanadora que Henri y yo utilizamos en el instituto —dice señalando una gema plana y negra que ya había visto en esa ocasión. De pronto se queda petrificada, y una leve exclamación escapa de sus labios. Sam y yo intercambiamos miradas confusas. Ella saca del Cofre una piedra de color amarillo pálido, con una superficie cérea y lisa, y la sujeta en alto para verla a la luz—. ¡Dios mío! —Se maravilla, dando vueltas a la piedra.

—¿Qué es? —pregunto. Ella me mira directamente a los ojos y contesta:

—Xitharis. Procede de nuestra primera luna.

Dicho esto, se lleva la piedrecita a la frente y cierra los ojos con fuerza. El tono amarillo pálido se oscurece levemente. Después, Seis abre los ojos y me da la piedra. Frunzo el ceño y cojo la xitharis. Al hacerlo, rozo con la punta de los dedos la palma de su mano.

Sam hace una brusca inspiración, sorprendido.

—Pero ¿qué...? —exclama con expresión aterrorizada, estirando las manos para palparme como haría un ciego.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras me aparto las manos de Sam de la cara.

—Eres invisible —dice Seis en voz baja.

Bajo la vista y veo que es verdad: he desaparecido por completo. Suelto la xitharis como si fuese una patata caliente, y enseguida vuelvo a ser visible.

—Las xitharis permiten que un guardián transfiera a otro su legado —explica Seis—, pero solo durante un breve espacio de tiempo. Una hora, creo, o dos. No lo sé seguro. Se carga centrando tu energía en la piedra. Te la pones en la frente y listos.

—O sea, ¿que se carga como si fuera una batería? —pregunta Sam.

—Eso es, y no empieza a transmitir el legado hasta que otro guardián la toca.

Echo una ojeada a la piedra.

—Mola. Parece que ya no tendrás la exclusiva de las incursiones al pueblo.

—Y que tú ya no tendrás la exclusiva de la inmunidad al fuego —contesta ella, siguiendo con la broma.

—Eso parece, pero solo si te portas bien —le digo.

Sam recoge la xitharis del suelo y tensa todo el cuerpo mientras se concentra profundamente. No ocurre nada.

—Por favor —dice a la piedra—. Prometo usar el poder solo para hacer el bien. Nada de espiar en los vestuarios de las chicas.

—Lo siento, Sam —le dice Seis—, pero esto solo funciona con nosotros.

Resignado, Sam deja la xitharis. Inspeccionamos el resto del Cofre para ver si hay algo más que se active con el contacto. Pero al cabo de una hora de examinar y manipular los diecisiete objetos que hay en total, de soplar sobre ellos, de apretarlos con fuerza, no hay nada más que reaccione aparte del resplandeciente cristal envuelto en el paño, la piedra oval con el centro humeante y el sistema solar que sigue rotando en el aire. Utilizo la piedra sanadora para curarme los rasguños y moretones que me ha dejado Seis por todo el cuerpo.

—He esperado casi toda mi vida el momento de abrir esto y, ahora que lo he hecho, la mayoría de las cosas que hay me parecen inútiles —me lamento.

—Estoy segura de que su utilidad se revelará por sí sola con el tiempo —me reconforta Seis—. Este tipo de cosas es mejor consultarlas con la almohada. Las respuestas suelen venir cuando menos preguntas te haces.

Asiento, volviendo la mirada hacia los objetos que hay desperdigados en torno al Cofre. Seis tiene razón; obsesionarse con las respuestas es la mejor forma de evitar que lleguen.

—Pues sí, a lo mejor hay cosas que solo se activan cuando se manifiestan nuevos legados. Quién sabe —digo, encogiéndome de hombros.

Vuelvo a meterlo todo dentro y, siguiendo un impulso, mantengo el cristal resplandeciente envuelto en el paño. Dejo el sistema solar fuera, que prosigue su tránsito circular. Después, cierro el Cofre con el candado y me lo llevo por el pasillo.

—No te desanimes, John —dice Seis mientras me voy—. Como dijo Henri, es posible que todavía no estés preparado para verlo todo.

CAPÍTULO CATORCE



NO PUEDO DORMIR. EN PARTE ES POR EL COFRE. No tengo ni idea de si alguna de las gemas que contiene podría darme el poder de transformarme en diferentes criaturas, como *Bernie Kosar*, o de crear una barrera de hierro a mi alrededor que ningún ataque enemigo pueda atravesar. Pero sin Henri, ¿cómo podré saberlo? Me siento triste. Derrotado.

Pero sobre todo no puedo dejar de pensar en Seis, no puedo evitar recordar su cara a pocos centímetros encima de la mía, el aroma azucarado de su respiración, o la forma en que el sol poniente se reflejaba en sus ojos. En aquel momento sentí un impulso irreprimible de interrumpir el entrenamiento para envolverla en mis brazos y apretarla junto a mí. El anhelo de hacer justo eso, horas después, sigue instalado en mi corazón, y en realidad es eso lo que me mantiene en vela. Y también la culpabilidad abrumadora que siento por sentirme atraído por ella. La persona a la que debería estar deseando es Sarah.

Me resulta imposible dormir con tantas cosas en la cabeza, tantas emociones: dolor, deseo, confusión, culpabilidad. Sigo tumbado veinte minutos más antes de resignarme a no conciliar el sueño. Aparto la manta y me pongo unos pantalones y una camiseta gris. *Bernie Kosar* me sigue mientras salgo de la habitación y

recorro el pasillo. Asomo la cabeza por la salita para ver si Sam duerme. Efectivamente, está envuelto en una manta sobre el suelo, como una larva en su capullo. Doy media vuelta para volver sobre mis pasos. La habitación de Seis queda justo enfrente de la mía en el pasillo, y tiene la puerta abierta. Me quedo parado mirándola, y oigo a Seis dando vueltas en el suelo.

—¿John? —susurra.

Doy un respingo, y mi corazón se acelera al instante.

—¿Sí? —contesto, todavía al otro lado de la puerta.

—¿Qué haces?

—Nada —susurro—. No puedo dormir.

—Entra —dice. Empujo la puerta para pasar. La habitación está completamente a oscuras, y no veo nada dentro—. ¿Va todo bien?

—Sí, todo va bien —respondo. Enciendo muy levemente el lumen, y el tenue resplandor es como el de una luciérnaga. Mantengo la vista fija en la alfombra para no mirar a Seis—. Es que tengo muchas cosas en la cabeza. Había pensado en salir a pasear o a correr.

—Bueno, eso es un poco peligroso, ¿no te parece? No olvides que estás en la lista de los diez más buscados por el FBI y que ofrecen una jugosa recompensa por tu cabeza —me recuerda.

—Ya lo sé, pero... todavía está oscuro, y tú podrías hacernos invisibles a los dos, ¿no? O sea, si te apetece apuntarte.

Al aumentar la luz de mis palmas, veo a Seis sentada en el suelo con un par de mantas encima de las piernas. Lleva el pelo recogido hacia atrás, y dos mechones le caen sueltos a los lados de la cara. Se encoge de hombros antes de quitarse las mantas de encima y ponerse de pie. Lleva pantalones negros de yoga y una camiseta blanca de tirantes. No puedo evitar contemplar sus hombros descubiertos, pero aparto la vista cuando me asalta la absurda sospecha de que pueda sentir mi mirada sobre ella.

—¿Por qué no? —dice, quitándose la cinta que le sujetaba el pelo y rehaciéndose la coleta—. Siempre me cuesta dormirme. Y más si es en el suelo.

—Ya somos dos —asiento.

—¿No vamos a despertar a Sam?

Yo niego con la cabeza, y ella responde con un encogimiento de hombros antes de tender la mano hacia mí. La cojo inmediatamente. Seis desaparece, pero mi mano todavía resplandece levemente, lo que me permite ver las huellas de sus pies en la alfombra. Apago mi luz y salimos de puntillas de la habitación. *Bernie Kosar* nos sigue por el pasillo. Cuando llegamos a la salita, Sam levanta la cabeza del suelo y mira directamente hacia nosotros. Seis y yo nos paramos, y yo contengo la respiración para no hacer ruido. Teniendo en cuenta lo colado que Sam está por ella, imagino que se llevaría un disgusto si nos viera cogidos de la mano.

—Hola, *Bernie* —dice con aire somnoliento, y acto seguido deja caer la cabeza de nuevo y se da la vuelta de espaldas a nosotros.

Después de esperar unos segundos en silencio, Seis y yo cruzamos la salita, y, pasando por la cocina, salimos por la puerta trasera.

Es una noche cálida, en la que suenan el canto de los grillos y el balanceo de las hojas de palma. Inspiro profundamente mientras los dos caminamos cogidos de la mano. Al sentir la de Seis en la mía, me llama la atención que sea tan pequeña y delicada a pesar de su asombrosa fuerza física. Su contacto me hace sentir bien. *Bernie Kosar* echa carreras a través de los espesos matorrales que flanquean el camino de gravilla, mientras Seis y yo paseamos en silencio por el centro. Cuando el camino desemboca en una estrecha carretera, giramos a la izquierda.

—No puedo dejar de pensar en todo lo que has pasado —digo al fin, pero lo que debería decirle en realidad es que no puedo dejar de pensar en ella—. Vivir encerrada medio año, estar allí cuando a Katarina... en fin, ya sabes qué quiero decir.

—A veces no soy consciente de que haya pasado todo eso. Y otras veces no puedo dejar de pensarlo durante días —contesta.

—Ya —digo con voz entrecortada—. No sé... No hace falta que te diga cuánto echo de menos a Henri, y me cuesta mucho hacerme a la idea de que ha muerto. Pero después de oír tu historia, me doy cuenta de la suerte que he tenido. Al menos pude despedirme de él y todo eso. Además, estuvo conmigo cuando se manifestaron mis primeros legados. No me imagino cómo debe de haber sido para ti pasar sola por todo eso.

—Ha sido muy, muy duro, ya te lo puedo decir. Ojalá hubiera podido contar con Katarina cuando empecé a adquirir el legado de la invisibilidad. O cuando necesitaba charlar de cosas de chicas al hacerme mayor. Ellos eran como nuestros padres en la Tierra, ¿verdad?

—Sí —respondo—. Lo más curioso es que, ahora que Henri no está, lo que más recuerdo de él son las cosas que más rabia me daban. Como cuando teníamos que huir de casa y nos chupábamos horas y horas de carretera hacia algún lugar del que nunca había oído hablar, y durante todo el trayecto solo deseaba poder salir del coche. Eso sí, las conversaciones que teníamos en esos viajes son las que más recuerdo. O cuando empezamos a entrenar en Ohio y él me obligaba a repetir el mismo ejercicio una y otra vez... No lo soportaba, ¿sabes? Pero ahora no puedo evitar sonreír cuando pienso en todo eso.

» Una vez, justo después de que se me manifestara la telequinesia, estábamos entrenando en la nieve, y él me lanzaba un objeto tras otro para que yo aprendiera a desviarlos. Tenía que mandárselos de vuelta y, cuando me lanzó un martillo ablandador de carne con mucha fuerza, aproveché la propia inercia que llevaba para arrojárselo con toda mi mala leche. Tuvo que tirarse de cabeza a la

nieve en el último momento para evitar el batacazo —recuerdo, sonriendo para mí—. Y resulta que debajo del montón de nieve donde cayó había un rosal lleno de espinas. No te puedes ni imaginar los gritos que soltó. Este tipo de cosas son las que nunca olvidaré.

Justo entonces se acerca un coche por la carretera y nosotros nos apartamos a toda prisa hacia la cuneta para esperar a que pase. El vehículo vira hacia un camino de piedra que lleva a una casa, se detiene, y de él sale escopeteado un hombre con una chaqueta negra de piel. Después, empieza a aporrear la puerta principal y a gritar a quien sea que esté dentro para que le abra.

—¡Pero bueno! ¿Qué hora es? —pregunto a Seis.

Ella empieza a acercarse hacia la casa, cogiéndome todavía de la mano.

—¿Acaso importa?

Seguimos acercándonos sigilosamente, y, cuando estamos a tres metros del hombre, me llega el olor a alcohol. Él deja de golpear la puerta con el puño y grita:

—¡Ya puedes estar abriendo esta condenada puerta, Charlene, o te vas a enterar de lo que soy capaz!

Seis ve el revólver que lleva al cinto al mismo tiempo que yo, y me aprieta la mano.

—Que se joda —susurra Seis.

El hombre sigue aporreando la puerta sin cesar hasta que se encienden las luces de la ventana frontal. Y entonces, desde el otro lado de la puerta, una mujer grita:

—¡Vete de aquí! ¡Vete ya, Tim!

—¡Abre la puerta ahora mismo! —grita él a su vez—. ¡Si no, te vas a enterar! ¿Me oyes, Charlene?

Estamos tan cerca de él que podríamos tocarle. Veo un tatuaje algo decolorado debajo de su oreja izquierda: un águila calva con una serpiente en las garras.

Ella contesta también a gritos, pero con voz más temblorosa que antes:

—¡Déjame en paz, Tim! ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me dejas en paz ya?

A modo de respuesta, él sigue gritando y golpeando la puerta con más fuerza. Estoy a punto de agarrarle por el pescuezo y apretar esa águila hasta dejarle sin aire cuando veo el arma subir lentamente desde su cintura hasta apartarse flotando de él, sujeta por la mano invisible de Seis. Acto seguido, ella dirige el cañón hacia la nuca del hombre y lo apoya en su pelo castaño.

Entonces, amartilla el arma con un sonoro clic y él deja de aporrear la puerta. Incluso deja de respirar. Seis clava con más fuerza el cañón en la cabeza del hombre antes de dar un brusco empujón hacia la derecha, obligándole a girar la cabeza. Al ver el revólver flotando enfrente de sus narices, el hombre se pone blanco como la leche. Parpadea y sacude la cabeza enérgicamente con la

esperanza de despertarse en su cama o en el callejón del bar del que haya salido. Seis mueve el revólver de lado a lado y yo me quedo esperando a que ella diga algo y le dé el susto de su vida, pero en lugar de eso apunta el arma hacia el coche y dispara. Una telaraña de cristal roto aparece en el parabrisas. El hombre lanza un estridente grito y prorrumpe en lágrimas. Seis vuelve a encañonarle la cara y él cierra la boca mientras un hilo de mocos le cae sobre el labio superior.

—Por favor, por favor, por favor —dice—. Lo siento, Dios. A... ahora mismo me voy. Lo prometo. Ya me voy. —Seis vuelve a amartillar el arma. Veo que las cortinas de la ventana frontal se apartan a la derecha, y tras ellas aparece la cara de una mujer rubia y corpulenta. Aprieto la mano de Seis y ella aprieta la mía a su vez—. Ya me voy. Me voy, me voy —farfulla el hombre, hablando al revólver. Seis vuelve a apuntar al coche y vacía el cargador con un fuerte estampido; la ventanilla trasera de la izquierda explota en mil pedazos.

—¡No! ¡Vale, vale! —grita el hombre, y de pronto, una mancha húmeda se extiende por la entepierna de sus vaqueros. Seis apunta el arma hacia la ventana de la casa, y él establece contacto visual con la mujer rubia de dentro—. Y ya nunca volveré. Nunca, nunca, nunca volveré.

El arma se balancea un par de veces a la izquierda para indicar al hombre que ya puede irse. Obediente, él abre la puerta del coche de un tirón y se mete dentro de cabeza. Los neumáticos escupen algunas piedrecillas en todas direcciones mientras el vehículo da marcha atrás por el camino de entrada a la casa y se aleja zumbando por la carretera. La mujer de la ventana sigue mirando boquiabierta al revólver que está flotando delante de su puerta principal, y es entonces cuando Seis lo arroja por encima de la casa con la fuerza suficiente como para que aterrice en el siguiente condado.

Volvemos a la carretera a toda prisa y seguimos corriendo hasta que ya no se ve ninguna casa. Me gustaría poder ver la cara de Seis.

—Podría pasarme el día haciendo cosas así —dice ella al fin—. Es como si fuéramos superhéroes.

—A los terrícolas les encantan los superhéroes —es todo lo que se me ocurre decir—. ¿Crees que ella llamará a la policía?

—No. Seguramente pensará que todo ha sido un sueño.

—El mejor sueño que haya tenido nunca, diría yo.

Nuestra conversación se desvía para centrarse en todas las cosas buenas que podríamos hacer por la Tierra con nuestros legados si no tuviéramos que utilizarlos para escapar de los que nos cazan o de los que nos odian.

—Por cierto, ¿cómo has hecho para aprender tanto? —le pregunto—. Si Henri no hubiera sido tan insistente, no sé si habría podido entrenar solo.

—¿Qué otra opción tenía? La vida es adaptarse o morir. Y eso es lo que hice: me adapté. Katarina y yo estuvimos años entrenando antes de que nos capturaran, pero eso fue antes de que se manifestaran mis legados. Cuando por

fin conseguí escapar de esa caverna, me prometí a mí misma que su muerte no sería en vano, y la única forma de hacer eso era vengarme. Así que decidí seguir por donde lo habíamos dejado. Al principio fue muy duro porque estaba sola, pero poco a poco empecé a aprender y a hacerme más fuerte. Además, he tenido más tiempo que tú. Mis legados aparecieron antes que los tuyos, y yo soy mayor que tú.

—¿Sabes una cosa? —le digo—, mi cumpleaños (o al menos el día que lo celebraba con Henri) fue hace dos días. Cumplí dieciséis.

—¡John! ¿Por qué no nos has dicho nada? —pregunta, y entonces me suelta la mano y me da un empujoncito cuando me vuelvo visible—. Podríamos haberlo celebrado.

Sonríoy tiendo la mano a ciegas hacia Seis. Ella me la coge y entrelaza sus dedos con los míos, dejando que mi pulgar se apoye en el suyo, pero lo separo en cuanto me viene a la cabeza la imagen de Sarah.

—Bueno, ¿y cómo era Katarina?

Transcurre un momento en silencio.

—Compasiva. Siempre estaba ayudando a los demás. Y era muy graciosa. Me reía un montón con sus ocurrencias, aunque te cueste creerlo, viendo lo sería que soy normalmente.

—Lo has dicho tú, no yo —digo con una risita.

—Oye, no cambies de tema. ¿Por qué no habías dicho nada de tu cumple?

—No lo sé. En realidad no me acordé hasta ayer, y después me pareció que no valía la pena, con todo lo que estaba pasando.

—Es tu cumpleaños, John; siempre vale la pena. Todos los años que tengamos la suerte de cumplir son motivo de celebración, teniendo en cuenta quiénes nos están cazando. Además, si lo hubiera sabido incluso podría haber aflojado un poco en el entrenamiento.

—Sí, tiene que ser muy duro para ti dar una paliza a un tío que está celebrando su cumpleaños —digo, dándole un codazo.

Ella me devuelve el codazo. *Bernie Kosar* sale de los matorrales y salta hacia nosotros. Tiene arrancamños enganchados al pelaje como si fueran de velcro, y suelto la mano de Seis para quitárselos.

Llegamos al final de la carretera. Enfrente tenemos un prado de hierba alta y un río serpenteante. Damos media vuelta y regresamos paseando hacia la casa.

—¿Lamentas no haber podido abrir nunca el Cofre? —pregunto tras unos minutos de silencio.

—En cierto modo creo que eso me animó aún más a seguir. Lo había perdido y no había nada que pudiera hacer, de modo que tomé la decisión que me pareció mejor y me concentré en buscarlos a los demás. Ojalá hubiese podido encontrar a Tres antes que ellos.

—Bueno, a mí sí que me encontraste. No creo que hubiese sobrevivido de no

haber sido por ti. Ni yo, ni *Bernie Kosar*, de hecho. Ni Sarah.

En cuanto pronuncio ese nombre, Seis afloja un poco el contacto. Un sentimiento de culpa me sube por el pecho durante el camino de vuelta a la casa. Quiero a Sarah, pero me cuesta imaginar tener una vida con ella estando tan lejos, siempre huyendo, sin saber adónde me va a llevar el futuro. La única vida que puedo imaginar es la que tengo ahora. La que tengo con Seis.

Cuando llegamos a la casa, me descubro deseando que el paseo no haya terminado. Intento retrasar el momento de separarnos aminorando el paso, entreteniéndome al alcanzar el final del camino de entrada.

—Por cierto, solo te conozco como Seis —le digo—. ¿Has tenido alguna vez un nombre?

—Claro que sí, pero no lo he usado muy a menudo. No he ido a la escuela como tú.

—Entonces, ¿cómo te llamabas?

—Maren Elizabeth.

—Hala, ¿en serio?

—¿Qué te sorprende tanto?

—No lo sé; Maren Elizabeth suena refinado y femenino. Creo que esperaba que tuvieras un nombre impresionante y mítico, como Atenea, o tal vez Xena, y a sabes, la princesa guerrera. O incluso Tormenta. Tormenta te habría venido como anillo al dedo.

Seis se ríe, y el sonido de su risa me da ganas de acercarla a mí. No lo hago, por supuesto, pero el hecho de que lo desee es lo más revelador.

—Pues en otros tiempos yo era una niña que llevaba cintas en el pelo.

—¿Sí? ¿De qué color?

—Rosa.

—Pagaría por ver eso.

—Ni lo sueñes. No eres lo bastante rico.

—Eso está por ver —le digo, imitando el tono juguetón que está empleando—. Tengo un cofre de piedras preciosas a mi disposición. Tú dime dónde hay una casa de empeños.

Ella vuelve a reírse antes de contestar:

—Estaré atenta por si veo una.

Seguimos parados al final del camino. Levanto la vista hacia las estrellas y la luna, que en pocos días estará llena. Escucho los sonidos del viento y de los pies de Seis sobre la gravilla mientras ella, inquieta, desplaza el peso de su cuerpo de una pierna a la otra. Tomo una profunda bocanada de aire.

—Me alegro mucho de haber salido a pasear —digo.

—Yo también.

Miro hacia donde está ella, deseando que fuera visible para poder leer su expresión.

—¿Te imaginas cómo sería si todas las noches fueran como esta, si pudiéramos hacer nuestra vida sin tener que preocuparnos de qué o quién puede estar acechando en las sombras, sin tener que mirar siempre hacia atrás para comprobar que no nos están siguiendo? ¿No sería alucinante poder olvidar, aunque fuera por una vez, qué acecha más allá del horizonte?

—Claro que sería genial —contesta ella—. Y será genial cuando un día tengamos ese lujo.

—Odio lo que tenemos que hacer. Odio la situación en la que estamos. Ojalá todo fuera distinto.

Miro al cielo, hacia Lorien, y suelto la mano de Seis. Ella se hace visible, y entonces la cojo por los hombros y la encaro hacia mí.

Seis hace una profunda inspiración.

Justo cuando inclino mi cabeza hacia ella, una explosión sacude la parte trasera de la casa. Soltando un grito, Seis y yo nos dejamos caer al suelo. Una columna de humo se eleva desde el tejado, y enseguida las llamas empiezan a propagarse en el interior.

—¡Sam! —grito.

Desde quince metros de distancia, arranco las ventanas frontales, que se rompen en mil pedazos al caer sobre el suelo de cemento. De los huecos salen nubes de humo.

Sin pensarlo dos veces, salgo disparado hacia la casa. Tomo aire y, dando un salto, arranco la puerta de sus goznes e irrumpo en la casa.

CAPÍTULO QUINCE



TODAS LAS NOCHES PERMANEZCO DESPIERTA DURANTE horas, con los ojos abiertos y los oídos afinados para captar los sonidos del silencio que me rodea. De vez en cuando levanto la cabeza al oír un ruido lejano (una gota de agua golpeando contra el suelo, una compañera revolviéndose en sueños), y a veces salgo sigilosamente de la cama hasta la ventana para asegurarme de que no hay nada ahí fuera, sin duda para sentir algo parecido a la seguridad, por pequeña que sea.

Cada noche duermo menos que la anterior. Me he debilitado, y mi agotamiento roza el delirio. Me cuesta comer. Sé que preocuparme no sirve de nada pero, por más que me empeño en descansar o en comer, sigo sintiéndome igual. Y, cuando al fin consigo dormirme, esas terribles pesadillas me despiertan una y otra vez.

Desde que lo vi en el bar del pueblo hace una semana, no ha habido señales del hombre del bigote, pero no puedo quitarme de la cabeza la idea de que porque no lo haya visto no significa que no esté ahí fuera. Las mismas preguntas se repiten una y otra vez: quién estaba en mi cueva, quién o qué era aquel hombre del bigote, por qué estaba leyendo un libro con el nombre de Pítaco en la

cubierta, y sobre todo por qué me había dejado marchar si era un mogadoriano. Nada parece tener sentido, ni siquiera el título del libro. Lo único que he conseguido encontrar ha sido una breve reseña del contenido: un general de la antigua Grecia aficionado a las sentencias breves y contundentes derrota al ejército ateniense cuando este se dispone a atacar la ciudad de Mitilene. ¿Qué tiene eso que ver con nada?

Pero, dejando al margen las incógnitas sobre la cueva y el libro, he llegado a dos conclusiones: la primera es que no me hicieron nada debido a mi número. De momento me ha servido para mantenerme a salvo, pero ¿durante cuánto tiempo?; la segunda es que la gente congregada en el bar evitó que el hombre del bigote actuara. Aunque, por lo que sé de ellos, un mogadoriano no permitiría que unos cuantos testigos se interpusieran en su camino. De momento he dejado de salir para el colegio más temprano, y he decidido ir con las demás. Para mantener a Eli alejada del peligro, he dejado de ir con ella en público. Sé que eso le hace daño, pero es por su bien. No se merece que la meta en mis líos.

Pero hay algo que me ha hecho vislumbrar un resquicio de esperanza en todo este asunto. Se ha producido un cambio significativo en Adelina. En su frente pueden verse arrugas de preocupación. Cuando cree que nadie la mira, sus ojos adquieren un aire nervioso y saltan de un lado a otro de la sala como los de un animal asustado, en peligro, como solía ocurrirle hace años, cuando aún creía en todo esto. Y, aunque no hemos hablado desde la noche que me lancé a sus brazos tras volver corriendo del bar, estos cambios me hacen sospechar que podría haber recuperado a mi cêpan.

Oscuridad. Silencio. Quince cuerpos durmiendo. Levanto la cabeza y recorro la habitación con la vista. En la cama de Eli, en vez de un pequeño bulto, veo que las sábanas están echadas a un lado y que la cama está vacía. Es la tercera noche seguida que noto su ausencia, a pesar de que nunca la oigo salir. Pero tengo cosas más importantes de las que preocuparme que pensar en adónde habrá ido.

Dejo caer la cabeza sobre la almohada y miro por la ventana. Una luna llena, enorme y amarilla, brilla en el cielo. Me quedo mirándola un largo rato, embelesada por la manera en que se mantiene ahí, flotando. Inspiro profundamente y cierro los ojos. Al volver a abrirlos, la luna ha pasado de un amarillo brillante a un rojo vivo, y parece titilar; entonces me doy cuenta de que no es la luna lo que estoy mirando, sino su reflejo, brillando intensamente sobre las oscuras aguas de una gran charca. De su superficie sale vapor, y el aire desprende un fuerte olor a hierro. Vuelvo a levantar la cabeza, y es entonces cuando veo que estoy de pie en mitad de un campo de batalla arrasado y lleno de sangre.

Por todas partes se ven cuerpos desperdigados de muertos y moribundos; son las secuelas de una guerra en la que no hay supervivientes. Yo me llevo las manos al cuerpo de manera instintiva, buscando heridas o cortes, pero estoy

ilesa. Y entonces la veo, a la chica de los ojos grises con la que sueño, la que pinté en el muro de la cueva junto al retrato de John Smith. Está tumbada en la orilla, inmóvil. Corro hacia ella. La sangre sale a borbotones de su costado, impregna la arena y discurre hacia el mar. Tiene mechones de pelo negro pegados a su pálida cara. No respira, y a mí me angustia terriblemente saber que no hay nada que pueda hacer. Entonces oigo a mis espaldas una risa burlona y penetrante. Cierro los ojos antes de volverme lentamente para encararme a mi enemigo.

Mis ojos se abren, y el campo de batalla desaparece. Vuelvo a ver la cama de Eli en la oscura habitación. La luna tiene un color amarillo brillante normal. Me levanto y me dirijo a la ventana. Examino el terreno, oscuro y silencioso. No hay rastro del hombre del bigote, ni de nada más. Toda la nieve se ha derretido, y la luna resplandece sobre los adoquines mojados. ¿Estará él mirándome?

Me doy la vuelta y vuelvo a la cama sin apenas fuerzas. Me tumbo de espaldas, inspirando profundamente para tranquilizarme. Tengo todo el cuerpo tenso y rígido. Pienso en la cueva y en que no he vuelto allí desde que aparecieron las huellas de botas. Me coloco de lado, de espaldas a la ventana. No quiero ver lo que hay fuera. Eli aún no ha vuelto. Intento esperarla, pero me quedo dormida. No sueño nada más.

Cuando suena el timbre de la mañana, levanto la cabeza de la almohada, con el cuerpo agarrotado y dolorido. Una fría lluvia golpetea el cristal de la ventana. Miro al otro lado del dormitorio y veo a Eli sentada en su cama, desperezándose y bostezando con fuerza.

Salimos juntas de la habitación, calladas y arrastrando los pies. Las dos nos sumergimos en nuestras tareas del domingo y nos sentamos juntas en misa, con la cabeza gacha. En un momento dado yo despierto a Eli de un codazo, y veinte minutos más tarde ella me devuelve el favor. Sobrevivo a la cola de comensales del ágape, repartiendo comida mientras busco alguna cara sospechosa. Al comprobar que todo está en orden, no sé si sentirme aliviada o decepcionada. Lo que más me entristece es no ver a Héctor.

Cuando estamos terminando de limpiar, la Gorda y Gabi empiezan a hacer el idiota, salpicándose con la manguera del grifo de la cocina mientras yo lavo y seco los platos. No les hago caso, ni siquiera cuando me salpican la cara. Veinte minutos más tarde, cuando he terminado de secar el último plato y lo he colocado encima de todos los demás, una niña llamada Delfina resbala sobre el suelo mojado y choca conmigo; yo caigo sobre la pila de treinta platos y los envío de nuevo al agua sucia, donde algunos se rompen.

—¿Por qué no miras por dónde andas? —le digo, y la empujo con un brazo.

Delfina da un giro y me devuelve el empujón.

—¡Pero bueno! —grita la hermana Dora desde el otro extremo de la cocina—. ¡Vosotras, ya está bien! ¡Se acabó!

—Esta me la pagas —me amenaza Delfina. Yo no veo el momento de irme de Santa Teresa.

—En tus sueños —le contesto, aún con el ceño fruncido.

Ella mueve la cabeza hacia mí, y dice con una mirada maliciosa:

—Yo de ti me andaba con ojo.

—Como tenga que ir para allá, Dios sabe que vais a arrepentiros —dice la hermana Dora.

En vez de usar la telequinesia para estrellar a Delfina contra el techo (o a la hermana Dora, o a Gabi, o a la Gorda), vuelvo con los platos.

Cuando por fin me quedo libre, salgo afuera. Aún está lloviendo, así que me quedo debajo del alero, mirando hacia la cueva. En la montaña habrá mucho barro, y eso significa que me pondré perdida. Me pongo a mí misma esa excusa para no ir, aunque sé que si no lloviera tampoco reuniría el valor necesario, a pesar de mi curiosidad por descubrir si hay nuevas huellas en el barro.

Vuelvo adentro. Las tareas dominicales de Eli consisten en limpiar la nave cuando todos se han marchado, y pasar el trapo a los bancos. Pero, cuando entro en la sala, veo que todo está ya limpio.

—¿Has visto a Eli? —pregunto a una niña de diez años llamada Valentina. Ella niega con la cabeza.

Vuelvo al dormitorio, pero Eli tampoco está allí. Me siento en su cama. El rebote del colchón hace que un objeto plateado asome por debajo de la almohada de Eli. Es una pequeña linterna. La enciendo. La luz brilla con fuerza. Luego la apago y vuelvo a colocarla donde estaba, para que las hermanas no la descubran.

Recorro los pasillos, asomándome por las habitaciones al pasar por ellas. Debido a la lluvia, la mayoría de las chicas se han quedado dentro, riendo, charlando y jugando en grupitos.

En la segunda planta, donde el pasillo se bifurca y conduce a dos alas distintas de la iglesia, voy hacia la izquierda, por un pasadizo oscuro y polvoriento de techo abovedado. A ambos lados de las paredes de piedra hay diversas habitaciones vacías y estatuas antiguas, y yo me asomo por cada una de las puertas, buscando a Eli. Ni rastro de ella. El pasadizo se estrecha, y el olor a polvo pasa a ser más húmedo y terroso. Al final hay una puerta de roble con un candado que yoforcé hace una semana y media buscando el Cofre. Al otro lado de la puerta hay una escalera de caracol, también de piedra, que se eleva hasta el campanario norte, donde está una de las dos campanas de la iglesia. El Cofre tampoco estaba allí.



Navego por Internet durante un rato, pero no hay ninguna novedad sobre John Smith. Luego me dirijo al dormitorio, me tumbo en la cama y finjo dormir. Por suerte, la Gorda, Gabi y Delfina no entran en el dormitorio, pero tampoco veo allí a Eli. Salgo a hurtadillas de la cama y me dirijo al pasillo.

Entro en la nave de la iglesia y en el último banco me encuentro a Eli. Me siento a su lado. Ella me sonríe con expresión cansada. Por la mañana yo le había hecho la coleta, pero ahora está floja. Le quito la goma, y ella gira la cabeza para que pueda volver a hacérsela.

—¿Dónde te has metido todo el día? —le pregunto—. Te he estado buscando.

—Estaba explorando —contesta ella, orgullosa. Vuelvo a sentirme fatal por no hacer el trayecto hacia el colegio con ella.

Salimos de la nave en dirección al dormitorio y nos damos las buenas noches. Mientras me meto bajo las sábanas, esperando a que apaguen las luces, me siento inútil y triste, y lo único que me apetece es hacerme una bola y llorar. Y eso es lo que hago.

Me despierto en mitad de la noche y no sé qué hora es, aunque supongo que he dormido unas cuantas horas. Me doy la vuelta en la cama y vuelvo a cerrar los ojos, pero noto algo extraño. Hay algo diferente en la habitación, aunque no sabría decir qué, y eso agudiza la sensación de ansiedad que llevo sintiendo toda la semana.

Vuelvo a abrir los ojos y, en el momento en que se acostumbran a la oscuridad, veo una cara mirándome. Ahogo un grito y me aparto de un respingo, golpeando la pared que hay detrás de mí. «Estoy acorralada —pienso—, acorralada en la esquina más alejada. Qué tonta he sido al elegir esta cama». Mis manos se tensan, y, cuando estoy a punto de gritar y darle una patada a la cara, reconozco sus ojos marrones.

Es Eli.

Me tranquilizo enseguida. Me pregunto cuánto tiempo llevará ahí de pie.

Lentamente, ella se lleva su diminuto dedo índice a los labios. Entonces su mirada se abre, y sonríe mientras se inclina hacia delante. Luego cubre mi oreja con una mano y me susurra:

—He encontrado el Cofre.

Yo me aparto, mirando toda seria su cara radiante y satisfecha, y entonces sé que está diciendo la verdad. Abro los ojos como platos. No puedo contener la emoción. Estiro los brazos y la atraigo hacia mí, dándole el abrazo más grande que su cuerpecito pueda soportar.

—Ay, Eli, no sabes lo orgullosa que estoy de ti.

—Te dije que lo encontraría. Te lo dije, porque somos un equipo, y podemos ayudarnos la una a la otra.

—Sí, somos un equipo —susurro antes de soltarla.

Su rostro está radiante de orgullo al decir:

—Vamos, te enseñaré dónde está.

Entonces me coge de la mano y yo la sigo, andando de puntillas.

¡El Cofre! Un luminoso rayo de esperanza justo cuando menos lo esperaba.
Y cuando más lo necesitaba.

CAPÍTULO DIECISÉIS



SALIMOS DEL DORMITORIO, Y YO CORRO IMPULSIVAMENTE hacia donde me esté llevando Eli. Ella se desliza por el frío suelo muy rápido y sin hacer ruido. Aunque el pasillo está oscuro, yo lo veo todo claramente, pero de vez en cuando ella tiene que encender la linterna unos segundos para orientarse.

Cuando llegamos a la iglesia, pienso que vamos a seguir hacia la torre norte, pero en lugar de eso Eli me conduce por el pasillo central de la nave. Avanzamos a toda prisa entre las filas de bancos. Una fila de vidrieras de santos recorre la pared curvada del fondo, y la luz de la luna les confiere un resplandor celestial que les hace parecer más bíblicos que nunca. Se oye un goteo constante de agua en algún lugar.

Al llegar al primer banco, Eli da un giro brusco a la derecha y continúa su camino por uno de los muchos recovecos que se abren a lo largo de ambas paredes. Yo la sigo. El aire allí es más fresco que en la nave central, y una gran estatua de la Virgen María se cierne sobre nosotras, con los brazos levantados a los lados. Eli la rodea, y, al llegar a la esquina trasera izquierda, se vuelve hacia mí.

—Tendré que bajártelo yo —dice, y se coloca la linterna en la boca. Luego

se agarra a la columna de piedra y trepa por ella como una ardilla por un árbol. Yo la miro boquiabierta, asombrada por su agilidad.

Cuando casi ha llegado al techo, se detiene antes de deslizarse al otro lado de la columna y desaparecer por un estrecho hueco, apenas perceptible desde donde estoy.

Nunca lo había visto antes, y no sé cómo Eli ha podido encontrarlo. Estiro el cuello y oigo sus zapatos rechinar contra la piedra, lo que significa que tiene suficiente espacio como para gatear. Al parecer hay un túnel. No puedo evitar sonreír. Sabía que el Cofre estaba escondido aquí, en algún sitio, pero no habría podido encontrarlo ni en un millón de años de no ser por Eli. Me río al pensar en Adelina, trepando por la misma columna con el Cofre, tantos años atrás. Eli se ha detenido; no oigo nada. Pasan veinte segundos.

—¡Eli! —susurro. Ella asoma la cabeza y mira hacia abajo—. ¿Quieres que suba?

Ella niega con la cabeza y susurra:

—No. Está atascado, pero casi lo tengo. Enseguida te lo bajo.

Dicho esto vuelve a meter la cabeza dentro y desaparece. No puedo soportar la curiosidad de saber qué está pasando ahí arriba. Miro la base de la columna y me agarro a ella, y ya estoy a punto de intentar trepar cuando oigo un ruido a mis espaldas, como si alguien hubiera dado una patada a un banco. Me doy la vuelta, pero la estatua de la Virgen me tapa. La rodeo y echo un vistazo a la nave, pero no veo nada.

—¡Lo tengo! —exclama Eli.

Doy la vuelta corriendo a la estatua y miro hacia arriba, esperando verla aparecer. La oigo gruñir y esforzarse por arrastrar el Cofre hacia la entrada del hueco, no sé si porque pesa mucho o porque el túnel es muy estrecho. El sonido del Cofre arrastrándose poco a poco por el suelo continúa. Estoy tan extasiada por tenerlo al fin en mi poder, que ni siquiera me planteo el problema de cómo voy a abrirlo. Ya lo pensaré cuando llegue el momento. Justo cuando Eli está llegando a la abertura, oigo algo más a mis espaldas.

—¿Qué haces levantada?

Me doy media vuelta. Divididas a ambos lados de la Virgen María, se encuentran cuatro chicas: Gabi y Delfina, bajo el brazo izquierdo de la estatua, y la Gorda y Linda —la enjuta campeona de «la reina del muelle» que casi me mata en el lago—, bajo el brazo derecho.

Miro con disimulo sobre mí y veo dos ojitos mirando hacia abajo desde la entrada del hueco.

—¿Qué queréis? —pregunto.

—Quería ver lo que la pequeña cotilla estaba tramando, eso es todo —responde Gabi—. Es curioso, porque os vi salir del dormitorio y pensé que por fin sabría qué es lo que estás mirando siempre en la sala de ordenadores, pero no

estabas allí, sino aquí. —Su rostro esboza una mirada de confusión fingida—. Qué raro, ¿no?

—Raro. Muy raro —dice la Gorda. Para mi alivio, ya no oigo a Eli arrastrando el Cofre.

—¿Y a vosotras qué os importa? —digo—. Yo nunca me meto con nadie. Dejadme en paz.

—Tú me importas mucho, Marina. —Gabi da un paso al frente. Echándose su larga melena negra sobre el hombro, añade—: De hecho, me importas tanto que me preocupa que pases tanto tiempo con ese viejo borracho, Héctor. ¿Te emborrachas con él? —Luego hace una pausa y dice—: Dime, ¿bebes de su botella?

No sé si es por haber llamado a Héctor viejo borracho, o por haber insinuado que nuestra amistad era algo más que eso, o por haber andado cotilleando lo que hacía en la sala de ordenadores, pero el caso es que ocurre. Cierro los ojos y, con la mente, las agarro a las cuatro de una vez. La Gorda grita, mientras las otras tres gimen de miedo. Las levanto del suelo, con los pies descalzos sacudiéndose en el aire y los hombros apretados unos contra otros, y las empujo por el suelo hasta que rebotan contra los escalones de la tarima que hay al final de la nave.

La Gorda planta las palmas en el suelo y se pone en pie, como un toro enfadado y listo para embestir al torero. Pero yo salgo corriendo hacia ella y la alcanzo en cuestión de segundos. Ella me lanza un puñetazo con todas sus fuerzas. Lo esquivo agachándome, y acto seguido doy un salto y le clavo el puño derecho en la barbilla. Ella cae de espaldas con un grito ahogado, y su cabeza choca contra el suelo dando un golpe seco. Está inconsciente.

Linda salta sobre mi espalda y me tira del pelo. Alguien me da un puñetazo en la mejilla izquierda, y una tercera persona me da una patada en las espinillas. Linda se baja de mi espalda y me agarra de los bíceps para inmovilizarme. Delfina me lanza un puñetazo que consigo esquivar y alcanza en la boca a Linda, que me afloja lo suficiente como para que pueda zafarme de ella. Entonces agarro su brazo derecho y la conduzco hacia Gabi.

—¡Estás muerta, Marina! ¡Estás muerta! —grita Linda, y yo la empujo contra la pared y le clavo la rodilla en el estómago, dejándola sin aire. Luego la lanzo contra el suelo junto a la Gorda.

Delfina, que ha perdido seguridad en sí misma, busca la salida con la mirada.

—¿Vas a dejarme en paz de una vez? —le pregunto.

—No te preocupes. Mañana volveré por ti —dice—. Cuando menos te lo esperes.

—Vas a arrepentirte de lo que acabas de decir —contesto yo.

Entonces, finto a la derecha y entro por la izquierda para placarla por la cintura. Gabi intenta agarrarme del pelo, pero yo utilizo a Delfina de escudo. Luego giro sobre los talones y suelto a Delfina en mitad del pasillo de la nave.

Cae de espaldas sobre el primer escalón del altar, y su quejido retumba en el techo abovedado. Gabi me acorrala.

—Se lo diré a la hermana Dora. Te vas a enterar de lo que es bueno.

Yo me giro para mirarla de frente. Ella se detiene junto a la columna. Noto que está lista para lanzarse contra mí, y yo estoy preparada para su embestida.

De repente, veo un borrón blanco sobre la cabeza de Gabi. Tardo un segundo en darme cuenta de que es Eli. Acaba de saltar desde el hueco para aterrizar sobre los hombros de Gabi, que empieza a dar tumbos hasta que consigue agarrarle las manos. Entonces, la lanza contra el suelo, con el crujido más fuerte que he oído nunca.

—¡No! —grito, y golpeo a Gabi en el esternón con todas mis fuerzas. Sus pies se despegan del suelo y choca contra un muro, levantando polvo del mortero de la pared de piedra.

Eli está boca arriba, gimiendo y retorciéndose de dolor, y me doy cuenta de que tiene la pierna derecha completamente inmóvil. Me arrodillo junto a ella y levanto el bajo de su camión, y entonces veo un hueso blanco y afilado saliendo de su piel, justo debajo de la rodilla. No sé qué hacer. Le pongo las manos sobre los hombros para tranquilizarla, pero está tan dolorida que ni lo nota.

—Eli, estoy aquí contigo —le digo—. Estoy a tu lado, y todo va a salir bien.

Ella abre los ojos y me dirige una mirada suplicante. Entonces veo que también se ha lastimado la mano derecha. Tiene el puño destrozado, retorcido; le brota sangre entre los dedos índice y corazón. Justo los que utiliza para dibujar.

—Dios mío, Eli. Lo siento. Lo siento muchísimo —digo entre sollozos. Ella también está llorando. Noto que empiezo a sudar. Nunca en mi vida me había sentido tan impotente—. Intenta no moverte —le digo, sabiendo que es inútil. El hospital más cercano está a media hora en coche. Para entonces el dolor la habrá dejado inconsciente.

Eli empieza a mecerse de lado a lado. Yo sostengo mis manos temblorosas sobre el hueso astillado de su pierna, sin saber si aplicar presión o intentar empujarlo dentro de la piel. Finalmente decido aplicar fuerza, y, en cuanto mis manos tocan su piel, el cuerpo de Eli responde inspirando con fuerza. Un cosquilleo frío me sube por la columna, una sensación parecida a la que siento cuando le devolví la vida a la flor de la sala de ordenadores, y esa sensación se extiende por todo mi cuerpo. ¿Es posible que mi habilidad para curar las plantas sirva también para las personas? Eli deja de llorar y empieza a respirar muy rápido, mientras su pecho sube y baja, sube y baja. Siento el frío concentrarse en las palmas de mis manos y salir por la punta de mis dedos.

—Creo... que puedo curarte.

Su pecho sigue subiendo y bajando a una velocidad anormalmente rápida, pero ahora su cara tiene un aire pacífico, desapegado. Aunque me da miedo, coloco mis manos sobre la parte del hueso que le asoma por la pierna. Palpo su

extremo roto y rugoso, que, de pronto, empieza a introducirse bajo la piel. La herida abierta pasa del rojo y el blanco al color natural de su piel; veo los contornos del hueso roto moverse y girar dentro de su pierna, recolocándose en su sitio. No doy crédito a lo que acabo de hacer. Este podría ser mi legado más importante hasta la fecha.

—Quédate quieta —le pido a Eli—. Solo una cosa más.

Cierro los ojos y envuelvo su delgada muñeca con mis manos. La sensación fría vuelve a brotar por la punta de mis dedos. Abro los ojos y veo que Eli levanta la palma de la mano y separa los dedos. El corte entre el índice y el corazón se ha cerrado, y veo los nudillos rotos estirarse y recomponerse. Eli aprieta el puño y luego lo relaja.

He hecho lo que Lorien esperaba de mí: reparar el daño infligido a quienes no lo merecen.

Eli gira la cabeza a la derecha para mirar mis manos rodeando su muñeca.

—Ya estás bien —le digo—. Estás mejor que bien.

Ella levanta la cabeza del suelo y se yergue sobre los codos. Yo la abrazo.

—Somos un equipo —le susurro al oído—. Nos cuidamos la una a la otra. Gracias por intentar ayudarme.

Ella asiente con la cabeza. Yo la aprieto contra mí y luego la suelto. Me vuelvo para mirar a las chicas. Están todas inconscientes, aunque respirando. Asomando por el hueco del transepto, veo el extremo del Cofre.

—Estoy muy orgullosa de que hayas encontrado el Cofre, no sabes cuánto —le digo—. Volveremos por él mañana, cuando hayamos descansado.

—¿Estás segura? —pregunta Eli—. Puedo subir otra vez a cogerlo.

—No, no. Tú ve al baño a lavarte, que yo iré enseguida.

Cuando se ha ido, levanto la vista hacia el Cofre. Concentrándome, lo hago descender lentamente hasta mis pies. Ahora solo necesito que Adelina lo abra conmigo.

CAPÍTULO DIECISIETE



AL MISMO TIEMPO QUE IRRUMPO POR LA PUERTA EN llamas y caigo sobre la moqueta marrón de la salita, que ya está fundiéndose, varios pensamientos me cruzan la mente a toda velocidad. Sam. La carta de Henri. El Cofre. Las cenizas de Henri. Me sumerjo con decisión en las llamas para moverme ágilmente de una habitación a otra.

—¡Sam! —grito—. ¿Dónde estás, Sam?

Tras cruzar la salita, veo que toda la pared trasera de la casa está ardiendo. El edificio entero podría desplomarse de un momento a otro. Entro como una exhalación en todas las habitaciones llamando a Sam. Reviento la puerta del baño de una patada, y busco en la cocina y en el comedor. Justo cuando estoy a punto de volver a la salita, miro por la ventana. En el borde de la piscina, veo el Cofre y un montoncito formado por algunas de nuestras pertenencias, entre ellas el portátil, la lata de café con las cenizas de Henri y la carta sin abrir. Veo algo pequeño flotando en medio del agua: es la cabeza de Sam. Al verme, empieza a agitar los brazos.

Me lanzo a través del cristal de la ventana, y al tocar el suelo hago caer la barbacoa. Me zambullo en la piscina, y las llamas que me rodean se apagan

creando un siseo y un humo negro y gris.

—¿Estás bien? —pregunto a Sam.

—Sí, creo que sí —responde él.

Salimos del agua por el borde y nos quedamos de pie delante de todo lo que Sam ha podido salvar.

—¿Qué ha pasado?

—Están aquí, colega. Te digo que están aquí. Los mogadorianos. —Nada más oír estas palabras, el estómago se me revuelve y la barbilla me empieza a temblar. Entonces, Sam añade—: Los he visto en la ventana delantera, y justo después, ¡bum!, la casa entera ha explotado. He salvado lo que he podido...

Detecto un movimiento en el tejado. Entre los resquicios que dejan las llamas que se elevan, veo a un enorme mogadoriano, un rastreador con gabardina negra, sombrero y gafas de sol, que desciende por la vertiente portando una larga y reluciente espada. Las frágiles tejas ceden bajo sus pies a cada paso.

Me agacho y agarro el candado del Cofre, que cede al contacto de mi mano encendida. Apartando los cristales que hay en el fondo, cojo la daga de hoja diamantina. Las llamas que siguen danzando en la casa se reflejan en el cortante filo. Para mi sorpresa, el puño del arma se extiende para envolver por completo mi mano derecha.

—Apártate —indico a Sam.

El rastreador alcanza el borde metálico del inestable tejado y se deja caer en el patio de abajo. Sus pies resquebrajan el cemento al llegar al suelo. Entonces, corta el aire con la espada, dejando ante sí una estela resplandeciente. Hago un repaso mental de la última semana de entrenamientos mientras tomo el control de mi respiración.

En cuanto mis pies empiezan a catapultarme en su dirección, el rastreador, rugiendo, se abalanza hacia mí con la gabardina hinchándose tras él. Me veo reflejado en sus gafas de sol un segundo antes de que la espada se cruce delante de mí. Me aparto hacia atrás lo justo para evitar el mandoble, pero cuando vuelvo a erguirme me toca la centelleante estela que ha dejado la espada. Un fuerte dolor se me pega al cuello y me recorre el torso hasta la cintura. La conmoción me hace caer de espaldas a la piscina.

Cuando vuelvo a sacar la cabeza del agua, veo a Sam plantándose frente al rastreador. Tiene las manos alzadas hacia él y desplaza los hombros a un lado y a otro. Riéndose, el mogadoriano deja caer la espada al cemento e imita la posición de combate de Sam. Antes de que me dé tiempo a auparme fuera de la piscina para ayudarle, mi amigo concentra su peso en la pierna izquierda y hace girar la derecha tras de sí hasta que su chorreante zapato derecho, cerrando el círculo, golpea la cara de su adversario con tal fuerza que le hace tambalearse y retroceder varios pasos.

El rastreador, aturdido, recoge su brillante espada. Salgo de la piscina cuando

se dispone a atacar a Sam y levanto mi daga para bloquear el golpe que iba a descargar sobre él. Las dos hojas se encuentran, creando una bola de luz tan brillante que me ciega por un instante. Cuando la luz se desvanece, la espada del rastreador se rompe justo en el punto por donde se ha encontrado con mi arma. Aprovechando el momento de sorpresa, le hundo la hoja de la daga en el pecho y desgarró la carne hacia abajo. El mogadoriano se convierte en cenizas que caen sobre mis pies.

En ese momento, la casa se viene abajo finalmente: las vigas de madera se parten en pedazos que caen en todas direcciones, las ventanas estallan en las mismas paredes y el tejado aplasta todo lo demás como un libro con el lomo roto. Una nube de tormenta aparece encima de nuestras cabezas y un relámpago recorta el cielo hasta caer justo al otro lado de la casa desplomada.

—¡Tenemos que ir con Seis! —grita Sam.

Tiene razón; la proximidad del relámpago solo puede indicar que está librando un combate. O acabándolo. Cogiendo el Cofre con la mano libre, me subo encima del muro de ladrillos del jardín trasero después de asegurarme de que no hay nadie a la vista. Sam me lanza el resto de nuestras pertenencias y después le ayudo a subirse conmigo. Saltamos al otro lado y rodamos sobre la hierba húmeda que hay debajo. Después de dejarlo todo escondido detrás de un denso matorral, damos la vuelta corriendo en dirección al patio delantero.

En mitad del camino de entrada, a poca distancia del todoterreno, Seis tiene a un rastreador sujeto con una llave, y los músculos de sus brazos palpitan al retener la presa. Otros dos mogadorianos se acercan. El de la izquierda me apunta con un largo tubo cilíndrico, y una ráfaga de luz verde me empuja hacia atrás. No puedo respirar. No puedo ver. Caigo rodando sobre el césped mientras siento el calor que procede de la casa.

Cuando consigo abrir los ojos, veo sobre mí al rastreador del tubo. Poco a poco recupero la sensibilidad en los brazos y las piernas; mi respiración vuelve a su ritmo normal. El puño de la daga sigue envolviéndome la mano derecha. El mogadoriano ajusta un mando en el tubo, programándolo tal vez para matar y no para aturdir, y después me pisa la muñeca derecha. Intento levantar las piernas sobre mí, pero no me obedecen, aturdidas todavía por el rayo paralizante que he recibido. El cañón del arma apunta hacia mí frente, entre los ojos, y me acuerdo del revólver que Seis ha dirigido hacia el borracho hace solo una hora. «Se acabó —pienso—. La misión de los mogadorianos ha tenido éxito. Número Cuatro, liquidado. Siguiendo de la lista: el Número Cinco».

Veo cómo cientos de luces chisporrotean dentro del tubo, arremolinándose hasta convertirse en una sola; entonces, justo cuando el rastreador coloca el dedo en el gatillo, *Bernie Kosar* le clava la dentadura en el muslo. El mogadoriano se tambalea un segundo sobre mí antes de recibir el impacto de un rayo que le decapita. Su cabeza rueda sobre la hierba justo al lado de la mía hasta que

quedamos nariz con nariz. Acto seguido, se convierte en un montón de negras cenizas, y hago todo lo posible por no inhalarlas. El cuerpo decapitado cae sobre mis piernas y me cubre de hollín los vaqueros.

—Levántate de una vez —me grita Seis, a la que veo de pronto en el mismo punto donde estaba el rastreador.

Sam aparece también sobre mí, con una expresión grave en su sucia cara.

—Tenemos que irnos ahora mismo, John.

Un sonido de sirenas rasga la noche. A un kilómetro de distancia, tal vez menos. *Bernie Kosar* gime y me lame la sien izquierda.

—¿Y el tercer mogo? —susurro. Seis asiente, mirando a Sam.

—Le he quitado la espada y la he utilizado contra él. El mejor momento de mi vida —afirma él.

Seis me lleva sobre su hombro y me deja caer en el asiento trasero del todoterreno. *Bernie Kosar* se me sube sobre las piernas y me lame la mano izquierda, que sigue inerte. Sam coge las llaves y se coloca tras el volante mientras Seis va por nuestras cosas. En cuanto hemos cogido la autopista y ya no oigo las sirenas, consigo relajarme y concentrarme en la mano derecha. El puño de la daga se transforma, separándose de mis nudillos. Dejo caer el arma en el suelo del coche.

Quince minutos más tarde, Seis le dice a Sam que pare, y el todoterreno vira chirriando hacia el aparcamiento iluminado de un restaurante de carretera que está cerrado. Ella sale de un salto, antes incluso de que el coche se haya detenido del todo, y deja la puerta abierta.

—Ayúdame —me ordena.

—Seis, no quiero ser tocapelotas, pero no puedo mover los brazos ni las piernas.

—Tío, inténtalo al menos. Tenemos que quitárnoslos de encima cuanto antes —insiste—. Si no lo hacemos, te matarán. Miralo así.

Haciendo un gran esfuerzo, me incorporo y empiezo a notar que la sangre fluye hacia las piernas. Salgo del coche y me quedo allí vacilando, con mi ropa quemada, sin saber para qué necesita mi ayuda Seis.

—Busca el chisme localizador —me indica—. Sam, mantén el motor en marcha.

—Oído cocina —dice él.

—¿Que encuentre qué? —pregunto.

—Utilizan aparatos para rastrear vehículos. Va en serio. Así nos encontraron a Katarina y a mí.

—¿Qué aspecto tiene?

—No tengo ni idea. Pero el tiempo vuela, así que ve rápido.

Casi me dan ganas de reírme. Ahora mismo no hay nada en el mundo que pueda hacer rápido. Aun así, Seis registra los laterales del todoterreno a toda prisa

mientras yo me arrodillo lentamente y consigo meterme debajo, iluminando bajo el chasis con las manos. *Bernie Kosar* se pone a olfatear, empezando por el parachoques y avanzando desde allí. Lo encuentro casi de inmediato: es un pequeño objeto circular no más grande que una moneda, pegado al tapón de plástico del depósito de la gasolina.

—¡Ya lo tengo! —grito mientras lo arranco.

Salgo arrastrándome y, estando todavía tumbado, tiendo el aparato a Seis. Ella lo examina por un instante y después se lo mete en el bolsillo.

—¿No vas a destruirlo?

—No —contesta—. Tú sigue mirando. Tenemos que asegurarnos de que no haya ninguno más. O dos más.

Vuelvo a meterme debajo con las manos encendidas, escrutando de nuevo bajo el chasis, esta vez de atrás a adelante.

—No veo nada.

—¿Estás seguro? —pregunta cuando me levanto.

—Sí.

Volvemos al coche y salimos a toda velocidad. Son las dos de la madrugada, y Sam se dirige al oeste. Siguiendo las instrucciones de Seis, mantiene el todoterreno a una velocidad de entre 130 y 140 kilómetros por hora, y no puedo evitar preocuparme por la policía. Unos cincuenta kilómetros después, Sam se mete en una carretera interestatal en dirección sur.

—Ya casi estamos —dice Seis. Un par de kilómetros después, indica a Sam que meta el coche en una gasolinera—. ¡Para! ¡Para aquí!

Sam pisa a fondo junto a un semirremolque estacionado cuyo propietario está repostando. Seis se hace invisible y sale del coche dejando la puerta abierta.

—¿Adónde va? —pregunta Sam.

—No lo sé.

Pocos segundos más tarde, la puerta abierta del coche se cierra. Seis reaparece y le dice a Sam que nos lleve de vuelta a la autopista, esta vez en dirección norte. Se la ve un poco más relajada, y ya no se agarra al salpicadero con los puños apretados.

—¿De verdad vas a obligarme a preguntarte lo que acabas de hacer? —le pregunto.

Ella me echa una mirada rápida antes de decir:

—Ese camión iba en dirección a Miami. He pegado el localizador debajo del remolque. Con un poco de suerte, los mogos perderán unas cuantas horas siguiéndolo hacia el sur mientras nosotros vamos al norte.

—Pues menuda nochecita le espera al camionero —comento, meneando la cabeza.

Cuando dejamos atrás la salida de la ciudad de Ocala, Seis indica a Sam que coja una salida y aparque detrás de un pequeño centro comercial de carretera, a

pocos minutos de la autopista.

—Esta noche dormiremos aquí —dice ella—. Bueno, en realidad dormiremos por turnos.

Sam abre la puerta y gira el cuerpo para dejar los pies colgando fuera del vehículo.

—Ejem, chicos... Supongo que debería haberlo mencionado antes, pero la cosa es que antes me han hecho un corte bastante feo que está empezando a dolerme un montón, y creo que estoy a punto de desmayarme.

—¿Cómo? —digo mientras salgo apresuradamente del vehículo y me paro frente a él.

Sam se sube la sucia pernera derecha de los vaqueros para mostrar una herida que tiene encima de la rodilla. Es ligeramente más pequeña que una tarjeta de crédito, aunque debe de tener dos o tres centímetros de profundidad. La rodilla y la espinilla están cubiertas de sangre, en parte seca y en parte fresca.

—Dios mío, Sam —exclamo—. ¿Cómo ha sido?

—Justo antes de apoderarme de la espada del mogo. Digamos que la arranqué de mi pierna.

—Venga, sal del coche y tumbate en el suelo —le digo.

Seis mete la cabeza debajo de la axila de Sam y le ayuda a recostarse.

Abro el maletero y saco del Cofre la piedra sanadora antes de decir:

—Agárrate a algo, tío... Esto escuece bastante.

Seis le ofrece su mano y él la coge. En el instante en que le presiono la herida con la piedra, él empieza a retorcerse de agonía, con todos los músculos en tensión. Parece a punto de perder el conocimiento. La piel que rodea la herida se vuelve blanca, después negra y después adopta el color rojo intenso de la sangre. Yo me arrepiento inmediatamente de usar la piedra con un ser humano. ¿Dijo Henri alguna vez que no podía usarse con ellos? Mientras intento recordarlo, Sam deja escapar un prolongado gemido que le deja sin aire. La herida se cierra hacia dentro desde su borde externo, y acto seguido desaparece por completo. Sam ya está agarrando la mano de Seis con menos fuerza, y poco a poco recobra el aliento. Un minuto después, ya puede sentarse.

—Jo, tío, cómo me gustaría ser alienígena —dice al fin—. Todo lo que hacéis vosotros mola.

—Por un momento me has tenido muy preocupado, colega —le digo—. No sabía si funcionaría contigo, como pasa con otras cosas del Cofre.

—Yo tampoco —añade Seis, y se acerca a él para besarle en su sucia mejilla. Sam vuelve a tumbarse, dejando escapar un suspiro. Ella se ríe y le frota el cráneo donde asoma su pelo incipiente, y el arranque de celos que brota en mí me deja sorprendido.

—¿Quieres que te llevemos a un hospital? —pregunto.

—Lo que quiero es quedarme aquí, con vosotros —contesta—. Para siempre.

—Se me ocurre que antes hemos tenido mucha suerte de haber estado paseando —comenta Seis cuando volvemos a sentarnos en el todoterreno.

—Es verdad —asiento.

Sam apoya la mejilla derecha en el reposacabezas para poder mirarnos a los dos.

—A todo esto, ¿qué hacíais paseando?

—No podía dormir, y Seis tampoco —respondo. En sentido estricto es la verdad, pero eso no elimina mi sentimiento de culpa. Sé que Sarah es la chica a la que quiero, pero no puedo negar los nuevos sentimientos que han nacido en mí.

Seis suspira antes de decir:

—Sabéis lo que significa esto, ¿no?

—¿Qué?

—Que deben de haber abierto mi Cofre.

—Eso no puedes saberlo seguro.

—Ya, pero desde que cogí esa piedra de tu Cofre y empezó a palpar y a hacerme daño en la mano, no me he quitado de encima la sensación que me dio. Y ahora se me acaba de ocurrir que seguramente tenía algo que ver con mi Cofre.

—Ya hace tres años que lo tienen —le recuerdo—. ¿Crees que pueden abrirlos sin nosotros y sin que hayamos muerto?

—No lo sé —dice ella, encogiéndose de hombros—. ¿Quién sabe? Pero me da que lo han abierto y que, al tocar la piedra, guie de algún modo a esos rastreadores hacia nuestra casa.

—Pero ¿por qué han venido tan pocos? —pregunta Sam entre un bostezo y otro—. O sea, ¿por qué no han esperado a tener refuerzos antes de atacar?

—A lo mejor se asustaron y les entraron las prisas —sugiere Seis.

—O tal vez uno de ellos quería hacerse el héroe —añado.

Seis baja la ventanilla y escucha un rato. Cuando está convencida de que no hay nadie, dice:

—Da igual. La próxima vez vendrán más. Con sus piken y sus kraul y todo lo que nos puedan echar encima.

—Seguramente tienes razón —susurra Sam, que está empezando a caer rendido—. Pero os digo una cosa: esto de estar a la fuga está acabando conmigo.

—Pues imagínate cómo es pasarse once años así —respondo.

—Creo que tengo un poco de morriña —musita él.

Me inclino hacia delante y veo que sujeta sobre el regazo las viejas gafas de su padre, las de culo de vaso que solía llevar en Paradise.

—No es demasiado tarde para volver, Sam. Lo sabes, ¿verdad?

—No pienso volver —dice él con el ceño fruncido. Esta vez suena mucho menos convincente que cuando lo dijo en el motel de Carolina del Norte—. No lo haré hasta que haya encontrado a mi padre. O al menos hasta que sepa qué le

ocurrió.

« ¿Su padre? », articula Seis sin voz. Parece desconcertada.

« Después », le respondo, también en gestos.

—Me parece bien —contesto—. Seguro que acabaremos averiguándolo. —Y, dirigiéndome a Seis, añado—: Entonces, ¿hacia dónde iremos mañana?

—Ahora que parece que han abierto mi Cofre, supongo que tendremos que ir a donde nos lleve el viento. Hasta ahora me ha guiado muy bien —dice en cierto tono nostálgico, y después desvía la mirada hacia mí—. ¿Sabías que de no haber sido por el viento y por una necesidad de cafeína que tuve en Pennsylvania, la noche antes del ataque a Paradise, me habría sido imposible llegar allí a tiempo?

—¿Qué estás diciendo? —pregunto.

—Estaba deambulando por el Medio Oeste del país, deduciendo que estabais en Ohio, Virginia Occidental o Pennsylvania después de leer una noticia en Internet que se refería a un incidente en la zona universitaria de Athens, y que tenía pinta de ser obra de los mogos. Pero, al cabo de unas semanas sin dar con nada, llegué a la conclusión de que os había perdido la pista. Pensé que os habíais ido lejos, a California o a Canadá. Y allí estaba aquella noche, cansada y perdida en el aparcamiento de un centro comercial, prácticamente sin blanca, cuando una tremenda ráfaga de aire pasó zumbando junto a mí y abrió de golpe la puerta de una cafetería que había a mi izquierda. Se me ocurrió que podría entrar por mi dosis de cafeína antes de volver a la carretera y decidir qué hacer, y resultó que al fondo de la cafetería había un ordenador a disposición de los clientes. Pedí una taza bien grande y empecé a navegar por la red. Y efectivamente, encontré un artículo sobre el incendio del que escapaste de un salto.

Me avergüenza comprobar lo fácil que le resultó encontrarme. Con razón Henri no quería que me moviera de casa ni del instituto.

—De no haber sido por la ráfaga de viento que abrió esa puerta, seguramente me habría metido en algún restaurante de carretera a tomar café hasta el amanecer. Anoté toda la información que encontré sobre vosotros y después salí a la calle buscando una copistería de 24 horas. Fue entonces cuando envié el fax para avisaros, o al menos para que mantuvierais el fuerte hasta que llegara yo. Y por lo visto no pude haber llegado más a tiempo.

CAPÍTULO DIECIOCHO



EL VIENTO NOS LLEVA AL NORTE, A UN MOTEL DE Alabama donde pernoctamos dos noches, ocultando una vez más a Sam con una de mis identidades. Desde allí nos encaminamos al oeste y pasamos una noche bajo las estrellas en un campo de Oklahoma, a la que siguen dos noches más en un Holiday Inn de las afueras de Omaha, en el estado de Nebraska. Y desde allí, sin ninguna razón aparente, o al menos ninguna que ella nos quiera contar, Seis conduce más de mil quinientos kilómetros al este para alquilar una cabaña de madera enclavada en las montañas del oeste de Maryland, a cinco minutos escasos de distancia en coche hasta la frontera con Virginia Occidental, y a apenas tres horas de la caverna mogadoriana. Estamos exactamente a 317 kilómetros de Paradise, Ohio, donde empezó nuestra odisea. Medio depósito de gasolina me separa de Sarah.

Antes incluso de abrir los ojos, ya presiento que va a ser un día duro, uno de esos en los que la inexorabilidad de la muerte de Henri me pesará como una montaña y que, haga lo que haga, el dolor no se irá. Últimamente he tenido varios días así. Días llenos de remordimientos. Llenos de culpabilidad. Llenos de la triste certeza de que nunca volveré a hablar con él. Ese pensamiento me deja

sin fuerzas. Ojalá pudiera cambiar lo que ocurrió. Pero como dijo una vez Henri, « Algunas cosas no pueden remediarse ». Y además está Sarah, y el terrible sentimiento de culpa que se ha infiltrado en mí desde que nos fuimos de Florida, por haberme permitido a mí mismo intimar con Seis hasta el extremo de estar a punto de besarla.

Tomo una profunda bocanada de aire y abro los ojos al fin. La pálida luz de la madrugada penetra en la habitación. « La carta de Henri », pienso. Tengo que leerla ya. Es demasiado peligroso retrasar más el momento. Sobre todo, después de haber estado a punto de perderla en Florida.

Meto la mano debajo de la almohada y saco la daga de hoja diamantina y la carta. Últimamente he mantenido ambas cosas siempre cerca de mí. Me quedo un momento mirando el sobre, intentando imaginar en qué circunstancias se escribió la carta. Y después dejo escapar un suspiro, sabiendo que en realidad da lo mismo y que lo único que estoy haciendo es retrasar el momento. Hago un corte limpio con la daga en la solapa del sobre y saco las hojas. La letra perfecta de Henri llena los cinco folios amarillos con un grueso trazo de tinta negra. Hago una profunda inspiración antes de dejar que mis ojos se posen sobre la primera hoja.

19 de enero

John:

He escrito esta carta varias veces a lo largo de los años preguntándome si sería la última, pero si estás leyendo esto ahora, probablemente la respuesta es que sí. Lo siento, John. Lo siento de verdad. El deber de los cépan que vinimos aquí era el de protegeros a los nueve a cualquier precio, incluso con la vida. Pero ahora, mientras escribo estas líneas en la mesa de la cocina, pocas horas después de que me salvaras en Athens, sé que nunca ha sido el sentido del deber lo que nos ha mantenido juntos a nosotros dos, sino el amor; que siempre será un vínculo mayor que el de cualquier obligación. Lo cierto es que mi muerte ha sido siempre algo que iba a ocurrir. Las únicas incógnitas eran el cuándo y el cómo, y de no haber sido por ti, habría muerto hoy. Sean cuales sean las circunstancias de mi muerte, no te sientas culpable, por favor. Nunca he pensado que sobreviviría en este mundo, y cuando nos fuimos de Lorien hace años, sabía que nunca volvería.

Me pregunto cuánto habrás descubierto en el espacio de tiempo que medie entre que escriba esta carta y la leas. Estoy convencido de que sabes que te he ocultado muchas cosas. Seguramente más de lo que hubiera debido. Durante la mayor parte de tu vida he

querido que te mantuvieras centrado, que entrenaras a fondo. Quería que tuvieras la vida más normal que pudiera darte en la Tierra. Aunque sé que ahora esta idea te parecerá ridícula, saber toda la verdad habría añadido una gran cantidad de presión a tu vida, ya de por sí dura.

¿Por dónde empiezo? Tu padre se llamaba Liren. Era valiente y poderoso, y su vida se rigió por la integridad y la fe. Como has presenciado en tus visiones de la guerra, mantuvo estos rasgos hasta el final, aunque él sabía que la guerra estaba perdida. Y en definitiva no se puede pedir mucho más que eso: morir con dignidad, morir con honor y valor. Morir sabiendo que hemos dado todo lo que tenemos. Tu padre personificaba esos valores. Y también tú, aunque no necesariamente seas consciente de ello.

Me siento con la espalda recta y apoyada en el cabecero, releiendo una y otra vez el nombre de mi padre. El nudo que tengo en la garganta se multiplica por diez. Ojalá Sarah estuviera conmigo, apoyando la cabeza en mi hombro para animarme a seguir leyendo. Me concentro en el siguiente párrafo.

Cuando no eras más que un niño, tu padre vino a verte, aunque eso no estaba entre sus obligaciones. Te adoraba, y podía pasarse horas viéndote jugar en la hierba con Hadley (me pregunto si habrás adivinado ya la verdadera identidad de Bernie Kosar). Y aunque no creo que recuerdes gran cosa de esos días de infancia, puedo decir sin temor a equivocarme que eras un niño feliz. Por un tiempo, aunque breve, tuviste el tipo de infancia que todos los niños merecen pero no todos reciben.

Si bien pasé un tiempo considerable con tu padre, a tu madre la vi una sola vez. Se llamaba Lara, y, como tu padre, era una persona reservada, incluso un poco tímida. Te cuento esto ahora porque quiero que conozcas tu identidad y tus orígenes. Vienes de una familia modesta con medios modestos, y la verdad que siempre he querido confiarte es que no escapamos de Lorien debido al lugar donde estábamos aquel día. No fue por casualidad que estuviéramos en el campo espacial. Estábamos allí porque, cuando empezó el ataque, la Guardia aunó esfuerzos para llevaros hasta allí. Muchos sacrificaron su vida en el intento. Teníais que ser diez pero, como sabes, solo salisteis nueve.

Las lágrimas empañan mi visión. Paso los dedos sobre el nombre de mi

madre: Lara. Lara y Liren. Me pregunto cuál era mi nombre lórico, si también empezaba por «L». ¿Habría tenido hermanos pequeños de no haber habido una guerra? Es mucho lo que me han arrebatado.

Cuando nacisteis vosotros diez, Lorien reconoció vuestro gran corazón, vuestra fuerza de voluntad y vuestra compasión, y al hacerlo os concedió los roles que los diez estabais destinados a desempeñar: los que asumieron los primeros diez Ancianos. Esto significa que, con el tiempo, los que sobreviváis llegaréis a ser mucho más fuertes que cualquier cosa que se haya visto jamás en Lorien, mucho más incluso que los primeros diez Ancianos, de quienes habéis recibido vuestra herencia. Los mogadorianos lo saben, y por eso ahora os están buscando con tanto ahínco. Están tan desesperados que han llenado este planeta de espías. Nunca te he contado la verdad porque temía que eso te empujara a la arrogancia y te desviara del camino, y hay demasiados peligros acechándote como para correr ese riesgo. Ahora tengo que decírtelo: hazte fuerte, asume el papel para el que has nacido y encuentra a los demás. Los que quedáis todavía podéis ganar esta guerra.

Lo último que tengo que contarte es que no vinimos a parar a Paradise por azar. Tus legados estaban tardando en aparecer y yo había empezado a preocuparme, y mi preocupación se convirtió en puro pánico cuando apareció la tercera cicatriz. Sabiendo que tú eras el siguiente, decidí acudir al único hombre que podía tener la clave para encontrar a los demás.

Cuando llegamos a la Tierra, nos esperaban nueve humanos que comprendían nuestra situación y nuestra necesidad de disgregarnos. Eran aliados de los lóricos, y la última vez que los visitamos (quince años atrás), todos ellos recibieron un transmisor que se activaría solamente si contactaba con una de nuestras naves. Aquella noche estaban allí para facilitar nuestra adaptación a la Tierra, para ayudarnos a dar los primeros pasos en este nuevo mundo. Ninguno de nosotros habíamos estado aquí antes. Cuando desembarcamos, nos dieron a cada uno dos conjuntos de ropa, un paquete de instrucciones que nos ayudarían a aprender las costumbres del planeta y un papel con una dirección. Estas direcciones eran un lugar donde empezar, pero no donde vivir; y ninguno de nosotros sabía adónde se dirigían los demás. La nuestra nos llevó a un pueblo del norte de California. Era un rincón bonito y tranquilo, a quince minutos del mar. Allí te enseñé a montar en

bicicleta, a volar cometas y otras cosas más sencillas, como a atarte los zapatos (cosa que yo tuve que aprender primero por mi cuenta). Pasamos allí seis meses, y después proseguimos nuestro camino, como sabía que debíamos hacer.

El hombre que nos recibió a ti y a mí, nuestro guía, era de aquí, de Paradise; acudí a él porque necesitaba saber dónde habían empezado los otros. Pero cuando llegamos aquí, las estrellas debieron de oscurecerse, porque aquel hombre ya no estaba en Paradise.

El hombre que nos recibió aquel primer día, el que nos dio una guía de la cultura terrestre y nos instaló en nuestra primera casa, se llamaba Malcolm Goode. Era el padre de Sam.

Lo que te quiero decir con esto, John, es que Sam seguramente tenía razón; creo que su padre fue abducido. Por el bien de Sam, deseo con todo mi corazón que siga con vida. Y si Sam todavía está contigo, te pido que le transmitas esta información, y espero que encuentre cierto consuelo al conocerla.

Te conmino a que te conviertas en quien estás destinado a ser, John. Desarrolla toda tu fuerza y todo tu poder, y no olvides nunca todo lo que vas aprendiendo por el camino. Sé un hombre noble, seguro y valiente. Vive con el mismo tipo de dignidad y de valor que has heredado de tu padre, y confía en la fuerza de tu corazón y de tu voluntad, del mismo modo que Lorien sigue confiando en ella incluso ahora. Nunca pierdas la fe en ti mismo ni la esperanza, y recuerda que, aunque este mundo te eche encima lo peor y te vuelva la espalda, todavía habrá esperanza. Siempre.

Y estoy convencido de que, algún día, conseguirás volver a casa.

*Con amor,
Tu amigo y cêpan,
Henri*

La sangre me martillea en los oídos, y, a pesar de lo que ha escrito Henri, en el fondo sé que, si nos hubiésemos ido de Paradise cuando él quiso hacerlo, aún estaría vivo. Aún estaríamos juntos. Vino al instituto para salvarme, porque era su deber, y porque me quería. Y ahora ya no está.

Tomo una profunda bocanada de aire, me enjugo la cara con el dorso de la mano y después salgo de la habitación. A pesar de la herida en la pierna, Sam

insistió en instalarse en la segunda planta, aunque Seis y yo nos ofrecimos a hacerlo nosotros. Subo por la escalera y llamo a su puerta. Cuando entro y enciendo la lámpara, veo las viejas gafas de su padre en la mesita de noche. Mi amigo se revuelve en la cama.

—Sam... Oye, Sam, perdona que te despierte, pero hay una cosa muy fuerte que tienes que saber.

Eso capta su atención, y se aparta la manta.

—Bueno, pues dímela.

—Pero primero tienes que prometerme que no te vas a enfadar. Quiero que sepas que hasta ahora no tenía ni idea de nada de lo que voy a contarte. Y fuera cual fuera el motivo por el que Henri no te lo contó directamente, tienes que perdonarle.

Él se incorpora sobre el colchón hasta quedar con la espalda apoyada en el cabecero.

—Venga, tío. Dímelo ya.

—Prométemelo.

—Vale, te lo prometo.

Le tiendo la carta antes de decirle:

—Tendría que haberla leído antes, Sam. Siento mucho haber tardado tanto.

Salgo de la habitación y cierro la puerta para darle la intimidad que necesita. No sé cómo va a reaccionar. No hay forma de saber cómo va a tomarse alguien la respuesta a una pregunta que lleva haciéndose gran parte de su vida, una pregunta que nunca ha dejado de atormentarle.

Bajo por la escalera y me escabullo por la puerta de atrás con *Bernie Kosar*, que se adentra corriendo en el bosque. Me siento encima de una mesa de picnic. El aire fresco de febrero hace salir vaho de mi boca. La oscuridad se va replegando hacia el oeste mientras la luz roja de la mañana se derrama por el este. Levanto la vista hacia la media luna y me pregunto si Sarah la estará mirando, o si la estará viendo también alguno de los demás. Yo y los otros cinco que seguimos vivos estamos destinados a asumir el papel de los Ancianos. Todavía no comprendo del todo lo que eso significa. Cerrando los ojos, levanto la barbilla hacia el cielo y me quedo en esa postura hasta que la puerta corredera se abre detrás de mí. Me doy la vuelta, esperando ver a Sam, pero es Seis. Se sube a la mesa de picnic y se sienta a mi lado. Le dirijo una débil sonrisa, pero ella no me la devuelve.

—Te he oído salir. ¿Ocurre algo? ¿Os habéis peleado tú y Sam? —pregunta.

—¿Qué? No. ¿Por qué?

—Solo sé que está llorando en el sofá de la planta baja y que no quiere hablar conmigo.

Reflexiono un instante antes de responderle.

—Por fin he leído la carta que me dejó Henri. Hay una cosa sobre Sam que

ni él ni yo te hemos contado. Tiene que ver con su padre.

—¿Qué pasa con su padre? ¿Le ha ocurrido algo malo?

Giro el cuerpo hacia ella hasta que nuestras rodillas se tocan.

—Escucha, cuando conocí a Sam en el instituto, era un chico bastante obsesionado con la desaparición de su padre, que un día salió a comprar y ya no volvió. Solo encontraron su camioneta y sus gafas, que estaban al lado, en el suelo. Son las que Sam lleva consigo a todas partes, ¿sabes?

Seis se da la vuelta para mirar a través de la puerta corredera acristalada.

—¿Qué dices? ¿Son de su padre?

—Sí. Sam estaba convencido de que fue abducido por unos alienígenas. Siempre me pareció que era una locura, pero el caso es que dejé que creyera lo que quisiera, porque ¿quién soy yo para echar por tierra sus esperanzas de volver a encontrar a su padre? Yo habría preferido que hubiera sido Sam quien te lo contara, pero acabo de leer la carta de Henri, y no te vas a creer lo que decía.

—¿Qué?

Se lo cuento todo: que el padre de Sam era un aliado de Lorien que nos acogió a Henri y a mí cuando la nave aterrizó en la Tierra, y por qué Henri nos llevó a vivir a Paradise. Seis se deja caer desde la mesa de picnic y se sienta atropelladamente sobre el banco que hay debajo.

—Me parece una coincidencia alucinante que Sam haya acabado aquí, con nosotros —dice.

—No creo que sea una coincidencia. Piénsalo bien. ¿Cómo puede ser que, de todas las personas de Paradise que yo podría haber elegido como mejor amigo, resultara ser Sam? Creo que estábamos destinados a encontrarnos.

—Seguramente tienes razón.

—Cómo mola que su padre nos ayudara esa noche, ¿verdad?

—Mogollón. ¿Te acuerdas de cuando dijo que empezaba a sentir una conexión muy fuerte con nosotros? —me dice, y efectivamente me acuerdo.

—Pero ahora viene lo más fuerte. Henri dice en la carta que sí, que el padre de Sam fue abducido, o tal vez incluso asesinado, por los mogadorianos.

Nos quedamos un rato en silencio observando la lenta salida del sol sobre el horizonte. *Bernie Kosar* llega trotando del bosque y se pone panza arriba para que se la acariciemos.

—Ven aquí, *Hadley*. —Al oír ese nombre, se pone de pie inmediatamente e inclina su cabeza de beagle—. Sí, ahora lo sé —le digo, agachándome para rascarle la barbilla con ambas manos.

En ese momento Sam sale con los ojos enrojecidos y se sienta en el banco, al lado de Seis.

—Hola, *Hadley* —saluda Sam a *Bernie Kosar*, que le responde con un ladrido y le lame la mano.

—¿*Hadley*? —pregunta Seis, y el perro suelta un ladrido a modo de

confirmación.

—Siempre lo he sabido —afirma Sam—. Siempre. Desde el día que desapareció.

—Pues acertaste desde el principio —asiento.

—¿Puedo leer la carta? —pregunta Seis, y Sam se la entrega.

Dirijo mi palma derecha a la primera página y enciendo el lumen. Seis lee la carta al fulgor de mi mano, y después dobla las hojas y las devuelve a Sam.

—Lo siento mucho —le dice.

—Henri y yo no habríamos sobrevivido de no ser por tu padre —añado.

Seis se dirige entonces hacia mí, diciendo:

—¿Sabes? Me parece increíble que tus padres sean Liren y Lara. Bueno, no tan increíble como que no me haya dado cuenta antes. ¿Me recuerdas de Lorien, John? Tus padres y los míos, que se llamaban Arun y Lyn, eran amigos íntimos. Sé que no pasábamos mucho tiempo con nuestros padres, pero recuerdo que estuvimos en vuestra casa varias veces. En aquella época apenas estabas dando los primeros pasos, creo.

Tardo unos segundos en recordar lo que Henri me contó una vez. Fue el día que Sarah había vuelto de Colorado, el día que nos confesamos mutuamente nuestro amor. Cuando ella se fue, Henri me dijo mientras almorzábamos: « Aunque no sé cuál es, qué número es, ni tengo ni idea de dónde está, uno de los niños que vinieron a la Tierra con nosotros era la hija de los mejores amigos de tus padres. Solían decir en broma que el destino quería que los dos terminarais juntos» .

Estoy a punto de revelar a Seis lo que me dijo Henri, pero al recordar que esa conversación surgió a raíz de mis sentimientos por Sarah vuelvo a experimentar la misma culpabilidad que me ha perseguido desde que Seis y yo dimos ese paseo.

—Sí, es muy curioso. Aunque no me acuerdo mucho de esa época —digo.

—Por cierto, me parece muy fuerte lo de los Ancianos, y que estemos destinados a asumir su papel. No me extraña que los mogos vayan a por todas —dice ella.

—Tiene sentido, desde luego.

—Tenemos que volver a Paradise —nos interrumpe Sam.

—Sí, y qué más —ríe Seis—. Lo que tenemos que hacer es encontrar una forma de reunirnos con los otros cuatro. Seguir buscando en Internet. Entrenar un poco más.

—No, lo digo en serio, chicos —dice Sam, poniéndose en pie—. Tenemos que volver. Si mi padre dejó algo atrás, como el transmisor, creo que sé cómo encontrarlo. Cuando tenía siete años, me dijo que mi futuro estaba marcado en el cuadrante. Le pregunté qué quería decir eso, pero solo me contestó que, si algún día se oscurecían las estrellas, mi misión sería encontrar a la Enéada y leer el

mapa del cuadrante a partir de mi fecha de nacimiento.

—¿Qué es la Enéada? —pregunto.

—Es un grupo de nueve dioses de la mitología egipcia.

—¿Nueve? —dice Seis—. ¿Nueve dioses?

—¿Y cuál es ese cuadrante? —inquiero yo.

—Ahora todo empieza a tener sentido para mí. —Sam se pone a caminar alrededor de la mesa de picnic mientras junta las piezas en su cabeza, con *Bernie Kosar* mordisqueándole los talones—. Siempre me parecía frustrante que mi padre dijera todas esas cosas que solo entendía él. Unos meses antes de su desaparición, cavó un pozo en nuestro patio trasero y dijo que serviría para almacenar el agua de lluvia procedente de las cañerías y no sé qué más; y entonces, después de cubrirlo con cemento, colocó un cuadrante muy complejo en la tapa de piedra. Luego se quedó observando el pozo y me dijo: «Tu futuro está marcado en el cuadrante, Sam».

—¿Y nunca intentaste abrirlo? —pregunto.

—Ya lo creo. Giré el cuadrante a un lado y a otro, haciendo pruebas con mi fecha de nacimiento y otras cosas, pero nunca sucedió nada. Al final llegué a la conclusión de que no era más que un pozo inútil con un cuadrante encima. Pero ahora que he leído la carta de Henri, y eso que dice de las estrellas que se oscurecen, sé que tiene que ser una pista. Es como si mi padre me hubiera dejado un mensaje en clave. —Y, sonriendo, Sam añade—: Era muy listo.

—Igual que tú —le digo—. Volver a Paradise puede ser un suicidio, pero a estas alturas no creo que tengamos otra opción.

CAPÍTULO DIECINUEVE



DESPIERTO CON LOS DIENTES APRETADOS Y UN SABOR agrio en la boca. Me he pasado toda la noche dando vueltas en la cama, no solo porque por fin tengo el Cofre y estoy deseando convencer a Adelina para que lo abra conmigo esta mañana, sino porque he revelado demasiadas cosas a demasiadas personas. He hecho todo un despliegue de mis legados. Me pregunto qué recordarán, y si se acabará enterando todo el orfanato antes del desayuno.

Me siento en la cama y veo a Eli en la suya. Las demás chicas están durmiendo, excepto Gabi, la Gorda, Delfina y Linda, cuyas camas están vacías. Cuando mis pies están a punto de tocar el suelo, aparece la hermana Lucía en la puerta, con los brazos en jarras y la boca fruncida. Al establecer contacto visual con ella, se me corta la respiración. Pero entonces retrocede un par de pasos y permite a las cuatro chicas entrar tambaleándose en la habitación, aturdidas y magulladas, con la ropa rota y sucia. Gabi se acerca a trompicones hasta su cama y se deja caer de bruces, hundiendo la cabeza en la almohada. La Gorda se frota la papada y se tumba boca arriba en su cama con un gruñido, mientras que Linda y Delfina se deslizan lentamente bajo sus sábanas. Cuando las cuatro están completamente inmóviles, la hermana Lucía grita que es hora de

levantarse. « ¡Y eso va por todas! » .

Cuando voy a pasar junto a Gabi de camino al baño, ella se encoge.

La Gorda está observando su cara decolorada frente al espejo. Al ver mi reflejo detrás de ella, abre el grifo e intenta centrarse en lavarse las manos. No me molesta el cambio. No es que me guste intimidar a la gente, pero es agradable pensar que me van a dejar tranquila.

Eli sale de uno de los compartimentos del baño y espera su turno para lavarse las manos. Me preocupa que me tenga miedo por lo que hice en la nave de la iglesia, pero en cuanto me ve me saluda efusivamente agitando el brazo. Yo me acerco y le susurro al oído:

—¿Estás bien?

—Gracias a ti —dice ella en voz alta.

Mi mirada se cruza con la de la Gorda en el espejo.

—Oye —sigo diciéndole a Eli—. Lo de anoche tiene que ser nuestro secreto. Quiero que todo lo que ocurrió sea un secreto entre nosotras, ¿de acuerdo? No se lo cuentes a nadie.

Ella se lleva el dedo índice a los labios y yo me siento mejor, pero hay algo en la mirada de la Gorda que no me gusta. Quizá nuestra enemistad no haya terminado después de todo.

Tengo tantas ganas de saber lo que habrá en el Cofre que decido no hacer mi búsqueda matutina de noticias sobre John y Henri Smith. Tampoco tengo paciencia para esperar a la misa de la mañana para ver a Adelina, así que voy de habitación en habitación buscándola, pero no la encuentro. Suena el primer timbre para la misa de la mañana.

Me acerco de mala gana hasta una de las filas del fondo y me siento junto a Eli, guiñándole un ojo. Localizo a Adelina en la primera fila. Hacia la mitad de la misa, ella mira hacia atrás y establece contacto visual conmigo. Al hacerlo, yo señalo hacia el hueco del transepto donde escondió el Cofre hace tantos años. Ella enarca las cejas, sorprendida.

—No entendía lo que me decías —me dice después de la misa. Las dos estamos bajo una vidriera de San José, en la parte izquierda de la nave, bañadas por un mosaico de luces amarillas, marrones y rojas. La mirada de Adelina subraya la seriedad de su postura.

—He encontrado el Cofre.

—¿Dónde?

Yo señalo con la cabeza hacia arriba a la derecha.

—Era yo la que debía decidir cuándo estabas preparada, y aún no lo estás. Ni por asomo —dice, molesta.

Yo saco pecho y aprieto la mandíbula.

—Para ti nunca iba a estar preparada, porque has dejado de creer, Emmalina. —La mención de ese nombre la pilló por sorpresa. Abre la boca para

hablar, pero se detiene antes de empezar a soltar la diatriba que sea que tiene en mente—. No tienes ni idea de lo que tengo que soportar con esas chicas. Tú te paseas por ahí con tu Biblia, pasando las cuentas de tu rosario, sin importarte que me estén acosando, que solo tenga una amiga y que todas las hermanas me odien, ¡o que ahí fuera haya un mundo al que debería estar defendiendo! Mejor dicho, dos mundos. Lorien y la Tierra me necesitan, y a ti también, y yo estoy aquí encerrada como un animal de zoológico, pero eso a ti ni siquiera te importa.

—Por supuesto que me importa.

—¡No, no te importa! ¡No te importa! —digo entre sollozos—. Puede que te importara cuando te hacías llamar Odetta, o quizá cuando todavía eras Emmalina, pero, desde que te convertiste en Adelina, y yo en Marina, no te has preocupado por mí, ni por ninguno de los otros ocho, ni por lo que deberías estar haciendo aquí. Lo siento, pero no soporto que me hables de salvación, cuando eso es lo único que intento conseguir. Intento protegernos. Intento hacer el bien con todas mis fuerzas, ¡y tú me tratas como si fuera malvada o algo!

Adelina da un paso al frente, con los brazos abiertos para darme un abrazo, pero algo le hace retroceder y dar un paso atrás. Entonces rompe a llorar desconsoladamente. Yo me apresuro a rodearla con mis brazos, y las dos nos abrazamos.

—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué no está Marina en el comedor?

Al girar la vista, vemos a la hermana Dora con los brazos cruzados sobre el pecho. Tiene un crucifijo de cobre colgando de la muñeca.

—Vete —me susurra Adelina—. Luego hablaremos de esto.

Yo me enjugo las lágrimas y paso corriendo junto a la hermana Dora. Al abandonar la nave, oigo fragmentos de una acalorada discusión entre ella y Adelina. Sus voces retumban en el techo abovedado, y yo me paso los dedos por el pelo, inquieta.

Anoche, antes de volver al dormitorio, usé la telequinesia para bajar el Cofre por el oscuro y estrecho pasadizo que hay a la izquierda de la nave, haciéndolo flotar junto a las estatuas antiguas talladas en la pared de roca. Ahora está escondido en la estrecha torre del campanario norte, tras la puerta de roble con el candado. Allí está seguro de momento. Pero, si no logro convencer pronto a Adelina de que lo abra conmigo, tendré que buscar otro escondite.

No encuentro a Eli por ningún sitio en el comedor, y me preocupa que mi legado haya fallado y la haya mandado al hospital.

—Está en el despacho de la hermana Lucía —me dice una niña cuando pregunto a un grupito sentado en la mesa más cercana a la puerta—. Iba con un matrimonio. Creo que van a adoptarla o algo —añade, sirviéndose un cucharón de huevos revueltos en su plato—. Qué suerte.

Las rodillas me fallan, y tengo que agarrarme al borde de la mesa para no caer al suelo. No tengo derecho a molestarme porque Eli se vaya del orfanato,

pero ella es mi única amiga. Por supuesto, sabía que estaría entre las favoritas de las hermanas para la adopción; tiene siete años, es dulce y da gusto estar con ella. Espero de corazón que encuentre un buen hogar, sobre todo tras haber perdido a sus padres, pero no estoy lista para verla marchar, por muy egoísta que suene.

Cuando Adelina y yo llegamos a Santa Teresa, se decidió que a mí no me adoptarían, pero ahora me pregunto si no habría sido mejor que me incluyeran en la lista de adopción. Puede que alguien se hubiera encariñado de mí.

Sé que, incluso aunque adopten hoy a Eli, el papeleo llevará un tiempo, y eso significa que estará aquí una semana más, quizá dos, incluso puede que tres. Pero, aun así, eso me rompe el corazón, y me afianza más en mi deseo de marcharme de aquí en cuanto consiga abrir el Cofre.

Salgo del comedor desolada, cojo mi abrigo y me escapo por la puerta principal para bajar por la pendiente, sin importarme estar saltándome las clases. Estoy ojo avizor por si veo al hombre con el libro de Pítaco, y voy por la acera pasando por detrás de los puestos de la calle principal, refugiándome entre las sombras.

Al pasar junto a El Pescador, el restaurante del pueblo, me asomo a un callejón adoquinado y veo la tapa de un cubo de basura tambalearse y caer al suelo. El cubo en sí empieza a temblar, y oigo algo arañando su interior. De repente, un par de patas blancas y negras asoman por el borde del cubo. Es un gato, y, cuando consigue salir del cubo de un salto y aterrizar sobre el suelo de adoquines, veo que tiene un profundo corte en el costado derecho. Tiene un ojo tan hinchado que ni siquiera puede abrirlo. Parece a punto de caer desmayado de hambre y agotamiento, y se tumba sobre un montón de basura como si hubiera decidido rendirse.

—Pobre criatura —digo, y sé que voy a curarle antes de seguir mi camino.

El gato ronronea cuando me arrodillo a su lado, y no ofrece resistencia mientras le coloco la mano sobre el pelaje. El frío emana rápidamente de mi mano hacia su cuerpo, más rápido de lo que lo hizo en Eli o mi propia mejilla, y no sé si es porque el legado se ha fortalecido o porque funciona más rápido con los animales. El gato estira las patas y separa mucho los dedos, y su respiración se estabiliza hasta convertirse en un profundo ronroneo. Yo le doy la vuelta con cuidado para inspeccionarle el costado derecho, y veo que está completamente curado y cubierto con una exuberante mata de pelo negro. El ojo que tenía hinchado está abierto y mirándome. Yo decido bautizarle con el nombre de *Legado*, y le digo:

—*Legado*, si quieres irte de este pueblo, tú y yo tenemos que hablar. Porque yo creo que voy a irme muy pronto, y me gustaría tener compañía.

De pronto, me asusto al ver una figura asomar al otro lado de la calle, pero es Héctor, empujando la silla de ruedas de su madre.

—¡Salve, reina del mar! —grita.

—Hola, Héctor Ricardo.

Me acerco hacia él. Su madre parece decaída y distante, y me preocupa que haya empeorado.

—¿Quién es tu amiguito? Hola, pequeñuelo —dice Héctor, inclinándose para acariciar a *Legado* debajo de la barbilla.

—Un amigo que he hecho por el camino.

Andamos tranquilamente, charlando sobre el tiempo y sobre *Legado*, hasta que llegamos a la casa donde viven Héctor y su madre.

—Por cierto, Héctor, no habrás visto recientemente al hombre aquel del bigote y el libro que estaba en el bar, ¿verdad?

—Pues no, no lo he visto —dice él—. Pero ¿qué tiene ese hombre que te preocupa tanto?

Hago una pausa y respondo:

—Es que se parece a una persona que conozco.

—¿Y eso es todo?

—Sí.

Él sabe que le estoy mintiendo, pero es lo bastante respetuoso como para no hacer más preguntas. Yo sé que él estará atento por si ve al hombre que creo que es un mogadoriano; solo espero que no acabe sufriendo por ello.

—Me alegro de verte, Marina. Y recuerda que hoy es día de colegio —añade con un guiño. Yo asiento, avergonzada, y él abre la puerta de su casa, entra de espaldas y luego tira de la silla de su madre enferma hacia dentro.

Echo un vistazo a mi alrededor y veo que no hay peligro, así que continúo con mi paseo durante un rato, pensando en el Cofre y en cuándo podré volver a hablar con Adelina. Pienso también en John Smith huyendo de la policía, en Eli y en su posible adopción, en mi pelea anoche en la nave de la iglesia. Al llegar al final de la calle principal, me quedo mirando el colegio, odiando su puerta de entrada y sus ventanas, odiando todo el tiempo que he pasado allí metida en lugar de haber estado moviéndome, cambiando de nombre con cada nuevo país. Me pregunto cómo me habría llamado en los Estados Unidos.

Más tarde, *Legado* maúlla a mis pies durante el camino de regreso por el pueblo. Sigo andando entre las sombras, escrutando los edificios por los que voy a pasar. Al llegar a la altura del bar, miro hacia el interior por la ventana, esperando no ver al mogadoriano del bigote poblado. No está allí, pero Héctor sí, y está riéndose de algo que ha dicho la mujer de la mesa de al lado. Voy a echarle de menos, igual que a Eli. Pensaba que solo tenía una amiga en Santa Teresa, pero ahora sé que tengo dos amigos.

Me agacho al pasar junto a la ventana, y no puedo evitar reparar en el frondoso pelo blanco y negro de *Legado*. Hace menos de una hora este gato estaba tumbado en la calle, desangrándose sobre un montón de basura, y ahora está lleno de energía. Mi habilidad para curar e infundir vida a las plantas, los

animales y las personas parece una gran responsabilidad. Curar a Eli me hizo sentir más especial que nunca, pero no porque me sintiera como una heroína, sino porque había ayudado a alguien que lo necesitaba. Paso de hurtadillas frente a algunas puertas más; la voz de Héctor sale por la ventana del bar y me envuelve los hombros, y entonces sé lo que tengo que hacer.

La puerta principal está cerrada, pero cuando doy la vuelta a la casa de Héctor, la primera ventana que tanteo se abre con facilidad. *Legado* se lame las patas mientras yo trepo y me meto por la ventana; es la primera vez que allano una vivienda.

La casa es pequeña y oscura por dentro, y el aire está enrarecido. Todas las superficies visibles están cubiertas de figuras e imágenes católicas. No tardo nada en encontrar el dormitorio de Carlota, la madre de Héctor. Ella está tumbada en una cama, en la esquina más alejada, y la ropa de cama sube y baja lentamente con cada respiración. Tiene las piernas dobladas de una forma poco natural, y se la ve frágil. Hay cajas de pastillas alineadas en la mesita de noche, junto con rosarios, un crucifijo, una figurita orante de la Virgen y unos diez santos cuyos nombres desconozco. Yo me arrodillo junto al cuerpo dormido de Carlota. Entonces sus ojos pestañean y examinan el aire a su alrededor. Yo me quedo quieta y contengo la respiración. Aunque nunca he hablado con ella, percibo en sus ojos una chispa de reconocimiento al verme agazapada junto a la cama. Abre la boca para decir algo, pero yo la interrumpo.

—Shhh —le digo—. Soy una amiga de Héctor, doña Carlota. Estoy aquí para ayudarla.

Con un parpadeo, ella parece aceptar lo que le digo. Alzo mi mano y le acaricio la mejilla con el dorso, y luego la coloco sobre su frente. Su cabello gris está reseco y frágil. Ella cierra los ojos.

El corazón me late con fuerza, y noto que me tiembla la mano al levantarla y colocarla sobre su abdomen; entonces es cuando siento lo débil y enferma que está realmente. La sensación fría me sube por la columna y se extiende por mis brazos, hasta la punta de los dedos. Me siento un poco mareada. Mi respiración se acelera, y el corazón me late aún más rápido. A pesar del frío cosquilleo que cubre mi piel, empiezo a sudar. Los ojos de Carlota se abren, y un profundo ronquido escapa de su boca.

Yo cierro los ojos.

—Shhh, todo va bien —le digo para tranquilizarnos a las dos. Y entonces, con aquel frío radiando de mí hacia ella, empiezo a sacarle la enfermedad, que se resiste a retirarse y se le agarra a las entrañas, reticente a dejarse ir. Pero, al fin, hasta la última resistencia cede.

Un leve temblor agita a Carlota, pero yo hago todo lo posible por mantenerla serena. Cuando abro los ojos, veo que el color ceniciento de su cara ha adoptado un brillo rosáceo.

Una sensación de vértigo me recorre. Levanto las manos de su cuerpo y me dejo caer de espaldas sobre el suelo. El corazón me late con tanta fuerza que parece que vaya a salirse del pecho, y eso me asusta. Pero poco a poco mis latidos se calman, y, cuando al fin me pongo en pie, veo a Carlota sentada en la cama, con expresión desorientada, como si estuviera intentando recordar dónde está y cómo ha llegado hasta aquí.

Entro corriendo a la cocina y me bebo tres vasos de agua. Cuando vuelvo, Carlota aún está intentando entender lo que ha pasado. Entonces tomo otra rápida decisión. Me acerco a la mesita de noche y rebusco entre las cajas de pastillas, hasta que encuentro lo que estoy buscando. « Aviso: puede causar somnolencia» . Abro la caja, saco cuatro pastillas y me las meto en el bolsillo.

Salgo de la habitación sin hablar. Pero antes de marcharme, me vuelvo para mirar a Carlota una última vez. Ella me mira. Sus piernas, que ya están derechas y curadas, cuelgan por el borde de la cama, como si estuviera a punto de levantarse.

Salgo a toda prisa de la casa y me encuentro a *Legado* durmiendo bajo la ventana trasera. Caminando por las callejuelas, retomo el camino al orfanato con el gato en brazos, preguntándome cómo reaccionará Héctor cuando se encuentre a su madre curada. El problema es que, en un pueblo tan pequeño, los secretos no duran mucho. Mi única esperanza es que nadie me haya visto entrar ni salir, y que Carlota no se acuerde de lo que ha ocurrido.

Al llegar a la puerta principal del convento, me desbrocho el abrigo hasta la mitad y meto con cuidado a *Legado* dentro. Ya sé dónde puedo mantenerlo a salvo: en el campanario norte, con el Cofre. « El Cofre —pienso—. Tengo que abrirlo de una vez» .

CAPÍTULO VEINTE



ESTAR ENAMORADO ES UNA COSA MUY EXTRAÑA. Tus pensamientos se desvían siempre hacia el ser amado, sea lo que sea lo que estés haciendo. Puedes estar cogiendo un vaso de un armario o lavándote los dientes o escuchando a alguien, y de pronto tu mente empieza a divagar hacia su cara, su pelo, su olor, preguntándose qué ropa llevará puesta y qué dirá la próxima vez que te vea. Y para rematar el permanente estado de ensoñación en que te encuentras, te sientes como si tu estómago estuviese atado a una cuerda elástica que sube y baja durante horas hasta que al final acaba deteniéndose al lado del corazón.

Así es como me he sentido desde el día que conocí a Sarah Hart. Da lo mismo que esté entrenando con Sam o buscando mis zapatos en la parte trasera del todoterreno, porque en cualquier momento puede sobrevenirme el recuerdo del rostro de Sarah, sus labios o su piel de marfil. Puedo estar dando indicaciones desde el asiento trasero del coche y al mismo tiempo estar cien por cien inmerso en la sensación que me producía tener su cabeza apoyada bajo la barbilla. Y aunque esté rodeado por veinte mogos, con las palmas de las manos encendidas, puedo estar reviviendo cada parte de la conversación de la cena de Acción de Gracias en casa de Sarah.

Pero lo más desquiciante de todo es que, al mismo tiempo que viajamos a Paradise a las nueve de la noche al límite de la velocidad permitida, mientras nos dirigimos hacia Sarah y su melena rubia y sus ojos azules, estoy pensando también en Seis: en su olor, en cómo le queda la ropa de entrenamiento, en el momento en que casi nos besamos en Florida. Y no solo me duele el estómago al pensar en Seis, sino también al recordar que mi mejor amigo se siente igualmente atraído por ella. Voy a tener que comprarme un antiácido en nuestra próxima parada.

Mientras Sam conduce, hablamos de la carta de Henri y de lo genial que es el padre de mi amigo, no solo por ayudar al pueblo de Lorien sino también por haber dado a Sam pistas para encontrar el transmisor si algo malo le ocurría. Y, al mismo tiempo, mis pensamientos siguen saltando de Sarah a Seis y vuelta a empezar.

Estamos a dos horas de Paradise cuando Seis pregunta:

—Pero ¿y si al final no es nada? ¿Y si no hay nada en el fondo de ese pozo aparte de algún regalo raro de cumpleaños o cualquier otra cosa en lugar del transmisor? Estamos arriesgándonos mucho, pero mucho, mucho, presentándonos así en Paradise.

—Tú hazme caso —le contesta Sam. Tamborilea con los pulgares en el volante y entonces pone música en la radio—. Nunca he estado tan seguro de algo en toda mi vida. Y te lo dice alguien que saca sobresaliente en todo.

Mi opinión es que los mogadorianos nos esperan allí, un contingente mayor que el que combatimos en Florida, atentos a cualquier cosa que pueda llevarlos hasta nosotros. Y, si tengo que ser sincero conmigo mismo, tengo que admitir que el único motivo por el que estoy dispuesto a correr ese riesgo es la posibilidad de volver a ver a Sarah.

Me inclino hacia delante desde el asiento trasero y doy un toquecito al hombro derecho de mi amigo antes de decirle:

—Sam, pase lo que pase con ese pozo y el cuadrante, quiero que sepas que Seis y yo estamos en deuda contigo para siempre por lo que tu padre hizo por nosotros. Pero ojalá esta pista nos lleve al transmisor. Ojalá.

—Tú tranquilo —dice él.

Las luces de la autopista siguen desfilando a nuestro lado. Las largas orejas de *Bernie Kosar* cuelgan por el borde del asiento mientras duerme. Siento nervios ante la idea de ver a Sarah. Y ante la proximidad de Seis.

—Oye, Sam... —le digo—. ¿Quieres que te proponga un juego?

—Sí, claro.

—¿Cuál dirías que es el nombre terrestre de Seis?

Ella gira la cabeza bruscamente hacia atrás, y, mientras me mira fingiendo enfado, su melena negra como el azabache le golpea la mejilla derecha.

—¿Tiene un nombre? —Ríe Sam.

—A ver si lo adivinas —le reto.

—Eso, Sam, a ver si lo adivinas —dice Seis.

—Hum... ¿Parabellum?

Suelto una carcajada tan fuerte que *Bernie Kosar* da un respingo y se pone a mirar por la ventanilla más cercana.

—¿Parabellum? —Se asombra Seis.

—¿Así que no es Parabellum? Vale, vale. No sé, pues algo tipo Persia o Puma o...

—¿Puma? —grita Seis—. ¿Por qué tendría que llamarme Puma?

—Eres bastante dura de pelar, ya sabes —ríe Sam—. Por eso se me ha ocurrido que sería algo tipo Elektra o Medusa o algo muy de malota.

—¿A que sí? —exclamo—. ¡Yo he pensado justo lo mismo!

—Entonces, ¿qué nombre es? —pregunta Sam.

Seis se cruza de brazos y mira por la ventanilla del acompañante.

—No te lo voy a decir hasta que no juegues en serio y digas nombres de chica de verdad. ¿Puma? Por favor, Sam, ¿qué concepto tienes de mí? —protesta Seis.

—¿Qué pasa? Ya me gustaría a mí llamarme Puma —dice Sam—. Puma Goode. Suena guay, ¿verdad?

—Suena a marca de queso —dice Seis, y todos nos reímos.

—Está bien. Entonces... ¿Rachel? —dice Sam—. ¿Britney?

—Anda ya —protesta ella.

—Vale. ¿Rebecca? ¿Claire? ¡Ah, ya sé! ¡Beverly!

—Estás como una cabra —se ríe ella, propinando un puñetazo al muslo de Sam. Él grita y se lo frota con un gesto exagerado antes de contraatacar con un par de débiles puñetazos en el bíceps izquierdo de Seis, que finge sufrir un gran dolor.

—Se llama Maren Elizabeth —digo entonces—. Maren Elizabeth.

—Vaya, ya te has cargado el juego —dice Sam—. Justo ahora que estaba a punto de decir Maren Elizabeth.

—Sí, claro —dice ella.

—¡Que sí, que iba a decirlo! Maren Elizabeth mola bastante. ¿Quieres que te llamemos así a partir de ahora? Cuatro se hace llamar John. ¿Tú qué dices, Cuatro?

Me pongo a acariciar la cabeza de *Bernie Kosar*. No creo que pudiera acostumbrarme a llamarle *Hadley*, pero a lo mejor sí podría empezar a llamar Maren Elizabeth a Seis.

—Creo que deberías coger un nombre terrestre —propongo—. Maren Elizabeth o cualquier otro. Al menos, cuando estemos con desconocidos.

Los demás se quedan callados, y yo me giro hacia atrás para meter la mano en el Cofre y coger el saquito de terciopelo que contiene el sistema solar de

Lorien. Coloco los seis planetas y el sol encima de mi mano y los observo mientras cobran vida y empiezan a flotar. Cuando los planetas empiezan a girar en órbita alrededor del sol, descubro que puedo atenuar el brillo de los astros con la mente. Me sumerjo conscientemente en su contemplación, y por unos escasos instantes consigo olvidar que quizá esté a punto de ver a Sarah.

Seis se vuelve para mirar el sistema solar que flota con una tenue luz frente a mi pecho, y al fin decide:

—No lo sé; el nombre de Seis sigue gustándome. Cuando me llamaba Maren Elizabeth era una persona diferente, y ahora mismo Seis me suena bien. Si alguien pregunta, puede ser el diminutivo de algo.

—¿Diminutivo de qué? —dice Sam, echándole una rápida ojeada—. ¿De Seiscientos?



Coloco siete tazas y un hervidor de agua sobre el hornillo. Mientras espero a que el agua hierva, aplasto con el dorso de una cuchara metálica tres de las pastillas que le he robado a la madre de Héctor, y las convierto en un fino polvo. Eli está de pie junto a mí, mirándome, como suele hacer cada vez que me toca a mí hacer la infusión de las hermanas por la noche.

—¿Qué haces? —me pregunta.

—Algo de lo que seguramente voy a arrepentirme —contesto yo—. Pero tengo que hacerlo.

Eli estira un trozo de papel arrugado sobre la mesa y coloca la punta del lápiz sobre él. Acto seguido traza un dibujo perfecto de las siete tazas que yo he puesto en fila. Por lo que ella me ha contado, sé que se ha reunido en el despacho de la hermana Lucía con una pareja que, según decía, tenía «mucho amor que dar». No sé muy bien cuánto ha durado la reunión, pero Eli dice que volverán mañana. Yo sé lo que eso significa, y vierto el agua del hervidor lo más lentamente posible, intentando prolongar el tiempo que me queda con ella.

—Una pregunta, Eli, ¿cuántas veces al día piensas en tus padres? —le digo.

—¿Te refieres a hoy? —dice ella, abriendo sus ojos castaños de par en par.

—Sí. Hoy o cualquier otro día.

—Pues no sé... ¿un millón de veces?

Yo me inclino para abrazarla, y no sé si es porque siento pena por ella o por mí misma. Mis padres también están muertos. Son las víctimas de una guerra que yo debería continuar algún día.

Echo el polvo de las pastillas en la taza de Adelina, arrepintiéndome de haber tenido que recurrir a drogárla. Pero no tengo otra opción. Ella puede quedarse al

margen y esperar la muerte si es lo que quiere, pero yo me niego a rendirme o a caer sin luchar, sin hacer todo lo que esté en mi mano por sobrevivir.

Con la bandeja temblando en mis manos, dejo a Eli en la mesa y hago mi ronda. Una a una, voy repartiendo las tazas de infusión por el orfanato, y al llegar al dormitorio de las hermanas para darle a Adelina la suya, la deslizo cuidadosamente hacia el frente de la bandeja. Ella la coge y me da las gracias con un gesto de la cabeza.

—La hermana Camila no se encuentra bien esta noche, y me han pedido que duerma en vuestro dormitorio en su lugar.

—Vale —contesto. Mientras pienso en todas las implicaciones de que Adelina y yo estemos en la misma habitación esta noche, la miro dar un sorbo a su taza. No sé si acabo de cometer un terrible error o de contribuir tremendamente a mi causa.

—Te veo luego entonces —dice ella lanzándome un guiño a continuación. Yo me quedo tan desconcertada que casi se me caen de la bandeja las dos tazas que quedan.

—Va... vale —tartamudeo.

Cuando media hora más tarde suena el último timbre, nadie se duerme inmediatamente, y muchas chicas susurran en la oscuridad. Yo levanto la cabeza de vez en cuando para mirar a Adelina, que está tumbada en la cama, al otro lado de la habitación. Su guiño me ha dejado confusa.

Transcurren diez minutos más. Sé que todas siguen despiertas, incluida Adelina. Ella suele dormirse rápido cuando está de guardia, por lo que el hecho de que esté despierta me indica que está esperando a que todas las demás se duerman para hacerlo ella. Ahora no me cabe duda de que ese guiño significaba que quería retomar nuestra conversación. El dormitorio se queda en silencio, y espero otros diez minutos antes de volver a levantar la cabeza. Adelina no se ha movido durante la última media hora, por lo que decido levantar a peso las patas izquierdas de su cama para inclinarla un poco. De repente ella levanta el brazo izquierdo en el aire, como una bandera blanca de rendición, y señala hacia la puerta.

Yo le aparto la ropa de cama, me yergo y salgo a hurtadillas de la habitación. Al llegar al pasillo, avanzo unos cuantos pasos en la penumbra, sin respirar, esperando que no sea una trampa que han montado entre Adelina y la hermana Dora. Al cabo de medio minuto, Adelina aparece en el pasillo. Anda con dificultad y se tambalea de lado a lado.

—Ven conmigo —le susurro, cogiéndola de la mano. Hace años que no la cojo de la mano, y eso me trae a la memoria la vez que nos acurrucamos juntas en el barco que llevaba a Finlandia, cuando yo estaba mareada y ella era la fuerte. Hubo una época en que éramos uña y carne. Ahora, el tacto de su mano me resulta extraño.

—Estoy muy cansada —confiesa Adelina mientras subimos a la segunda planta; estamos a mitad de camino del ala norte y del campanario protegido por el candado—. No sé lo que me pasa.

Yo sí lo sé.

—¿Quieres que te lleve?

—No puedes llevarme.

—Con los brazos no —digo.

Ella está demasiado cansada como para discutir. Yo me centro en sus pies y sus piernas, y segundos más tarde la he levantado del suelo, haciéndola flotar por los pasillos polvorientos. Pasamos junto a las estatuas antiguas talladas en la pared de piedra y entramos en silencio por el pasadizo más estrecho. Me preocupa que se haya quedado dormida, pero entonces dice:

—No me puedo creer que estés usando la telequinesia para llevar en volandas a una mujer mayor como yo por el pasillo. ¿Adónde vamos?

—Tuve que esconderlo —susurro—. Ya casi hemos llegado, te lo prometo.

Abro el candado, que cae al suelo desde el cierre de la puerta de roble, y poco después estoy haciendo levitar a Adelina frente a mí por la escalera de piedra que asciende dando vueltas por la torre norte hasta el campanario. Oigo el maullido amortiguado de *Legado* por encima de nosotras.

Abro la puerta del campanario y dejo a Adelina suavemente junto al Cofre. Ella coloca el brazo izquierdo sobre la tapa y apoya la cabeza encima del codo; parece que las pastillas casi la han vencido, y me enfado conmigo misma por haberla engañado.

Legado se sube a su regazo y le lame la mano derecha.

—¿Por qué hay un gato aquí? —murmura ella.

—Mejor no preguntes. Oye, Adelina, te estás quedando dormida, y necesito que abras el Cofre conmigo antes de que te duermas del todo, ¿de acuerdo?

—No creo...

—¿No crees qué? —pregunto yo.

—No creo que pueda hacerlo ahora mismo, Marina. —Sus ojos se cierran.

—Sí, claro que puedes.

—Pon la mano en el candado del Cofre —me indica al fin—. Y pon mi mano en el otro lado.

Yo aprieto la palma contra el candado, y noto que está caliente. Uso la telequinesia para apartar su mano de la lengua del gato y colocarla al otro lado del candado. Ella entrecruza mis dedos con los suyos. Al cabo de un segundo, la tapa se abre con un chasquido.



—Chicos... Aquí... aquí está pasando algo muy raro.

Las siete esferas que flotan enfrente de mi pecho se están acelerando, y ya no soy capaz de controlarlas. La zona trasera del todoterreno se ilumina tanto que tengo que taparme los ojos.

—¡Oye, oye! ¡Para ya, tío! —exclama Sam—. ¡Así no hay quien conduzca!

—¡No sé qué está pasando!

—¡Para el coche! —ordena Seis.

Sam da un volantazo hacia el arcén, y la gravilla cruje y salta bajo los neumáticos cuando pisa el freno a fondo. Los siete astros pierden luminosidad, pero los planetas empiezan a dar vueltas alrededor del sol a tal velocidad que es difícil seguir a uno solo con la vista. Con cada revolución, los planetas van siendo absorbidos por el sol hasta que este adopta el tamaño de una pelota de baloncesto. Esta nueva esfera sigue rotando sobre su eje hasta que emite un fogonazo tan brillante que me ciega por un momento. Después, la luz se atenúa, y ciertas partes de la superficie de la esfera se elevan o sumergen hasta convertirse en una réplica perfecta del planeta Tierra, con sus siete continentes y sus siete mares.

—¿Eso es...? —farfulla Sam—. Eso parece la Tierra.

El planeta sigue girando delante de mi cabeza, y en su tercera o cuarta rotación veo un pequeño destello de luz palpitante.

—¿Veis esa lucecita de ahí? —pregunto—. Mirad, en Europa.

—Sí, ya la veo —dice Sam. Espera a la siguiente rotación y entonces dice, forzando la vista—: ¿Dónde diríais que está? En España o en Portugal, ¿no? ¿Me podéis acercar el portátil? Deprisa.

Sin despegar la mirada de la esfera y del pequeño centelleo, busco a tientas con la mano detrás de mí hasta dar con el portátil. Se lo paso a Seis y ella se lo da a Sam. Él observa el globo suspendido sobre el asiento trasero, teclea unas palabras y levanta la vista de la pantalla.

—Bueno, decididamente está en España, y debe de estar cerca de... no sé, la ciudad más próxima parece que es León. Pero es un punto un poco más apartado. Lo que estamos mirando es la cordillera de los Picos de Europa. ¿Alguien los conoce?

—Pues no —respondo.

—Yo tampoco —dice Seis.

—¿Será nuestra nave? —pregunto.

—No, en España no puede ser. O al menos lo dudo mucho —contesta ella—. Si fuera nuestra nave, ¿por qué empezaría a brillar ahora para decirnos dónde está? No tendría ningún sentido. Además, ¿cuántas veces habéis sacado estas cosas para mirarlas?

—Como diez veces —digo—. O más.

Abrazado al reposacabezas, Sam me dice con las cejas enarcadas:

—O sea, que es como si algo hubiera activado la señal. —Seis y yo

intercambiamos una mirada—. Podría ser perfectamente uno de los demás —aventura Sam.

—Pues sí —responde Seis—. O podría ser una trampa. —Mirando a Sam, le pregunta—: ¿Ha habido alguna noticia sospechosa de España?

—No, al menos hasta hace cinco horas —contesta él, meneando la cabeza—. Pero ahora mismo me aseguro —dice, antes de empezar a escribir en el teclado.

—Será mejor que nos apartemos de la autopista antes de que alguien vea que hay un globo terrestre luminoso flotando en el coche —propongo—. Os recuerdo que estamos muy cerca de Paradise.



Adelina ronca, y yo me siento culpable, pero por primera vez en mi vida veo la herencia que debía haber recibido hace años. Hay piedras y gemas de diferentes formas, tamaños y colores, además de un par de guantes negros y un par de gafas oscuras, ambos hechos con materiales que no he visto nunca. Hay una pequeña rama de árbol con la corteza pelada, y debajo un extraño instrumento circular con una lente de vidrio y una aguja flotante, no muy distinto a una brújula. Pero lo que más intrigada me tiene es un cristal brillante de color rojo. Tras haberlo visto, no consigo apartar la vista de él, y lentamente bajo mi mano para agarrarlo; está caliente, y me hace cosquillas en la palma. Por un instante, la luz roja brilla, y entonces pierde intensidad para empezar a latir al ritmo de mi respiración.

El cristal se vuelve más caliente y brillante, y empieza a emitir un hondo zumbido. Yo estoy muerta de miedo, temiendo que uno de mis legados haya activado una granada lórica.

—¡Adelina! —grito—. ¡Despierta! ¡Despierta, por favor!

Ella frunce las cejas y empieza a roncar más fuerte.

Con la mano que tengo libre, la agarro por el hombro y la zarando.

—¡Adelina!

La zarando con más fuerza, y al hacerlo el cristal se me cae. Da un fuerte golpe contra el suelo de piedra del campanario y rueda hacia la puerta. Al caer del primer escalón al segundo, la luz deja de latir. Al caer del segundo al tercero, deja de brillar del todo. Al caer al cuarto escalón, salgo corriendo detrás de él.



Sam nos mete en un abrir y cerrar de ojos por una oscura carretera de tierra. La

esfera sigue girando frente a mi cara. El punto de luz palpitante sigue indicándonos la presencia de algo. Después de detener el coche, Sam apaga el motor y las luces.

—Yo creo que tiene que ser uno de los vuestros —apunta, volviéndose hacia atrás—. Es otro número. Y ese número se encuentra en España.

—No tenemos forma de comprobarlo —dice Seis.

Sam señala el globo con un movimiento de cabeza, diciendo:

—A ver, cuando llegasteis teníais que manteneros alejados los unos de los otros, ¿no? Así es como funcionaba la cosa. Teníais que esconderos todos hasta que aparecieran vuestros legados, entrenarais y todo eso. ¿Y después? Después os reuniríais para luchar juntos. Entonces, puede ser que esta lucecita sea una señal para reuniros, o probablemente un aviso de socorro de uno de los números supervivientes. O a lo mejor el Número Cinco o el Número Nueve acaban de abrir su Cofre por primera vez, y, como tenemos esta cosa funcionando al mismo tiempo, hemos contactado.

—Entonces, ¿puede ser que estén viendo que estamos en Ohio? —Se me ocurre.

—Ostras. Pues igual sí. Quizá. Pero mirad, pensadlo bien. Ya que los Ancianos metieron todas estas cosas en los cofres para dáoslas, también tendrían que haberos dado algo con lo que comunicaros unos con otros, ¿no? A lo mejor hemos dado con la clave de algún modo, y ahora conocemos la ubicación de alguien que necesita nuestra ayuda —argumenta.

—O puede ser que estén torturando a uno de los otros y le obliguen a contactar con los demás para tendernos una trampa —dice Seis.

Justo cuando estoy a punto de apoyar su razonamiento, el contorno de la Tierra se difumina y el globo entero empieza a vibrar con una voz de chica que dice: « ¡Adelina! ¡Despierta! ¡Despierta, por favor! ¡Adelina!» .

Abro la boca para contestar al grito, pero la esfera empieza a encogerse y a separarse de nuevo en siete astros, tal como eran antes.

—¡Hala, hala, hala! —exclamo—. ¿Qué ha sido esto?

—Yo diría que se ha cortado la señal —dice Sam.

—¿Quién era esa chica? ¿Y quién es Adelina? —pregunta Seis.



Cojo el cristal después de que caiga por el noveno escalón, pero no consigo de ninguna manera que brille como antes. Lo agito en mi mano. Le soplo. Lo coloco sobre la palma abierta de Adelina. Pero ahora el cristal tiene un pálido color azul, y no consigo que cambie. Temo haberlo roto. Vuelvo a colocarlo con cuidado

dentro del Cofre y saco la rama de árbol.

Con una profunda inspiración, asomo un extremo de la rama por una de las dos ventanas del campanario y me concentro en el extremo opuesto. Siento una ligera fuerza magnética; sin embargo, antes de que pueda ponerla a prueba o entender qué sucede, oigo la puerta de roble abrirse debajo de la escalera.

CAPÍTULO VEINTIUNO



DURANTE EL RESTO DEL VIAJE, HAGO UNOS CUANTOS intentos por recuperar la señal de las esferas, pero, cada vez que pongo en marcha el sistema solar, se limita a dar vueltas de forma normal. Ya es casi medianoche cuando decido rebuscar entre los demás objetos y piedras del Cofre, pero en ese momento veo las luces dispersas de un pueblo en el horizonte. Veo pasar un cartel a mi derecha, como aquella vez, hace meses, cuando era Henri quien conducía:

BIENVENIDOS A PARADISE, OHIO
5243 HABITANTES

—Bienvenidos a casa —susurra Sam.

Pego la frente a la ventanilla y reconozco un cobertizo desvencijado, un viejo cartel anunciando manzanas, una camioneta verde que sigue en venta. Una cálida sensación inunda todo mi cuerpo. De todos los lugares donde he vivido, Paradise es mi favorito. Aquí es donde hice a mi mejor amigo. Aquí es donde apareció mi primer legado. Aquí es donde me enamoré. Pero Paradise es

también el lugar donde tuve mi primer encuentro con los mogadorianos, donde libré mi primera batalla, donde sufrí mis peores heridas. Es el lugar donde Henri murió.

Bernie Kosar se sube de un salto al asiento contiguo al mío y empieza a menear la cola a un ritmo endiablado. Mete el hocico por la pequeña rendija de su ventanilla y olfatea con fuerza el aire que tan bien conoce.

Tras coger la primera salida a la izquierda y girar en un par de cruces más, dando un par de rodeos aquí y allá para asegurarnos de que no nos sigan, y mientras buscamos el lugar más adecuado y menos llamativo para dejar el todoterreno, repasamos el plan una vez más.

—Cuando hayamos encontrado el transmisor, volveremos directamente al coche y nos vamos de Paradise sin perder más tiempo —dice Seis—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondo.

—No nos ponemos en contacto con nadie más; nos largamos y punto. Carretera y manta.

Sé que se refiere a Sarah, pero me muerdo el labio. Ahora que por fin vuelvo a Paradise después de todas estas semanas a la fuga, resulta que no puedo ver a Sarah.

—¿De acuerdo, John? ¿Nos vamos inmediatamente?

—Ya vale. Pillo la indirecta.

—Perdón.

Sam aparca el todoterreno debajo de un arce en una calle oscura, a tres kilómetros de su casa. Mis pies tocan el asfalto, mis pulmones absorben la primera bocanada de aire de Paradise, e instantáneamente deseo que todo sea igual que antes, como en el último Halloween, como cuando me reencontraba con Henri al volver a casa, como cuando compartía sofá con Sarah.

Como no queremos arriesgarnos a perder mi Cofre por dejarlo en un coche sin vigilar, Seis abre la puerta de atrás y se lo carga al hombro. Cuando ve que puede llevarlo con comodidad, se vuelve invisible.

—Espera —le digo—. Primero quiero sacar una cosa. ¿Seis?

Cuando ella reaparece, abro el Cofre, cojo la daga y me la meto en el bolsillo de atrás de los vaqueros.

—Vale, ahora sí que estoy listo. *Bernie Kosar*, amiguito, ¿vienes?

Bernie Kosar se transforma en un pequeño cárao y aletea hasta llegar a una rama baja del arce.

—Pongámonos ya en marcha. —Seis recoge el Cofre y vuelve a desaparecer.

Echamos a correr. Con Sam siguiéndonos a buen ritmo, salto una valla y acelero al llegar al linde de un campo. Un kilómetro más allá, me adentro en el bosque, disfrutando del contacto de las ramas que se separan ante mi pecho y

mis brazos, y de las matas altas de hierba que me rozan los vaqueros. Miro atrás a menudo, y veo a Sam saltando troncos caídos o esquivando ramas bajas, nunca a más de cuarenta metros de distancia. Oigo un rumor a mi lado, pero antes de llevarme la mano al bolsillo Seis me susurra que es ella. Veo que la hierba se separa formando un camino y lo sigo.

Por suerte, la casa de Sam está a las afueras de Paradise, separada de cada vecino por unos pocos acres. Me detengo justo antes de salir del bosque y veo la casa frente a mí. Es un edificio pequeño y modesto, con revestimiento de láminas de aluminio blanco y tejas negras, una estrecha chimenea en el lado derecho y una alta valla de madera en torno al patio trasero. Seis se materializa y deja el Cofre en el suelo.

—¿Es aquí? —pregunta.

—Es aquí.

Medio minuto después, *Bernie Kosar* se posa en mi hombro. Pasan cuatro más hasta que Sam surge con andar vacilante de entre unos matorrales y se para frente a nosotros, sin aliento y con las palmas apoyadas pesadamente en los muslos. Alza la vista y mira su casa a lo lejos.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto.

—Como un fugitivo. Como un mal hijo.

—Piensa en lo orgulloso que estaría tu padre si lo conseguimos —le digo.

Seis se vuelve invisible para hacer un reconocimiento, comprobando que no haya nadie entre las sombras de las casas cercanas ni en los asientos traseros de los coches aparcados en la calle. Cuando vuelve nos informa de que todo parece en orden, pero que hay algunas luces con sensores de movimiento en la casa de la derecha. *Bernie Kosar* alza el vuelo y se posa en el vértice del tejado.

Seis coge a Sam de la mano y ambos se vuelven invisibles. Me meto el Cofre bajo el brazo y los sigo sigilosamente hasta llegar a la valla trasera. Tras volver a materializarse, Seis la salta en primer lugar, y después Sam. Lanzo el Cofre sobre la valla y, rápidamente, me encaramo tras ellos. Nos agazapamos detrás de un seto crecido y examino el patio trasero: hierba alta, unos árboles, un gran tocón, un columpio oxidado y una carretilla antigua junto a él. Hay una puerta trasera en la parte izquierda de la casa y dos ventanas oscuras en la derecha.

—Allí está —indica Sam con un susurro.

Lo que a primera vista había confundido con un tocón plantado en medio del patio es, visto con más detenimiento, un ancho cilindro de piedra. Entornando los ojos, veo un objeto triangular que sobresale en la parte de arriba.

—Ahora mismo volvemos —susurra Seis a Sam.

Cojo la mano de Seis y me vuelvo invisible antes de decir:

—Bueno, Puma Goode. Guarda ese Cofre como si mi vida dependiera de ello. Porque así es.

Seis y yo avanzamos con paso cauteloso por entre la hierba alta hasta llegar

al pozo, y entonces me agacho delante de él. El círculo que rodea el cuadrante está delimitado por una serie de números: del uno al doce en la parte izquierda y otra vez del uno al doce en la derecha. Hay un cero en lo alto, y los números están separados por una serie de líneas. Cuando estoy a punto de coger el triángulo central y moverlo al azar, oigo a Seis tomar aire, sorprendida.

—¿Qué pasa? —susurro, pero al levantar la vista hacia ella solo veo las ventanas oscuras.

—Mira. Los símbolos del medio.

Vuelvo a examinar el cuadrante y se me corta la respiración en la garganta. Aunque borrosos y poco aparentes, en mitad de la circunferencia hay nueve símbolos lóricos marcados con trazo débil. Reconozco los números que van del uno al tres porque son iguales que las cicatrices que tengo en el tobillo, pero los demás no los había visto antes.

—Recuérdame cuándo es el cumpleaños de Sam —pregunto.

—El cuatro de enero de 1995.

El triángulo emite un chasquido similar al de un candado cuando lo giro a la derecha, hasta lo que debe de ser el número cuatro grabado en lórico. Mi número. Después lo giro a la izquierda, tragando saliva mientras apunto al número uno. A continuación, dirijo el triángulo de forma alterna a derecha e izquierda hacia el uno, el nueve, otra vez el nueve y el cinco. No ocurre nada durante unos segundos, pero entonces el cuadrante empieza a silbar y a humear. Seis y yo damos un paso atrás y observamos cómo la tapa de piedra del pozo se corre hacia atrás y se abre con un fuerte y reverberante crujido. Cuando el humo se disipa, veo una escalera en el interior.

Sam está dando botes al lado de la valla, tapándose la boca con una mano para no gritar y levantando la otra en forma de puño.

Una de las ventanas se vuelve amarilla. *Bernie Kosar* ulula dos veces desde el tejado. Antes de que me dé tiempo a pensar, Seis tira de mí hacia delante, y de pronto me encuentro siendo visible otra vez y descendiendo por la escalera del interior del pozo. Seis me sigue, no sin cerrar la tapa casi por completo por encima de ella. Ilumino mis palmas y veo que estamos a cinco metros del fondo de cemento.

—¿Qué hacemos con Sam? —susurro.

—No le pasará nada. *Bernie Kosar* está ahí fuera con él.

Alcanzamos el suelo y nos encontramos frente a un corto pasadizo que gira a la izquierda. El aire huele a moho. Ilumino el espacio que nos rodea con las palmas mientras giramos y, cuando el pasadizo vuelve a enderezarse, vemos que al final hay una cámara con una mesa abarrotada y cientos de papeles pegados a la pared. Estoy a punto de correr hacia ella cuando mis manos iluminan un objeto largo y blanco que hay a la entrada.

—¿Eso es...? —empieza a decir Seis, y su voz se apaga.

Me quedo paralizado después de frenar en seco. Es un enorme hueso. Seis me empuja hacia delante, y yo me sacó la daga del bolsillo trasero del pantalón.

—¿Las damas primero? —propongo.

—Otro día.

Cogiendo carrerilla, salto sobre el hueso y acto seguido ilumino la cámara con las manos. Un grito se me escapa de la boca al encontrarme con el esqueleto que hay apoyado en la pared. Seis salta adentro conmigo y, cuando lo ve, da un traspies hacia atrás y se topa con la mesa.

El esqueleto mide dos metros y medio, y tiene unas manos y unos pies gigantescos. De lo alto del cráneo le cuelgan unos gruesos mechones de pelo rubio que le llegan más abajo de los anchos omóplatos. En torno al cuello lleva un colgante azul parecido al mío.

—Ese no es el padre de Sam —dice Seis.

—Está claro que no.

—Entonces, ¿quién es?

Avanzo un paso y examino el colgante. La loralita azul es ligeramente más grande que la mía, pero por lo demás es idéntico. No puedo dejar de mirarlo mientras siento una abrumadora conexión con quienquiera que fuera su portador.

—No sabría decirlo con seguridad, pero creo que estaba en nuestro bando. — Paso la mano por detrás de la cabeza, cojo el colgante y se lo entrego a Seis.

Nos acercamos a la mesa. No sé ni por dónde empezar a mirar. Una espesa capa de polvo cubre montones de papeles e instrumentos de escritura. El texto escrito en los papeles pegados a la pared no es nada que se parezca al inglés. Reconozco algunos números lóricos, pero nada más. Hay una tablilla electrónica blanca encima de una silla de madera desvencijada. La recojo y pulso la pantalla negra con los dedos. No ocurre nada.

Seis abre el primer cajón de la mesa y dentro encuentra más papeles. Cuando coge el pomo del segundo cajón, una explosión procedente de la superficie nos sacude de pies a cabeza. Una larga grieta recorre el techo de la cámara, y el cemento empieza a combarse y a caer a nuestro alrededor en grandes trozos.

—¡Corre! —grito.

Con el amuleto todavía colgado del cuello, Seis arranca una decena de papeles de la pared mientras yo me meto la tablilla en la cintura del pantalón. Subimos por la escalera a toda prisa y espiamos por la rendija que hay entre el pozo y la tapa. Decenas de mogadorianos. Fuegos humeantes. *Bernie Kosar* se ha transformado en un tigre con cuernos de carnero. Tiene el brazo de un mogo entre los dientes. Sam ya no está al lado de la valla, y el Cofre tampoco.

Estoy a punto de salir disparado del pozo cuando Seis se me adelanta. Empuja la tapa hacia atrás y, entre un tornado de nubes, atraviesa un grupo de cinco mogos a los que desparrama por el suelo del patio. Yo me aúpo por el borde del

pozo y salgo antes de cerrar la tapa, mientras Seis recoge del suelo una reluciente espada mogadoriana y se vuelve invisible.

Empleando la telequinesia, arrojo contra la pared de la casa a tres mogos armados que encuentro cerca del pozo. Se desvanecen con una explosión de cenizas, y cuando me doy la vuelta veo a un hombre sin camisa plantado en la puerta trasera con una escopeta en las manos. Detrás de él, en camisión, está la asustada madre de Sam.

Seis se materializa al lado de dos mogos que corren hacia mí con fulgurantes cañones y les rebana el cuello a ambos de un mandoble. Acto seguido, se sirve de la telequinesia para arrojar la carretilla a otro, que se convierte en un montón de cenizas. Empujo a dos mogos contra un tercero, y Seis ensarta a los tres con un movimiento rápido. *Bernie Kosar* salta al centro del patio y se lía a dentelladas con un grupo de enemigos que intentan ponerse en pie.

—¿Dónde está Sam? —grito.

—¡Aquí!

Giro el cuello y veo a mi amigo tumbado de bruces bajo un arbusto chamuscado. Un reguero de sangre le cae del cráneo.

—¡Sam! —grita su madre desde la puerta, y él se apoya con esfuerzo en las rodillas.

—¡Mamá!

Su madre lanza otro grito cuando un mogadoriano se acerca a él y le levanta tirándole de la camiseta. Me concentro para arrancar del suelo el columpio oxidado, pero antes de que pueda clavarle en el pecho una de las barras de metal, el mogo arroja a Sam sobre la valla.

Con una furia que nunca había visto en ella, Seis se abre paso a golpes de espada a través de los adversarios que quedan. Cubierta de cenizas, salta la valla en pos de Sam. Me monto encima de *Bernie Kosar* y ambos la seguimos.

Mi amigo está en el patio vecino, tumbado de espaldas. Las luces con sensores de movimiento barren su cuerpo. Me bajo del lomo de *Bernie* y recojo a Sam del suelo.

—¡Sam! ¿Estás bien? ¿Y el Cofre?

Él entreabre los ojos, diciendo:

—Se lo han llevado. Lo siento, John.

—¡Están allí! —Seis señala un grupo de mogos que huyen a través del campo en dirección al bosque.

Dejo a Sam sobre el lomo de *Bernie Kosar*, pero él se levanta.

—Estoy bien, de verdad.

Del otro lado de la valla se oye el grito de su madre:

—¡Sam!

—¡Volveré, mamá! ¡Te quiero!

Y, sin dudarle siquiera, echa a correr hacia los fugitivos. Seis y yo le

alcanzamos con facilidad, pero ella se desvía a la derecha para hundir la espada en un mogadoriano que venía hacia nosotros. Ve que hay cuatro más a unos treinta metros por delante de ella y, con el gran colgante rebotando alrededor de su cuello, se lanza a la carga junto a *Bernie Kosar*.

Sam y yo entramos en el fangoso campo, pero dos mogadorianos nos cortan el paso. Veo de refilón que dos más se separan del grupo principal para acercarse a nosotros desde direcciones estratégicas. Los demás han entrado en dos secciones distintas del bosque, y no he podido ver cuál de los dos grupos tenía el Cofre. Saco la daga del bolsillo trasero, y el puño del arma me envuelve la mano.

Me lanzo tras ellos, y los dos mogos que tengo delante corren a mi encuentro a su vez. La punta de sus espadas rebota en el aire tras ellos. Cuando nos separan menos de cinco metros, salto alzando la daga por encima de mi cabeza. Estoy a punto de caer sobre ellos cuando un enorme árbol pasa zumbando debajo de mí y se lleva por delante a mis dos atacantes, que mueren en el acto. Seis. Cuando mis pies vuelven a tocar el suelo, me doy la vuelta y la veo correr hacia Sam y los dos mogos que le han rodeado.

El que está a la derecha de Sam le hace un placaje por la cintura. Seis agarra al mogadoriano con la telequinesia y lo arroja a gran distancia sobre el campo, pero este se pone en pie de inmediato y vuelve a la carga.

Me aproximo sigilosamente al otro mogo por la espalda, le clavo la daga en la nuca y la retiro con un ángulo que le atraviesa el omóplato. Fulminado, se convierte en una nube de cenizas que cae sobre mis zapatos.

Bernie Kosar se abate sobre el otro mogadoriano, del que poco después no quedan más que unas espesas cenizas en sus fauces.

—Tenemos que volver al coche y largarnos de aquí —dice Seis—. Seguro que vendrán más. Estaban esperándonos.

—Antes tenemos que recuperar el Cofre —replico.

—Pues entonces tendremos que dividirnos. —Con la espada cubierta de hollín, Seis señala las dos secciones del bosque por donde han desaparecido los mogos—. *Bernie Kosar*, tú vendrás conmigo.

Bernie se encoge para adoptar la forma de un halcón, y acto seguido toma el camino de la izquierda con Seis.

Sam y yo entramos en el bosque por el otro camino. Enseguida oímos el sonido de ramas partiéndose y corremos en esa dirección. Me adelanto a toda velocidad y, tras saltar sobre una serie de árboles muertos, veo cuatro mogos entrando en un pequeño claro para escapar. La luz de la luna no me permite ver si alguno de ellos lleva mi Cofre.

Patino de lado pendiente abajo, aplastando pequeñas matas a mi paso y creando una pequeña avalancha de piedras sueltas. Oigo a Sam abriéndose paso estrepitosamente detrás de mí.

Los mogadorianos están atravesando el claro. Está cubierto por una densa

vegetación tan alta como una persona, y me adentro en él a todo correr. Sam me lanza un grito para que le diga qué dirección he tomado, pero en lugar de eso sigo corriendo y dirijo mi palma iluminada al cielo a modo de almenara.

—¡Vale! ¡Ya te veo! —grita.

Finalmente, justo antes de que el claro vuelva a dar paso al bosque, tengo uno a tiro. Me lanzo hacia sus piernas y rebano la base de sus pantalones militares manchados de barro para destrozarle el talón de Aquiles. Con un bramido, el mogo cae de espaldas. Me subo encima de su cuerpo convulso y lo líquido apuñalándole el corazón.

En ese momento, Sam tropieza con mis piernas y cae de bruces.

—¿Lo tienes?

—No. ¡Vamos!

Utilizando una mano a modo de linterna y la otra como machete, corro a través del bosque con agilidad, sin preocuparme por mirar si Sam sigue detrás de mí. En menos de un minuto, veo otro mogadoriano intentando pasar sobre un tronco caído. A veinticinco metros de distancia, levanto el tronco del suelo y lo hago girar a un lado hasta que el mogo se tambalea y cae de cabeza al suelo. Atravieso la vegetación como una fiera y me lo encuentro tumbado boca abajo, inerte. Veo enseguida que no tiene el Cofre. Lo mato con dos puñaladas.

—¡John! —grita Sam en la oscuridad—. ¿Dónde estás? —Dirijo una vez más mi luz al aire y, cuando él llega, estoy registrando los árboles—. Dime que lo has encontrado.

—Todavía no —respondo.

—No tienes el Cofre —musita Sam.

—Espero que Seis haya tenido más suerte. —Me llevo la mano a la cintura del pantalón y cojo la tablilla blanca para enseñársela a Sam—. Pero al menos he encontrado esto.

—¿En el pozo? —dice, quitándomela de las manos.

—Y eso no es todo. Espera a ver qué más hemos... —De pronto, reconozco el lugar donde estamos. Dejo de caminar. Dejo incluso de respirar.

Sam me agarra por el hombro, diciendo:

—¿Qué pasa, colega? ¿Has notado algo? ¿Alguien ha abierto el Cofre o algo así?

Por lo que yo sé, nadie ha abierto mi Cofre. La sensación que me abruma obedece a algo completamente distinto.

—¡Estamos muy cerca de la casa de Sarah!

CAPÍTULO VEINTIDÓS



DESPUÉS DE QUE SE ABRA LA PUERTA QUE HAY AL PIE de la torre, oigo unos pasos, seguidos del eco de una respiración. Sea quien sea, va a ser imposible esconder a Adelina drogada, un gato y un cofre lleno de armas y objetos extraterrestres. Vuelvo a colocar cuidadosamente la rama en el Cofre y cierro la tapa. *Legado* se desliza hasta el borde de la escalera y se queda mirando hacia la oscuridad de abajo. Estamos todos en silencio, pero entonces Adelina suelta un largo y profundo ronquido.

Los pasos aceleran por la escalera de caracol. Yo le doy a Adelina varios empujoncitos para despertarla. Pero ella cae del otro lado.

—¿Qué hago? —susurro a *Legado*.

Él salta encima del Cofre, baja de nuevo a mis pies y se pone a ronronear. Aunque no es una respuesta, eso me da una idea. Me agacho y coloco a *Legado* en lo alto del Cofre, y luego me encaramo a una de las dos ventanas; el aire fresco se me mete por el pijama y me hace castañetear los dientes. Los pasos se acercan.

Con la mente, levanto el Cofre en el aire, y las zarpas de *Legado* se clavan en la tapa para agarrarse. Yo agacho la cabeza para que el Cofre pueda flotar sobre

mí y salir por la ventana. Justo después de colocarlo silenciosamente sobre el césped helado, diez pisos más abajo, *Legado* baja de un salto y sale corriendo hacia la oscuridad. Entonces, hago levitar a Adelina sobre mí, y su camisón me roza la cabeza al pasarme por encima. Luego la hago descender con cuidado junto al Cofre.

Los pasos se oyen más fuerte ahora. Descuelgo las piernas por el borde de la ventana. Concentrándome todo lo que puedo, consigo levitar unos centímetros sobre el frío suelo de piedra. Floto hacia fuera, donde me recibe un viento arremolinado. Justo antes de descender torre abajo, veo al mogadoriano bigotudo del bar doblar el último tramo de la escalera y entrar con andar pesado en la torre del campanario.

Mi concentración se desmorona y se rompe en mil pedazos. Desciendo en caída libre hasta el último momento, en que aprieto las manos frente al pecho y me concentro en flotar como una pluma. Aterrizo con la rodilla derecha a un milímetro del cuerpo tembloroso de Adelina.

El pánico se apodera de mí. Tengo dos opciones: o intento llegar al pueblo con el Cofre y Adelina para refugiarnos (lo malo es que estamos en plena noche, que vamos en pijama y que se ven muy pocas casas con la luz encendida a estas horas), o encuentro rápidamente un sitio en el orfanato para escondernos. El mogadoriano tardará menos tiempo en bajar de la torre del que ha tardado en subir, pero para descender hasta la planta baja tiene que recorrer un largo pasillo y bajar otra escalera. Asomo la cabeza por la puerta principal y, cuando veo que no hay nadie, escondo el Cofre entre los pliegues del camisón de Adelina y los meto flotando en la iglesia. Mi fuerza está disminuyendo a marchas forzadas, pero de algún modo consigo reunir la suficiente como para meternos a Adelina, al Cofre y a mí en el hueco ventoso, frío y húmedo en el que había estado escondido el Cofre en un principio.

Estoy empezando a pensar que he atraído al mogadoriano directamente hacia mí al abrir el Cofre. Quizá el latido rojo del cristal que se me cayó sea algún tipo de transmisor. Adelina sabrá lo que es, lo que tenemos que hacer. Para combatir el miedo que me provoca que una maligna raza alienígena venga directa por mí, para disculparme de alguna manera con Adelina por haberla drogado, y para sentir algo de calor, apoyo mi cabeza en su pecho y le rodeo la cintura con los brazos.

Horas más tarde, la oigo gruñir y mover las piernas bajo las mías.

—¿Adelina? —susurro—. ¿Estás despierta?

—¿Quién habla? ¿Marina?

—Adelina —le chisto—, tienes que estar muy, muy callada.

—¿Por qué? —murmura ella—. ¿Y dónde estamos?

—Estamos en la iglesia, donde escondiste el Cofre. Pero escúchame, por favor. Están aquí. Los mogadorianos vinieron anoche cuando abrí el Cofre, y tuve

que escondernos.

—¿Cómo abriste el Cofre tú sola? No funciona así.

—Tú me explicaste cómo hacerlo. Hablabas en sueños —le miento. Podría contarle que la drogué, pero aún no estoy preparada para discutir con ella de eso.

—No lo recuerdo —dice con voz confusa—. Recuerdo... recuerdo que salí de la cama, y entonces... supongo que nada más. ¿Abriste el Cofre? ¿Y qué había dentro?

—Muchas cosas, Adelina. Muchas cosas. Hay cristales y gemas, y una de ellas se encendió en mi mano y empezó a parpadear, y creo que esa es la razón de que apareciera el mogadoriano.

—¿Qué mogadoriano? ¿Qué ha pasado? —Adelina intenta incorporarse, pero yo la detengo antes de que se golpee la cabeza con el techo bajo.

—Hace unos días vi a un hombre en el bar del pueblo —susurro—. Estaba leyendo un libro sobre Pítaco, y no paraba de mirarme. Llevaba un sombrero y un bigote muy poblado, y yo supe que era de Mogador. Y entonces, anoche, cuando abrí el Cofre en el campanario norte, apareció.

—¿Y cómo escapamos?

—Yo usé la telequinesia para hacernos levitar y sacarnos de la torre hasta el patio, y luego la usé para meternos aquí.

—Tenemos que salir de aquí —susurra ella—. Tenemos que irnos de Santa Teresa inmediatamente.

Nada más oír eso, yo me emociono. La abrazo en la oscuridad, y, para mi sorpresa, ella me devuelve el abrazo. Luego se arrastra hasta la entrada del hueco y yo la sigo, con el Cofre flotando a mis espaldas. Cuando parece que la nave está vacía, Adelina me pide que la baje al suelo. Después de hacerlo, acerco lentamente el Cofre hasta el filo y lo coloco sin hacer ruido junto a los pies descalzos de Adelina. Estoy a punto de bajar cuando la hermana Dora aparece al fondo de la nave y se dirige hacia ella.

—¿Dónde has estado? —le espeta—. Has abandonado tu puesto toda la noche. ¿Cómo has podido? ¿Y qué hace ahí esa caja?

—Necesitaba un poco de aire fresco, hermana Dora —dice Adelina en tono suave—. Siento haber abandonado mi puesto.

—¿Con Marina? —dice la hermana Dora, y veo que le dirige una mirada suspicaz.

—¿Cómo?

—Anoche vinieron cuatro chicas a mi habitación y me dijeron que Marina se había marchado, y que tú ibas con ella.

Adelina empieza a hablar, pero Eli aparece de repente detrás de la hermana Dora y le tira de las faldas.

—Hermana Dora, acabo de ver a Marina —miento.

—¿Dónde?

—En el dormitorio, está durmiendo.

La hermana Dora se agacha y la agarra por el brazo, y la mirada aterrorizada de Eli hace que se mueva algo en mi interior.

—¡Eres una pequeña mentirosa! Acabo de estar en el dormitorio y no hay nadie allí. ¡Estás mintiendo para protegerla!

—Ya basta, hermana Dora —dice Adelina.

Pero la hermana tira de Eli con tanta fuerza que sus piececitos apenas tocan el suelo.

—Vamos ahora mismo a mi despacho; ahora verás lo que hacemos con las mentirosas en Santa Teresa.

Las mejillas de Eli se llenan de lágrimas. Desde la entrada del hueco, miro fijamente la mano de la hermana Dora y le abro los dedos con la mente para que suelte el brazo de Eli. La hermana da un grito de dolor y mira a Eli con una mezcla entre sorpresa y confusión. Luego vuelve a agarrarla.

Adelina corre hacia ellas, y, antes de que yo pueda dar un empujón a la hermana Dora y mandarla volando por el pasillo central de la nave, Adelina la agarra por la muñeca.

La hermana Dora se suelta. El corazón me da un brinco al comprobar que Adelina es ahora nuestra aliada.

—Ni se te ocurra volver a tocarme —la reta la hermana Dora—. Este ni siquiera es tu sitio, Adelina. Y tampoco el de ese diablo de niña que trajiste contigo.

Adelina sonríe serenamente.

—Tienes razón, hermana Dora. Puede que este no sea nuestro sitio, y puede que nos vayamos esta misma mañana. Pero ¿serías tan amable de soltar a Eli primero? —Su voz, aunque cordial y paciente, tiene un punto mordaz.

—¡Cómo te atreves! —resopla la hermana Dora con desdén—. Tú misma eres una huérfana. ¡Te recogimos porque nadie te quería!

—Bueno, todos somos iguales a los ojos del Señor. Eso no me lo discutirás.

La hermana Dora se mueve para dar otro paso, pero Adelina vuelve a agarrarla del brazo. Las dos mujeres se miran fijamente.

—Hablaré de esto con la hermana Lucía. Te echarán de aquí tan rápido que no tendrás tiempo ni de rezar para pedir perdón.

—Ya te he dicho que me voy a ir esta mañana. Una vez fuera, tendré tiempo de sobras para rezar y pedir perdón. —Adelina estira la mano hacia Eli, que se la coge. La hermana Dora duda antes de soltar, de mala gana, el brazo de la niña—. No solo voy a rezar para que Marina me perdone por ser tan mala tutora, sino para que Dios te perdone por olvidar tu propósito en este convento.

Las dos se siguen mirando fijamente durante unos segundos antes de que la hermana Dora dé media vuelta y salga hecha una furia de la nave. Cuando está fuera de nuestra vista y Eli se encuentra de espaldas a mí, bajo flotando hasta el

suelo.

—Hola, Eli —le digo.

—¡Marina! —exclama ella, soltándose de la mano de Adelina y corriendo hacia mí para abrazarme—. ¿Dónde estabas?

—Adelina y yo necesitábamos hablar a solas —digo, apartándola de mi pecho. Luego levanto la vista hacia mi cêpan—. Teníamos que hablar sobre nuestro futuro.

Adelina hace una mueca, y luego se mira el camisón sucio y se sonroja.

—Marina, ve a recoger tus cosas y pon el Cofre a buen recaudo. Nos iremos muy pronto.

Cuando Adelina se marcha, Eli me agarra la mano y la aprieta.

—Los hombres malos estuvieron aquí anoche, Marina.

—Lo sé, lo vi. Por eso nos vamos. —Nada más decir eso, sé que voy a pedir a Adelina que deje a Eli venir con nosotras.

—Los vi a los tres —susurra Eli.

—¿Había tres? —pregunto yo, con la respiración contenida.

—Sí, estaban junto a la ventana, mirando tu cama.

Un escalofrío me recorre la columna. Hago flotar el Cofre para meterlo de nuevo en el hueco del transepto y corro hacia el dormitorio. Mientras esquivo a los grupos de chicas que hay en el pasillo, las oigo murmurar sobre algo que ha ocurrido en el pueblo.

—Estaban ahí —me dice Eli, señalando la ventana.

—¿Estás segura de que eran tres?

—Sí —contesta ella asintiendo con la cabeza—. Y después salieron corriendo.

—¿Qué aspecto tenían? —pregunto.

—Eran altos y tenían el pelo muy largo. Y unos abrigos que les llegaban casi hasta los pies —dice.

—Y bigote, ¿no? ¿Llevaban bigote?

—Creo que no. No recuerdo haber visto ningún bigote —dice ella.

Yo estoy confusa, pero sé que no tengo mucho tiempo antes de que Adelina aparezca con las pertenencias que ha acumulado durante los últimos once años metidas en una bolsa. Yo estoy a punto de meterme a toda prisa en la ducha cuando otra chica llamada Rosalía me hace parar en seco.

—Hoy no hay clase. Esta mañana han encontrado a una niña, Miranda Márquez, estrangulada dentro del colegio.

Me siento en la cama, en estado de choque. Miranda Márquez es una chica de pelo negro que vive en el pueblo y que se sienta conmigo en clase de historia. Nuestra profesora, la señorita Muñoz, suele confundirnos, porque ella es alta y delgada como yo, y tiene el pelo igual de largo que el mío. Solo tardo un segundo en darme cuenta de que, quien sea que ha matado a Miranda, podría haberla confundido también conmigo. Alguien pudo haber intentado matarme anoche.

—Es... es horrible —murmuro.

Rosalía añade:

—Además, he oído decir a una de las hermanas que, anoche, algunos vecinos vieron gente volando por el cielo, y ahora está todo lleno de furgonetas de la televisión y de reporteros.

Todo está sucediendo demasiado rápido. Los mogadorianos me han encontrado. Han encontrado mi cueva. He sido descuidada con mis legados, y hay testigos que nos han visto a Adelina y a mí salir por la ventana del campanario. Una chica del colegio podría haber muerto por mi culpa, y Adelina y yo nos vamos a marchar del orfanato en pleno invierno y sin ningún sitio donde dormir.

Me doy la ducha más rápida de mi vida y espero a que vuelva Adelina.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



—NO PODEMOS IR A CASA DE SARAH —DICE SAM mientras me sigue por el linde del bosque—. Esta tablilla que tienes debe de ser el transmisor que estábamos buscando, y tenemos que volver atrás para ayudar a Seis.

Doy un paso hacia él para decirle:

—Seis puede apañárselas sola. Sarah está aquí, y ahora yo también estoy aquí. La quiero, Sam, y pienso ir a verla. Me da igual lo que digas.

Sam se aparta, y yo sigo andando en dirección a la casa de Sarah.

—Pero ¿de verdad estás enamorado de ella, John? —dice él—. ¿O de Seis? ¿A cuál de las dos quieres?

Me vuelvo hacia él y le enfoco la cara con la luz de mi palma.

—¿Qué crees, que no quiero a Sarah?

—¡Oye, quita eso!

—Perdona —musito, y bajo la mano.

—No es una pregunta descabellada, tío —dice él, frotándose los ojos—. Seis y tú estáis ligoteando todo el rato, todo el rato, y lo hacéis delante de mí. Sabes que ella me gusta, pero a ti no te importa. Y para rematarlo ya tienes por novia a la que debe de ser la chica más guapa de Ohio.

—Sí que me importa —susurro.

—¿Qué es lo que te importa?

—Me importa que Seis te guste, Sam. Pero tienes razón, a mí también me gusta. Ojalá no me gustara, pero me gusta. Es una estupidez y una crueldad hacia ti, pero no puedo dejar de pensar en ella. Es guapa y es guay, y al ser de Lorien, se puede decir que es superguay. Pero a quien quiero es a Sarah. Y por eso tengo que verla.

Sam me agarra por el codo.

—No puedes hacerlo, tío. Tenemos que volver con Seis y ayudarla. Piénsalo bien. Si estaban esperándonos en mi casa, seguro que habrá muchos más esperándonos en la de Sarah.

Le aparto suavemente la mano del codo, diciéndole:

—Tú has podido ver a tu madre, ¿verdad? ¿La has visto en el patio o no?

—Sí —suspira, y baja la vista a los pies.

—Tú has visto a tu madre, así que déjame a mí ver a Sarah.

—Eso no tiene tanta lógica como tú te crees. Tenemos el transmisor, ¿no lo entiendes? Por eso hemos venido a Paradise. Solo por eso.

Sam me da la tablilla, y yo me quedo mirando la pantalla en blanco. La pulso por todas partes, sin dejar ni un centímetro. Pruebo con la telequinesia. Me la pego a la frente. Pero la tablilla sigue inactiva.

—Déjame probar a mí —dice Sam.

Mientras toquetea la tablilla, le describo la escalera, el enorme esqueleto con el colgante, y la mesa y la pared repletas de papeles.

—Seis se ha llevado un puñado de papeles, pero no sabemos leerlos —le digo.

—¿Así que mi padre tenía una guarida secreta bajo tierra? —Sam sonríe por primera vez en muchas horas mientras me devuelve la tablilla—. Menuda fiera. Me gustaría echar un vistazo a los papeles que ha cogido Seis.

—Desde luego —respondo—. Cuando haya visto a Sarah.

Sam abre los brazos, atónito.

—¿Qué puedo hacer para que cambies de opinión? Dímelo, sea lo que sea.

—Nada. No hay nada en el mundo que puedas hacer para impedírmelo.



La última vez que estuve en casa de Sarah fue el Día de Acción de Gracias. Recuerdo que al llegar por el camino de entrada a la casa la vi saludándome por la ventana.

«Hola, guapetón», me dijo al abrir la puerta, y yo giré la cabeza para mirar detrás de mí, fingiendo que pensaba que se refería a otra persona.

Su casa tiene un aspecto completamente distinto a las dos de la madrugada. Con todas las ventanas oscuras, con las puertas del garaje cerradas, se ve fría y vacía. Inhóspita. Sam y yo estamos tumbados boca abajo a la sombra de la casa de la otra esquina, y no sé qué hacer para hablar con Sarah.

Saco de un bolsillo de los vaqueros el teléfono con tarjeta de prepago que he tenido apagado durante días.

—Podría mandarle un mensaje para que lo lea al despertarse.

—Eso me parece muy buena idea. Hazlo ya y así podremos irnos de aquí. Ya verás cómo Seis nos va a matar, o peor aún, a lo mejor está a punto de ser asesinada por un ejército de mogos mientras nosotros estamos aquí tumbados en la hierba representando una escena de *Romeo y Julieta*.

Enciendo el móvil y escribo: «Prometí q volvería. ¿Tas despierta?».

Contamos hasta treinta después de mandarlo, y luego escribo: «TQ. Toy aquí».

—Igual se cree que es una broma —susurra Sam después de esperar treinta segundos más—. Dile algo que solo tú sabrías.

Hago la prueba: «Bernie te echa de menos».

Su ventana se ilumina. Y entonces mi teléfono zumba al entrar un mensaje: «¿Eres tú d verdad? ¿Tas en Paradise?».

Estoy tan emocionado que arranco un puñado de hierba.

—Cálmate —susurra Sam.

—No puedo evitarlo.

Respondo: «Toy justo fuera. ¿En los columpios en 5 min?».

Mi teléfono da otro zumbido: «Ahora bajo :-))».

Sam y yo estamos escondidos detrás de un contenedor que hay al final de la calle cuando Sarah pone el pie en el cemento de la plaza donde están los columpios. Desde el momento en que la veo me quedo sin respiración, inundado por un torrente de emociones. Está a veinte metros de distancia, vestida con vaqueros oscuros y una chaqueta negra de lana. Lleva un gorro blanco de invierno calado en la cabeza, pero de todos modos puedo verle parte de la melena rubia, que le acaricia los hombros al mecerse por el suave viento. Su perfecta figura resplandece a la luz de la única farola de la plaza, y de pronto me avergüenza estar cubierto de barro y de cenizas de mogo. Cuando estoy a punto de salir de detrás del contenedor, Sam me sujeta agarrándome por la muñeca.

—John, sé que va a ser muy difícil para ti, pero tenemos que volver al bosque antes de diez minutos —susurra—. Lo digo en serio. Seis cuenta con nosotros.

—Haré lo que pueda —digo, aunque en este momento ni siquiera soy capaz de pensar en las posibles consecuencias. Sarah está aquí, tan cerca de mí que casi puedo oler su champú.

La veo mover la cabeza a un lado y a otro buscándome. Finalmente se sienta en un columpio y empieza a girar sobre sí misma, retorciendo las cadenas que

sostienen el asiento. Mientras me acerco con timidez al límite de la plaza, ella se deja llevar lentamente por el movimiento giratorio inverso. Me detengo detrás de unos árboles para contemplarla. Se la ve estupenda. Hermosa.

Espero a que esté de espaldas antes de salir de entre las sombras, y ya está girando de nuevo sobre sí misma cuando me planto frente a ella.

—¿John? —La punta de las deportivas de Sarah rascan el cemento para evitar girar al otro lado.

—Hola, bombón —le digo, y noto que mi sonrisa se ensancha casi hasta la altura de los ojos.

Sarah se tapa la boca para no gritar de emoción. Intenta bajarse del columpio cuando me acerco a ella, pero las cadenas están tan retorcidas que no la dejan salir.

Llego hasta ella de un salto, sujeto las cadenas del columpio y la encaro hacia mí. Luego la levanto en peso, con el asiento incluido, hasta que su cabeza queda a la altura de la mía. Me inclino hacia ella y la beso. Desde el momento en que nuestros labios se tocan, es como si nunca me hubiera ido de Paradise.

—Sarah —le digo al oído—. Te he echado muchísimo, muchísimo de menos.

—No me puedo creer que estés aquí. No puede ser verdad.

Yo acompaño el movimiento del columpio mientras la beso, y no nos separamos hasta que las cadenas quedan rectas del todo. Sarah se levanta del asiento y se lanza a mis brazos. Le beso las mejillas y el cuello mientras ella me acaricia la cabeza, pasando los dedos entre mi pelo corto. Cuando la dejo en el suelo, me dice:

—Sé de uno que se ha cortado el pelo.

—Pues sí, es mi nueva imagen de tipo duro a la fuga. ¿Qué te parece? ¿Te mola?

—Sí —contesta ella, apoyando las manos en mi pecho—. Pero aunque fueras calvo me daría lo mismo.

Doy un paso atrás para grabar en mi mente esta imagen de Sarah. Registro la luminosidad de las estrellas detrás de ella, la inclinación de su gorro. Tiene la nariz y las mejillas sonrosadas por el frío y, mientras se muerde el labio y me clava la mirada, una pequeña nube de vaho emana de su boca.

—He pensado en ti todos los días que hemos estado separados, Sarah.

—Pues yo te aseguro que he pensado en ti el doble.

Bajo la cabeza hasta que nuestras frentes se tocan. Nos quedamos así, con una sonrisa boba en la cara, hasta que pregunto:

—¿Qué tal estás? ¿Qué tal te van ahora las cosas por aquí?

—Ahora, mejor.

—Es muy duro estar separado de ti —le digo, besándole los fríos dedos—. No hago más que pensar en lo que siento al tocarte o al oír tu voz. He estado a punto de llamarte todas las noches.

Sarah me envuelve la barbilla con las manos y me acaricia los labios con los pulgares.

—Me he sentado un montón de veces en el coche de mi padre preguntándome dónde estarías. Si hubiese sabido en qué dirección, me habría puesto a conducir.

—Ahora estoy aquí, contigo —le susurro.

Ella deja caer las manos y me dice:

—Quiero irme contigo, John. Todo lo demás me da igual. Ya no puedo seguir así.

—Es demasiado peligroso. Acabamos de salir de una batalla contra cincuenta mogos en casa de Sam. Así es como vivo ahora. No te puedo meter en esta vida.

Los tiemblan los hombros, y unas lágrimas le asoman por las comisuras de los ojos.

—No puedo quedarme aquí, John. No puedo vivir lejos de ti, sin saber si estás vivo o muerto.

—Mírame, Sarah —le digo, y ella levanta la cabeza—. No voy a morir. Saber que estás aquí, esperándome, es como tener un escudo protector. Volveremos a estar juntos. Pronto.

—Pero es muy duro —dice con un temblor en los labios—. Esto se ha puesto imposible, John.

—¿Cómo que imposible? ¿Qué quieres decir?

—La gente es imbécil. Todos dicen cosas horribles sobre ti, y también sobre mí.

—¿Qué tipo de cosas?

—Que eres un terrorista y un asesino, y que odias nuestro país. En el instituto te llaman Bomb Smith y cosas así. Mis padres dicen que eres peligroso y que no debo volver a hablar contigo bajo ningún concepto y, como encima han puesto precio a tu cabeza, la gente está deseando pegarte un tiro —contesta, y baja la cabeza.

—Me parece increíble que tengas que aguantar todo esto, Sarah —le digo—. Pero al menos tú sabes la verdad.

—He perdido a casi todos mis amigos. Además, estoy en un instituto nuevo donde todos piensan que soy una tarada.

Estoy desolado. Sarah era la chica más popular, guapa y apreciada del instituto Paradise High. Y ahora es una apestada.

—Las cosas no serán así siempre —le susurro, pero ella ya no puede contener más las lágrimas.

—Te quiero muchísimo, John. Pero no sé cómo vamos a salir de este lío. Tal vez deberías entregarte.

—No voy a entregarme, Sarah. No puedo hacer eso. Saldremos de esta, y a lo verás. Eres mi gran y único amor. Te prometo que, si me esperas, las cosas

mejorarán.

Sin embargo, las lágrimas no cesan.

—Pero ¿cuánto más tendré que esperar? ¿Y qué pasará cuando las cosas mejoren? ¿Volverás a Lorien?

—No lo sé —contesto al fin—. Paradise es el único lugar donde quiero estar ahora mismo, y tú eres la única persona con la que quiero estar en el futuro. Pero si conseguimos derrotar a los mogadorianos de algún modo, supongo que sí, que tendré que regresar a Lorien. Pero no sé cuándo será eso.

Se oye un zumbido en el bolsillo de la chaqueta de Sarah, y ella se saca el móvil lo justo para mirar la pantalla.

—¿Quién te manda mensajes a estas horas? —le pregunto.

—Es Emily, no te preocupes. A lo mejor deberías entregarte y decirles a todos que no eres un terrorista. No podría soportar perderte otra vez, John.

—Escúchame, Sarah. No puedo entregarme. No puedo ir a una comisaría de policía a explicar el derribo de un instituto entero y el asesinato de cinco personas. ¿Y cómo explicaría lo de Henri? ¿Y esos documentos que encontraron en nuestra casa? No puedo dejar que me detengan. De hecho, Seis me mataría si supiera que estoy aquí hablando contigo.

Sarah sorbe aire por la nariz y se enjuga las lágrimas con el dorso de las manos.

—¿Por qué te mataría si supiera que estás aquí?

—Porque ahora mismo me necesita y me arriesgo mucho viniendo aquí.

—¿Que ella te necesita? ¿Y yo, qué? Soy yo quien te necesita, John. Necesito que estés conmigo para decirme que todo saldrá bien, que vale la pena pasar por todo esto.

Sarah camina lentamente hacia un banco con unas iniciales marcadas. Yo me siento a su lado y apoyo mi hombro en el suyo. Estamos lejos de la farola, y no le veo bien la cara. No sé a qué viene, pero de repente se aparta de mí y dice:

—Seis es una chica muy guapa.

—Sí —coincido. No debería haberlo dicho, pero me ha salido sin pensar—. Pero no tanto como tú. Tú eres la chica más guapa que conozco. Eres la chica más guapa que he visto nunca.

—Pero con Seis sí que puedes estar, y conmigo no.

—¡Para salir a pasear tenemos que ser invisibles, Sarah! No podemos ir por la calle cogidos de la mano como si tal cosa. Tenemos que escondernos del mundo entero. Me tengo que esconder tanto si estoy con ella como si estoy contigo.

Sarah se levanta del asiento como movida por un resorte y se da la vuelta para encararme.

—¿Sales a pasear con ella? ¿Vais por la calle cogidos de la mano?

Yo me levanto y me acerco a ella con los brazos abiertos, revelando las

mangas del abrigo manchadas todavía de barro seco.

—Tiene que ser así. Es la única forma que tiene de hacerme invisible.

—¿La has besado?

—¿Cómo?

—Contéstame. —En su voz hay algo nuevo. Es una mezcla entre celos y desamparo, y suficiente rabia como para envenenar cada una de sus palabras.

—Sarah, yo te quiero. No sé qué más puedo decir. No ha ocurrido nada —digo, negando con la cabeza.

Una ola de incomodidad se estrella contra mí mientras busco las palabras adecuadas en mi vocabulario. Ella sigue furiosa.

—Es una pregunta muy sencilla, John. ¿La has besado o no?

—No he besado a Seis, Sarah. No nos hemos besado. Te quiero —le digo, lamentando al instante la brusquedad de esas palabras, que han sonado mucho peor de lo que deberían.

—Ya veo. Mi vida va mejorando por momentos. ¿Por qué te ha costado tanto contestar a esa pregunta? ¿Y a ella, le gustas?

—Eso da igual, Sarah. Si yo te quiero, Seis no importa. ¡Ninguna chica importa!

—He sido una estúpida —dice, cruzándose de brazos.

—No hables así. Lo estás entendiendo todo al revés.

—¿Tú crees, John? —pregunta, volviéndose hacia mí para lanzarme una mirada feroz llena de lágrimas—. Con todo lo que he pasado por ti.

Le tiendo la mano para intentar coger la suya, pero ella la aparta en cuanto nuestros dedos se tocan.

—No hagas eso —dice con frialdad.

Vuelve a sonar un zumbido en su teléfono, pero ella no parece tener intención de sacárselo del bolsillo para mirarlo.

—Quiero estar contigo, Sarah —le aseguro—. Ahora mismo parece que todo lo que digo me sale al revés. Yo solo quiero decirte que estas semanas lo he pasado fatal echándote de menos, y que no he pasado ni un solo día sin pensar en llamarte o escribirte una carta. —Todo me da vueltas. Sé que estoy perdiéndola —. Te quiero. No lo dudes ni por un segundo.

—Yo también te quiero —dice ella entre sollozos.

Cierro los ojos e inspiro el aire fresco. Me asalta un mal presentimiento; una sensación punzante que me nace en la garganta y se abre paso a arañazos hasta los pies. Cuando vuelvo a abrir los ojos, Sarah se ha apartado algunos pasos de mí.

Oigo un ruido a mi izquierda, y cuando vuelvo la cabeza veo a Sam. Tiene la mirada caída, y balancea la cabeza como diciéndonos a Sarah y a mí que preferiría no tener que interrumpirnos pero que no tiene otra opción.

—¿Sam? —dice ella.

—Hola, Sarah —susurra él mientras ella le envuelve en sus brazos—. Me alegro mucho de verte —le dice, con la cara hundida en el pelo de ella—. Lo siento, Sarah, lo siento un montón, y sé que lleváis mucho tiempo sin veros, pero John y yo tenemos que irnos. Nos estamos arriesgando mucho. No tienes ni idea de cuánto.

—Alguna idea sí que tengo. —Sarah se separa de él, y justo cuando yo estaba a punto de repetirle cuánto la quiero, a punto de despedirme de ella, se desata el caos.

Todo sucede tan rápido que soy incapaz de captarlo en su totalidad, y las escenas saltan de una a otra de forma aleatoria como en una bovina de cine rota. Un hombre hace un placaje a Sam por detrás. Lleva una máscara de gas y una chaqueta azul con las letras «FBI» en la espalda. Alguien rodea a Sarah con los brazos y la aparta bruscamente de mí. Una granada metálica rebota contra el césped hasta pararse a mis pies, y de ambos extremos surge una nube de humo blanco que me quema los ojos y la garganta. No veo nada. Oigo a Sam asfixiándose. Me aparto a trompicones de la bomba de humo y caigo de rodillas junto a un tobogán de plástico. Cuando levanto la cabeza, veo a más de diez agentes a mi alrededor, encañonándose con sus armas. El agente con máscara que ha derribado a Sam tiene la rodilla clavada en su espalda. Oigo una voz atronando por un megáfono:

—¡No te muevas! ¡Pon las manos sobre la cabeza y tumbate boca abajo!
¡Estás detenido!

Mientras apoyo las manos en la cabeza, los coches que han estado todo el rato aparcados en la calle cobran vida; los faros se encienden, unas luces rojas parpadean en los salpicaderos. Unos coches policiales salen chirriando de detrás de la esquina y un vehículo identificado con la palabra «SWAT», de los cuerpos especiales, se sube al bordillo y da un frenazo en mitad de la cancha de baloncesto. Del interior del vehículo blindado sale gritando un tropel de hombres a una velocidad alarmante, y es entonces cuando alguien me propina una patada en el estómago. Unas esposas se encajan en mis muñecas. Encima de mí oigo el zumbido de un helicóptero.

Mi mente salta a la única explicación que encuentra.

«Sarah. Los mensajes del móvil. No era Emily. Era la policía la que estaba comunicándose con ella». Si alguna parte de mi corazón no se había partido aún al apartarse Sarah de mí, se hace pedazos en este instante.

Tengo la cara aplastada contra el cemento. Alguien se lleva mi daga. Unas manos cogen la tablilla que llevaba en la cintura. Veo cómo levantan a Sam del suelo tirándole de los brazos, y nuestros ojos se encuentran por un breve segundo. No puedo adivinar lo que está pensando.

Unas esposas me inmovilizan los tobillos, y una cadena las conecta con las que tengo en las muñecas. Me levantan del suelo de un tirón. Las esposas están

demasiado apretadas y se me clavan en las muñecas. Alguien me cubre la cabeza con una capucha negra y me la ata al cuello. No veo nada. Dos agentes me cogen por los codos mientras otro me empuja hacia delante.

—Tienes derecho a permanecer en silencio —empieza a decir uno de ellos mientras me arrojan al interior de un vehículo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



AL CABO DE CINCO MINUTOS, ME LEVANTO DE LA CAMA y miro en el armario para ver si hay algo de ropa que quiera llevarme. Mientras sostengo un jersey negro en la mano, decido que no puedo irme sin despedirme de Héctor.

Cojo una chaqueta con capucha que hay colgada en la pared, que es de otra chica, y escribo una nota a Adelina a toda prisa: «Tengo que despedirme de una persona del pueblo».

Al abrir la puerta principal siento el aire frío. Ver todos esos coches de policía y furgonetas de la televisión a lo largo de la calle principal me hace sentir mejor. Los mogadorianos no se atreverán a hacer nada delante de tantos testigos. Salgo por la verja del convento con la capucha cubriéndome la cabeza. La puerta de la casa de Héctor está entreabierta, y doy unos golpecitos en el marco.

—¿Héctor? —le llamo.

—¿Quién es? —contesta una mujer.

La puerta se abre y aparece Carlota, la madre de Héctor. Su pelo, entre negro y canoso, está cuidadosamente recogido, y su rostro luce sonrosado y sonriente. Lleva un bonito vestido rojo y un delantal azul. La casa huele a bizcocho.

—¿Está Héctor, doña Carlota? —le pregunto.

—Ha vuelto mi ángel. —Parece que recuerda lo que le hice, que la curé de su enfermedad. Me da un poco de vergüenza la forma en que me mira, pero cuando se inclina para abrazarme no puedo resistirme—. Ha vuelto mi ángel — repite.

—Me alegro de que se encuentre mejor, doña Carlota. —Al verla llorar, y o tampoco puedo reprimir las lágrimas—. No hay de qué —le susurro.

Oigo un maullido a sus espaldas, y me agacho para saludar a *Legado*, que viene trotando hacia mí desde la cocina, con leche chorreándole por la barbilla. Ronronea y se frota contra mis piernas, y yo acaricio su lustroso pelo.

—¿Desde cuándo tiene gato? —le pregunto.

—Esta mañana estaba en mi puerta, y me ha parecido muy tierno. Le he llamado *Guapo*.

—Encantada de conocerte, *Guapo*.

—Es un buen gato —dice ella, con las manos apoyadas en las caderas—. Y es muy trágico.

—Me alegro de que se hayan encontrado, doña Carlota. Lo siento mucho, pero tengo que irme ya. Necesito hablar con Héctor. ¿Está él aquí?

—No, está en el bar. —La tristeza que me produce pensar que Héctor esté ya bebiendo desde tan temprano se me debe notar en la cara, porque doña Carlota se apresura a añadir—: Está tomándose el café, solo café.

Yo le doy un abrazo de despedida y ella me besa en las mejillas.

El bar está abarrotado. Cuando estoy a punto de abrir la puerta, algo me hace detenerme en seco: Héctor está sentado en una mesa pequeña, pero solo le veo por el rabillo del ojo. Mi mirada está clavada en la persona que hay sentada justo frente a él. Es el mogadoriano de anoche. Ahora está afeitado y tiene pelo más claro, de un color castaño, pero no cabe duda de que es él. El mismo cuerpo alto y musculoso, las mismas espaldas anchas y cejas pobladas, el mismo aire siniestro. No necesito la descripción del asesino de Miranda para saber que encaja con él a la perfección, independientemente de que se haya teñido el pelo o se haya afeitado el bigote.

Suelto la puerta y retrocedo. « Ay, Héctor —pienso—. ¿Cómo has podido?» .

Me tiemblan las piernas; el corazón me va a cien. Mientras los miro, el mogadoriano gira la cara y me ve por la ventana. La sangre se me hiela, y el mundo parece detenerse. Estoy paralizada, clavada en el suelo, incapaz de mover un músculo. El mogadoriano me mira, lo que hace que Héctor también se vuelva, y solo al verle la cara consigo reaccionar.

Reculo dando trompicones, doy media vuelta y echo a correr, pero no he llegado muy lejos cuando oigo la puerta del bar abrirse. No miro atrás. Si el mogadoriano me está siguiendo, no quiero saberlo.

—¡Marina! —grita Héctor—. ¡Marina!



Me acompañan cuatro agentes en el coche. Toco las gruesas cadenas con la punta de los dedos. Estoy seguro de que podría romperlas si quisiera, o simplemente abrir la cerradura de las esposas con la telequinesia, pero el recuerdo de Sarah me quita la energía necesaria para ese esfuerzo. «¿Cómo puede haberme delatado? Por favor, que no haya sido ella».

El primer viaje dura veinte minutos, y no tengo ni idea de dónde estamos. Me sacan a empujones y me meten en otro vehículo, que me imagino que está dotado de más seguridad, para hacer un recorrido más largo. El segundo trayecto se me hace eterno (dos horas, tal vez tres) y para cuando paramos finalmente y me sacan otra vez, el vértigo que me produce lo que puede haber hecho Sarah se ha intensificado tanto que me resulta casi insoportable.

Me llevan al interior de un edificio. En cada recodo tengo que esperar a que abran una puerta. Llego a contar cuatro, y en cada pasillo noto cambiar el aire, más viciado cuanto más avanzo. Por último, me empujan a una celda.

—Siéntate —me ordena uno de los agentes.

Me siento en una cama de cemento. Me quitan la capucha, pero no las esposas. Los cuatro agentes salen y cierran la puerta de golpe. Dos de ellos, los más corpulentos, toman asiento frente a mi celda, y los otros dos se van.

Es una celda pequeña, de tres metros cuadrados, y contiene la cama de colchón amarillento en la que estoy sentado, un lavabo y un inodoro de metal. Nada más. Tres de las cuatro paredes son de hormigón, y hay un ventanuco en lo más alto de la pared del fondo.

A pesar de la mugre del colchón, me tumbo en él, cierro los ojos y espero a que mis pensamientos se serenén.

—¡John! —grita la voz de Sam.

Mis ojos se abren de golpe. Corro a la entrada de la celda y me agarro a los barrotes.

—¡Estoy aquí! —grito también.

—¡A callar! —espeta el más grande de los dos guardias, mostrándome la porra. En otra parte del pasillo, otra voz hace callar también a Sam. Ya no dice nada más, pero al menos sé que está cerca.

Paso la mano a través de los barrotes de la celda y apoyo la palma en la superficie metálica plana de la cerradura. Cierro los ojos y enfoco mi telequinesia en el mecanismo interior para percibirlo, pero no siento nada aparte de una vibración que me provoca dolores de cabeza, mayores cuanto más me concentro.

La celda está controlada por un sistema electrónico. No puedo abrirla con la telequinesia.



Corro lo más deprisa que puedo hacia el orfanato, con la capucha inflándose al viento; al ganar velocidad, el cielo azul y las nubes se funden en un blanco brillante sobre mi cabeza.

Entro como una exhalación por la puerta principal y corro hacia el dormitorio. Adelina está sentada en mi cama, con la nota doblada sobre el regazo. Tiene una pequeña maleta a los pies. Al verme, se levanta de un salto y me abraza.

—Tienes que ver esto —me dice, entregándome el papel. Yo lo desdoble y veo que no es mi nota, sino una fotografía fotocopiada.

Tardo un segundo en reconocer la fotografía, y al hacerlo se me cae el alma a los pies. Alguien ha quemado en una montaña cercana un símbolo enorme e intrincado. Es una réplica exacta de la cicatriz de mi tobillo, con sus líneas y sus ángulos perfectamente delimitados.

El papel se me cae de la mano y flota lentamente hasta el suelo.

—Lo encontraron ayer. La policía está repartiendo estas fotocopias en busca de información —dice Adelina—. Tenemos que marcharnos enseguida.

—Sí, desde luego. Pero antes tengo que hablar con Eli —digo.

Adelina tuerce la cabeza, extrañada.

—¿Qué pasa con Ella?

—Que quiero que venga con...

Antes de que termine la frase, un estruendo me derriba. Adelina también se cae, golpeándose el hombro contra el suelo. Ha habido una explosión en algún lugar del orfanato. Varias chicas se refugian gritando en el dormitorio; otras pasan junto a la puerta buscando otro sitio donde ponerse a salvo. Oigo a la hermana Dora gritar a todo el mundo que se dirija al ala sur.

Adelina y yo nos ponemos en pie y salimos al pasillo, pero en ese momento se produce otra explosión, y de repente siento un viento frío. Con los gritos, no puedo oír lo que Adelina me está diciendo, pero sigo su mirada hacia el techo, donde se ha abierto un agujero del tamaño de un autobús. Mientras lo miro, un hombre alto de pelo largo y rojo con una gabardina se acerca andando al borde del agujero. Y entonces me señala.

CAPÍTULO VEINTICINCO



LA SALA DE INTERROGATORIOS ES CÁLIDA Y ESTÁ completamente oscura. Apoyo la cabeza en la mesa que tengo delante. Intento no dormirme, pero después de pasar toda la noche en blanco, me resulta imposible. En cuanto me duermo, se forma una visión ante mí y oigo unos susurros. Siento que floto en la oscuridad y, acto seguido, atravieso disparado un túnel sombrío, como expulsado por un cañón. El negro se transforma en azul; el azul, en verde. Los susurros me siguen, atenuándose cuanto más me alejo por el túnel. Freno de repente y todo se queda en silencio. Surge una ráfaga de viento acompañada de una luz intensa, y al mirar abajo me doy cuenta de que estoy de pie en la cima nevada de una montaña.

Las vistas son espectaculares, con cadenas montañosas que se extienden kilómetros y kilómetros. Debajo de mí hay un valle verde y un lago de un azul cristalino. Atraído por él, empiezo a descender y veo unos minúsculos centelleos en torno a la orilla. De pronto, mi visión aumenta como si llevara prismáticos, y veo centenares de mogadorianos, armados hasta los dientes, que están disparando a cuatro figuras a la fuga.

Siento una ira inmediata, y los colores se difuminan a mi alrededor mientras

bajo la montaña a todo correr. A unos cientos de metros más allá del lago, el cielo ruga mientras se forma un espeso muro de nubes negras. Unos relámpagos se precipitan sobre el valle y los truenos arrecian. Un rayo me sacude, y es entonces cuando veo formarse un ojo brillante que observa desde las nubes.

—¡Seis! —grito, pero los truenos sofocan mi voz. Sé que es ella, pero ¿qué está haciendo aquí?

Las nubes se separan, y alguien se precipita hasta el valle. Mi visión vuelve a aumentar, y mis sospechas se confirman: veo a Seis plantándose furiosa frente al ejército de mogadorianos que avanza hacia dos chicas jóvenes y dos hombres de mayor edad. Seis tiene los brazos levantados al cielo, y hace caer una cortina de lluvia constante.

—¡Seis! —grito de nuevo, y entonces dos manos me agarran los hombros por detrás.

Mis ojos se abren de golpe y levanto la cabeza de la mesa como movido por un resorte. Han encendido las luces de la sala de interrogatorios, y hay un hombre de pie frente a mí. Es alto y de cara redonda, y lleva un traje negro con una placa sujeta al cinturón. Tiene la tablilla blanca en las manos.

—Tranquilo, chico. Soy el investigador Will Murphy, del FBI. ¿Cómo estás?

—Como nunca —contesto, aturdido aún por la visión. ¿A quién estaba protegiendo Seis?

—Bien —dice el investigador, y se sienta frente a mí con un lápiz y una libreta. Coloca con cuidado la tablilla en la parte izquierda de la mesa y empieza a decir, acercándola lentamente—: Y dime, ¿seis qué?, ¿de qué tienes seis?

—¿Qué?

—Has gritado el número seis mientras dormías. ¿Quieres contarme a qué te referías?

—Es mi número de la suerte —respondo. Mi mente intenta evocar las caras de las otras dos chicas a las que protegía Seis en el valle, pero el recuerdo es muy difuso.

El agente Murphy sonríe.

—Sí, claro. ¿Te parece si charlamos un poco tú y yo? Empecemos por el certificado de nacimiento que diste en Paradise High. Es falso, John Smith. De hecho, no hemos podido encontrar nada sobre ti anterior al día en que apareciste en Paradise, hace unos meses —dice, entornando los ojos como en espera de una respuesta—. Tu número de la seguridad social pertenece a un hombre de Florida difunto.

—¿Cuál sería la pregunta exactamente?

Su sonrisa se convierte en una risilla de suficiencia.

—¿Y si empiezas diciéndome tu nombre verdadero?

—John Smith.

—Bien —dice—. ¿Dónde está tu padre, John?

—Muerto.

—Qué feliz coincidencia.

—Pues mire, en realidad es lo menos feliz que me ha pasado hasta ahora.

El investigador anota algo en la libreta antes de preguntar:

—¿Cuál es tu lugar de nacimiento?

—El planeta Lorien, a quinientos millones de kilómetros de distancia.

—Pues habrá sido un viaje muy largo, John Smith.

—Tardé casi un año. La próxima vez me llevaré un libro para leer.

Él deja el lápiz sobre la mesa, entrelaza los dedos detrás de la cabeza y la apoya en las manos. Entonces, se inclina de nuevo hacia delante y coge la tablilla.

—¿Quieres decirme qué es esto?

—Pensaba que a lo mejor usted lo sabría. Lo encontramos en el bosque.

El agente coge la tablilla por la punta y suelta un silbido, fingiendo asombro.

—¿Lo encontrasteis en el bosque? ¿En qué parte del bosque?

—Bajo un árbol.

—¿Te vas a hacer el gracioso con todas las preguntas?

—Eso depende, agente. ¿Trabaja usted para ellos?

Él vuelve a dejar la tablilla sobre la mesa, diciendo:

—¿Que si estoy trabajando para quién?

—Para los morlocks —le respondo. Es lo primero que se me ocurre, recordando las clases de literatura.

El investigador Murphy sonríe.

—Usted riase —digo—, pero no creo que tarden mucho en llegar.

—¿Los morlocks?

—Eso es.

—¿Los de *La máquina del tiempo*?

—Exacto. Para nosotros, es como la Biblia.

—Deja que lo adivine entonces: ¿tú y tu amigo Samuel Goode sois miembros de los eloi?

—Los lóricos, en realidad. Pero para el caso que nos ocupa, los eloi sería correcto.

El investigador se mete la mano en el bolsillo y deja mi daga sobre la mesa con un fuerte golpe. Me quedo mirando la hoja diamantina de diez centímetros como si no la hubiera visto en mi vida. Podría matar a este hombre con facilidad con solo mover mis ojos de la daga a su cuello, pero primero tengo que liberar a Sam.

—¿Para qué es esto, John? ¿Para qué necesitaría alguien como tú un cuchillo de este tipo?

—No sé para qué sirven los cuchillos de este tipo, agente. ¿Para tallar?

Él recoge la libreta y el lápiz.

—¿Y si me cuentas lo que sucedió en Tennessee?

—Nunca he estado allí, aunque dicen que está muy bien —contesto—. A lo mejor me iré a Tennessee de visita cuando salga de aquí, para hacer un poco de turismo. ¿Me recomienda algún sitio en concreto?

Él meneía la cabeza, deja caer la libreta sobre la mesa y entonces arroja el lápiz hacia mí. Lo desvío sin mover un dedo y lo envío contra la pared, pero el investigador no se da cuenta y se va por la puerta de acero llevándose consigo la tablilla y la daga.

Poco después, me envían de vuelta a la celda de antes. Tengo que salir de aquí como sea.

—¿Sam? —grito.

El agente que hace guardia frente a la celda se levanta bruscamente de su silla y dirige la porra hacia mis dedos. Suelto los barrote antes de que me los aplaste.

—¡A callar! —ordena, amenazándome con la porra.

—¿Qué crees, que te tengo miedo? —le pregunto. Provocarle para que se meta en la celda no es una mala opción.

—Eso me importa un carajo, mocoso. Pero como no cierres la boca te vas a arrepentir ahora mismo.

—A mí no podrías golpearme; soy demasiado rápido y tú demasiado gordo.

El guardia se ríe entre dientes.

—¿Por qué no te sientas en la cama y te callas de una vez, eh?

—¿Sabes que podría matarte si quisiera? ¿Y sin tener que mover un dedo?

—¿No me digas? —contesta el guardia, y da un paso adelante. Su aliento tiene un olor rancio, como de café echado a perder—. ¿Y por qué no lo haces?

—Por desgana y porque tengo el corazón partido —replico—. Pero todo eso lo curará el tiempo, y entonces es cuando cogeré y me largaré.

—Eso ya me gustaría verlo, Houdini —bromea él.

Estoy a un paso de conseguir que venga a por mí y, en cuanto abra la cerradura, Sam y yo seremos libres.

—¿Sabes a qué me recuerda tu cara? —le pregunto.

—¿A qué? —dice.

Me doy la vuelta y pongo el trasero en pompa.

—¡Se acabó! ¡Te vas a enterar!

El guardia teclea en un panel de control de la pared, y ya se dirige con andar furioso hacia la puerta de mi celda cuando un estallido ensordecedor sacude toda la prisión. El agente se tambalea hacia los barrote, se golpea la frente con ellos y cae de rodillas. Instintivamente, me tumbo en el suelo y me meto debajo de la cama. Estalla el caos: gritos, disparos, golpeteos metálicos y fuertes estampidos. Se dispara una alarma y una luz azul parpadea en el pasillo.

Tumbado de espaldas, retuerzo las manos para agarrar con fuerza la cadena

que me aprisiona las muñecas; utilizando las piernas de palanca, enderezo el cuerpo y parto en dos la cadena que une las manos con los pies. Después, recorro a la telequinesia para abrir la cerradura de las esposas, que caen al suelo. Luego repito la misma operación con las esposas de los tobillos.

—¡John! —grita Sam desde la otra punta del pasillo.

Arrastrándome a la entrada de la celda, le respondo:

—¡Estoy aquí!

—¿Qué ha pasado?

—¡Yo iba a preguntarte lo mismo! —grito.

Se oye a otros presos gritar detrás de los barrotes. El guardia que ha caído delante de mi celda suelta un gruñido y se levanta con esfuerzo. Tiene un tajo en la cabeza con una hemorragia.

El suelo vuelve a sacudirse. Este temblor es más violento y dura más que el anterior, y una nube de polvo irrumpe por el extremo derecho del pasillo. Quedo cegado temporalmente, pero entonces paso la mano a través de los barrotes y grito al guardia:

—¡Sácame de aquí!

—¡Oye! ¿Cómo te has quitado las esposas?

Se le ve desorientado, dando pasos vacilantes ahora a la izquierda, ahora a la derecha, ajeno a los demás agentes que pasan corriendo a su lado pistola en mano. Está cubierto de polvo.

Se oyen mil disparos procedentes del extremo derecho del pasillo, a los que responde el rugido de una bestia.

—¡John! —chilla Sam en un tono que nunca había oído en él antes.

Busco la mirada del guardia y le grito:

—¡Si no me dejas salir, vamos a morir todos!

El guardia mira en dirección a los rugidos y una expresión de terror se extiende por su cara. Lentamente, acerca la mano a su pistola, pero, antes de que llegue a tocar la empuñadura, se le escapa volando. Conozco ese truco, ya que lo vi durante cierto paseo nocturno en Florida. Veo al guardia darse la vuelta desconcertado y echar a correr.

Seis se vuelve visible delante de la celda, y me fijo en que todavía lleva el gran colgante en el cuello. Desde el momento en que le veo la cara, me doy cuenta de que está enfadada conmigo. También veo que tiene muchísima prisa por sacarme de aquí.

—¿Qué está pasando ahí, Seis? ¿Sabes algo de Sam? —le digo—. No veo nada.

Tras echar una mirada hacia el pasillo, ella se concentra, y, acto seguido, llegan flotando por el pasillo unas llaves que se detienen en sus manos. Las mete en un panel metálico de la pared y mi puerta se abre. Salgo corriendo de la celda y por fin puedo ver el pasillo. Es extremadamente largo, con cuarenta celdas por

lo menos entre la mía y la salida. Pero esta ha desaparecido, al igual que la pared donde debería estar, y me encuentro mirando de frente la gigantesca cabeza cornuda de un piken. Tiene dos guardias en la boca, y de su dentadura afilada caen hilos de baba mezclados con sangre.

—¡Sam! —grito, pero no me contesta. Me vuelvo hacia Seis—. ¡Sam está ahí abajo!

Ella desaparece ante mis ojos, y cinco segundos después veo abrirse otra celda. Sam viene corriendo hacia mí.

—¡Muy bien, Seis! —grito—. ¡Ahora, acabemos con esa cosa!

La cara de Seis reaparece a centímetros de mi cara.

—No vamos a enfrentarnos a ese piken. Este no es el lugar.

—Pero ¿qué dices? —le pregunto.

—Tenemos cosas más importantes que hacer, John —espeta—. Tenemos que ir a España inmediatamente.

—¿Cómo? ¿Ahora?

—¡Sí, ahora!

Dicho esto, Seis me agarra la mano y tira de mí hasta que acabo corriendo a toda velocidad. Sam viene justo detrás, y con las llaves de Seis podemos atravesar dos puertas más. Cuando la segunda se abre, nos encontramos con siete mogadorianos corriendo hacia nosotros con espadas y tubos cilíndricos parecidos a cañones. Busco mi daga sin pensar, pero ya no está en mi bolsillo. Seis lanza hacia mí la pistola del guardia y nos sitúa a Sam y a mí tras ella antes de bajar la cabeza, concentrada. El primer mogo se da la vuelta en seco, y, al hacerlo, su espada corta a los dos que hay detrás de él y los reduce a cenizas. A continuación, Seis propina una patada en la espalda al mogo, que cae sobre su propia espada. Cuando muere, ella ya se ha hecho invisible.

Sam y yo nos agachamos para esquivar la primera descarga de uno de los cañones, y la segunda roza el cuello de mi camisa. Disparo hasta vaciar el cargador de mi pistola mientras me deslizo entre los montones de cenizas. Mato a otro mogo y recojo el tubo que ha dejado atrás. Cientos de luces empiezan a centellear en cuanto paso el dedo por el gatillo, y un rayo verde atraviesa a otro de nuestros enemigos. Apunto a los dos que quedan, pero Seis ya ha aparecido tras ellos y los eleva a ambos hasta el techo con la telequinesia. Luego los estrella contra el suelo frente a mí, de nuevo contra el techo y una vez más contra el suelo. Las cenizas que forman me cubren los vaqueros.

Seis abre otra puerta y entramos en una amplia sala con decenas de cubículos en llamas y agujeros de bordes chamuscados en el techo. Vemos mogadorianos disparando a la policía, y agentes respondiendo a tiros. Seis arrebató una espada al mogo que tiene más cerca y le rebana el brazo, y acto seguido salta sobre la pared ardiente de un cubículo. Yo lanzo una descarga a la espalda del tambaleante mogo sin brazo, que se desploma formando una negra pila de

cenizas.

En el suelo veo al investigador Murphy inconsciente. Seis recorre zumbando el laberinto de cubículos, blandiendo la espada tan rápido que ni siquiera se ve la hoja. Los mogos se convierten en cenizas a su alrededor. La policía se retira por una puerta que hay en el extremo izquierdo mientras Seis atraviesa a golpes de espada el cerco de enemigos que se cierra en torno a ella. Yo disparo sin cesar, destruyendo a todos los que están a mi alcance.

—¡Por allí! —Sam señala un agujero enorme que da a un aparcamiento.

Sin dudarlo, los tres escapamos a través del humo y las chispas que nos rodean; sin embargo, antes de saltar por el agujero al aire frío de la mañana, veo mi daga y la tablilla encima de una mesa. Me acerco y recojo los dos objetos, y al cabo de unos segundos estoy siguiendo a Seis y a Sam por una profunda zanja que nos ofrece suficiente protección.



—Ahora no vamos a hablar de eso —dice Seis, balanceando los brazos rítmicamente al correr. Se ha deshecho de la espada un kilómetro atrás, mientras que yo he arrojado el tubo mogadoriano debajo de un arbusto.

—Pero lo tienes, ¿no?

—John, ahora no.

—Pero ¿lo tienes o...?

Seis frena en seco.

—¡John! ¿Quieres saber dónde está tu Cofre?

—¿En el maletero del coche? —pregunto, alzando las cejas en un gesto contrito.

—No —contesta—. A ver si lo adivinas.

—¿Escondido en un contenedor?

Seis levanta los brazos por encima de la cabeza, y una ráfaga de viento me empuja por los aires hasta enviarme contra un enorme roble. Entonces, ella se acerca decidida y se planta frente a mí con los brazos en jarras.

—Bueno, ¿qué tal está?

—¿Quién? —pregunto.

—¡Tu novia, idiota! ¿Ha valido la pena? ¿Ha valido la pena dejarme rodeada de mogos para que recuperara yo sola tu Cofre? ¿Ha valido la pena que te detuvieran con tal de ver a tu querida Sarah? ¿Has tenido todo el besuqueo necesario para compensar que tu cara aparezca otra vez en todas las noticias?

—No —murmuro—. Creo que Sarah nos ha delatado.

—Yo pienso lo mismo —dice Sam.

—¡Y tú! —Seis se da la vuelta en seco para levantar el dedo frente a Sam—. ¡Tú te has prestado a eso! Pensaba que eras más listo, Sam. Para ser una especie de genio, ¿te parece buena idea ir al único sitio del mundo donde podíamos estar seguros de que la policía estaría esperándonos?

—Nunca he dicho que sea un genio —replica Sam mientras recoge la tablilla que se me ha caído al suelo y la limpia de polvo. Seis empieza a andar—. Además, no he podido hacer nada, Seis. De verdad. He hecho todo lo que he podido para convencer a John de que volviera contigo a ayudarte.

—Es verdad —musito, levantándome del suelo—. No le echas la culpa a Sam.

—Pues mira, John, mientras vosotros intercambiabais arrumacos como unos tortolitos, yo estaba recibiendo una buena paliza por hacerte un favor. Habría muerto si *Bernie Kosar* no se hubiera convertido en un híbrido gigantesco de elefante y oso para defenderme. Y ahora tienen tu Cofre. A estas alturas seguro que está en la caverna de Virginia Occidental, al ladito del mío.

—Pues iré a recuperarlo —digo.

—No, nos vamos para España. Hoy.

—¡No podemos ir allí! —exclamo, sacudiéndome el polvo de las mangas—. Al menos, hasta que vuelva a tener mi Cofre.

—Bueno, pues yo sí que me voy a España —insiste ella.

—¿Y por qué ahora? —pregunta Sam.

Estamos acercándonos al todoterreno mientras ella contesta:

—Acabo de mirar en Internet. Allí se han precipitado los acontecimientos. Alguien ha quemado un enorme símbolo en una montaña cerca de Santa Teresa hace cosa de una hora, y es idéntico a las marcas que tenemos en los tobillos. Alguien necesita nuestra ayuda, y yo pienso ir.

Tras meternos rápidamente en el coche, Seis conduce lentamente por la carretera mientras Sam y yo viajamos escondidos en el suelo del vehículo, en la parte trasera. *Bernie Kosar* ladra en el asiento del acompañante, contento de hacer de copiloto por una vez.

Sam y yo nos vamos pasando el portátil, y ambos leemos dos, tres veces, el artículo sobre Santa Teresa. El símbolo quemado en la montaña es lórico, de eso no hay duda.

—¿Y si es una trampa? —pregunto—. Mi Cofre es más importante ahora mismo. —Puede sonar egoísta, pero quiero recuperar mi herencia antes de irme a otro continente. Impedir que los mogos abran el Cofre me parece tan urgente como cualquier cosa que esté ocurriendo en España—. Necesito saber cómo se va a la caverna —digo.

—¡John, sé realista! ¿En serio no piensas venir a España conmigo? —pregunta Seis—. Después de haber leído todo eso, ¿vas a dejarnos solos a Sam y a mí?

—Chicos, escuchad esto —dice Sam—. También en Santa Teresa, informan

de que una mujer se ha curado inexplicablemente de una enfermedad degenerativa incurable. Ese pueblo es ahora mismo el epicentro de todo. Seguro que todos los miembros de la Guardia se dirigen hacia allí.

—En ese caso, lo tengo más claro aún: no voy —decido—. Quiero recuperar mi Cofre.

—Eso es una locura —dice Seis.

Me arrastro sobre el asiento del acompañante y abro la guantera del coche. Mis dedos encuentran la piedra que estoy buscando, y la dejo en el regazo de Seis antes de volver a esconderme en la parte trasera.

Ella recoge la piedra amarilla y la sujeta por encima del volante. Le da vueltas para verla a la luz del sol y se ríe.

—¿Sacaste la xitharis?

—Pensé que podría ser útil —respondo.

—Sus efectos no duran mucho —me recuerda.

—¿Cuánto?

—Una hora, puede que un poco más.

No es algo que me alegre oír, pero aun así podría darme la ventaja que necesito.

—¿Podrías cargarla, por favor?

Cuando Seis se lleva la xitharis a la sien, comprendo que ha aceptado dejarme ir a por los cofres mientras ella viaja a España.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



LO HAGO SIN PENSAR SIQUIERA. EN CUANTO EL hombre me señala desde el borde del agujero, le lanzo dos somieres metálicos con todas mis fuerzas. El segundo le golpea de lleno. El mogadoriano cae de bruces al dormitorio pero, para mi sorpresa, al chocar contra el suelo de piedra se convierte en un montón de algo parecido al hollín o las cenizas.

—¡Corre! —grita Adelina.

Salimos corriendo al pasillo, abriéndonos paso entre la marea de chicas y hermanas que van a refugiarse al ala sur. Yo agarro la mano de Adelina, entro con ella en la nave de la iglesia y luego seguimos por el pasillo central.

—¿Adónde vamos? —grita Adelina.

—¡No podemos irnos sin el Cofre!

Otra explosión sacude los cimientos del orfanato, y yo me golpeo la cadera con un banco.

—Enseguida vuelvo —susurro, soltándola de la mano y levitando hasta el hueco del transepto.



Seis nos dice que estamos cerca de Washington D. C., cosa que tiene sentido. Se me considera un terrorista armado y peligroso; no es de extrañar que me hayan llevado a la capital del país para interrogarme.

—En menos de una hora sale un avión del Aeropuerto Internacional Dulles —dice, girando el volante—. Yo voy a coger ese vuelo. Sam, ¿vienes conmigo o te quedas con John? —Él apoya la frente en el asiento y cierra los ojos—. ¿Sam?

—Déjame pensar —responde él. Al cabo de un minuto, levanta la cabeza y me mira a los ojos—. Me quedo con John.

«Gracias», artículo sin voz.

—De todos modos, me será más fácil llegar hasta allí yendo sola —dice Seis, aunque parece dolida.

—Estarás combatiendo al lado de guardianes más experimentados —le consuelo—. Además, supongo que tendremos que ser dos para poder sacar los dos cofres de allí.

Bernie Kosar suelta un ladrido desde el asiento del acompañante.

—Claro que sí, amiguito —le digo—. Tú también formas parte de este equipo.



El Cofre no está. Siento tanta angustia que todo el cuerpo me empieza a sudar. Casi vomito. ¿Sabrían todo este tiempo los mogadorianos que estaba allí? ¿Por qué no me atraparon aquí cuando tuvieron la oportunidad? Vuelvo a bajar flotando al suelo de la nave.

—No está, Adelina —susurro.

—¿El Cofre?

—No está. —Hundo mi cara en su hombro.

Ella se saca algo del cuello. Es un amuleto azul pálido, casi transparente, atado a un cordón beige. Adelina desliza con delicadeza el colgante sobre mi pelo hasta dejarlo reposando en mi cuello. Está frío y caliente a la vez, y, nada más rozar mi piel, empieza a brillar intensamente. Me quedo sin aliento.

—¿Qué es? —pregunto, tapando el brillo con las manos.

—Loralita, la gema más poderosa de Lorien; solo puede encontrarse en el núcleo del planeta —susurra—. La he tenido escondida todo este tiempo. Es tuya. No vale la pena seguir escondiéndola. Ya saben quién eres, con o sin el amuleto. Nunca me perdonaré no haberte entrenado debidamente. Nunca. Lo siento, Marina.

—No pasa nada —le digo, mientras mis ojos se llenan de lágrimas.

Eso era lo único que había deseado todos estos años. Comprensión. Compañerismo. El reconocimiento de nuestros secretos compartidos.



Al ir acercándonos al aeropuerto, sentimos encima el peso de tener que separarnos. Sam intenta distraerse examinando los papeles que Seis sacó de la guarida de su padre.

—Ojalá pudiera estudiarlos con calma en una biblioteca.

—Cuando volvamos de Virginia Occidental —le digo—. Te lo prometo.

Seis nos da instrucciones detalladas sobre cómo encontrar el mapa que nos guiará a la caverna. El resto del viaje transcurre en silencio. Nos metemos en el aparcamiento de un McDonald's a un kilómetro de Dulles.

—Hay tres cosas que tenéis que saber —anuncia Seis.

—¿Por qué tengo el presentimiento de que ninguna de las tres va a gustarnos? —suspiro.

Pasando por alto mi comentario, ella escribe algo en el dorso de un recibo.

—En primer lugar, aquí tenéis la dirección del sitio donde estaré dentro de dos semanas exactamente, a las cinco de la tarde. Nos encontraremos allí. Si no estoy allí o si, por lo que sea, no estáis vosotros, volved una semana después y yo haré lo mismo. Si uno de nosotros no se presenta la segunda vez, supongo que entonces tendremos que llegar a la conclusión de que el otro ya no va a aparecer. —Dicho esto, entrega la nota a Sam, que la lee y se la mete en el bolsillo de los vaqueros.

—Dos semanas, a las cinco de la tarde —repito—. De acuerdo. ¿Y la segunda cosa?

—*Bernie Kosar* no puede entrar en la caverna con vosotros.

—¿Por qué no?

—Porque moriría. No sé exactamente cómo lo hacen, pero los mogadorianos controlan a sus bestias filtrando a la caverna algún tipo de gas que solo afecta a los animales. Si uno de ellos sale del lugar que le corresponde, cae fulminado. Cuando al fin conseguí salir, vi un montón de animales muertos en la entrada misma de la caverna. Eran bestias que se habían alejado demasiado.

—Qué brutos —dice Sam.

—¿Y la tercera cosa?

—La caverna está equipada con todos los dispositivos de detección que podáis imaginaros. Cámaras, detectores de movimiento, sensores de calor, infrarrojos. De todo. La xitharis os permitirá superar todo eso pero, cuando se agote, andaos

con cuidado, porque os van a encontrar inmediatamente.



—¿Adónde vamos? —pregunto a Adelina. Ahora, sin el Cofre, me siento perdida. Apesar incluso del amuleto que llevo colgado.

—Vamos al campanario. Tú usarás la telequinesia para bajarnos al patio. Luego saldremos corriendo.

Le cojo la mano y echo a correr, pero de repente una bola de fuego surge rugiendo del fondo de la nave. El fuego engulle los últimos bancos y asciende con furia hacia el elevado techo. La nave está más iluminada que durante la misa del domingo. Un hombre con una gabardina y el pelo largo y rubio entra con andar seguro desde el pasillo norte, nuestro camino hacia la libertad, y todos los músculos de mi cuerpo parecen ablandarse al mismo tiempo; cada poro de mi piel se pone de gallina.

Él está allí de pie, mirándonos, mientras las llamas siguen devorando más filas de bancos; entonces, un sonrisa de suficiencia se esboza en su cara. Por el rabillo del ojo, veo que Adelina se mete la mano bajo la ropa y saca algo, pero no sé qué es. Está junto a mí, con los ojos fijos en el fondo de la nave. Y entonces, con toda la delicadeza del mundo, me agarra y me coloca a sus espaldas.

—No puedo compensar el tiempo perdido, ni el daño que he hecho —dice—. Pero lo voy a intentar. No permitas que te cojan.

En ese momento, el mogadoriano carga contra nosotras por el centro del pasillo. Es mucho más grande de lo que parecía de lejos, y está blandiendo una larga espada que refulge con un brillo verde.

—Huye lo más lejos posible —dice Adelina sin volverse—. Sé valiente, Marina.



Seis coloca la xitharis en una bandejita de la consola y sale con agilidad del todoterreno.

—Llevo retraso —dice mientras cierra la puerta.

Sam y yo nos bajamos del vehículo después de examinar con atención el aparcamiento, los otros coches, la gente que va de acá para allá.

Doy la vuelta al coche por la parte del morro y veo a Seis abrazar a Sam.

—Dales caña —dice él.

Cuando se separan, ella le dice:

—Sam, gracias por ayudarnos aunque no tengas por qué hacerlo. Gracias por ser tan alucinante.

—Tú sí que eres alucinante —susurra él—. Gracias por dejarme ir con vosotros.

Para mi sorpresa, y la de Sam, Seis da un paso al frente y le planta un beso en la mejilla. Ellos intercambian una sonrisa, y cuando Sam me ve detrás del hombro de Seis, se sonroja, abre la puerta del conductor y se mete dentro.

No quiero que Seis se vaya. Por mucho que me duela admitirlo, sé que podría no volver a verla. Me mira con una ternura que tal vez no haya visto antes en ella.

—Me gustas, John. Estas últimas semanas he tratado de convencerme de lo contrario, sobre todo por lo de Sarah y también por lo idiota que puedes llegar a ser... pero me gustas. Me gustas mucho.

Esas palabras me dejan pasmado. Después de vacilar un momento, le digo:

—A mí también me gustas.

—¿Todavía quieres a Sarah? —me pregunta.

Asiento. Merece saber la verdad.

—Sí que la quiero, pero me parece todo muy confuso. Es posible que ella me haya delatado, y tal vez nunca quiera volver a verme porque le dije que me parecías guapa. Pero Henri me dijo una vez que, cuando los lóricos nos enamoramos, es para toda la vida. Y eso quiere decir que siempre querré a Sarah.

Seis niega con la cabeza.

—No te ofendas por lo que voy a decirte, ¿vale? Pero Katarina nunca me contó nada de eso. De hecho, me habló de los diversos amores que tuvo en Lorient a lo largo de su vida. Estoy segura de que Henri era un gran hombre y de que te quería con toda su alma, pero me da la impresión de que era un romántico y de que esperaba que siguieras su ejemplo. Como él tuvo un solo amor verdadero, quería lo mismo para ti.

Me quedo callado, absorbiendo su teoría y apartando la de Henri. Ella se da cuenta de que me cuesta asimilar sus palabras.

—Lo que estoy diciendo es que, cuando los lóricos nos enamoramos, muchas veces es para toda la vida. Está claro que ese fue el caso de Henri. Pero no siempre tiene que ser así.

Y, tras decir esta última frase, Seis da un paso hacia mí y yo hacia ella. El beso que nos perdimos al terminar nuestro paseo en Florida nos une ahora con una pasión que pensé que tenía reservada única y exclusivamente para Sarah. No quiero que este beso termine nunca, pero Sam pone en marcha el motor y nos separamos.

—A Sam también le gustas, ¿sabes? —le digo.

—Y a mí me gusta él.

Inclino la cabeza, desconcertado.

—Pero si acabas de decir que te gusto yo.

Ella me da un empujoncito en el hombro, diciendo:

—A ti te gustamos Sarah y yo. Y a mí me gustáis Sam y tú. Acéptalo.

Se vuelve invisible, pero puedo notar que sigue delante de mí.

—Por favor, ve con cuidado por ahí, Seis. Preferiría que pudiéramos seguir todos juntos.

—Yo también, John —dice su voz, que parece salir de la nada—. Pero quienquiera que esté en España necesita ayuda. ¿Lo entiendes?

Aunque sé que ya se ha ido para entonces, contesto:

—Sí.



Intento moverme, pero estoy paralizada. Un destello de luz en la mano de Adelina capta mi atención, y me doy cuenta de que lo que ha sacado de debajo de la ropa es un cuchillo de cocina. Ella se lanza hacia el mogadoriano, y yo empiezo a correr a lo largo de un banco en dirección opuesta. Con una precisión que no le conocía, Adelina se tira al suelo cuando su atacante da un salto y dirige la espada hacia su garganta. Falla completamente el blanco, y ella se levanta y acto seguido le clava la hoja del cuchillo en el muslo derecho. La sangre que empieza a brotarle no frena al mogadoriano, que se da la vuelta y descarga de nuevo la espada sobre ella. Adelina rueda hacia delante y, llena de admiración, la veo atravesar el otro muslo del mogadoriano y aprovechar el impulso para ponerse en pie. ¿Cómo voy a dejarla luchar sola?

Dejo de correr y aprieto los puños, pero antes de que pueda hacer nada, la mano izquierda del mogadoriano ha apresado el cuello de Adelina para levantarla del suelo. Entonces, su mano derecha le atraviesa el corazón con la espada.

—¡No! —grito, saltando encima del banco y corriendo hacia ellos.

Los ojos de Adelina se cierran y, con su último aliento, ella levanta el brazo y traza un arco en el aire con la hoja del cuchillo, que cae al suelo con un ruido metálico. Durante un segundo creo que ha fallado el blanco, pero me equivoco. El corte ha sido tan limpio que pasan dos segundos completos antes de que empiece a brotar la sangre oscura. El mogadoriano suelta a Adelina y cae de rodillas, agarrándose la garganta con ambas manos para detener la hemorragia, pero la sangre se le escapa entre los dedos. Yo me acerco a él e inspiro profundamente. Levanto la mano y hago que el cuchillo de Adelina se separe del

suelo. Lo dejo flotar en el aire un instante y, cuando el mogadoriano fija su mirada en él con los ojos abiertos de par en par, se lo hundo en el pecho. Él se desintegra ante mis ojos, y su cuerpo se convierte en un montón de cenizas que se derrama por el suelo.

Me arrodillo y tomo el cuerpo sin vida de Adelina entre mis brazos, sujetándole la cabeza y acercándola hacia mí. Cuando nuestras mejillas se tocan, rompo a llorar. Se ha ido, y, a pesar de mi recién descubierto legado, sé que no puedo hacer nada por devolverle la vida. Necesito ayuda.

CAPÍTULO VEINTISIETE



OIGO UN GRUÑIDO A MI IZQUIERDA Y, AL LEVANTAR la vista veo a otro hombre con gabardina y el pelo largo y castaño. Me pongo en pie a toda prisa mientras él levanta la mano. El destello de luz que sale de ella me golpea con fuerza el hombro izquierdo y me lanza disparada hacia atrás. El dolor es instantáneo e insoportable: me baja por el brazo, lacerante, como si hubiera recibido una descarga eléctrica que me recorriera todo el hueso. Tengo la mano izquierda insensible, y con la derecha me toco la herida del hombro. Levanto la cabeza y miro indefensa al mogadoriano.

«El encantamiento», pienso. Cuando viajábamos juntas, Adelina me dijo que los mogadorianos no podían matarme a menos que lo hicieran en el orden establecido por los Ancianos. Pero esta herida podría ser mortal. Me miro el tobillo para ver si hay seis cicatrices en vez de las tres con las que llevo viviendo varios meses, pero no ha cambiado nada. Entonces, ¿cómo van a matarme? No puedo estar tan malherida, a no ser... que se haya roto el encantamiento.

Mi mirada se encuentra con la del mogadoriano, y él se convierte de repente en un montón de cenizas. Por un momento, creo que es la intensidad de mis pensamientos lo que lo ha matado, pero entonces veo que justo detrás de él está

el mogadoriano de la cafetería. El del libro, el hombre del que he estado huyendo. No lo entiendo. ¿Será tan grande su egoísmo como para matar a uno de los suyos con tal de ser él quien acabe conmigo?

—Marina —me llama.

—Si quiero puedo matarte —digo yo con voz temblorosa y angustiada. La sangre sigue brotando de mi hombro y me cae por el brazo. Miro el cuerpo de Adelina y rompo a llorar.

—No soy quien tú crees —dice él, corriendo hacia mí y tendiéndome la mano—. Apenas tenemos tiempo —dice—. Soy uno de los tuyos, y estoy aquí para ayudarte.

Yo tomo su mano. ¿Qué otra opción tengo? Él me ayuda a levantarme y a salir de la nave antes de que lleguen los demás. Luego me lleva por el pasillo norte hasta la segunda planta, en dirección a la torre del campanario. Siento una punzada de dolor en el hombro a cada paso.

—¿Quién eres? —pregunto. Un centenar de interrogantes acuden a mi cabeza. Si es uno de nosotros, ¿por qué ha tardado tanto en decírmelo? ¿Por qué me ha atormentado haciéndome creer que era uno de ellos? ¿Puedo confiar en él?

—Shhh —susurra él—. No hables.

El pasadizo mohoso está en silencio, y, a medida que se estrecha, empiezo a oír las fuertes pisadas de una decena de personas en el suelo de la planta de abajo. Al fin llegamos a la puerta de roble, que se abre con un crujido. Una chica asoma la cabeza. Yo ahogo un grito: pelo color caoba, ojos castaños y vivos, rasgos pequeños. Tiene más años, pero no hay lugar a dudas.

—¿Eli? —pregunto.

Aparenta once años, tal vez doce. Su cara, que se ilumina al verme, está más delgada. Eli abre la puerta de par en par para que podamos entrar.

—Hola, Marina —dice con una voz que no reconozco.

El hombre me ayuda a entrar y cierra la puerta tras él. Luego calza un tablón de madera entre la puerta y el primer escalón, y los tres subimos corriendo por la escalera de caracol. Al llegar al campanario, echo otro vistazo a Eli. No puedo dejar de mirarla, atónita y confusa, sin sentir ya la sangre que me corre por el brazo y me gotea por la punta de los dedos.

—Marina, me llamo Crayton —dice el hombre—. Siento lo de tu cêpan. Ojalá hubiera llegado antes.

—¿Adelina ha muerto? —pregunta la versión mayor de Eli.

—No entiendo nada —digo, sin apartar la vista de ella.

—Luego te lo explicaremos, te lo prometo. Pero tenemos poco tiempo. Estás perdiendo mucha sangre —dice Crayton—. Tú puedes curar a la gente, ¿verdad? ¿Puedes curarte a ti misma?

Con tanta confusión y tanta carrera, ni siquiera se me había pasado por la

cabeza que pudiera curarme a mí misma, pero coloco la palma de mi mano derecha sobre la herida abierta y lo intento. El frío me hace cosquillas en el corte, que se empieza a cerrar, y recupero la sensibilidad en la mano y el brazo. Al cabo de medio minuto, estoy como nueva.

—Tienes que tener cuidado con esto —dice Crayton—. Es mucho más importante de lo que pueda parecerte.

Yo miro hacia donde está señalando.

—¡Mi Cofre!

De repente, se oye una explosión cercana. La torre se sacude, y del techo y las paredes caen piedras y polvo. Otra sacudida me levanta del suelo, desprendiendo más piedras. Uso la telequinesia para frenar su caída y lanzarlas por la ventana.

—Nos están buscando, y no tardarán mucho en descubrir que estamos aquí —dice Crayton. Mira a Eli, y luego a mí—. Ella es como tú. Un miembro de la Guardia de Lorien.

—Es demasiado pequeña —digo yo negando con la cabeza, incapaz de sustituir la versión más joven por esta nueva y mayor—. No lo entiendo.

—¿Sabes lo que es un aeternus? —pregunta Crayton. Yo niego con la cabeza—. Muéstraselo, Eli.

Ella empieza a cambiar ante mis ojos. Sus brazos se acortan y sus hombros se estrechan; pierde veinte centímetros de estatura, y su peso disminuye considerablemente. Lo que más me impacta es cómo se encoge su cara, y al poco tiempo vuelve a tener el aspecto de la niña de la que tanto me he encariñado.

—Ella es una aeternus —dice Crayton—. Puede cambiar de edad a voluntad.

—No... no sabía que eso fuera posible —farfullo.

—Eli tiene once años —dice él—. Vino conmigo en la segunda nave, la que salió de Lorien después de la tuya. Era solo una niña, apenas tenía unas horas de vida. Loridas, el último anciano que quedaba vivo, decidió sacrificarse para que Eli pudiera asumir su puesto y adoptar sus poderes al crecer.

Mientras miro a Crayton, Eli desliza su mano en la mía como ha hecho tantas veces antes, pero ahora la siento distinta. Al mirarla, veo que vuelve a ser la versión mayor y más alta de sí misma. Al darse cuenta de que me siento incómoda, vuelve a encoger, y cuatro años se esfuman rápidamente hasta que vuelve a tener siete.

—Ella es la décima de los niños —dice Crayton—. La décima de los Ancianos. Hicimos circular el rumor de que sus padres habían muerto en un accidente de tráfico, y la enviamos aquí para que viviera contigo, para que te cuidara y fuera mis ojos.

—Siento no haber podido contarte la verdad, Marina —dice ella con su voz suave—. Pero sé guardar un secreto mejor que nadie, como tú me pediste.

—Lo sé —digo yo.

—Solo estaba esperando a que Adelina te diera el Cofre —dice, sonriendo.

—¿Sabes quién era el décimo de los Ancianos, Marina? —me pregunta Crayton—. Cambiando de edad, Loridas consiguió vivir muchos años, incluso después de que el resto de los Ancianos murieran. Cada vez que se hacía mayor, volvía a rejuvenecer y absorbía la vitalidad de la juventud.

—¿Tú eres el cêpan de Eli?

—Solo en el sentido de que soy su protector. Como era un recién nacido, aún no le habían asignado cêpan.

—Pensé que eras un mogadoriano —digo.

—Lo sé, pero malinterpretaste las señales. Esta mañana, por ejemplo, estaba hablando con Héctor para demostrarte que era un amigo.

—¿Y por qué no me llevaste contigo al llegar? ¿Por qué mandaste a Eli?

—Primero intenté hablar con Adelina, pero me echó nada más enterarse de quién era, y necesitábamos que tuvieras el Cofre. No podría sacarte de aquí sin él —dice—. Por eso mandé a Eli, y ella empezó a buscarlo antes incluso de que tú se lo pidieras. Los mogadorianos sabían desde hacía tiempo en qué zona te encontrabas, y yo he hecho todo lo posible por despistarlos para que no te encontraran. Maté a algunos, bueno, a casi todos, pero también hice circular rumores en pueblos que se encuentran a cientos de kilómetros de aquí, sobre niños que hacen cosas prodigiosas, como ese del niño que levantó un coche en peso, o el de la niña que caminaba sobre las aguas de un lago. Y funcionó, al menos hasta que descubrieron que estabas en Santa Teresa, pero incluso entonces seguían sin saber qué número eras. Luego Eli encontró el Cofre y tú lo abriste, y entonces fue cuando vine yo, para hablar contigo en privado. Cuando abriste el Cofre, atrajiste a los mogadorianos directos hasta aquí.

—¿Solo porque abrí el Cofre?

—Sí. Venga, ábrelo ahora.

Yo suelto la mano de Eli y agarro el candado. Me entristece pensar que ahora puedo abrirlo sola porque Adelina ha muerto. Quito el candado y levanto la tapa. El pequeño cristal sigue brillando con un tono azul pálido.

—No toques eso —dice Crayton—. El hecho de que esté brillando significa que hay un macrocosmos en órbita en algún otro lugar. Si lo tocas ahora, sabrán exactamente dónde te encuentras. No sé qué macrocosmos será el que esté funcionando ahora, pero estoy bastante seguro de que los mogadorianos le han robado el suyo a alguien —añade. Yo no tengo ni idea de qué está diciendo.

—¿Macrocosmos? —pregunto.

Crayton meneaba la cabeza contrariado.

—Ahora no hay tiempo para explicarlo todo. Vuelve a cerrarlo —dice. Luego abre la boca para añadir algo, pero le interrumpe un portazo al fondo de las escaleras. Nos llegan ecos de unas voces extrañas amortiguadas.

—Tenemos que irnos ya —dice Crayton, corriendo al fondo de la estancia y cogiendo una gran maleta negra. Al abrirla, aparecen diez armas de fuego diferentes, varias granadas y algunos puñales. Con un movimiento de hombros hace caer su abrigo al suelo, revelando un chaleco de cuero. Entonces mete a toda prisa todas las armas dentro del abrigo antes de volver a ponérselo.

Los mogadorianos embisten la puerta de abajo con algún objeto pesado, y oímos pasos subir por la escalera de caracol. Crayton saca una de las pistolas y la carga.

—Ese símbolo quemado en la montaña... —digo—, ¿lo hiciste tú?

Él asiente.

—Me temo que esperé demasiado, y para cuando abriste el Cofre ya era imposible escabullirnos sin que nos vieran. Por eso creé la mayor almenara posible, y ahora solo nos queda esperar que los demás también lo hayan visto y que estén en camino. Si no... —Su voz se apaga—. Bueno, si no nos habremos quedado sin opciones. Ahora tenemos que ir al lago. Es nuestra única escapatoria.

No tengo ni idea de cuál es ese lago ni de por qué quiere ir allí, pero todo mi cuerpo está temblando. Lo único que quiero es irme de aquí.

Los pasos se acercan. Eli me coge de la mano, de nuevo con once años. Crayton tira de la corredera de la pistola y oigo la bala colocarse en su sitio. Crayton apunta hacia la entrada del campanario.

—Tienes un gran amigo en el pueblo —dice.

—¿Héctor? —pregunto, entendiendo de repente por qué estaban hablando los dos esta mañana en la cafetería. Crayton no estaba hablando mal de mí, sino contándole la verdad.

—Sí, y espero que cumpla su palabra.

—Lo hará —digo yo convencida, sea lo que sea lo que le haya pedido Crayton—. Lo lleva en el nombre —añado.

—Coge el Cofre —me ordena Crayton. Yo me agacho y lo cojo con el brazo izquierdo, mientras oímos los pasos llegar al último tramo de escalones—. Quedaos junto a mí. Las dos —dice Crayton, mirando primero a Eli y luego a mí—. Ella nació con la habilidad de cambiar de edad, pero es muy joven y aún no ha desarrollado ningún legado. Mantenla a tu lado. Y no te separes del Cofre.

—Tranquila, Marina. Soy rápida —dice Eli, sonriendo.

—¿Estáis listas?

—Sí —dice Eli, apretando mi mano dentro de la suya.

—Llevarán protección blindada capaz de detener cualquier bala de la Tierra —dice Crayton—, pero yo he empapado las mías con lorilina, y no hay blindaje en el mundo que pueda detenerlas. Voy a cargármelos a todos. —Acto seguido entorna los ojos y añade—: Cruzad los dedos para que Héctor esté en la puerta del orfanato esperándonos.

—Seguro que sí —digo.

Y entonces Crayton empieza a apretar el gatillo y no para hasta vaciar el cargador.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



VIAJAMOS CON LAS VENTANILLAS BAJADAS, SIN apenas hablar, inquietos por la tarea que nos espera. Sam sujeta el volante con firmeza mientras la carretera serpentea a través del estado de Virginia.

—¿Crees que Seis llegará bien? —pregunta.

—Seguro que llegará bien, pero quién sabe con qué se encontrará cuando llegue.

—Menudo beso os habéis dado.

Abro la boca para contestar, pero entonces vuelvo a cerrarla. Un minuto después, digo:

—Tú también le gustas, ¿sabes?

—Sí, como amigo.

—En realidad, Sam, le gustas en el sentido de gustar.

Él se ruboriza.

—Sí, claro. Eso ya lo he deducido por la forma en que te metía la lengua por la boca.

—A ti también te ha besado, colega. Lo he visto. —Le doy una palmada en el pecho con el dorso de la mano, y estoy seguro de que está reproduciendo ese

momento en su mente—. Después de besarnos, le pregunté si sabía que a ti también te gusta, y...

El coche tiembla al pasar sobre la línea que delimita la calzada.

—¿Que has hecho qué?

—Tranquilo, colega, que nos vas a matar. —Sam vuelve a colocarnos en el carril que nos corresponde—. Me ha dicho que tú también le gustas.

Una sonrisa maliciosa recorre la cara de mi amigo.

—No me digas. Resulta difícil de creer —dice al fin.

—De verdad, Sam. ¿Por qué iba a mentirte?

—No, me refiero a que me cuesta creer que todo esto sea real. Que tú seas real y que Seis sea real, y que una raza hostil de alienígenas se haya infiltrado por todo el planeta y que nadie lo sepa. En fin, han vaciado una montaña en medio del estado. ¿Cómo no lo ha descubierto nadie? ¿Qué han hecho con toda la tierra y las rocas que han extraído? Por poco pobladas que estén ciertas zonas de Virginia Occidental, alguien tendría que haberse encontrado con todo esto. Excursionistas o cazadores. Pilotos de aviones pequeños. ¿Y las imágenes por satélite? Y quién sabe cuántas bases, o puestos, o como quieras llamarlo, tendrán en la Tierra. No entiendo cómo pueden campar por ahí a sus anchas.

—Tienes razón —asiento—. Yo tampoco lo sé, pero algo me dice que no sabemos de la misa la mitad. ¿Te acuerdas de la primera teoría conspiratoria que me contaste?

—No —contesta él.

—Me dijiste que todos los habitantes de una localidad de Montana habían desaparecido, y que el gobierno permite las abducciones alienígenas a cambio de tecnología. ¿Te acuerdas ya?

—Vagamente. Supongo que sí.

—Bueno, pues ahora le veo más sentido. Puede que no haya un intercambio de tecnología, y puede que el gobierno no permita las abducciones, pero estoy seguro de que tiene que haber algún pacto de por medio. Y es que tienes razón, es imposible que vayan de acá para allá sin que nadie lo sepa. Son muchísimos, muchísimos.

Él no contesta. Le lanzo una ojeada y veo que está sonriendo.

—¿Sam? —pregunto.

—No, estaba pensando en dónde estaría yo en este mismo instante si no hubierais aparecido vosotros. Seguramente solo en mi sótano, coleccionando más conspiraciones y preguntándome si mi padre sigue vivo. He pasado así muchos años. Pero lo más alucinante es que estoy convencido de que está vivo. Tiene que estar en alguna parte, John. Ahora lo sé. Y si lo sé es gracias a vosotros.

—Eso espero —le digo—. Es genial que Henri fuera a Ohio buscándole, y que tú y yo nos hiciéramos amigos desde el primer momento. Parece cosa del destino.

—O de una alineación cósmica —dice Sam, sonriendo.

—Eres un flipado —bromeo.

Al cabo de un rato, me pregunta:

—Oye, John... Estás cien por cien seguro de que ese esqueleto del pozo no era de mi padre, ¿verdad?

—Cien por cien, colega. Era lórico, y era enorme. Más alto que cualquier humano.

—¿De quién dirías que era, entonces?

—No tengo ni idea. Pero espero que no fuera de alguien demasiado importante.



Transcurren cuatro horas más, tras las cuales vemos una señal que indica que faltan diez kilómetros para llegar a Ansted. Nos quedamos en silencio. Sam coge la salida y conduce por una precaria carretera de dos carriles que asciende serpenteando por la montaña hasta llegar al término municipal. Lo atravesamos y giramos a la izquierda al llegar al único semáforo del lugar.

—Hay que ir a Hawks Nest, ¿no?

—Sí, a un par de kilómetros o tres por esta carretera —contesta Sam. Es allí donde nos espera el mapa que Seis dibujó hace tres años.



El mapa se encuentra exactamente donde Seis dijo que estaría, escondido en el parque natural de Hawks Nest, que domina el cauce del New River. Caminando cuarenta y siete pasos exactamente por el sendero principal, Gysp Trail, Sam, *Bernie Kosar* y yo llegamos hasta un árbol con la indicación «E6» profundamente marcada en la corteza. Allí nos salimos del sendero y damos treinta pasos más a la derecha del árbol. A continuación tenemos que dar un brusco giro a la izquierda y después, ciento cincuenta metros más allá, vemos un árbol que se alza por encima de los demás. En un pequeño hueco que se encuentra en el pie de su nudoso tronco, cuidadosamente escondido en una caja negra de plástico, se encuentra el mapa que muestra el camino a la caverna.

Regresamos al todoterreno y conducimos veinticinco kilómetros más hasta pararnos en una carretera desierta y fangosa. Es lo más cerca que podemos llegar por carretera, a ocho kilómetros al norte de la caverna. Sam se saca del bolsillo el papel con la dirección que nos ha dado Seis y lo mete en la guantera.

—Pensándolo bien —dice mientras lo saca de allí y se lo vuelve a meter en el bolsillo—, ¿dónde va a estar más seguro que aquí?

Dejo caer la xitharis y un rollo de cinta aislante en la mochila que nos ha dejado Seis, y Sam se la echa a los hombros. Doy la vuelta a mi daga en la mano y luego me la meto en el bolsillo trasero.

Salimos del coche y yo bloqueo las puertas. *Bernie Kosar* corre en círculos alrededor de mis piernas. Solo quedan unas pocas horas de luz, lo que no nos deja mucho tiempo por delante. Contando incluso con el poder de mis manos, no creo que pudiéramos encontrar la caverna sin la luz del sol.

Sam sujeta el mapa en las manos. En la parte derecha, Seis ha marcado una gran «X». Una tortuosa ruta de ocho kilómetros de largo une la «X» con el punto donde estamos ahora, señalado en la parte izquierda del mapa. A lo largo del camino bordearemos una vaguada y pasaremos por una serie de accidentes geográficos señalados con su descripción física para que nos aseguremos de que no nos desviemos. Roca de la Tortuga. Caña de Pescar. Meseta Circular. Trono del Rey. Beso de los Enamorados. Puesto de Observación.

Sam y yo levantamos la cabeza al mismo tiempo, y ambos vemos, a medio kilómetro de distancia, una peña con un parecido asombroso a una concha de tortuga. *Bernie Kosar* suelta un ladrido.

—Pues ya sabemos qué dirección tomar de momento —comenta Sam.

Nos ponemos en marcha, siguiendo la ruta marcada en el mapa. No hay sendero, nada que pueda dar a entender que estas montañas hayan sido pisoteadas por seres de otro mundo, ni por los de este mundo, de hecho. Cuando llegamos a la Roca de la Tortuga, Sam divisa un árbol caído que cuelga sobre un despeñadero en un ángulo de cuarenta y cinco grados, como si fuera una caña de pescar esperando pacientemente a que los peces piquen. Proseguimos nuestra caminata, siguiendo la ruta mientras el sol desciende en la parte oeste del cielo.

Cada paso que damos es una oportunidad perdida de dar media vuelta e irnos. Pero ninguno de los dos lo hace.

—Eres un amigo increíble, Sam Goode —le digo.

—Tú tampoco te portas mal —contesta él. Y después añade—: No sé qué hacer para que las manos me dejen de temblar.

Tras dejar atrás el Trono del Rey, que es una roca elevada y fina que parece una silla de respaldo alto, localizo enseguida dos esbeltos árboles inclinados ligeramente el uno hacia el otro, cuyas ramas parecen brazos que se enredan en un abrazo. Sonríe, y por un breve instante olvido el nerviosismo que me atenaza.

—Solo queda un punto más —dice Sam, devolviéndome a la desoladora realidad.

Llegamos al Puesto de Observación cinco minutos después. En total, la caminata ha durado una hora y diez minutos, y las sombras se alargan a la vez que se agota la última luz del crepúsculo. Sin previo aviso, un hondo gruñido

resuena a mi lado. Bajo la vista. *Bernie Kosar* está enseñando los dientes, y tiene el pelo erizado a lo largo de la columna y los ojos clavados en dirección a la caverna. Empieza a retroceder.

—Tranquilo, *Bernie Kosar* —le digo, dándole palmaditas en el lomo.

Sam y yo nos tumbamos boca abajo en el suelo para contemplar el pequeño valle que se extiende en la entrada casi imperceptible de la caverna. Es mucho más grande de lo que esperaba (más de cinco metros de alto y de ancho), pero también mucho mejor escondida. Hay algo cubriéndola, seguramente una red o una lona, que hace que se confunda con el entorno; tienes que saber que hay algo ahí para verlo.

—Una ubicación perfecta —susurra Sam.

—Desde luego.

Mi nerviosismo se convierte rápidamente en puro terror. Por poco que sepamos sobre la caverna, una cosa es segura, y es que estará sobrada de armas, bestias y trampas capaces de matarnos. Podría morir en los próximos veinte minutos. Y Sam también.

—¿De quién ha sido la idea, por cierto? —pregunto.

—Tuya —contesta Sam, sofocando una risotada.

—La verdad es que a veces tengo ideas muy estúpidas.

—Ya te digo, pero recuperar tu Cofre es importante.

—Dentro hay un montón de cosas que ni siquiera sé para qué sirven... pero es posible que ellos sí. —Entonces, algo me llama la atención—. Mira el suelo que hay delante de la entrada —digo, señalando una masa difusa de objetos oscuros desperdigados frente a la boca de la caverna.

—¿Te refieres a esas rocas?

—No son rocas. Son animales muertos —contesto.

Sam menea la cabeza al decir:

—Fantástico.

No debería estar tan sorprendido, porque Seis nos había avisado, pero verlos incrementa si cabe mi sensación de horror. Mis pensamientos se disparan.

—En fin —digo, incorporándome—. El presente es lo único que tenemos.

Doy un beso a *Bernie Kosar* en la cabeza y después le acaricio todo el lomo con la mano, deseando que esta no sea la última vez que le vea. Él me comunica que no vaya, y yo le respondo que no me queda más remedio que hacerlo.

—Eres el mejor, *Bernie*. Te quiero, amiguito.

Acto seguido, me pongo en pie y envuelvo la mano derecha con el faldón de mi camisa para poder coger la xitharis de la mochila sin tocarla directamente.

Sam toquetea los botones de su reloj digital, preparando el cronómetro. No podremos verlo a partir del momento en que nos hagamos invisibles, pero cuando se agote el tiempo sonará la alarma. Aunque, para entonces, supongo que ya nos habremos dado cuenta.

—¿Preparado?—pregunto.

Juntos damos el primer paso, después el segundo, y ya hemos iniciado el camino que muy posiblemente nos conducirá a la muerte en los próximos minutos. Miro atrás una sola vez, cuando ya casi hemos llegado a la caverna, y veo a *Bernie Kosar* mirándonos fijamente.

CAPÍTULO VEINTINUEVE



NOS ACERCAMOS TODO LO POSIBLE A LA CAVERNA SIN que nos vean y nos agazapamos detrás de un árbol. Coloco la piedra xitharis encima de la parte pegajosa de un trozo de cinta aislante. Sam se mantiene en guardia con los dedos rodeando el cronómetro.

—¿Listo? —pregunto, y él asiente.

Me pego la cinta con la xitharis en la parte más baja del esternón, y acto seguido me desvanezco mientras Sam pulsa el botón del reloj, provocando un leve pitido electrónico. Cojo la mano de mi amigo, y juntos salimos de detrás del árbol y corremos hacia la caverna. No tenemos que concentrarnos en nada más por ahora, y con esa idea en mente me siento menos nervioso de lo que estaba durante el camino.

La boca de la cueva está cubierta con una gran lona de camuflaje. Franqueamos el cementerio de animales procurando no pisar ninguno, cosa harto difícil cuando no tienes el lujo de verte los pies. Aprovechando que no hay mogos en la entrada, me acerco a toda prisa a la lona y la aparto con cierta brusquedad. Sam y yo nos precipitamos dentro, y en ese momento cuatro guardias se levantan de repente de sus asientos y levantan unos cañones cilíndricos parecidos

al que tenía el rastreador que me apuntó a la frente durante el asalto de Florida. Nos quedamos quietos como estatuas por un breve instante, y a continuación pasamos frente a ellos a hurtadillas, confiando en que atribuyan el movimiento súbito de la lona a un golpe de viento.

Siento una fresca brisa procedente de un sistema de ventilación y el aire es extrañamente fresco, cosa que no esperaba teniendo en cuenta que está impregnado de un gas venenoso. Las paredes grises son lisas como el sílex, y unos conductos eléctricos conectan las tenues luces, alineadas y separadas por una distancia de cinco metros.

Pasamos por delante de más rastreadores y nos escabullimos sin ser detectados. La ansiedad provocada por el cronómetro al marcar los segundos nos pone los nervios de punta. Avanzamos a paso rápido, corriendo, de puntillas, caminando. Y cuando el túnel se estrecha y empieza a descender de forma continuada, nos pegamos a uno de los lados. El aire se hace más caliente y sofocante, y al final del túnel se divisa un resplandor carmesí. Nos aproximamos a él con paso cauteloso hasta llegar al palpitante corazón de la caverna.

El gran salón central es mucho más amplio de lo que había imaginado al escuchar la descripción de Seis. Una larga repisa recorre en forma de espiral las paredes circulares, desde lo alto hasta el suelo, dando a la estancia la apariencia de una colmena. Como reforzando esa impresión, el salón es un hervidero de actividad: en él vemos centenares de mogos cruzando los estrechos puentes de piedra en forma de arco, entrando y saliendo de los túneles. Unos ochocientos metros distan entre la parte más profunda de la sima y el elevado y amplio techo, y Sam y yo estamos situados casi en el centro de todo. Dos enormes columnas brotan del suelo y se elevan hasta el techo para impedir que toda la estructura se venga abajo. A nuestro alrededor hay un número infinito de pasadizos.

—Dios mío —susurra Sam sobrecogido mientras asimila la escena—. Explorar todo esto llevaría meses.

Mi mirada se ve atraída por un lago lleno de un líquido verde fosforescente que hay mucho más abajo. Incluso a la distancia a la que nos encontramos, el calor que desprende dificulta la respiración. Sin embargo, a pesar de las temperaturas abrasadoras, hay veinte o treinta mogos trabajando en torno a él: llenan carros con la sustancia burbujeante y se la llevan a toda prisa. Entonces mi mirada se desliza más allá del lago verde.

—Creo que no es muy difícil adivinar qué encontraríamos en ese túnel con barrotes gigantes —susurro.

Es tres veces más alto y más ancho que el pasadizo que nos ha traído hasta aquí, y lo recorre un entramado de pesadas barras de hierro tras las cuales debe de haber encerradas todo tipo de bestias. Oímos sus aullidos procedentes de ahí abajo, hondos y casi apenados. Una cosa queda clara de inmediato: su número

no es escaso ni mucho menos.

—Tardaríamos meses, literalmente —repite Sam con un susurro asombrado.

—Bueno, pues tenemos menos de una hora —le respondo, susurrando también—. Así que no nos durmamos.

—Creo que podemos descartar directamente todos esos túneles estrechos que parecen bloqueados.

—Opino lo mismo. Podríamos empezar por el que tenemos justo enfrente —propongo, mirando lo que parece la arteria principal del gran salón, más amplia y mejor iluminada que las demás, y que tiene un mayor tráfico de mogos entrando y saliendo. El puente que lleva hasta allí es un largo arco de roca maciza que no debe de tener más de medio metro de ancho—. ¿Te ves capaz de cruzar ese arco?

—Ahora mismo lo sabremos —contesta él.

—¿Quieres ir delante o detrás? —le pregunto.

—Mejor delante.

Sam da los primeros pasos con vacilación. Dado que tenemos que avanzar cogidos de la mano, los primeros diez o doce metros los recorremos de lado, arrastrando los pies. Tardamos una eternidad, y si queremos llegar al otro lado y luego volver, tendremos que hacerlo mucho más rápido.

—Hagas lo que hagas, no mires abajo —le digo a Sam.

—No me vengas con topicazos —contesta él, armándose de valor.

Avanzamos lentamente, y yo desearía verme los pies aunque fuera solo para superar este obstáculo. Estoy tan concentrado en no caer que no me doy cuenta de que Sam se para delante de mí, y tropiezo con él. Los dos estamos a punto de precipitarnos desde el puente.

—¿Qué haces? —le increpo, con el corazón martilleándome el pecho.

Levanto la vista y entiendo por qué se ha detenido. Un soldado mogadoriano viene a toda prisa hacia nosotros. Se acerca hacia nosotros al trote, y está casi tan cerca que nos queda muy poco tiempo para reaccionar.

—No hay escapatoria posible —dice Sam.

El soldado sigue adelante, llevando en los brazos un bulto envuelto en algún material, y, cuando lo tenemos casi encima, noto que Sam se agacha. Un segundo después, los pies del mogo se separan de la roca. El soldado, cogido completamente por sorpresa, cae por el borde del puente pero logra sujetarse a él con una mano mientras el bulto que llevaba se precipita hacia abajo. Suelta un grito de dolor cuando mi pie invisible le aplasta los dedos, y finalmente se suelta y cae al vacío. Se estrella mucho más abajo con un repulsivo golpe sordo.

Sam acelera el paso antes de que nos sobrevengan más calamidades. Todos los mogos de la zona se han parado en seco, intercambiando expresiones desconcertadas. Me pregunto si creerán que lo que acaba de ocurrir ha sido un accidente o si se han puesto en guardia.

Mi amigo me aprieta la mano con alivio cuando llegamos al otro lado y sigue adelante con decisión, lleno de confianza tras haber matado al soldado.

El primer pasillo que encontramos es amplio y concurrido, y Sam y yo no tardamos en comprender que hemos errado el camino; las estancias por las que pasamos son de carácter exclusivamente privado, y parece ser que toda esa ala es donde viven los mogos: cuevas con camas, un gran comedor con cientos de mesas, un campo de tiro. Corremos hacia otro pasillo cercano pero el resultado es el mismo, así que nos metemos en un tercero.

Se trata de un túnel tortuoso por el que nos adentramos en la montaña. El camino principal tiene varias bifurcaciones, y Sam y yo tomamos una u otra al azar, basándonos en la pura intuición. Aparte del salón principal en el que hemos estado, el resto de la montaña está atravesado por una red de pasadizos de piedra húmeda interconectados, por los cuales se llega a diversas estancias que alojan centros de investigación con mesas de análisis, ordenadores e instrumentos brillantes y afilados. Pasamos a toda prisa por delante de varios laboratorios científicos que ambos deseáramos tener tiempo de explorar. Habremos recorrido un par de kilómetros o tal vez tres, y la tensión me llena las venas a cada pasillo que tanteamos sin éxito.

—Nos quedan menos de quince minutos, John.

—Eso ya lo sé —susurro, desesperado e irritado mientras se agotan rápidamente mis esperanzas.

Cuando doblamos otro recodo y ascendemos rápidamente por una pendiente constante, pasamos por delante de lo que más tememos: una sala llena de celdas para prisioneros. Sam se para en seco mientras me sujeta la mano con fuerza, haciendo que yo también me detenga. Veinte o treinta mogadorianos guardan más de cuarenta celdas dispuestas en fila, todas ellas con pesadas puertas de acero. Delante de cada una hay un efervescente campo de fuerza azul que parpadea por el efecto de la electricidad.

—Mira estas celdas —me dice, y sé que está pensando en su padre.

—Espera un segundo. —Una idea me ha venido a la cabeza de repente. Debería haber caído antes.

—¿Qué pasa? —pregunta Sam.

—Ya sé dónde está el Cofre.

—¿En serio?

—Qué idiota he sido —susurro—. Sam, ¿a qué parte de todo este infierno te negarías a ir si te dieran a elegir solo una?

—Al foso de las bestias aullantes —responde sin dudarle ni un segundo.

—Eso es. Venga, vamos allá.

Dicho esto, le llevo de vuelta por el pasillo que nos llevará al centro de la caverna, pero, antes de dejar atrás las celdas, una puerta se abre con un estrépito metálico y Sam me tira de la mano para obligarme a parar.

—Mira —me dice.

La puerta de la celda más cercana está abierta de par en par. Dos guardias entran en ella. Durante diez segundos emiten unas palabras airadas en su idioma nativo y, cuando salen, lo hacen tirando de los brazos de un hombre pálido y escuálido que no debe de llegar a los treinta años. Está tan débil que le cuesta trabajo caminar, y Sam me aprieta la mano con más fuerza cuando ve a los guardias dándole empujones. Uno de ellos abre otra puerta, y los tres desaparecen por ella.

—¿A quiénes tendrán ahí encerrados? —me pregunta mientras tiro de él para hacerle andar.

—Tenemos que irnos, Sam —le apremio—. No tenemos tiempo para eso.

—Están torturando a alguien, John —me dice cuando llegamos a la colmena central—. A seres humanos.

—Ya lo sé —le digo mientras recorro la inmensa sala con la vista en busca del camino más rápido hacia abajo. Hay mogos por todas partes, pero me he acostumbrado tanto a su presencia que ya no me preocupo por ellos. Además, algo me dice que pronto voy a encontrar algo mucho más espantoso que rastreadores y soldados.

—A gente con familias que seguramente no tienen ni idea de su paradero —murmura Sam.

—Sí, sí, ya lo sé —le digo—. Venga, ya hablaremos de eso cuando hayamos salido de aquí. A lo mejor Seis tiene algún plan para liberarlos.

Recorremos a toda prisa la repisa que desciende en espiral y nos disponemos a bajar por una alta escalera de mano, pero enseguida descubrimos que es casi imposible hacer eso sin soltar la mano del que está encima. Miro abajo. Queda todavía un buen trecho.

—Vamos a tener que saltar —le digo a Sam—. Si no, vamos a tardar como diez minutos en llegar hasta allí abajo.

—¿Saltar? —pregunta él, perplejo—. Nos vamos a matar.

—No te preocupes —le reconforto—. Yo te cogeré.

—¿Y se puede saber cómo me vas a coger si tengo que estar todo el rato cogiéndote de la mano?

Pero no hay tiempo para explicaciones ni debates. Hago una profunda inspiración y salto desde la repisa, a treinta metros de altura sobre el fondo de la caverna. Sam suelta un grito al caer conmigo, pero el continuo traqueteo de las máquinas ahoga el ruido. Mis pies tocan la implacable piedra, y la fuerza del golpe me tumba de espaldas, pero no dejo de sujetar con fuerza a Sam, que cae encima de mí.

—No vuelvas a hacer eso nunca más —me advierte mientras se pone en pie.

En el nivel más bajo hace tanto calor que nos resulta casi imposible respirar, pero aun así rodeamos corriendo el lago verde en dirección a la gigantesca reja

que mantiene a las bestias encerradas. Una vez allí, nos llega un soplo de viento a través de los barrotes, y deduzco que las constantes ráfagas de aire fresco son las que impiden que el gas tóxico penetre en este túnel.

—John, estoy seguro de que no nos queda más tiempo —me apremia Sam.

—Ya lo sé —le digo, dejando pasar un grupo de unos diez mogos por delante de nosotros.

Entramos en un túnel oscuro. Las paredes parecen cubiertas de mucosidad, y una serie de cámaras aisladas con barrotes se alinean a cada lado del pasadizo. En la mitad del techo hay unos diez ventiladores industriales enormes en funcionamiento, todos ellos enfocados en dirección a la entrada que acabamos de atravesar, lo que permite que el aire se mantenga fresco y húmedo. Algunas de las cámaras son pequeñas y otras más grandes, y de todas ellas surgen sonidos feroces. En la primera jaula de la izquierda hay entre veinte y treinta kral que saltan unos encima de otros sin dejar de soltar agudos chillidos. Encerrada a nuestra derecha hay una manada de perros de aspecto demoníaco. Son del tamaño de un lobo, con ojos amarillos y sin pelo. A su lado se alza una criatura parecida a un trol, con la nariz cubierta de verrugas y todo. Más allá, en una celda más grande, un monstruoso piken no muy distinto al que irrumpió por la pared de la cárcel por la mañana se pasea de un lado a otro, olfateando el aire.

—Creo que no vale la pena que nos molestemos con estas jaulas pequeñas —digo—. Si mi Cofre está aquí, lo habrán guardado en la sala más grande de todas, la del final del túnel. No quiero ni imaginarme qué clase de bestia necesita una puerta tan grande para poder pasar.

—Nos deben de quedar segundos, John.

—Entonces, es mejor que nos demos prisa —contesto, tirando de Sam mientras paso con rapidez frente a la galería de los horrores que hay aquí reunida: criaturas aladas parecidas a gárgolas, monstruos de seis brazos y piel roja, algunos piken de seis metros de alto, un reptil mutante de cuerpo aplanado y con cuernos en forma de tridentes, un monstruo de piel tan transparente que deja a la vista todos sus órganos internos.

—Hala —digo, parándome frente a un conjunto de depósitos y recipientes cilíndricos, la mayoría de ellos plateados, aunque dos son de color cobre y están cubiertos de indicadores térmicos. Es algún tipo de sala de calderas, deduzco.

—Esto debe de ser lo que hace funcionar todo el tinglado —dice Sam.

—Seguramente —contesto.

El silo más grande llega hasta el techo, y todos los depósitos están conectados mediante pesadas tuberías, caños y conductos de aluminio. Al lado del silo hay un panel de control fijado a la pared del que salen un montón de cables eléctricos.

—Venga, vamos —dice Sam, tirándome de la mano con impaciencia.

Juntos corremos por el tramo que falta hasta el final del túnel. Allí hay una

puerta gigantesca de acero macizo, de unos quince metros de alto y de ancho. A la derecha hay una portezuela de madera. No está cerrada con llave, y enseguida comprendo por qué.

—Dios santo —susurra Sam, al descubrir la enormidad de la bestia.

Yo mismo me quedo pasmado por un momento, incapaz de apartar la vista de la descomunal mole desparramada en el rincón más alejado de la sala. Tiene los ojos cerrados y respira de forma rítmica. De pie, la bestia debe de medir quince metros, y por lo que llego a ver diría que su cuerpo oscuro tiene forma humana, aunque con los brazos mucho más largos.

—No quiero pasar ni un segundo más aquí —comenta Sam.

—¿Estás seguro? —le pregunto, dándole un codazo para desviar su mirada del monstruo—. Mira ahí.

En el centro de la sala, encima de un ancho pedestal de piedra a la altura de los ojos, está mi Cofre. Y justo a su lado hay otro de idéntica apariencia. Ambos están al alcance de la mano. Es decir, si no fuera por los barrotes de metal que los aíslan, el campo de fuerza eléctrico que zumba y chisporrotea sobre estos, y el foso de líquido verde y humeante que los rodea. Eso por no hablar de la mole durmiente.

—Ese no es el cofre de Seis —observo.

—¿Qué dices? ¿Y de quién va a ser si no? —pregunta Sam, confuso.

—En Florida nos encontraron, Sam. Y lo hicieron abriendo el cofre de Seis.

—Sí, es verdad.

—Pero mira ese candado. ¿Por qué volverían a ponerlo otra vez en un cofre que les ha costado un montón de esfuerzo abrir? Creo que ese de ahí no lo han abierto nunca.

—Puede que tengas razón.

—Podría ser de cualquiera de nosotros —susurro, meneando la cabeza sin dejar de mirar ambos cofres—. Del Número Cinco, o del Nueve, o de cualquiera que todavía siga con vida.

—Entonces, ¿robaron el cofre y no mataron al guardián?

—Es lo que han hecho con el mío. O puede que hayan atrapado a uno de nosotros y le hayan encerrado aquí como hicieron con Seis —reflexiono.

Sam no tiene tiempo de responder, porque justo entonces empieza a pitar la alarma del cronómetro. Tres segundos después resuena por todas las paredes de la gruta el lamento de cien sirenas.

—Mierda —digo, girando la cabeza—. Te estoy viendo, Sam.

Él asiente con una expresión de pánico en el rostro.

—Yo también te estoy viendo —dice, soltándose la mano.

Cuando miro por encima del hombro de Sam, veo que los ojos de la bestia se han abierto. Son blancos e inexpresivos, y apuntan hacia nosotros.

CAPÍTULO TREINTA



EL RUIDO DE DISPAROS ME DEJA UN ZUMBIDO EN LOS oídos mucho tiempo después de haber cesado. Por la boca del arma todavía está saliendo humo, pero Crayton no pierde el tiempo: deja caer el cargador y coloca otro en su sitio. Los montones de ceniza forman una espesa bruma en el aire. Nos quedamos en el sitio, esperando, Eli y yo detrás de Crayton. Él mantiene la pistola levantada, con el dedo preparado en el gatillo. Un mogadoriano aparece por la entrada con una especie de cañón en la mano, pero Crayton dispara primero, partiéndolo por la mitad y lanzándolo hacia atrás. El mogadoriano explota antes de golpear la pared. Un segundo enemigo aparece empuñando la misma arma destellante con la que me hirieron el brazo, pero Crayton acaba con él antes de que llegue a utilizarla.

—Ya saben dónde estamos. ¡Vamos! —grita, corriendo escaleras abajo antes de que me dé tiempo a ofrecerme a bajarnos por la ventana con la telequinesia.

Eli y yo le seguimos, aún cogidas de la mano. Después del segundo tramo de escalones Crayton se detiene, frotándose los ojos.

—Me ha entrado demasiada ceniza en los ojos. No veo nada —dice—. Marina, ve tú delante ahora. Si aparece algo frente a nosotros, grita y apártate

corriendo.

Yo me coloco el Cofre bajo el brazo izquierdo y Eli camina en el centro, cogiendo mi otra mano y la izquierda de Crayton. Los conduzco escaleras abajo, y, nada más cruzar la puerta de roble rota, la torre explota sobre nuestras cabezas.

Yo grito y me agacho, tirando del brazo de Eli. Crayton empieza a disparar de forma instintiva. Su arma descarga una rápida ráfaga de munición (de ocho a diez balas por segundo), y veo un grupo entero de mogadorianos caer al suelo. Crayton deja de disparar.

—Marina —me dice sin verme, y me indica que siga con una inclinación de cabeza.

Yo me vuelvo hacia el pasadizo, lleno de cenizas.

—Creo que está despejado —digo.

Pero nada más salir esas palabras de mi boca, un mogadoriano sale por una puerta abierta y dispara un meteorito blanco hacia nosotros, tan luminoso que no podemos mirarlo directamente. Nos agachamos justo a tiempo, y escapamos de la blanca muerte por un pelo. Crayton levanta su pistola rápidamente y responde con una ráfaga de balas que matan instantáneamente a nuestro atacante.

Yo sigo guiando hacia delante. No tengo ni idea de cuántos mogadorianos ha matado Crayton, pero el suelo está cubierto de una espesa capa de hollín que nos mancha los pies y los tobillos. Nos detenemos al llegar al principio de los escalones. La luz del exterior entra por las ventanas a través de la ceniza que se va aposentando, y Crayton ya puede ver. Ahora él asume la dirección, sujetando con fuerza la pistola contra su pecho mientras se mantiene oculto detrás de la esquina. Cuando la hayamos doblado, solo nos separarán de la salida los escalones, un pasillo corto, el fondo de la nave y el vestíbulo principal. Crayton inspira profundamente, asiente con la cabeza y dobla la esquina con el arma en ristre. Pero no hay nada a lo que disparar.

—Vamos —ordena.

Nosotras le seguimos y él nos conduce por el fondo de la nave, que está carbonizado por el fuego. Durante un segundo vislumbro el cuerpo de Adelina, que se ve muy pequeño desde donde estamos. El corazón me duele al verla. « Sé valiente, Marina », resuenan sus palabras en mi cabeza.

Una explosión estalla contra el muro exterior de nuestra derecha. Las piedras saltan hacia dentro, y yo levanto la mano instintivamente para evitar que nos den a Eli y a mí. Pero Crayton se ve arrastrado con fuerza hacia el muro de la izquierda y choca contra él con un gemido. El arma se le cae de las manos golpeteando por el suelo, y en ese momento un mogadoriano entra en la iglesia por el agujero que se ha creado asiendo un cañón. Con un movimiento fluido, yo lo lanzo de espaldas con la mente, atraigo la pistola de Crayton hacia mi mano y aprieto el gatillo. El retroceso es mucho más fuerte de lo que esperaba y el arma

casi se me cae al suelo, pero enseguida me recupero y sigo disparando hasta que el mogadoriano queda reducido a cenizas.

—Toma —digo a Eli, entregándole el arma. Por la naturalidad con que la coge, deduzco que no es la primera vez que tiene una entre sus manos.

Corro hacia Crayton. Tiene el brazo roto, y le sale sangre de unos cortes en la cabeza y la cara. Pero sus ojos están abiertos y alerta. Yo le agarro la muñeca con las manos y cierro los ojos, mientras siento el frío cosquilleo avanzar por mi cuerpo y extenderse hacia el suyo. Veo los huesos de su brazo moverse bajo la piel, y los cortes de su cara cerrarse y desaparecer. Su pecho se expande y se contrae tan rápido que creo que le van a explotar los pulmones, pero entonces vuelve a relajarse. Crayton se incorpora y mueve el brazo con normalidad.

—Buen trabajo —dice.

Luego recupera su arma de las manos de Eli y trepamos por el agujero del muro para salir al exterior del convento. Ella y yo corremos en dirección a la verja, pero no veo a nadie por allí; Crayton va haciendo barridos con su arma en busca de alguna razón para dispararla. De repente, mi mirada se desvía por encima de él hacia un destello rojo procedente del tejado de la iglesia. Con un fuerte estallido, el cohete que acaban de disparar se precipita hacia Crayton. Yo miro la punta del cohete y levanto las manos. Concentrándome más que nunca, consigo desviar ligeramente su trayectoria en el último momento. El cohete falla el blanco y se desvía a la montaña, donde impacta levantando una columna de fuego. Crayton nos apremia a que crucemos la verja, mientras se mantiene alerta y con la pistola a punto. Al llegar a nosotras, se detiene y gira sobre sí mismo. Menea la cabeza, pensativo.

—No está aquí —dice.

A nuestras espaldas, oímos las puertas de la iglesia abrirse de un golpe. Justo antes de que Crayton se dé la vuelta y empiece a disparar, el rechinar de unos neumáticos rasga el aire. Una lona de plástico cae al suelo y revela un camión que da un bandazo mientras Héctor, con ojos desorbitados, acelera. Viene a toda velocidad hacia donde estamos y al llegar pisa a fondo el freno. El camión se para con un chirrido, y Héctor abre la puerta del acompañante. Lanzo el Cofre a su lado, y luego Eli y yo nos encaramamos al vehículo. Crayton se queda allí el tiempo suficiente para vaciar el cargador de su arma contra los mogadorianos que salen por la puerta de la iglesia. Varios de ellos se desploman, pero hay demasiados como para acabar con todos. Crayton entra en el camión y cierra de un portazo, y los neumáticos se montan sobre los adoquines en un intento por conseguir la tracción necesaria. Se oye otro cohete aproximándose, pero los neumáticos agarran al fin y salimos disparados por la calle principal.

—Te quiero, Héctor —digo. No puedo evitarlo: verlo al volante me llena de un cariño desbordante.

—Yo también te quiero, Marina. Ya te lo decía, con Héctor Ricardo estás a

salvo. Yo cuidaré de ti.

—No lo he dudado nunca —replico yo, aunque es mentira; he dudado de él esta misma mañana.

Llegamos al final de la ladera y pasamos zumbando junto a las señales del término municipal.

Yo me vuelvo y miro por la luna trasera, mientras Santa Teresa se hace más pequeño a nuestras espaldas. Sé que es la última vez que lo veré, y, aunque he tenido que esperar años para marcharme, ahora es el lugar sagrado donde descansará Adelina para siempre. Pronto dejamos atrás el pueblo, que desaparece de nuestra vista.

—Gracias, Marina —dice Héctor.

—¿Por qué?

—Sé que fuiste tú quien curó a mi madre. Me dijo que fuiste tú, que eres su ángel; nunca podré pagarte lo que has hecho.

—Ya lo has hecho, Héctor. Y fue un placer para mí.

—Aún no he podido pagártelo —dice él negando con la cabeza—, pero no te quepa duda de que lo intentaré.

Mientras Crayton llena los cargadores y hace inventario de la munición, Héctor corre por la tortuosa e imprevisible carretera. Rebotamos y derrapamos por curvas cerradas y repentinas pendientes. Pero, a pesar de la velocidad, no tardamos en ver un largo convoy de vehículos siguiéndonos a lo lejos.

—No te preocupes —dice Crayton a Héctor—. Tú llévanos al lago.

Aunque el camión va disparado, el convoy acorta distancias. Al cabo de diez minutos, un destello de luz nos pasa por encima y explota delante de nosotros, en el campo. Héctor agacha instintivamente la cabeza.

—¡Madre mía! —exclama.

Crayton se vuelve y rompe la luna trasera con la culata de su arma. Luego dispara. El vehículo que va a la cabeza del convoy vuelca, y todos gritamos de alegría.

—Eso debería mantenerlos alejados —dice Crayton, apresurándose a recargar.

Y su predicción es cierta durante algunos minutos, pero en cuanto la carretera se vuelve más precaria y empieza a serpentear por la montaña con peligrosos descensos, los vehículos vuelven a alcanzarnos. Héctor murmura al doblar cada curva, con el pie hundido en el acelerador, mientras los neumáticos traseros del camión se deslizan peligrosamente hasta el filo mismo del elevado despeñado.

—Ten cuidado, Héctor —dice Crayton—. No nos mates antes de llegar. Al menos danos una oportunidad.

—Tranquilo. Héctor controla —responde él, pero eso no parece reconfortar a Crayton, que se agarra con fuerza al reposacabezas que tiene delante.

Nuestro único salvavidas son las eternas curvas de la carretera, que impiden

que los mogadorianos acierten sus disparos, aunque lo intentan igualmente.

De pronto, al dar una curva especialmente cerrada, Héctor no consigue girar lo bastante rápido y el camión se sale de la carretera. Con un ángulo de setenta y cinco grados, el vehículo cae a toda velocidad por la ladera de la montaña, arrasando árboles jóvenes, haciendo saltar rocas y apenas esquivando los árboles más grandes. Eli y yo chillamos. Crayton grita mientras sale disparado y se estrella contra la luna delantera. Héctor no dice nada; con la mandíbula apretada, maniobra para esquivar o pasar sobre los obstáculos hasta que aterrizamos milagrosamente en otra carretera. El capó del camión está muy abollado y echa humo, pero el motor sigue funcionando.

—Esto es un... un atajo —dice Héctor. Luego pisa el acelerador, y el camión enseguida está rugiendo por la nueva carretera.

—Creo que los hemos despistado —dice Crayton, levantando la vista hacia el despeñadero.

Yo le doy unas palmaditas a Héctor en el hombro y me río. Crayton saca el cañón de su arma por la luna trasera y espera.

Finalmente, el lago aparece ante nuestros ojos. Me pregunto por qué Crayton creará que aquí está nuestra salvación.

—¿Y qué es lo que pasa con este lago? —pregunto.

—No pensarás que he venido a buscarte solo con Eli, ¿verdad?

Por un instante, dudo si decirle que, hasta hace solo unas horas, lo que pensaba era que había venido a matarme. Pero entonces los mogadorianos vuelven a aparecer detrás de nosotros, y Crayton se da la vuelta mientras la mirada de Héctor se desvía hacia el retrovisor.

—Vamos a escaparnos por los pelos —dice Crayton.

—Saldremos de esta, papá —dice Eli, mirándole; al oírla decir eso, mi corazón se llena de afecto. Él le sonríe con cariño, y luego asiente. Eli me aprieta la mano y me dice—: Te va a encantar *Olivia*.

—¿Quién es *Olivia*? —pregunto yo, pero a ella no le da tiempo a contestar antes de que la carretera dé una curva de noventa grados para descender bruscamente hacia el lago.

Eli se tensa entre mis brazos a medida que la carretera se acaba, y Héctor, sin apenas soltar el acelerador, estrella el camión contra la valla de alambrada que rodea el lago. Encontramos un ligero resalto, y los neumáticos se separan por completo del suelo antes de caer con un golpe seco y rebotar hasta la orilla. Héctor acelera hacia el agua y, justo antes de que lleguemos, pisa a fondo el freno para detener el camión, que derrapa por el suelo. Crayton abre la puerta del acompañante con el hombro, corre hacia el lago y se mete en el agua hasta las rodillas. Con el arma aún en la mano izquierda, lanza un objeto con todas sus fuerzas con la derecha y murmura algo en un idioma que no entiendo.

—¡Vamos! —grita, agitando los brazos en el aire como llamando a alguien—.

¡Vamos, *Olivia*!

Héctor, Eli y yo salimos corriendo del camión y nos unimos a él. Yo llevo el Cofre bajo el brazo, y durante un instante veo el agua rizarse y burbujear en el centro del lago.

—Marina, ¿sabes lo que es una quimera? —pregunta Crayton.

Pero antes de que pueda contestarle, aparece en escena un vehículo blindado tipo tanque con una ametralladora en lo alto, corriendo montaña abajo. Mientras se acerca a nosotros, Crayton descarga una ráfaga de balas sobre el parabrisas desde el agua. Inmediatamente el vehículo mogadoriano pierde el control y se estrella contra la parte trasera del camión de Héctor con un estruendo ensordecedor, seguido de chirridos metálicos y ruido de cristales rompiéndose. Mientras una decena de vehículos más del convoy bajan rugiendo por la última pendiente y empiezan a disparar, el mundo estalla en fuego y humo mientras las explosiones sacuden la orilla, haciéndonos caer a los cuatro. Bajo una lluvia de arena y agua, nos ponemos en pie. Crayton me agarra del cuello de la ropa.

—¡Salid de aquí! —grita.

Yo cojo a Eli de la mano y las dos corremos lo más rápido que podemos por el lado izquierdo del lago. Crayton empieza a disparar, pero ahora no oigo un arma, sino dos, y rezo porque sea el dedo de Héctor el que esté apretando el otro gatillo.

Corremos hacia un grupo de árboles que se yerguen en la ladera y descienden hasta la orilla misma. Nuestros pies tabletean sobre las piedras mojadas, y Eli acelera el paso para seguirme el ritmo. Se siguen oyendo disparos repiqueteando en el aire. Justo cuando aflojan, un fuerte rugido atruena sobre nuestras cabezas, haciéndome parar en seco. Me giro para ver qué tipo de criatura ha emitido un grito tan escalofriante, consciente de que no es de este mundo. Un cuello largo y musculoso se eleva el equivalente a diez o quince pisos por encima del agua, con una piel gris brillante. En el extremo, una enorme cabeza de lagarto abre sus escamosos labios para mostrar una dentadura gigantesca.

—¡*Olivia*! —grita Eli.

La quimera se encabrita y suelta otro rugido ensordecedor, interrumpido por una especie de ladridos agudos que descienden por la montaña. Levanto la vista y veo una manada de bestezuelas bajando hacia el lago.

—¿Qué es eso? —pregunto sorprendida a Eli.

—Son los kraul. Un montón de kraul.

Olivia ha estirado todo el cuello, que ahora mide el equivalente a treinta pisos, y, a medida que el resto del cuerpo emerge del agua, su cuello y su torso se vuelven más anchos. Los mogadorianos le disparan inmediatamente, y *Olivia* descarga varios cabezazos contra ellos, formando enormes montones de ceniza. Diviso las siluetas oscuras de Crayton y Héctor, ambos con las armas

centelleando. Los mogadorianos caen de espaldas mientras un centenar de kraul se meten en el lago y nadan hacia *Olivia*. Las criaturas saltan desde el agua para atacar. Muchas trepan con sus garras por el lomo de la quimera y le desgarran el cuello. El agua del lago se tiñe de sangre.

—¡No! —grita Eli. Intenta correr hacia *Olivia*, pero y o la agarro del brazo.

—No puedes volver ahí —le digo.

—¡*Olivia*! —grita ella.

—Sería un suicidio, Eli. Hay demasiados.

La quimera chilla de dolor. Da cabezazos a los lados y atrás, intentando aplastar o morder a las criaturas negras que la han cubierto. Crayton los apunta con su arma, pero decide bajarla al darse cuenta de que lo más probable es que acabe hiriendo a *Olivia*. En lugar de eso, él y Héctor disparan al ejército de mogadorianos, que se están alineando para un nuevo ataque.

Olivia se tambalea a los lados, aúlla a las montañas, y luego regresa al centro del lago y se hunde lentamente en una ola de color rojo. Los kraul la sueltan y regresan a nado junto a los mogadorianos.

—¡No! —Oigo gritar a Crayton entre todo el caos. Le veo meterse en el lago, pero Héctor tira de él hacia la orilla.

—¡Agáchate! —grita Eli, tirándome del brazo. Una ráfaga de aire pasa sobre nosotras. De repente, unas enormes pezuñas negras aterrizan pesadamente junto a mí, y al levantar la vista veo un monstruo con cuernos y una cabeza tan grande como el camión de Héctor. Cuando ruge, levanta un viento que me revuelve el pelo.

—¡Vamos! —grito. Eli y yo corremos a los árboles a refugiarnos.

—Será mejor que nos separemos —dice Eli.

Yo asiento antes de salir disparada hacia la izquierda y acercarme a una vieja haya de ramas nudosas. Deposito allí el Cofre. Instintivamente, levanto las manos y luego las separo. Para mi sorpresa, el tronco del árbol se abre, creando un hueco lo bastante grande como para que quepan dos personas y un cofre de madera en su interior.

Miro a mis espaldas y veo a una bestia persiguiendo a Eli por entre la espesa arboleda. Meto el Cofre al interior del tronco y, usando la telequinesia, arranco dos árboles y los lanzo como misiles contra el lomo de la bestia. Los árboles se astillan contra su oscura piel con un fuerte golpe y la hacen caer de rodillas. Corro hacia Eli y cojo su mano temblorosa para tirar de ella en dirección contraria. El haya con el Cofre aparece ante nuestros ojos.

—¡El árbol, Eli! ¡Métete dentro! —le grito. Ella se sienta encima del Cofre y, para dejarme todo el espacio posible, se vuelve más joven.

—¡Eso era un piken, Marina! ¡Entra! —me apremia, pero, antes de que le dé tiempo a decir nada más, cierro el tronco en torno a ella, dejando solo el espacio necesario para que pueda ver.

—Lo siento —digo por la pequeña grieta, esperando que la bestia no haya visto dónde he metido el Cofre y escondido a mi amiga.

Me doy la vuelta e intento despistar al piken en otra dirección, pero me alcanza enseguida y me golpea por detrás. Tiene una fuerza impresionante, y yo caigo por una pendiente empinada hasta que mis brazos encuentran una roca a la que agarrarse. Al mirar sobre mi hombro, descubro que estoy a menos de un metro de un rocoso precipicio.

En lo alto de la pendiente aparece el piken, que se desplaza hacia un lado hasta quedar orientado encima de mí. Ruge con tanta fuerza que la mente se me queda en blanco. Oigo a Eli llamarme a lo lejos, pero no puedo respirar, y menos aún contestarle.

El piken se lanza pendiente abajo. Yo levanto una mano para arrancar un árbol largo y delgado que tengo cerca y lanzarlo contra el pecho del monstruo. El árbol le atraviesa el pecho con suficiente fuerza como para hacerle perder el equilibrio; entonces se desploma de lado, chillando y despeñándose a toda velocidad hacia mí. Cierro los ojos y me preparo para el impacto. Sin embargo, en lugar de embestirme con todo su peso y tirarme por el precipicio, su cuerpo choca contra la roca a la que estoy agarrada y se catapulta por encima de mí. Miro por encima de mi hombro y veo a la bestia despeñarse por el precipicio.

Al fin puedo concentrarme lo suficiente como para levitar hasta lo alto de la pendiente. Corro hacia el haya, donde están Eli y mi Cofre, y oigo el estallido de un arma una fracción de segundo antes de que me alcance. El dolor es el doble que cualquiera que haya sentido antes, y mis ojos solo ven un telón rojo con destellos blancos. Caigo rodando sin control pendiente abajo, retorciéndome de dolor.

—¡Marina! —Oigo gritar a Eli.

Aterrizo rodando sobre la espalda y quedo de cara al cielo. Me sale sangre de la boca y la nariz. Puedo saborearla. Puedo olerla. Unos cuantos pájaros me sobrevuelan en círculos. Mientras espero la muerte, veo que el cielo se ensombrece con un descomunal montón de nubarrones que chocan y se arremolinan, latiendo como si respiraran. Creo que estoy alucinando, que estoy teniendo visiones antes de morir. Pero entonces una enorme gota de agua me golpea la mejilla derecha. Otra me cae en los ojos y, mientras parpadeo, un relámpago rasga el cielo en dos.

Un enorme mogadoriano, con una armadura negra y dorada está sobre mí, riendo. Aprieta el cañón de su arma contra mi sien y escupe en el suelo. Pero, antes de apretar el gatillo, levanta los ojos hacia la amenazadora tormenta. Rápidamente, me llevo las manos a la herida abierta del abdomen, sintiendo brotar bajo mi piel la sensación fría que tan bien conozco. Entonces, la lluvia se descarga sobre mí y las nubes se convierten en un muro de oscuridad impenetrable.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



LA EXPRESIÓN DE SAM ME DICE QUE HA PERDIDO toda esperanza de salir vivo de aquí. También mis hombros se hunden al mirar los enormes ojos blancos de la bestia que está levantándose delante de nosotros. Se toma su tiempo, estirando su musculoso cuello, en cuyos lados sobresalen unas venas tan gruesas como columnas romanas. La oscura piel de su cara se ve seca y agrietada, como el techo de piedra que tiene encima. Sus largos brazos le dan el aspecto de un gorila alienígena.

Para cuando el gigante ha terminado de erguir sus quince metros de altura, el puño de la daga se ha fundido con mi mano derecha.

—¡Bordéalo! —grito. Sam corre a la izquierda y yo me lanzo hacia la derecha.

El monstruo decide moverse primero hacia Sam, que vira inmediatamente y corre en torno al borde circular del foso. La bestia camina pesadamente hacia él, y es entonces cuando salto hacia ella y hago silbar la daga a diestro y siniestro, cortándole pequeños trozos de carne de las pantorrillas. El dolor le hace echar la cabeza hacia atrás, y se aplasta la nariz contra el techo. Descarga un manotazo hacia mí, y uno de los dedos encuentra mi pierna por detrás y me envía rodando

por los aires. Al chocar con la pared me golpeo el hombro izquierdo, que se me disloca.

—¡John! —grita Sam.

El gigante me lanza otro golpe, pero me aparto de un salto de la trayectoria de su puño; es un ser poderoso, pero lento. Aun así, la gruta en la que estamos no nos permite distanciarnos mucho de él, por lo que sigue teniendo ventaja a pesar de su lentitud.

No consigo ver a Sam mientras tropiezo de roca en roca, pero veo que al gigante le cuesta trabajo seguirme. Calculando que tengo tiempo suficiente, levanto lentamente el brazo izquierdo sobre la cabeza y giro la mano hasta tener la palma apoyada en la nuca. Un dolor lacerante me recorre todo el cuerpo, del cuello a los talones, y antes de que sea más de lo que puedo soportar, sigo estirando la mano hasta notar que el hombro dislocado se encaja de nuevo en su sitio. Me invade una sensación de alivio que se termina al instante, cuando alzo la vista y veo la palma del gigante justo encima de mi cabeza.

Levanto la daga y su hoja rasga la palma del monstruo, pero eso no basta para impedir que me envuelva entre sus dedos y me levante del suelo. La fuerza de su apretón es tal que se me cae la daga al suelo. Oigo el repiqueteo de la hoja de diamante, y estando cabeza abajo estiro el brazo para acercar la daga hacia mí con la telequinesia.

—¡Sam! ¿Dónde estás?

La bestia me vuelve a poner derecho y me sujeta a unos palmos por encima de la nariz. Aunque estoy desorientado, veo a Sam surgir de una grieta de la pared. Se acerca corriendo a la daga y la recoge, y un segundo después el gigante chilla de dolor, cogido por sorpresa. Me aprieta con más intensidad, pero yo empujo sus dedos con todas mis fuerzas. Aprovechando que se tambalea hacia atrás, saco fuera los hombros, brazos y manos. Enciendo las luces de mis palmas y enfoco el lumen directamente a sus ojos. El monstruo queda cegado al instante y retrocede hasta toparse con un muro, y es entonces cuando consigo liberar el resto del cuerpo y saltar.

Sam me lanza la daga y arremeto contra la bestia. Hundo la hoja en el espacio que hay entre cada uno de los dedos de sus pies, y el gigante se dobla en dos con un aullido. En ese momento vuelvo a dirigir el lumen hacia sus ojos. Cuando pierde el equilibrio, desprendo con la telequinesia una gran roca que tiene detrás y la estampo contra la parte baja de su espalda. La bestia se precipita hacia delante con los brazos extendidos para atenuar la caída, y sus enormes manos se hunden en el humeante y verde líquido del foso. Un segundo después se oye el sonido de la carne abrasada. Observo la cabeza inerte del monstruo chocar con la base del campo de fuerza eléctrico y con los gruesos pedestales de piedra que sostienen los cofres. El choque elimina el campo de fuerza y lanza por los aires los pedestales, que vuelan por la sala hasta romperse contra la roca. La

bestia yace inmóvil.

—Dime que lo tenías todo calculado —dice Sam mientras me sigue en dirección a los cofres.

—Ojalá pudiera.

Cuando abro mi Cofre, lo encuentro todo en su sitio, incluida la lata de café con las cenizas de Henri y el inestable cristal envuelto en la toalla.

—Parece que no falta nada —digo.

Sam recoge el otro cofre.

—¿Qué pasará cuando crucemos esa puerta? —dice, señalando con la cabeza la portezuela de madera por la que hemos entrado.

Hemos matado a la bestia y recuperado los cofres, pero no podemos pasearnos por delante de cientos de mogadorianos como cuando éramos invisibles. Abro mi Cofre y manipulo algunos de los cristales y demás objetos, pero sigo sin saber para qué sirven la mayoría de ellos, y aquellos cuyo uso conozco no me servirían para atravesar una montaña repleta de alienígenas. A punto de perder la esperanza, echo un vistazo en torno a la celda y, al examinar la piel fundida y los huesos desintegrados del gigante, me viene una idea.

Con la daga de nuevo metida en el bolsillo de los vaqueros, me acerco lentamente al foso de líquido burbujeante. Hago una profunda inspiración y sumerjo cautelosamente el dedo. Como esperaba, está ardiendo pero solo me cosquillea el dedo, como ocurre con el fuego. Es una especie de lava verde.

—Sam...

—¿Sí?

—Cuando diga que abras la puerta, quiero que lo hagas y te apartes inmediatamente.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta.

A mi mente acuden visiones de cuando Henri pasaba el cristal lórico por todo mi cuerpo mientras yo estaba tumbado en la mesa de centro con las manos sumergidas en llamas. Hundo la mano en el foso y la ahueco para recoger un poco de lava verde con ella. Cierro los ojos y me concentro, y cuando vuelvo a abrirlos el líquido está flotando sobre mi mano formando una perfecta bola llameante.

—Esto —digo.

—Cómo mola.

Sam se acerca corriendo a la puerta de madera, y le hago una señal con la cabeza para indicarle que estoy preparado.

Acto seguido, abre la puerta de golpe y se aparta a la derecha. Un grupo de mogadorianos armados hasta los dientes corren hacia nosotros pero, en cuanto ven la ardiente bola verde que se dirige hacia ellos, intentan dar media vuelta. Justo cuando el proyectil verde está a punto de chocar contra el primer mogo, utilizo la mente para extenderlo como una manta mortal. Cubro a varios de ellos,

que se convierten en cenizas después de sufrir por un instante la tortura infligida por las llamas.

Lanzo bola tras bola de lava verde a los mogos, que caen fulminados. Sam recoge una pila de armas mogadorianas mientras yo, aprovechando una pequeña pausa en el ataque, formo dos bolas verdes más y salgo a toda prisa por la puerta. Sam me sigue con un largo cañón negro bajo cada brazo.

El número de mogos que acuden corriendo por el oscuro túnel es apabullante, y los fogonazos de luz y el aullido ensordecedor de las sirenas que los envuelven bastan para anular los sentidos. Sam aprieta ambos gatillos a la vez y siega línea tras línea de enemigos, pero no dejan de venir. Cuando se le terminan las municiones, coge dos armas más.

—¡No me vendría mal un poco de ayuda! —grita, derribando otra fila de mogos.

—¡Déjame que piense!

Las paredes del túnel, recubiertas de mucosidad, no parecen capaces de propagar un buen fuego, y no tengo bastante lava en las manos como para causar suficiente daño. A mi izquierda se encuentran los silos y depósitos plateados de gas con sus tuberías, caños y conductos de aluminio. Al lado del silo más alto vislumbro el panel de control con los cables eléctricos asomando. En el fondo del pasillo oigo los gritos y rugidos de las bestias encerradas detrás de los barrotes, y me pregunto si estarán muy hambrientas.

Arrojo una bola llameante al panel de control, que se desintegra entre una lluvia de chispas. Los barrotes de las jaulas alineadas en las paredes empiezan a levantarse, y es entonces cuando lanzo la otra bola verde a la base de los silos y depósitos de gas.

Cojo a Sam de la mano y corro con él de vuelta a la gruta del gigante. Cuando se inicia la explosión, meto a mi amigo en el hueco de piedra que media entre la portezuela de madera y la puerta de acero que está levantándose, y dejo que la oleada de llamas me pase por encima. El chisporroteo y el zumbido del fuego me llenan los oídos.

Decenas de kraul salen en tropel de su jaula abierta y atacan a los desprevenidos mogadorianos por detrás; algunos piken irrumpen en el túnel rugiendo y agitando los brazos; el reptil mutante con cuernos se precipita hacia el fondo del túnel, empujando por igual a mogos y kraul bajo las pesadas patas de los piken; las criaturas similares a gárgolas aletean en el techo y se lanzan en picado sobre todo aquello a lo que puedan hincar el diente; y el monstruo de piel transparente hunde sus hileras de dientes en la pantorrilla de un piken. Todo eso ocurre en cuestión de segundos, hasta que un mar de fuego barre a las criaturas.

Al cabo de unos minutos, cuando el fuego se aleja trepando por la galería en espiral donde termina el túnel para seguir sembrando el caos por toda la montaña, veo que el largo pasillo que tengo al frente se ha quedado sembrado de

montones de cenizas y huesos negros de monstruos. Extingo el fuego que me envuelve y me sacudo las manos frotándolas con los muslos.

Sam está algo chamuscado, pero en general no ha sufrido daños.

—Te has lucido, tío —me felicita.

—Salgamos de aquí echando leches, y luego ya tendremos tiempo para celebrarlo.

Me meto mi Cofre bajo el brazo y Sam coge el otro. Atravesamos a todo correr la destrucción causada por el fuego; el hedor a muerte es asfixiante. La escalera de mano ennegrecida que nos espera al final del túnel parece estable, y la subimos con dificultad al tener ambos una sola mano libre. Cuando nuestros pies tocan la quemada repisa que asciende en espiral, damos vueltas y más vueltas por ella sin parar de correr hasta llegar al centro de la caverna.

El infierno que he desencadenado ha causado muchos más daños de lo que esperaba: nos encontramos con pilas y más pilas de cenizas, pero también vemos centenares de mogos saliendo a rastras o de rodillas de diversos túneles y pasillos, quemados o todavía envueltos en llamas, aullando de dolor, incapaces de recoger sus armas, completamente indefensos mientras pasamos saltando sobre ellos. Por encima de nosotros, en las repisas, corren otros soldados, algunos con armas, otros cargando heridos en brazos.

Me cuesta decidir dónde está la salida mientras corro delante de Sam a través de una serie de túneles con mi colgante balanceándose en el cuello. Cogemos del suelo un arma abandonada cada uno y seguimos adelante llevándolas a la altura del pecho y disparando a todo lo que se nos cruza por delante. Aunque no sabemos hacia dónde vamos, no dejamos de correr hasta que llegamos a las celdas con prisioneros humanos. Es entonces cuando tengo la certeza de que nos hemos equivocado de camino. Tiro de Sam en dirección contraria, pero él clava los pies en el suelo y me detiene. Puedo leer la preocupación y la esperanza en su rostro. Las puertas de acero de las celdas se han atascado a dos palmos del suelo, y los efervescentes campos de fuerza azul han desaparecido.

—¡Las celdas están abiertas, John! —grita, dejando su Cofre a mis pies. Suelto el arma para recogerlo, y finalmente dice lo que sabía que estaba pensando—: ¿Y si está aquí mi padre?

Miro a Sam a los ojos, y me doy cuenta de que no me deja opción. Empieza a correr por el lado izquierdo del pasillo y llama a su padre en cada uno de los calabozos. Yo estoy mirando en las celdas de la derecha cuando un chico de mi edad, con el pelo negro y largo, asoma la cabeza por una puerta y me ve. Antes de salir, saca una mano con precaución.

—¿Ha desaparecido del todo el campo de fuerza? —grita.

—¡Eso creo! —le contesto.

Sam se echa el arma sobre el hombro y agacha la cabeza bajo la puerta de la celda del chico.

—¿Conoces a un hombre llamado Malcolm Goode? ¿De cuarenta años, pelo castaño? ¿Está aquí? ¿Le has visto?

—Cállate y aparta, chaval —oigo decir al chico. Su voz tiene algo de brutal, algo que me intranquiliza, e inmediatamente aparto a Sam a un lado.

El chico agarra la puerta de acero por debajo, la arranca de la pared y la lanza por el pasillo como si fuera un disco. El techo se resquebraja y caen rocas de él, y utilizo la telequinesia para evitar que nos aplasten a Sam y a mí. Antes de que yo pueda decir nada, el chico reaparece sacudiéndose el polvo de las manos. Es más alto y musculoso que yo, y tiene el torso desnudo.

Sam da un paso al frente, y para mi sorpresa apunta el arma a la cabeza del chico.

—¡Dímelo ya! ¿Conoces a mi padre, Malcolm Goode? ¡Por favor!

El chico está más interesado en lo que hay más allá de Sam y su arma: los cofres que llevo bajo los brazos. Es entonces cuando reparo en las tres cicatrices de su pierna. Son iguales que las mías. Es uno de nosotros.

Asombrado, dejo caer el cofre que no es mío.

—¿Qué número eres tú? Yo soy Cuatro.

Él me mira con ojos entornados antes de tenderme la mano.

—Yo soy Nueve. Eres todo un superviviente, Número Cuatro —dice, y se agacha para recoger el cofre que se me ha caído.

Sam baja su arma y se retira para seguir inspeccionando el pasillo, deteniéndose cada tantos segundos para mirar dentro de cada celda. Nueve apoya la mano en el candado de su Cofre, que acto seguido tiembla y se abre con un chasquido. Un fulgor amarillo le ilumina la cara cuando levanta la tapa.

—Eso es —se ríe. Mete la mano dentro, saca una piedrecilla roja y me la muestra—. ¿Tú también tienes una de estas?

—No lo sé. Puede ser. —Me avergüenza lo poco que sé sobre el contenido de mi propio Cofre.

Nueve se coloca la piedra entre los nudillos y apunta con el puño hacia la pared más cercana. De él surge un cono de luz blanca que nos permite ver la celda vacía que hay al otro lado de la pared.

Sam se acerca corriendo a nosotros, diciendo:

—¡Oye! ¿Tienes visión de rayos X?

—¿Cuál es el número del flacucho? —me pregunta Nueve, rebuscando de nuevo en su Cofre.

—Se llama Sam. No es lórico, pero es un aliado nuestro. Está buscando a su padre.

Nueve le lanza la piedrecilla roja y le dice:

—Con esta gema acabarás antes, Sammy. Apunta con ella y aprieta.

—Es humano, colega —le digo—. No puede utilizar estas cosas.

Nueve apoya el pulgar en la frente de Sam, cuyo pelo se pone de punta.

Huelo electricidad en el aire.

—¡Hala! —exclama Sam, trastabillando hacia atrás.

—Dispones de unos diez minutos —dice Nueve mientras vuelve a meter las manos en el Cofre—. Aprovéchalos.

Me quedo atónito al ver que Nueve tiene la capacidad de transferir poderes a los humanos. Sam echa a correr por el pasillo e inspecciona las celdas enfocando el puño hacia ellas. Cuando llega a la gran puerta metálica del final, apunta la roca hacia ella y detrás vemos más de diez mogos. Uno de ellos está juntando cables en un teclado abierto de la pared.

—¡Sam! —grito mientras recojo mi arma—. ¡Atrás!

Fuuuuu. La puerta se levanta y los mogos irrumpen. Sam se aleja a toda prisa, disparando hacia atrás.

—¿Tienes más legados? —pregunto a Nueve, intentando hacerme oír sobre los disparos de mi arma.

Él me lanza un guiño antes de salir pitando y correr por el agrietado techo a supervelocidad. Los mogadorianos no le ven hasta que se ha dejado caer detrás de ellos, y para entonces ya es demasiado tarde. Es como un tornado, y les hace añicos con una fiera que no sabía que los lóricos pudiésemos poseer; hasta Seis estaría impresionada. Sam y yo dejamos de disparar mientras Nueve despedaza a los mogos con las manos desnudas.

Cuando ha terminado, regresa corriendo por la pared izquierda del pasillo antes de cruzar por el techo hasta la pared derecha, dejando una nube de cenizas tras él.

—Antigravedad —dice Sam—. Ese legado sí que mola.

Nueve frena en seco delante de su Cofre y lo cierra de una patada.

—También oigo bastante bien. A kilómetros de distancia —dice.

—Bueno, vámonos —digo, recogiendo mi Cofre del suelo.

Nueve se echa el suyo al hombro como si no pesara nada y su musculoso brazo coge una de las armas del suelo.

—¿Y qué pasa con todas las demás celdas? —pregunta a Sam, abarcando el pasillo con un gesto. Un centenar o más de puertas de acero recorren las paredes del pasillo por el que han entrado los mogos.

—Tenemos que irnos —digo, sabiendo que estamos tentando nuestra suerte. En cuestión de segundos podríamos estar rodeados. Pero no hay forma de convencer a Sam.

Mi amigo ha atravesado corriendo la gran puerta, provisto aún de la piedra roja. De pronto, otra decena de mogadorianos aparecen entre él y nosotros, por una puerta escondida que da a otro túnel. Sam se pega a la pared y dispara. Veo que algunos de los mogos se convierten en cenizas, pero entonces mi visión queda obstruida por una jauría de babeantes kraul.

Centrando mis pensamientos en una gran roca, la lanzo contra las feroces

criaturas y las aplasto casi todas. Nueve atrapa a un kraul por las patas posteriores y lo aplasta contra la pared. Después destroza dos más, y al terminar se vuelve hacia mí, riendo. Estoy a punto de preguntarle qué le hace tanta gracia cuando arroja una roca directamente hacia mí. Apenas tengo tiempo de esquivarla de un salto, y un instante después mi espalda queda cubierta de cenizas negras.

—¡Están en todas partes! —Ríe.

—¡Tenemos que ir con Sam! —Y ya estoy a punto de separarme de Nueve para correr en pos de mi amigo cuando una enorme zarpa de piken nos atrapa a los dos—. ¡Sam! —grito—. ¡Sam!

Pero él no me oye con el atronador sonido de su arma. El monstruo nos empuja en dirección contraria, y, como si todo sucediera a cámara lenta, pierdo de vista a mi mejor amigo. Antes de que pueda lanzar otro grito, el piken nos arroja por los aires en dirección al túnel que queda enfrente. Me estrello contra la pared y aterrizo sobre uno de los cofres, mientras que el otro cae encima de mí. Se me corta la respiración por el impacto. Cuando levanto la cabeza, veo a Nueve escupiendo sangre. Luce una gran sonrisa.

—¿Estás loco? —pregunto—. ¿Cómo puedes estar disfrutando?

—He pasado más de un año encerrado. ¡Este es el mejor día de mi vida!

Dos piken se meten en el túnel con la cabeza gacha, bloqueando el camino hasta Sam. Nueve se limpia la sangre de la barbilla y abre su Cofre para sacar de él un corto tubo plateado, que se estira bruscamente por ambos extremos hasta medir casi dos metros y brillar con un rojo intenso. Después, echa a correr hacia las bestias con la barra sobre la cabeza. Yo me pongo de pie para ayudarle, pero siento una punzada de dolor en las costillas. Revuelvo mi Cofre en busca de la piedra sanadora pero, para cuando la encuentro, Nueve ya ha matado a ambos piken. Le veo correr de vuelta por el techo mientras hace girar la barra a un lado, y cuando está a pocos metros de distancia, me grita que me aparte. El resplandeciente tubo rojo vuela sobre mi cabeza como una jabalina y se clava en la panza de otro piken.

—De nada —dice Nueve antes de que yo pueda articular palabra.

Otro grupito de piken se cuela por la entrada del túnel, apenas más grande que ellos. Cuando me doy la vuelta para escapar, una bandada de aves transparentes con dientes afilados vuela hacia nosotros. Nueve coge una ristra de piedras verdes de su Cofre y la arroja hacia las aves. Las piedras se quedan flotando en el aire y, como haría un agujero negro, absorben a la bandada entera.

Cuando Nueve cierra los ojos, las piedras vuelan hacia los piken, empiezan a girar y sueltan la bandada de aves frente a los descomunales monstruos. Nueve hace un gesto hacia mí y grita:

—¡Lánzales rocas!

Siguiendo sus indicaciones, disparo roca tras roca hacia el caos formado por las bestias. Los piken y las aves caen bajo la lluvia de proyectiles.

Unos cuantos piken más se introducen en el túnel, rugiendo. Cojo a Nueve por el brazo para impedir que se lance hacia ellos.

—Seguirán viniendo sin parar —le digo—. Tenemos que encontrar a Sam y salir de aquí. Número Seis nos espera en otra parte.

Él asiente, y ambos echamos a correr. En la primera salida que encontramos, giramos a la izquierda, sin saber si estamos acercándonos o alejándonos de Sam. A cada recodo aparecen más y más enemigos. Nueve destroza todos los túneles a nuestro paso, derribando techos y paredes con su telequinesia y con rocas lanzadas en puntos estratégicos.

Llegamos a un puente largo y ligeramente arqueado de roca maciza, parecido al que hemos franqueado Sam y yo antes, debajo del cual hay otro estanque de lava verde y humeante. Desde el otro lado del estrecho puente llega una nutrida línea de mogadorianos, y por el túnel que hemos dejado atrás viene directamente hacia nosotros una estampida formada por varios piken.

—¿Qué vamos a hacer? —grito mientras atravesamos el puente.

—Iremos por debajo —responde Nueve.

Al llegar al punto más elevado del puente, me coge de la mano y el mundo se vuelve del revés mientras corremos por la cara inferior del arco. Cuando Nueve me suelta sin previo aviso, mis zapatos siguen pegados de algún modo al puente. Todavía cabeza abajo, extendiendo los brazos al suelo y levanto una masa de lava verde. Para cuando hemos llegado al otro extremo de la sala, tengo una perfecta bola de fuego verde en la mano. La arrojo hacia los mogos que nos siguen por el puente y la visualizo extendiéndose sobre ellos. Antes de meternos en otra estrecha galería, oigo chisporrotear su carne.



Para cuando llegamos a un pronunciado declive, me he quedado sin aliento. Estoy intentando calcular el grado de inclinación de la galería cuando me disparan por detrás. Pierdo el equilibrio y caigo rodando hacia delante a una asombrosa velocidad hasta que el suelo se nivela, y es mi hombro recién dislocado el que recibe el impacto de la caída.

Atenazado por un dolor indescriptible, me doy la vuelta en el suelo para quedar panza abajo. El disparo me ha dado de lleno en la espalda, y los músculos se me contraen presa de un espasmo incontrolable. Apenas puedo respirar, y no digamos buscar el Cofre para usar la piedra sanadora. Lo único que soy capaz de hacer es quedarme mirando los destellos de luz de luna que aparecen y desaparecen al final de la galería. La lona. Está hinchándose y deshinchándose por la acción del viento del bosque. He vuelto al lugar donde empezamos.

Oigo rocas precipitándose detrás de mí. Siento más dolor del que creía imaginable, y no se me ocurre otra solución que salir de la montaña.

«Al frente está la salida. Allí podremos reagruparnos», me digo para animarme.

Si conseguimos llegar afuera, podré curarme, esconder los cofres en el bosque. Y a lo mejor *Bernie Kosar* puede volver con nosotros ahora que hemos destruido los depósitos de gas. Los cuatro mogos que vigilaban la entrada ya no están, y veo a Nueve atravesar la lona de un salto en dirección a los árboles. Lo sigo. Enseguida nos asalta el hedor de los cadáveres de animales muertos, y ambos sentimos arcadas mientras nos adentramos en el bosque. Me dejo caer al suelo apoyándome en un tronco. «Necesito cinco minutos más», pienso. Después podremos ir por Sam. Con las armas en ristre y las manos encendidas.

Nueve rebusca en su Cofre y yo cierro los ojos. Me caen lágrimas por las mejillas. Me sobresalta el contacto de algo rasposo en la mano izquierda. Abro los ojos y veo que es *Bernie Kosar*, bajo su aspecto de beagle, que está laméndome los dedos.

—No lo merezco —le digo—. Soy un cobarde. Estoy maldito.

Bernie repara en mis heridas y lágrimas, y entonces olfatea la cara de Nueve antes de crecer para adoptar la forma de un caballo.

—¡Hala! —exclama Nueve, echándose atrás de un salto—. ¿Qué puñetas es esto?

—Una quimera —murmuro—. Es un buen chico. De Lorien.

Nueve acaricia el morro de *Bernie* y, sin perder tiempo, me coloca una piedra sanadora en la espalda. Mientras siento sus efectos en el cuerpo, me fijo en una amenazadora tormenta que está gestándose sobre la montaña.

El cielo explota de pronto entre relámpagos y truenos, y estoy tan contento de que Seis haya vuelto que me pongo en pie, olvidando el dolor de mi espalda, que no ha terminado de curarse. Las nubes se retuercen y estiran de una forma que nunca había visto antes, y el cielo parece haber adquirido un cariz maligno. No es Seis. No ha vuelto para ayudarnos.

Ante mis ojos se forma en el cielo una nube en forma de embudo que solo había visto en mis peores visiones.

Bernie Kosar se echa atrás mientras una nave, completamente esférica y blanca como una perla, desciende por el ojo del vórtice. La nave se posa justo enfrente de la boca de la caverna, provocando un temblor en el suelo. Tal como había presenciado en las visiones, un lado de la nave parece fundirse para formar una puerta surgida de la nada. El líder mogadoriano de mis visiones acaba de llegar.

—¡Setrákus Ra! —exclama Nueve—. Ya lo tenemos aquí. Esto se pone serio.

El miedo me deja paralizado y sin palabras.

—Así que ese es su nombre —susurro al fin.

—Ese *era* su nombre, mejor dicho. Por cada día que nos torturaron a mí y a mi cêpan, le daré una ración de esto. —En la mano de Nueve resplandece la barra roja, cuyos extremos se extienden formando cuchillas giratorias—. Voy a matarle. Y tú me vas a ayudar.

Setrákus Ra camina hacia la boca de la caverna pero se detiene antes de entrar. Su gigantesca silueta se alza ruda y espectral. Se vuelve en medio de la lluvia torrencial y el viento feroz, y su mirada apunta en nuestra dirección. A pesar de la distancia a la que me encuentro, reconozco perfectamente el leve fulgor de los tres colgantes de su grueso cuello. Nueve y yo nos lanzamos a la carga desde los árboles, con *Bernie Kosar* galopando detrás de nosotros, pero es demasiado tarde. Setrákus Ra ha desaparecido por la boca de la caverna, y sobre la entrada se forma el mismo campo de fuerza azul efervescente que cubría las puertas de las celdas.

—¡No! —grita Nueve, que frena con un patinazo y clava la barra en el suelo.

Todavía con la daga en mano, sigo adelante. Oigo que Nueve me ordena a gritos que me detenga, pero lo único que me importa es matar a Setrákus Ra, salvar a Sam y a su padre y terminar esta guerra aquí mismo, ahora mismo. Pero cuando alcanzo el campo de fuerza azul, todo se vuelve negro.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS



UNOS RELÁMPAGOS CENTELLEAN, Y ACTO SEGUIDO EL trueno retumba. A la luz de los brillantes destellos, veo las nubes expandirse y descargar. Está lloviendo a mares, y el mogadoriano armado me mira desde arriba. Aprieta su cañón contra mi colgante azul y dice algo que no entiendo. La herida del abdomen ya casi se me ha curado, y, a pesar del trueno, oigo a Eli gritar mi nombre.

«Si voy a morir, al menos tengo que liberarla primero —pienso—. Una de nosotras tiene que sobrevivir para contárselo a los demás». Levanto las manos con cuidado y visualizo el tronco abriéndose, y de repente un rayo crepita a lo lejos. Menos de un segundo después, el rayo impacta sobre el mogadoriano que me tiene encañonada y lo convierte en un montón de cenizas barridas por el viento.

Me pongo en pie y veo que solo he abierto el tronco del haya la mitad de lo necesario. Sigo separando las dos partes mientras corro hacia Eli.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Ella sale del tronco y se lanza a mis brazos.

—No te veía —dice, abrazándome con fuerza—. Pensé que te había perdido.

—Todavía no —digo, cogiendo el Cofre—. Vamos.

Cuando damos media vuelta para echar a correr, vemos a nuestros dos aliados viniendo hacia nosotras. Héctor está herido, y se apoya en Crayton rodeándole los hombros con el brazo. El viento y la lluvia arrecian con fuerza. Detrás de ellos puede verse una primera oleada de mogadorianos y kraul corriendo desde la orilla en dirección a ellos. Al verlos, rompo una rama grande de un árbol muerto y la lanzo con fuerza contra la manada de kraul más cercana. La rama consigue derribar a varios, pero enseguida vuelven a levantarse. Un soldado mogadoriano me arroja una granada. La intercepto en pleno vuelo con la mente y la lanzo de vuelta por donde ha venido. La granada explota, y con ella varios mogadorianos y kraul, que caen al suelo formando montoncitos de ceniza encharcada. Yo les echo encima un árbol tras otro, una piedra tras otra, con lo que consigo derribar y matar a muchos más.

—¡Ayúdame! —grita Crayton.

Corro a agarrar a Héctor en su lugar. Tiene un mordisco en el abdomen y un agujero de bala en el brazo, ambos con una fuerte hemorragia.

—¡Vamos, todos! —grita Crayton, sacando balas del bolsillo de su abrigo y deslizándolas dentro del cargador vacío de su arma—. ¡Tenemos que llegar hasta la presa!

Apenas abro la boca para responder, un enorme relámpago estalla sobre nuestras cabezas, propagándose por el cielo como si fueran las venas de los dioses y dejando un inconfundible regusto metálico en el aire. Un trueno ensordecedor reverbera en las montañas. El viento y la lluvia cesan, y las nubes giran y giran en una gigantesca vorágine. Entonces se forma un ojo oscuro y brillante, que nos mira desde la cima de las montañas. Los mogadorianos están tan sorprendidos como nosotros. El viento vuelve a entrar en acción, y con él los nubarrones y los relámpagos, primero despacio y luego ganando velocidad en dirección a nosotros. Es una tormenta perfecta, hermosa en su cataclísmico corazón, distinta a cualquier cosa que haya visto nunca. Incapaces de reaccionar, nos quedamos mirando los nubarrones correr hacia nosotros con un profundo rugido.

—¿Qué está pasando? —grito para hacerme oír por encima del viento huracanado.

—¡No lo sé! —contesta Crayton—. ¡Pero vamos a tener que ponernos a cubierto!

Pero no se mueve, y los demás tampoco. Héctor parece haberse olvidado del dolor de sus heridas y asiste atónito al espectáculo.

—¡Vamos! —grita al fin Crayton, y entonces se da la vuelta y dispara a los mogadorianos para cubrirnos mientras los demás subimos a toda prisa por una colina para luego descender hasta un valle.

Veo a mi derecha la presa, que conecta dos montañas bajas. Está demasiado

lejos como para pensar seriamente que llegaremos hasta allí. Héctor está pálido y se está quedando sin fuerzas, y yo empiezo a buscar un sitio donde parar para curarle. Los disparos de Crayton dejan de oírse. Miro atrás temiendo lo peor, pero simplemente se ha quedado sin munición. Se echa el arma sobre el hombro y corre hasta nosotros.

—¡No vamos a poder llegar a la presa! —grita—. ¡Corramos hacia el lago!

Empieza a llover de nuevo mientras los cuatro cambiamos de rumbo. Las balas pasan a toda velocidad rozando nuestras huellas en la hierba y rebotando contra las rocas. Las nubes se deslizan sobre nosotros con un rugido. Un segundo después, es como si estuviéramos debajo de un puente: la lluvia cesa de pronto. Miro a mis espaldas y veo que, a solo unos pasos por detrás de nosotros, la lluvia sigue cayendo con fuerza. El viento sopla con fiereza, y, de repente, los mogadorianos que nos iban siguiendo se ven inmersos en la peor tormenta que haya visto nunca y desaparecen por completo entre la lluvia.

Nuestros pies resbalan sobre la arena de la orilla, y Eli y Crayton se tiran de cabeza al agua.

—No puedo hacerlo, Marina —dice Héctor, deteniéndose antes de llegar al agua.

Yo dejo el Cofre en el suelo, le cojo de la mano y digo:

—Puedo curarte, Héctor.

—No serviría de nada. No sé nadar.

—Héctor, soy Marina la del mar, ¿recuerdas?

Dejo que el frío cosquilleo se deslice por la punta de mis dedos hacia el agujero de su brazo. Lo veo cambiar de un tono negro y grisáceo a uno rojo, hasta convertirse en un parche oscuro de piel arrugada. Luego me concentro rápidamente en el mordisco que tiene en el abdomen, debajo de la camisa, y Héctor se yergue, lleno de energía. Entonces le miro a los ojos y digo:

—Soy la reina del mar, y nadaré contigo.

—Pero hay que llevar eso —dice Héctor, señalando el Cofre.

—Entonces tendrás que sujetarlo tú —digo antes de entregárselo.

Corremos por el agua hasta que nuestros pies dejan de tocar el fondo, y entonces rodeo el torso de Héctor con el brazo derecho y remo con el izquierdo. Él sujeta el Cofre contra su barriga y flota sobre la espalda, con la cara asomando por la superficie del agua. Eli y Crayton nos esperan en mitad del lago, y yo me acerco con Héctor hacia ellos.

Los nubarrones se disipan, encogiéndose para formar un centenar de penachos grises en el cielo. Los mogadorianos ya no están desdibujados por la tormenta, y en cuanto nos ven se lanzan hacia el lago, con decenas de kraul ladrando frente a ellos.

Una mota negra cae del cielo al desaparecer la última nube; cuanto más se acerca, más empieza a parecerse a un ser humano.

Con un gran colgante azul suspendido del cuello, aterrizo en la orilla, rizando la arena. Es una chica muy guapa, con el pelo negro como el azabache; nada más verla, sé que es la de mis sueños, la que pinté en el muro de la cueva.

—¡Es una de los nuestros! —exclamo.

La chica mira a su alrededor, establece contacto visual conmigo y acto seguido desaparece. Estoy impactada, desolada, pensando que me la he imaginado.

—¿Adónde ha ido? —pregunta Eli. Si ella también la ha visto, entonces comprendo que no me la he imaginado.

En ese instante, veo que los dos kraul más cercanos han salido despedidos hacia atrás. Están flotando en el aire, ladrando y gruñendo a algo que hay a sus espaldas, y entonces chocan uno contra el otro hasta quedar inertes. Uno de ellos sale volando hacia las piernas de dos soldados mogadorianos y el otro se balancea en el aire, chocando contra otros kraul y soldados.

—Invisibilidad. Tiene el legado de la invisibilidad —murmura Crayton.

«¿Es invisible?» . Siento una mezcla de sorpresa y envidia, pero sobre todo de agradecimiento. Cada kraul que toca el agua es empujado hacia atrás por una mano invisible y lanzado con fuerza contra la dura arena o contra un soldado mogadoriano. De repente, un cañón caído se eleva sobre la hierba y comienza a disparar en todas direcciones. Todos los kraul, uno a uno, acaban aniquilados. Decenas de mogadorianos explotan en nubes de ceniza.

Se oyen unos disparos de cañón atronar al otro lado del lago, y al volverme veo veinte mogadorianos o más adentrándose en el agua hasta la cintura. Disparan unos rayos de luz sobre el agua que nos rodea, creando tanto vapor que apenas veo a Héctor frente a mí.

—¿Eli? —grito.

—¡Aquí! —grita ella desde mi izquierda.

—Sujeta a Héctor.

—¿Por qué? —pregunta ella, rodeando el torso de Héctor con su brazo.

—Porque no voy a quedarme aquí mientras esa chica lucha sola. Esta también es mi guerra.

Antes de que nadie pueda detenerme, me sumerjo bajo la superficie y el agua me cosquillea en los pulmones. Buceo más profundo, hasta que el color verde azulado del agua del lago se vuelve gris. Veo el cuerpo descomunal de *Olivia* debajo de mí: yace inerte en el fondo del lago, con nubes de sangre brotando de las heridas de su lomo.

Me dirijo a la otra orilla del lago y, al cabo de un minuto, empiezo a ver las piernas de los mogadorianos. Nado hasta el que está más lejos por la izquierda. Planto los pies en el fondo fangoso y me proyecto fuera del agua. El soldado ni siquiera tiene tiempo de reaccionar cuando lo lanzo hacia el centro del lago con la mente. Luego hago flotar su cañón hasta mis manos, le disparo y no suelto el

gatillo: todos los mogadorianos alineados en la orilla estallan en cenizas, y, cuando los he matado a todos, apunto hacia los cientos que hay junto a los vehículos.

Algo se mueve en el agua detrás de mí, pero no me da tiempo a reaccionar: un kraul salta y hunde sus dientes en mi costado. El dolor es horrible, como si alguien me estuviera marcando con un hierro al rojo vivo. La bestia me lanza de cabeza al agua y luego contra la arena de la orilla. Recupero el aliento y grito mientras el kraul vuelve a lanzarme al agua describiendo un arco. Estoy convencida de que voy a morir, pero de repente sus fauces se abren y me libera. Caigo de bruces sobre la orilla y veo cómo las mandíbulas de la criatura se siguen abriendo hasta que se oye un sonido de huesos crujiendo. Entonces, la chica de pelo negro se materializa ante mí, con las manos sobre los labios temblorosos de la bestia. Ella vuelve a mirarme antes de desencajar del todo las fauces y matar al kraul.

—¿Estás bien? —pregunta.

Yo me levanto la camisa y me coloco la mano en la herida.

—Lo estaré enseguida.

—Bien —dice ella, y se agacha para esquivar un disparo de cañón—. ¿Tú qué número eres?

—Siete.

—Yo soy Seis —dice antes de desaparecer de nuevo.

El frío cosquilleo se propaga de la punta de mis dedos hasta mi cuerpo, pero sé que no podré curarme completamente antes de que me alcance la oleada de soldados mogadorianos que se acercan. Ruedo hasta el lago y me sumerjo bajo el agua. Cuando salgo a la superficie, mi herida está casi curada.

Número Seis está subida en lo alto de uno de los vehículos blindados, blandiendo una reluciente espada. La veo luchar con varios soldados a la vez: cortando extremidades a mandobles, interceptando disparos de cañón con la hoja de su arma, haciendo flotar un cañón muy alto sobre su cabeza con la telequinesia para hacer saltar en pedazos a decenas de mogadorianos en formación. Entonces, lanza la espada contra un racimo de soldados y atraviesa a tres de un golpe. Luego agarra la ametralladora que hay montada sobre el vehículo y acribilla a decenas de mogadorianos en cuestión de segundos.

No quedan más que unos veinte o treinta soldados, y puede que unos cuatro kraul. Mientras con una mano dispara y destruye los vehículos blindados de la orilla, Número Seis sostiene la otra mano por encima de su cabeza. Unas nubes negras se forman sobre las montañas, y los rayos se precipitan contra el suelo a su alrededor y lo resquebrajan. Los mogadorianos dan muestras de miedo por primera vez: veo a unos cuantos soltar sus armas y correr hacia el bosque.

—¡Salid del agua! —grito, temiendo el efecto de los rayos. Eli remolca a Héctor hasta la orilla del lago y Crayton los sigue.

Llego a la orilla, junto a Número Seis, y cojo dos cañones. Manteniendo a

duras penas el equilibrio mientras aprieto ambos gatillos, reduzco a cenizas a más soldados y destruyo a dos de los kraul. Un mogadoriano herido que está escondido tras un vehículo blindado hecho trizas lanza una granada a la espalda de Número Seis, pero yo hago estallar el proyectil por los aires. La explosión hace girar a Número Seis con la ametralladora, y un instante después el soldado no es más que una nube de ceniza.

No puedo dejar de mirar a Número Seis. Su fuerza me tiene hechizada. El colgante azul salta sobre su pecho mientras el cañón de su mano va derribando a más y más soldados. Gira a la izquierda y hace saltar a un kraul en pedazos, y acto seguido gira a la derecha y fulmina otro puñado de mogadorianos con un rayo.

El valle está lleno de luces y humo, húmedo y carbonizado. Miro a mi alrededor y me cuesta creer que vayamos a vencer en cuestión de segundos. Crayton se acerca corriendo. Le lanzo una de mis armas y enseguida está matando a los soldados que huyen al bosque. Héctor corre con mi Cofre, y pronto los tengo a él y a Eli detrás de mí. Sonríe a mis amigos, señalando con la cabeza hacia Número Seis y pensando que lo peor ya ha pasado, pero entonces Eli levanta la mirada por encima de mi cabeza y se pone lívida.

—¡Los piken! —grita.

Cuatro monstruos cornudos bajan corriendo por la ladera a toda velocidad. Justo debajo, Número Seis está ocupada con los pocos soldados y el kraul que quedan. Arranco todos los abetos que puedo y los lanzo disparados como misiles. Cuatro de ellos chocan contra el primer piken, que cae hacia atrás, en la trayectoria de los otros tres, y acaba aplastado y muerto en la estampida.

—¡Número Seis! —grito.

Ella me oye, y entonces señalo a los piken que corren ladera abajo hasta el valle. Ella gira con la ametralladora y dispara a las rodillas del de la izquierda. El monstruo cae rodando más rápido que los dos que siguen corriendo, y Número Seis salta del vehículo blindado una fracción de segundo antes de que el piken muerto se estampe contra él con un fuerte crujido.

Crayton y yo disparamos nuestros cañones a los otros dos monstruos, pero corren demasiado deprisa y se separan al llegar al valle. Las nubes rugen cuando Número Seis se pone en pie, y un enorme rayo se precipita sobre uno de los piken y le corta el brazo. El monstruo brama y cae de rodillas, pero pronto recupera el equilibrio y vuelve a la carga con la sangre saliéndole a borbotones del costado. La otra bestia acude corriendo desde la otra dirección esquivando los disparos de Crayton. Todos corremos hacia Número Seis, pero Héctor va demasiado despacio con mi Cofre en brazos. Los piken se acercan, y, antes de que me dé tiempo a ayudarlo, el monstruo manco le agarra de un zarpazo.

—¡No! —grito—. ¡Héctor!

Estoy tan impactada que, cuando el piken lanza al lago el cuerpo inerte de

Héctor y mi Cofre, no uso la telequinesia para evitar que se hundan.

Número Seis ha matado al otro piken y ahora se vuelve hacia nosotros y levanta ambas manos al cielo. Un rayo corta de un tajo la cabeza del monstruo de un solo brazo.

Por primera vez en todo el día se hace el silencio. Me acerco a Número Seis, y miro a Eli y a Crayton. Contemplando el fuego y la destrucción que han quedado detrás de ellos, tengo la certeza de que a partir de ahora no va a haber muchos momentos de silencio como este en mi vida.

—El Cofre, Marina —dice Crayton—. Tienes que ir a por él.

Yo me vuelvo hacia Número Seis y la abrazo.

—Gracias. Gracias, Número Seis.

—Estoy segura de que algún día podremos repetir —dice ella, estrechándose entre sus brazos—. Y puedes llamarme Seis.

—Yo soy Marina. Estos son Crayton y Eli. Ella es el Número Diez.

Eli da un paso al frente y recupera su aspecto de siete años. Luego tiende la mano hacia Seis, que se queda con la boca abierta, atónita.

Crayton empieza a explicarle lo de Eli y la segunda nave, mientras yo me acerco al lago. Por primera vez siento el frío de sus aguas. Nado hasta el centro y me sumerjo, descendiendo hasta que el agua se vuelve oscura y mis pies tocan el fondo fangoso. Doy varias vueltas hasta que veo el Cofre. Lo balanceo adelante y atrás para despegarlo del fango. Usando un solo brazo para nadar, empiezo a ascender a la superficie. Cuando el agua vuelve a ser azul, veo el cuerpo de Héctor y lo agarro por la cintura con el otro brazo.

Eli y Crayton están de pie junto a Seis, en la orilla. Dejo el Cofre en el suelo y coloco mis manos mojadas sobre la espinilla, el brazo y el cuello de Héctor, por su espalda desgarrada, rezando para que la sensación fría acuda a mis dedos.

—Está muerto —dice Crayton, levantándose por los hombros.

Pero yo no me resigno. Odiándome por no haber hecho lo mismo con Adelina, toco la cara de Héctor. Paso mi mano por su pelo gris. Incluso lo hago levitar unos centímetros sobre la arena y vuelvo a intentarlo desde el principio. Pero Crayton tiene razón: está muerto.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES



ESTOY SUSPENDIDO EN EL AIRE SOBRE LA HIERBA. Estoy flotando sobre un río. Me siento desdichado y dolorido y, cada vez que me atrevo a abrir los ojos, estoy cabeceando sobre un tronco o deslizándome hacia la cima de una montaña rocosa. Oigo un ruido constante, y tardo varios minutos en darme cuenta de que es el sonido de los cascos de *Bernie Kosar*. Estoy tumbado a horcajadas sobre su lomo, y vamos corriendo por las montañas.

—¿Estás despierto? —me pregunta Nueve. Al levantar la cabeza le veo sentado detrás de mí, con nuestros cofres bajo los brazos.

—Ya no sé cómo estoy —digo, cerrando los ojos—. ¿Qué... qué ha pasado?

—Corriste hacia la cosa azul. Y eso es lo peor que puedes hacer en el mundo, sea en este o en Lorien. —Parece molesto, como si le hubiese estropeado su fiesta de cumpleaños.

—¿Dónde está Setrákus Ra? —pregunto.

—Metido en algún lugar de la montaña, el muy cobarde. No conseguí encontrar ninguna otra entrada. Y eso que busqué bien.

Me incorpore sobre el lomo de *Bernie Kosar*, angustiado.

—¿Dónde está Sam? —pregunto.

—No hay nada que hacer, Cuatro. O tu amigo está fiambre, o está colgado cabeza abajo mirando el lado puntiagudo de un puñal.

Suelto un vómito. *Bernie Kosar* se agacha rápidamente para que pueda desmontar de su lomo, y entonces vomito un poco más. Nueve intenta explicarme que las náuseas se me pasarán pronto, que él pasó varias veces por lo mismo cuando intentó escapar de su celda, que la piedra sanadora parece no tener ningún poder contra los efectos del campo de fuerza, pero estoy demasiado mareado con las visiones de Sam siendo torturado como para escucharle. Es mi traición lo que me enferma, y no un campo de fuerza mogadoriano. No creo que pueda perdonarme a mí mismo nunca. Él entró allí por mi culpa, y por mi culpa se quedó atrás. Le di la espalda a mi mejor amigo.

—Tenemos que volver —digo—. Sam volvería a por mí.

—Ni de coña. Ahora no. Estás demasiado hecho polvo, y necesitamos refuerzos.

Me pongo en pie, pero nada más hacerlo caigo sobre las manos y las rodillas.

—Ni siquiera sabes dónde estamos.

—Estamos a unos tres kilómetros de vuestro coche. —Nueve debe de haberse percatado de mi confusión, porque esboza una sonrisa—. Resulta que puedo hablar con los animales. ¿Quién me lo iba a decir? Nuestro amiguito *Bernie Kosar* nos está llevando hacia allá —dice, acariciando su lomo—. ¡Hala, a volar!

Yo estoy demasiado débil como para protestar. *Bernie Kosar* galopa lo más rápido que puede, y su vientre roza las hojas de arbustos y árboles caídos al saltar sobre ellos. Sintiendo todo el cuerpo dolorido, me agarro a su piel mientras serpentearnos arriba y abajo por las montañas, y atravesamos dos ríos rápidos. Las estrellas van apareciendo poco a poco en el firmamento, y sé que muy, muy lejos, una de ellas es el débil destello del sol de Lorien, brillando con fuerza sobre un planeta en estado de hibernación.

—¿Cuál va a ser nuestro siguiente paso? —me pregunta Nueve mientras cabalgamos entre las sombras.

Yo me quedo callado, preguntándome qué paso decidiría dar Henri, qué tipo de expresión tendría su cara. ¿Estaría henchida de orgullo hacia mí por haber recuperado los cofres, por haber rescatado a un miembro de la Guardia y matado tantos mogadorianos durante el proceso, o estaría decepcionado de que no me hubiera enfrentado a su líder cuando tuve la oportunidad y de que hubiera dejado tirado a Sam?

Las visiones de mi amigo encerrado tras una de esas puertas de acero me llegan cada varios segundos, y veo mis lágrimas caer por el cuello de *Bernie*. Odio pensar así, pero preferiría que muriera a que le torturan para obtener información sobre mí.

Intento culpar a Sarah por habernos delatado a la policía, pero solo puedo culparme a mí mismo por haberme puesto en contacto con ella cuando todos me

habían dicho que no lo hiciera. Me mantengo en silencio y hundo mis talones en los costados de *Bernie Kosar* para que acelere.

Seis está en algún lugar de España, ojalá que acompañada de algún otro miembro de la Guardia. Parte de mí desea subirse a un avión e ir directamente con ella, pero tras mi huida de una prisión federal, y con mi foto en la lista de delincuentes más buscados del FBI, no veo cómo podría hacerlo.

Al fin llegamos al todoterreno, y yo desmonto de *Bernie Kosar* con dificultad. Abro el maletero y Nueve mete con cuidado los dos cofres. Deslizándome sobre el asiento trasero, disgustado conmigo mismo, le pido a Nueve que conduzca.

—Esperaba que me lo pidieras —contesta él. Le paso las llaves y siento el temblor del motor al cobrar vida.

Noto que tengo algo debajo del cuerpo, y al moverme en el asiento veo las gafas del padre de Sam. Las sostengo en alto, y veo la luna reflejarse en los cristales. Inspiro profundamente y susurro: «Volveremos a encontrarnos pronto, Sam. Te lo prometo». Y entonces, cuando creo que las cosas no pueden ponerse más feas, caigo en algo que me conmueve más que el campo de fuerza azul.

—¡Mierda! ¡La dirección para encontrarnos con Seis! La llevaba Sam en el bolsillo. ¡Seré imbécil! ¿Cómo vamos a encontrarnos ahora?

Por encima del hombro, Nueve dice:

—Tranquilo, Cuatro. Todo ocurre por alguna razón. Si tenemos que encontrarnos con Seis, o Cinco, o quien sea, lo haremos. Y si Sam tiene que seguir siendo parte de todo esto, lo será.

Bernie Kosar salta al asiento trasero, de nuevo convertido en beagle, y me lame la mejilla. Yo le acaricio la cabeza y suelto un largo suspiro, sin poderme creer que, después de todo lo que ha salido mal en las últimas cuarenta y ocho horas, encima también haya perdido la dirección que nos había apuntado Seis. Me asomo por la ventanilla y veo que el viento está soplando hacia el norte, y me pregunto si querrá decirme algo, o si, simplemente, me estará indicando la dirección adecuada, como Seis creía que hacia con ella.

—Ve para el norte —le pido a Nueve—. Creo que será lo mejor.

—Como tú mandes, jefe. —Nueve pisa el acelerador y yo miro a *Bernie Kosar*, que se ha hecho un ovillo y se ha quedado dormido.



Enterramos el cuerpo de Héctor al fondo de la presa, donde el hormigón blanco se junta con la hierba.

—Una vez me dijo que la clave del cambio está en desprenderse del miedo —digo, mirando a los ojos a Eli, Crayton y Seis—. Yo no sé si me he desprendido

del miedo todavía, pero el cambio está sucediendo. Está claro que está sucediendo. Y solo espero que vosotros me ayudéis a conseguirlo.

—Somos un equipo —dice Eli—. Claro que lo haremos.

—Después de despedirnos de Héctor, subimos por la escalera de la presa. Ahora estamos en lo más alto, mirando hacia el valle y el lago. Al otro lado de la presa hay una serie de esclusas que contienen un lago mucho más grande, y no puedo evitar pensar que es una metáfora de cómo me siento yo en estos momentos. Frente a mí se extiende mi pasado, pequeño, distante y salpicado de sangre, que podría quedar inundado en cualquier momento. Detrás de mí y de mis compañeros de la Guardia, el futuro es colosal, y está contenido por unas fuerzas sobrehumanas.

Me vuelvo hacia Seis y le pregunto:

—¿Conoces a un tal John Smith de Ohio? ¿Es uno de nosotros?

Ella sonríe de oreja a oreja.

—Conozco a John. Es el Número Cuatro.

Agarro la mano de Eli con la derecha y la de Seis con la izquierda, y nos quedamos allí inmóviles, dejando que el aire de la montaña nos azote la cara con el pelo. Eli mira a Seis y dice:

—¿Podemos ir a los Estados Unidos?

—El encantamiento se ha roto. No veo por qué no podríamos estar todos juntos ahora —dice Seis, encogiéndose de hombros antes de dar media vuelta y dirigirse hacia el lago que tenemos debajo.

Crayton se une a nosotras.

—Odio tener que decirlo, chicas, pero esto es la calma que precede a la tempestad. Estamos ganando demasiadas batallas como para que ellos aflojen. Os estáis volviendo demasiado fuertes, y os echarán encima todo lo que puedan y más. A partir de ahora, nada de pequeños ejércitos de varios cientos de soldados y un par de bestias torpes. Su líder estará aquí pronto. Setrákus Ra.

—¿Quién? —pregunto.

—Setrákus Ra. —Crayton sacude la cabeza, preocupado—. Y no creo que estemos preparados para él.

—Entonces, no hay más que hablar —digo—. Nos vamos a Ohio con John Smith.

—En realidad, a Virginia Occidental —me corrige Seis—. Y dentro de dos semanas justas.

—No estoy seguro de que eso sea prudente —dice Crayton, mientras echa a andar—. Primero tenemos que reunirnos con los demás.

Seis le sigue.

—Eso suena muy bien y tal, pero no tengo ni idea de dónde están —dice.

—Yo sí —dice Crayton, sin volverse—. También sé dónde están nuestras quimeras. Si Setrákus Ra piensa que se lo vamos a poner fácil, se va a llevar un

disgusto.

Nosotras le seguimos, dando los primeros pasos de un largo recorrido hasta el otro lado de la presa.